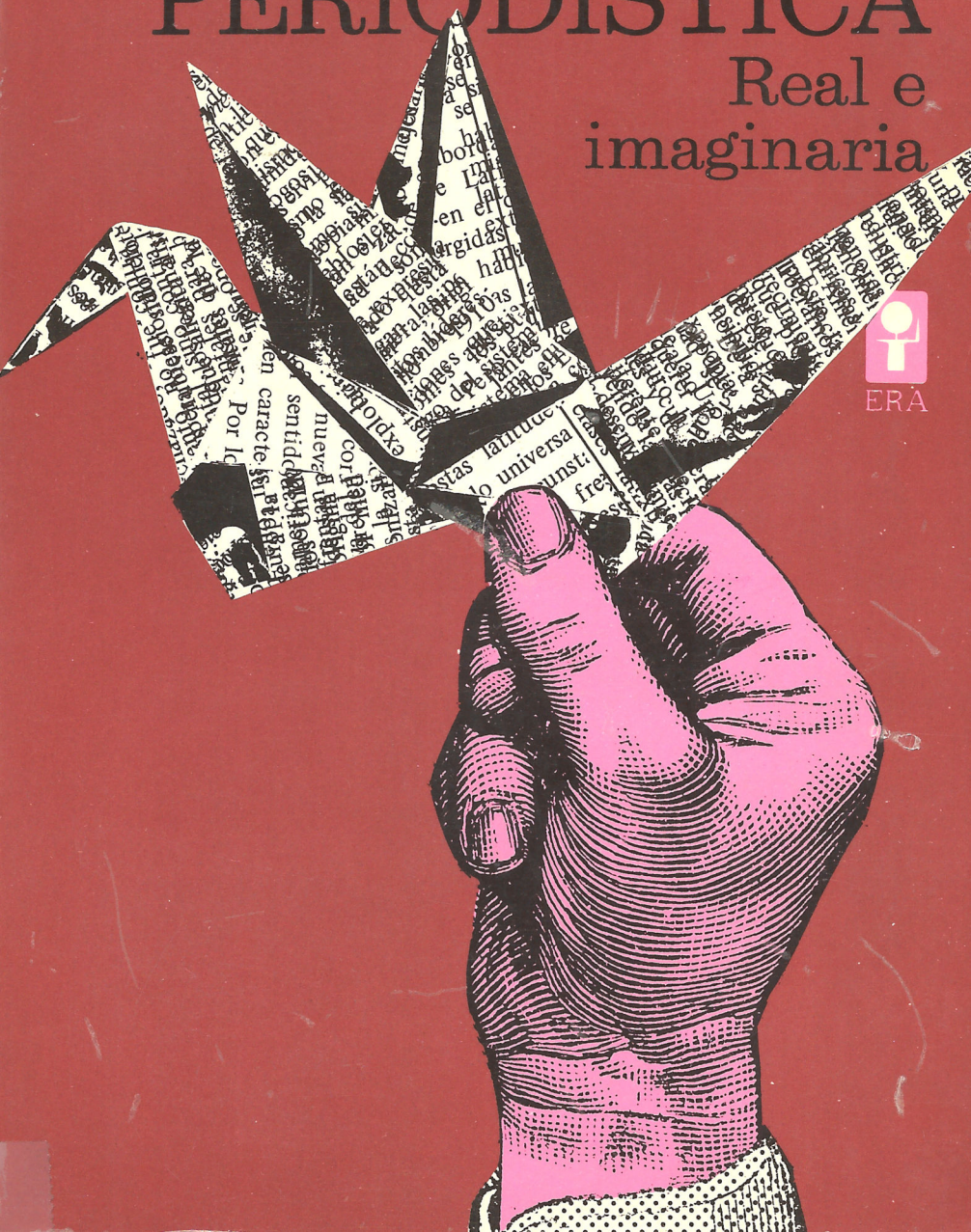


Daniel
Cosío Villegas

LABOR PERIODÍSTICA

Real e
imaginaria



biblioteca



ERA

Daniel Cosío Villegas
Labor periodística

Daniel Cosío Villegas

Labor periodística

Real e imaginaria

biblioteca



ERA

Primera edición: 1972
DR © 1972, Ediciones Era, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

ÍNDICE

Explicación, 11

I. EL NUEVO RÉGIMEN

- 1969 / Año crucial, 17
- 1969 / Consenso y conflicto, 20
- A limpiar / Dos decenios, 23
- A limpiar / Juega Juan Pirulero, 26
- México / Sobre todos, 29
- México / Aurora y eclipse, 32
- Santorál / Jesús del Gran Poder, 35
- Palenque / Éste es el mío, 38
- Santorál / El Señor del Veneno, 41
- Los cuatro / Primero Mi General, 44
- Los cuatro / Segundo, don Adolfo, 47
- Los cuatro / Ahora don Miguel, 50
- Los cuatro / Aquí está don Emilio, 53
- Metas / El sistema solar, 56
- 1970 / Limpiar el pasado, 59
- 1970 / El puente informativo, 62
- 1970 / El equipo y su camiseta, 65
- 1970 / Vana especulación, 68
- 1970 / Las herramientas, 71
- 1970 / El cimiento del rascacielo, 74
- Campaña / Alquimia y vida propia, 77
- Campaña / Saldo a pagar, 80
- El proceso / Largo, aburrido, perturbador, costoso, 83
- El proceso / La derrota del PRI, 86
- Futurismo / Moraleja electoral, 89
- Don Antonio / Primer sacudimiento, 92
- ¡Salutación! / El cuento de a ver qué hacemos, 95
- ¡Salutación! / El cuento de los mil amores, 98
- Don Juan / Segundo sacudimiento, 101

Rogativa / Al primero, del último ciudadano de esta República, 104
Diciembre / ¡Azúcar, amarga azúcar!, 107
Diciembre / Consejos, institutos y controles, 110
Enero / El paño demagógico, 113

II. EL SISTEMA POLÍTICO

1969 / Primores del PRI, 119
1969 / Contraluz del PRI, 122
1969 / El páramo intelectual, 125
1969 / La auscultación nacional, 128
1969 / ¡Ya viene el tapado!, 131
1969 / Ya vino: aquí está, 134
A limpiar / Consenso y discordia, 137
Insistamos / Gobierno y oposición, 140
Insistamos / La oposición de la derecha, 143
Insistamos / Gobierno, campesino y obrero, 146
Insistamos / Los partidos opositores, 149
Esperemos / Arrogancia y violencia, 152
Metas / El derrumbe oficial, 155
Metas / Destino del PRI, 158
Metas / El derrumbe del PRI, 161
Metas / La compostura del PRI, 164
México / Todavía en la luna, 167
México / Nuestro sistema, 170
México / Su estabilidad política, 173
México / Su avance económico, 176
México / Recompensa y engaño, 179
México / Muerte o transfiguración, 182
El proceso / Un federalismo peculiar, 185
Futurismo / El baño lustral, 188
Futurismo / Primer toque final, 191
Futurismo / Parlantes y pensantes, 194

III. EL ESTUDIANTE Y SU UNIVERSIDAD

Primera aproximación / A la deriva, 199
Segunda aproximación / La grey estudiantil, 202
Nacionales y extranjeros / Intromisiones en la Universidad, 205
Rebeldía juvenil / Causas universales, 208
Rebeldía juvenil / Las causas nacionales, 211
Como en Grecia / Los siete actos de una tragedia, 214

Prueba de fuego / La opinión pública disidente, 217
 La palomita / Llamamiento a la paz, 220
 Amnesia olímpica / La medalla de oro olvidada, 222
 La UNAM / Entre gitanos y embajadores, 225
 Exitus / El Manifiesto 2 de Octubre, 228
 La UNAM / Primera amputación, 231
 La UNAM / Los muros de contención, 234
 La UNAM / Primera cicatrización, 237
 La UNAM / Gozo y pozo, 240
 La UNAM / La moribunda y la intrauterina, 243
 La UNAM / Ideas, señores, ideas, 246
 La UNAM / Dictado y consenso, 249
 La UNAM / Gobierno y ricos, 252

IV. PERSONALIDADES

Don Alfonso (M. D.) / Jerarca y pedagogo, 257
 Don Luis / Político o politólogo, 260
 Sueños / Dulce despertar, 263
 Etapas / El gran alarido, 266
 Políticos / Los in y los out, 269
 Aparición / Don Luis ante el cosmos, 272
 Don Lázaro / Adiós, Mi General, adiós, 275
 Chile / A salvarse, don Salvador, 278
 El relevo / Esperanza y temor, 281
 Iniciativa privada / Guajardo en llamas, 284
 El nuestro / Originalidad y compromiso, 287
 Don Enrique / Mal... mal... mal..., 290
 Don Emilio O. / Mal... mal... mal..., 293

V. PEQUEÑAS SERIES

Sobre inversiones extranjeras / Invasión y conquista, 299; Estudio y cauce, 301
 Sobre la organización del Ejecutivo / Monstruo sagrado, 305; Polvos de aquellos lodos, 307; Reforma inaplazable, 310
 Sobre la libertad de prensa / Cáscara y relleno, 313; Mordazas: de oro y de hierro, 315; Díscolos y amargados, 317; Real y fingida, 320; Don Porfirio y doña Porfiria, 322
 Sobre la Constitución de 1917 / La Carta queretana, 326; A constituirnos, 328; Genios y animales, 330; El gran debate, 333; Primera respuesta, 335; Segunda y última, 338

Sobre España / Primer contacto, 341; Segundo contacto, 344;
 Adiós, para siempre adiós, 346
 Sobre la televisión / Dulce abandono, 349; El tórtolo despreve-
 nido, 351; Llenos y vacíos, 354; Eternamente María, 356
 Sobre "La Constitución" / Y sus telenoveleros, 360; Doña Ma-
 ría y el 123, 362; Infantilismo y vulgaridad, 365
 Sobre las Naciones Unidas / Bandera a media asta, 368; Bande-
 ra a tres cuartos, 370; Otra vez a media asta, 373
 Sobre Perú / Mal de muchos, 376; El ejército peruano, 378;
 Miuras y toreo de salón, 381
 El perfil en 1980 / Nuestra amada población, 384; Doña Ifi y
 su ingreso, 386

VI. DESPEDIDA

Tragedia / Aislamiento comunicado, 391; El aro de fuego, 393;
 Libertad reprimida, 396; El aprendiz y su adiestramiento,
 398; Operación doblez, 401; Adiós, damas y caballeros, 403

EXPLICACIÓN

Numerosos seres más o menos anónimos y algunos amigos me han recomendado la conveniencia de hacer un libro con mis artículos publicados en *Excélsior* del 18 de agosto de 1968 al 2 de abril de 1971, cuando suspendí temporalmente mis colaboraciones en ese diario.

Esa recomendación, por supuesto, influyó en mi decisión de proceder así; pero no dejé de hacerme otras consideraciones. La primera (y menor) es mi propia experiencia personal: sólo un investigador se echa a cuestras la siempre penosa tarea de acudir a la Hemeroteca Nacional para lidiar con grandes, gruesos y pesados tomos en busca de un artículo de periódico, y más, desde luego, de toda una serie. De allí nuestra gratitud jubilosa, digamos, a Luis Cabrera, que tuvo la precaución de reunir en un tomo sus artículos sobre la situación del país en vísperas de la Revolución. De ese modo, casi sobra decirlo, no sólo el investigador, sino el simple curioso, los han disfrutado y aprovechado.

Parece indudable la ventaja de ese recurso; pero no resuelve el problema principal, que es éste: ¿no resulta irremediablemente perecedero el interés de un artículo, de modo que de él nada queda a los tres o cuatro días de su publicación en un periódico? Aun si conserva alguno, ¿su interés no deja de ser "actual" para convertirse en meramente "histórico"?

Esto depende en cierta medida del atraso con que se publique el libro: como en el caso de Cabrera fue de doce años, el interés "actual" de sus artículos originales se convirtió en histórico, razón por la cual, sin duda, su autor creyó necesario apoyarlos en el libro con notas y documentos recordativos. La situación del mío es bien distinta, ya que todos sus posibles lectores tienen todavía una memoria fresca y clara de los hechos y de los personajes que en él figuran. Además, aunque el "actual" se transforme en histórico, cambia ciertamente la naturaleza del interés, pero no por fuerza su grado o su amplitud.

En realidad, el atractivo de la lectura depende en mayor medi-

da de la sustancia que haya tenido el artículo primitivo. Viendo así la cuestión, quisiera recordar que en la serie de cinco artículos preparatorios a mi despedida del 2 de abril de 1971, expliqué que al elegir el tema de todos y cada uno de mis escritos me esforcé en distinguir entre lo simplemente efímero y lo "actual". Y por esto último entendí el tema que representaba una preocupación nacional, o, al menos, de grandes sectores sociales. Desde este punto de vista, me atrevería a afirmar que ninguno de los problemas que fueron objeto de mis escritos ha sido resuelto, y que, en consecuencia, mis artículos conservan una actualidad y una vigencia plenas.

Ahora quisiera presentar un último argumento en apoyo del interés *actual* de este libro. Su título, *Labor periodística*, es perfectamente comprensible; pero no así el subtítulo: "Real e imaginaria." Lo "real" quiere decir en este caso la reproducción literal de los artículos tal y como salieron de mi pluma. Y lo imaginario, una de estas dos cosas: la excepcional, el artículo que en alguna forma fue retocado "dadas las circunstancias", para explicarlo benignamente. Y por supuesto que yo considero más auténtico y mejor lo que salió de mi pluma, aun si el cambio se limitó a una simple palabra, como en algunos casos ocurrió realmente.

Confío en que el lector haya advertido (y apreciado) mis esfuerzos para convencerlo de que compre este libro y lea o relea su contenido; pero, como es natural e inevitable, la suya es la última palabra.

Los artículos originales se presentan aquí por orden cronológico dentro de cada uno de los cinco grandes temas en que han sido agrupados, a saber: "El nuevo régimen", "El sistema político", "El estudiante y su universidad", "Personalidades" y "Pequeñas series".

La primera sección, "El nuevo régimen", contiene un buen número de escritos donde se describen y juzgan los mecanismos para darle nacimiento y encauzarlo, así como sus primeros actos de gobierno. Debo hacer aquí una referencia a un artículo titulado "Palenque: Éste es el mío", que no fue publicado en el día para el cual fue escrito por una torpeza del diario, y que se inserta en este libro con marcada lamentación nostálgica. Habría adquirido entonces un enorme interés por dos razones. Desde luego porque me hubiera acreditado de manera fehaciente como un precursor del echeverreísmo, de hecho, como el primero, absolutamente el primero que había lanzado de manera cierta la candidatura del entonces "Don Luis". Y después, porque, consecuente

con una idea que presenté de modo repetido en varios artículos, a saber, que nuestros políticos llevan una vida pública estrictamente privada, fundaba yo mi preferencia en lo único que los mexicanos sabíamos entonces del señor Echeverría: las fotografías de diarios y revistas y la imagen fugaz de la televisión.

La segunda sección, "El sistema político", recoge bastantes ensayos que hacen la historia de las dos piezas fundamentales de ese "sistema": un Presidente de la República con poderes poco menos que absolutos y un partido político oficial predominante. A más de su historia, se aprecian sus ventajas y sus serios inconvenientes y la necesidad de reformarlo para evitar una crisis cuyas consecuencias pueden ser lamentables.

El tercer título casi se explica por sí mismo: la rebeldía estudiantil de 1968 y la actitud de las autoridades universitarias y políticas frente a ella. Asimismo, una apreciación de los esfuerzos esporádicos que hicieron las autoridades académicas para enderezar a la Universidad Nacional.

El cuarto tema, "Personalidades", no resulta en realidad todo lo rico que pudo haber sido, por dos razones. Preocupado, como estuve, por no dar lugar al comentario oficial de que mis artículos contenían no tanto hechos e ideas cuanto ataques personales, rehuí el tema no obstante su sesgo tentador y no obstante también que, quizás como ninguno otro, despierta la curiosidad y el comentario públicos. Y también tuve que considerar y atender los gustos del periódico, que en este caso coincidían con aquella preocupación mía. A pesar de todo, algunos aparecieron y conservan todavía cierta sabrosura. Aparecen en esta sección dos colaboraciones inéditas.

En el grupo final se incluyen escritos cuyo tema específico se presenta en pocos artículos. La excepción es la serie de seis en que se trata de fundar la necesidad de repasar la Constitución de 1917, reflejo de una sociedad agraria y rural, para adecuarla a la sociedad de hoy, industrial y urbana.

Una última palabra para expresar públicamente mi gratitud al personal de *Excélsior* que en una forma o en otra ha tenido que ver con el manejo de mis artículos; pero de un modo señaladísimo a Julio Scherer García, que aún antes de ser su director general, me animó a colaborar en el diario. No sólo eso, sino que a él debo haber dominado mis momentos de desfallecimiento, cuando consideraba yo ingrata mi tarea y estériles mis esfuerzos para cumplirla.

Octubre de 1971

I

EL NUEVO RÉGIMEN

AÑO CRUCIAL

Agorero es quien predice sin fundamento males y desdichas; pero ¿cómo se llama el que los anuncia fundadamente? Pues adivino: "Descubre por conjeturas alguna cosa oculta o ignorada." Me dedicaré temporalmente a esta venerada profesión.

En cuanto país las hay, las elecciones generales producen el malestar de la incertidumbre; pero México, con su turbadora sabiduría política, se ha librado de esa norma durante largas épocas. Digamos de 1884 (la primera reelección) a 1904 (la última tranquila), o sea veinte años de la era porfiriana; también de 1946 a 1964, los dieciocho anteriores a la actual. La excepción a la regla fue absoluta durante el primero de esos dos interregnos; en el siguiente, apenas sufrieron la epidemia dos grupos limitadísimos: los vividores o profesionales de la política y los negociantes. (*Businessman* no es "hombre de negocios", como no es "hombre de comercios" el comerciante.) El resto, la inmensa mayoría de la población, vio las elecciones con el abandono con que se ignora un eclipse lunar que ocurre en la madrugada. Esto no quita que muchos jugaran viciosamente a la charada del "Tapado" ni que otros tantos se acogieran a la filosofía de que vale más peor por conocer que malo conocido.

Temo muchísimo que en 1969 volvamos a la regla universal. Diría más: el malestar puede llegar a la exaltación y la incertidumbre a la rabia de sentir obstruida toda vereda. No que mi bola de cristal pinte escalofrantes levantamientos armados, pues hasta ella entiende que allí está el Bien Plantado, listísimo a batir cuanto bicho se le cruce, y que no hay ya atravesados que los acaudillen. Pero sí apunta a que estas elecciones generales serán vigiladas con ánimo acongojado por numerosos mexicanos, y que si no son conducidas con alguna prudencia y suma habilidad, la amargura será imborrable.

Uso esta conjetura para llegar a tal adivinación. Todos los mexicanos concuerdan en que de 1940 a 1969 se han producido en el país numerosos cambios de la más variada naturaleza; pero

han acabado por divorciarse sobre la apreciación de su valor y de su rumbo. El gobierno y los negociantes, motores organizados de la vida nacional, los subliman hasta considerarlos ejemplares y aun dignos de un cuento de hadas; pero no han advertido que hoy son muchos los que no comparten tan rosadas opiniones. Resulta obvio el motivo de esa inadvertencia: negar o disminuir el valor y el significado de esos cambios equivaldría a condenar o enflaquecer la intención y la eficacia del gobierno y de los negociantes, que se consideran a sí mismos padre, madre y comadronas de la criatura. Pero no es tan obvio que semejante complacencia paternal haya extraviado el concepto mismo de la duda, que cualquier diccionario define así de sabiamente: "Suspensión voluntaria y transitoria del juicio, para dar espacio y tiempo al espíritu, a fin de que coordine todas sus ideas."

Rara vez se produce en un país ese famoso consenso que buscan con afán gobernantes y gobernados; nada es, pues, más natural (y saludable) que la desemejanza de pareceres; pero debe preocupar hondamente si toca al fondo mismo de las cosas y al camino para conseguirlas. Un observador despejado nota que la que fue de mero detalle hace veinticinco años, hoy es una divergencia fundamental porque se refiere a dos puntos decisivos. Uno, la forma de apreciar el progreso alcanzado hasta ahora por el país; el otro, el catálogo de prioridades, la lista de objetivos ordenados según su importancia decreciente y a cuyo logro deben aplicarse preferente y proporcionalmente los recursos nacionales, escasos por definición.

Véase la primera discordia: es incuestionable que el gobierno y los negociantes ven tan sólo lo logrado ya, mientras que abate al ciudadano común contemplar lo mucho que el país necesita recorrer para alcanzar una situación siquiera decente. Así se ha creado un verdadero abismo: la posición del gobierno y de los negociantes es de complacencia y hasta de fiero orgullo; la del ciudadano común, en el mejor de los casos, de escepticismo, y en el peor, de crítica irritada y de condenación iracunda.

Póngase el ejemplo de la Olimpiada, cuya importancia se presentó así: significa consagrar universalmente a México porque es la primera vez que se concede no ya a un país de habla española (pues esto representaría una modesta preferencia sobre veintiuna naciones), sino a un país subdesarrollado (una preferencia sobre cien, por lo menos). México, por lo tanto, debía demostrar al mundo que tiene los recursos materiales y la capacidad organizadora para arrostrar reto tan espectacular. A dos meses de extin-

guida la llama olímpica, ya hay quien considere la aventura como el más solemne disparate que México ha cometido en sus ciento cincuenta y ocho años de existencia. Y muchos son los que desearían ver ahora esta otra Olimpiada: poner al arquitecto Ramírez Vázquez en el lugar de don Norberto para que su genio organizador resuelva los problemas del campesino. (No se ha presentado con firmeza la idea por el temor de que el sagaz don Pedro la rechace arguyendo que teñirse el pelo de blanco lo envejecería prematuramente.)

El divorcio acerca de las prioridades es más hondo y más grave, y para ilustrarlo basta un ejemplo. Desde hace muchos años México es un país deudor porque vende menos de lo que compra. Afortunadamente, pudo llenar la diferencia con los ingresos del turismo y de la inversión extranjera. Pero esa solución, que antes se vio como aleatoria o complementaria, se ha convertido en uno de los objetivos principalísimos de la política económica nacional. Así se han pospuesto las metas de levantar en vilo al campesino o siquiera enderezar el desequilibrio del comercio internacional con nuevas exportaciones.

Entonces, para el grueso de los mexicanos no es ya indiferente quién pueda ser el próximo presidente, ni tampoco los diputados y senadores, pues de ellos dependerá optar de una buena vez entre la complacencia y la severidad.

3 de enero de 1969

CONSENSO Y CONFLICTO

Presenté ya mi primera adivinación: las próximas elecciones generales harán de 1969 un año de zozobra. La fundé en que el consenso entre gobernantes y gobernados de hace unos treinta años ha sido sustituido por un conflicto serio entre las palabras y los actos del gobierno y los negociantes, de un lado, y del otro las necesidades y sentimientos de la mayoría ciudadana. En rigor, las dos manifestaciones más inmediatas de ese conflicto son: primero negar su existencia, y después, al reiterar que sí lo hay, acusarlo a uno de hacer pasar desahogos personales por el clamor popular. Repuestos de esa actitud grosera, tratarían de razonar. Los negociantes —al fin culticos— dirían que no habiendo en México institutos de opinión pública, nadie puede probar matemáticamente que semejante conflicto existe; y el gobierno —al fin politiquillo— argüiría que sufraga por sus candidatos el 90 por ciento de los ciudadanos, aprobándose así implícitamente su conducta.

No es el caso de disputar con los caballeros de estas dos respetables hermandades; pero sería útil añadir algo. ¿Podrían interpretarse los desórdenes estudiantiles como señal de una satisfacción regocijada? Luego, y puesto que lo detentan por ahora, es de suponerse que el gobierno y los negociantes preferirán conservar el poder con la máxima aquiescencia de los gobernados. Entonces, sométanse a esta prueba: despachen a los pueblos pequeños de cualquier región del país, provistas de máquinas grabadoras, a unas gentes discretas que recojan las opiniones del pueblo y de la clase media baja. Cuando escuchen las cintas, gobierno y negociantes se irán de espaldas al descubrir lo que el mexicano común y corriente piensa de ellos.

Conviene ejemplificar algunas zonas de discordancia, fenómeno este tanto más notable cuanto que todas nacen de un área en que hay unanimidad de pareceres. Ningún mexicano, en efecto, niega que el país ha avanzado por muchos senderos perceptible, aun espectacularmente, y esto lo mismo se piense en 1910, para

establecer el contraste con el "antiguo régimen", que en 1940, arranque de la etapa "constructiva" y "moderna" de la Revolución. Una dilatada red de carreteras que por la primera vez le ha dado al país un sistema circulatorio; impresionantes obras hidráulicas que, a más de mostrar la capacidad técnica de sus constructores, sustraen parte de la agricultura a las veleidades del cielo; modos de comunicación antes desconocidos y mejoramiento radical de los tradicionales; numerosas y aun atractivas construcciones escolares que albergan a grandes masas de estudiantes; remozamiento de viejas industrias y creación de nuevas; un sistema bancario capaz de atender todas las necesidades de crédito, y no, como antes, sólo el comercial y el hipotecario; la aparición de una verdadera casta de jóvenes empresarios, imaginativos y conocedores de su oficio; un movimiento artístico y literario que creó la ilusión de un Renacimiento; una clase trabajadora más numerosa y diestra, en general mejor pagada; un novísimo sistema de seguridad social. Y así sucesivamente.

Todo esto es bien cierto; pero... brota el primer pero: el progreso en los pueblos atrasados crea la exigencia de un progreso mayor, más rápido y cuyos frutos se distribuyen equitativamente. Si el gobierno y los negociantes conocieran mejor la historia universal y la nuestra; si alguna vez incursionaran en la psicología social, no se sorprenderían de la aparente paradoja de que un hombre carente de todo es mucho menos exigente que aquel otro que ha comenzado a tener algo.

Hay otro pero importante. En el aspecto económico, el avance no ha sido tan parejo como se presenta complacientemente. Por lo menos, la agricultura, la minería y el comercio de exportación, se han quedado muy a la zaga. De la agricultura vive casi la mitad de nuestra población, y la minería y la producción exportable son elementos necesarios para equilibrar nuestra economía. No resultan éstos, pues, lunares pequeños. En el avance industrial, el más sorprendente de todos, siempre se pasa por alto lo que el consumidor está pagando por él. Hace más de treinta años, por ejemplo, se establecieron las primeras plantas ensambladoras de automóviles; pues bien, después de tanto tiempo, el mexicano paga por un auto ensamblado o hecho aquí no menos del doble de lo que pagaría en el país de origen, Estados Unidos o Alemania. Así, existen dudas serias y fundadas que deben imponer un repaso severo de nuestra política económica de los últimos treinta años para corregir al menos sus desaciertos mayores.

Uno de los peros que más aviva el conflicto es la gran cuestión: ¿quiénes han sido los verdaderos beneficiarios de este señalado progreso material? En sus buenos tiempos, doña Ifigenia demostró que el ingreso no sólo se repartía inequitativamente, sino que los más débiles habían perdido terreno. Esa advertencia oportuna cayó en el vacío; no provocó siquiera estudios mejores y mucho menos medidas para corregir tal aberración.

Pero todavía hay un pero que separa más al gobernado de los gobernantes. Hasta en una concepción extrema del liberalismo, al Estado o al gobierno se les da el papel de *umpire* o árbitro de los conflictos entre el interés público y el privado. La originalidad mayor de la Revolución Mexicana consistió en haber sido el primer movimiento con una filosofía correctiva del liberalismo que alcanzó el poder. Por eso, a más de la vieja función de árbitro, le dio al Estado las de protector activo del interés público y de abanderado de todo el adelanto nacional. Pues bien, el gobierno ha dejado de ser protector activo del interés público para retroceder, primero, a la posición de neutral o equidistante entre éste y los intereses privados, y después, retrocedió a la de protector callado pero efectivo del interés privado.

Así se acumulan razones para temer que las próximas elecciones generales no podrán desarrollarse, ni deben desarrollarse, atendiendo a los intereses inmediatos de grupos o pandillas, sino a los grandes objetivos nacionales.

10 de enero de 1969

DOS DECENIOS

México naufraga desde hace tiempo en un mar de palabras y conceptos confusos, mar en parte encrespado de modo involuntario, pero en parte muchísimo mayor de manera ultradeliberada. Y todo este enredo mana del vocablo y del concepto "revolución", y de los matices peculiares que uno y otro adquieren cuando se trata de la nuestra, de la Revolución Mexicana.

Sólo así puede explicarse el desconcertante espectáculo de personas de altísima posición social y dueños de fortunas para nosotros colosales que tranquilamente se declaran en público encendidos revolucionarios. Sólo así se explica la reacción del espíritu chocarrero ante semejantes manifestaciones. Duda de que tan eminentes caballeros lograran siquiera una barba revolucionaria tan rala como la de Raúl Castro. Le cuesta trabajo imaginarlos fabricando a las altas horas de la noche, en el rincón más recóndito e insospechado de la ciudad, cocteles Molotov, y menos acomodándolos en las puertas de la Tesorería (que no, por supuesto, en las de sus negocios). Y le parecerá indudable que los Galaxie 500, los zapatos ingleses, los *tweeds* escoceses y las corbatas Contessa Mara no resistirían trepar, no ya a toda una señora Sierra Maestra, pero ni siquiera al apacible montículo del Tepeyac.

Ahora bien, como es imposible que en todo esto haya un mero fingimiento, debe buscarse una explicación. Se ha dado recientemente citando sin mucha discriminación veintidós grupos de cifras que demuestran que en el último decenio, 1959-1968, México ha progresado "una barbaridad", como dicen las zarzuelas españolas. Es decir, estos caballeros se creen revolucionarios porque aman el cambio y porque se juzgan a sí mismos el motor principal de esta admirable transformación nacional.

Sobre el concepto de "revolución" se han escrito muchos libros y mayor número de sesudos ensayos, cuyo resumen sería imposible e inoportuno intentar aquí, si bien en alguna forma servirán de guía.

Todo entendimiento del concepto de "revolución", comprende,

es verdad, el de mudanza; pero desde luego calificándolo con “rápido” y “profundo”. Si una transformación general y de fondo se lleva cien años, no es revolucionaria, como tampoco la simplemente epidérmica por instantánea que resulte. De aquí la primera duda: está bien medir la transformación con el metro de un decenio, que es, efectivamente, breve en la vida de una nación; pero ¿el cambio es tan nuevo y tan profundo como se supone?

Para comenzar la limpieza de conceptos, comparémoslo con el ocurrido de 1911 a 1920. Del antiguo régimen no queda un solo dirigente, desde el jefe del ejecutivo federal hasta el último de los alcaldes, a quienes reemplaza un grupo de líderes absolutamente nuevo; muere el ejército profesional y nace uno popular; la vieja Constitución liberal caduca y surge una nueva; ninguno de los viejos diarios y revistas subsiste. Económicamente, la poderosa clase terrateniente es borrada del mapa; sólo dos bancos logran sobrevivir; hay que rehacer casi en su integridad los servicios públicos de las grandes ciudades y los principales medios de comunicación; vuela el detestado capital extranjero. Socialmente, México pierde un millón de habitantes; se inicia la reforma agraria y se da la legislación del trabajo, surgiendo al amparo de ellas dos clases sociales de una pujanza antes desconocida. Hay un renacimiento cultural y el país es presa de un nacionalismo que exalta los valores propios en la música y el canto, en la danza y en el teatro. Y así consecutivamente.

Se conoce la réplica: “Aquél fue el periodo destructivo de la Revolución, y desde 1940 estamos en el edificador e institucional.” Precisamente aquí se halla el secreto. En efecto, al elemento de cambio rápido y profundo debe agregarse al final el que acaba de definir el sentido que ha de tener semejante mudanza para ser considerada como propiamente revolucionaria. Debe alterar las relaciones de fuerza entre las clases sociales, de modo que el poderío de la alta sea destruido, rebajado o subordinado, y el de la clase baja engrandecido mediante su emancipación económica y su liberación política.

Siento decirlo, pero éste es, sin remedio, el sentido *completo*, técnico o científico, de la palabra “revolución”. Juzgados con él, ¿cuál es, de verdad, el decenio revolucionario, el de 1959-1968 o el de 1911-1920? De nuevo siento decirlo, pero, sin remedio, es éste y no aquél. Como acabo de indicarlo, en 1911-1920 dos clases sociales, la popular y la media baja, ambas carentes de poder económico y político, desplazan a la alta, que los había monopolizado durante el régimen de Díaz. En el segundo dece-

nio, la clase superior, siguiendo una tendencia que parte de 1946, ha robustecido visiblemente su poderío en detrimento de todas las clases inferiores.

Por eso conviene dar otro escobetazo para rematar esta limpieza conceptual definiendo lo que en politología se llama "contrarrevolución". El régimen contrarrevolucionario es aquel que no puede identificarse con el antiguo porque los separa el tiempo y el olvido que éste trae consigo; porque usa un lenguaje nuevo y porque sus apariencias son bastante distintas. Pero tampoco puede identificarse con el régimen contemplado por el movimiento revolucionario inicial porque, a pesar de conservar mucho de su lenguaje, jamás tomó en serio sus metas esenciales. De hecho, el régimen contrarrevolucionario crea un nuevo estado de cosas que hace pasar como una síntesis de lo "mejor" del régimen reaccionario caído y de lo "atendible" del movimiento revolucionario frustrado.

Así puede ponerse a cada uno de estos dos decenios el calificativo que en rigor les corresponde.

28 de marzo de 1969

JUEGA JUAN PIRULERO

Ensayé en un artículo anterior esclarecer el sentido del vocablo "revolución" por considerarlo fuente brotante de confusiones y disimulos. Hoy quisiera usar de nuevo la escobeta para limpiar un poco la expresión "unidad nacional", también venero inagotable de perplejidades. Debe reconocerse que esta segunda tarea es más complicada y expuesta, porque mientras ser hoy revolucionario resulta el oficio lucrativo por excelencia, el disidente, aun el simple comentarista de la unidad nacional puede ser acusado de traidor a la patria.

Reconózcase primero que la expresión abriga una realidad histórica sustanciosa y rancia, pues si alguna vez ha habido un pueblo desunido, ése es el nuestro. En la conciencia del mexicano pesa todavía el amargo remordimiento de la desunión que llevó al desastre en la guerra del 46. No sólo eso, sino que, vistas con alguna severidad, pocas de las diferencias que han dividido a los mexicanos desde 1810 parecen hoy justificadas y menos insalvables. Es claro el caso de las que llevaron a la muerte a federalistas y centralistas, a liberales y conservadores. Es más, las que distanciaron a los liberales puros de los moderados podrían calificarse ahora de ridículas.

Por eso, quizá no sea infundado creer que en dos ocasiones únicas resulta explicable que los mexicanos hayan llegado a las manos: en la Independencia y en la Revolución. En aquélla, por haber sido ésa su primera prueba nacional, y en la segunda, porque tal vez sólo la violencia podía haber enderezado el camino que el país venía siguiendo de treinta y cuatro años atrás. La explicación es menos satisfactoria en el otro gran sacudimiento nacional, pues, de un lado, el congreso constituyente del 56 dio una ocasión preciosa (inexistente en la Independencia y en la Revolución) de entenderse con la palabra y no con las armas; del otro, porque el texto que salió de él fue de los liberales moderados, que representaban justamente una transacción entre los extremos del liberal puro y del conservador ultramontano.

Entonces, nada puede extrañar que el mexicano, justamente porque ha solido andar a la greña con sus hermanos, sea sensible de un modo particularísimo a lo que hoy se llama "unidad nacional", y que Porfirio Díaz bautizó con el nombre menos afortunado de "política de conciliación".

La esencia de la prédica se presenta así. Tanto porque nada fundamental separa a sus hijos, como por llevar a costas el pesado fardo de un gran atraso político, social y económico, México no puede darse el lujo de perder su tiempo en disputas baldías. Deben los mexicanos, todos ellos, dedicarse al trabajo, a la acción creadora de riquezas, de bienestar, de orgullosa satisfacción. Y esto con tanta mayor razón cuanto que pueden estar tranquilos, pues allá arriba, navegando en una tenue nube rosada, se halla el ojo vigilante de un gobierno paternal, comprensivo, bienhechor e imparcial, pronto a intervenir si alguna fricción inmotivada se produjera.

A pesar de que esta pintura parece puramente idílica, cuadra muy bien con la concepción de toda sociedad humana, y de modo especial con la que llamamos democrática. Allí, como en el juego de Juan Pirulero, cada quien atiende a su juego, y al hacerlo, coadyuva como sin querer al bienestar de la colectividad. Sin embargo, como en el seguimiento del interés propio pueden surgir conflictos, se crea una ley y una autoridad para resolverlos con justicia. Esta garantía es todavía más satisfactoria porque la conducta de esa autoridad y la eficacia de semejante ley están sujetas al voto mayoritario y periódico de la comunidad.

Por desgracia, esta concepción se ha venido alejando de la realidad a medida que cada sociedad humana tiene más miembros y que las relaciones de éstos entre sí y con el gobierno se multiplican y se complican. Y no hablemos de los medios modernos de comunicación que exponen a la luz pública cada acto de los gobernantes y de quienes manejan intereses no estrictamente personales suyos. El resultado final es que en el día de hoy cada individuo está persuadido de que su bienestar depende casi tanto de su trabajo y de su habilidad personales como del trabajo, de la habilidad y de la honestidad de los demás miembros de la comunidad, y desde luego del gobierno. Los politólogos llaman "politización" de una sociedad a que cada miembro de ella desarrolle un interés vivo y sostenido en cuanto paso da tal sociedad.

Siendo esta la situación actual (y no puede dudarse de que las cosas son así), no debe sorprender que en la sociedad de hoy sea más frecuente la discordia que el consenso. Tampoco debie-

ra llamar la atención que la disonancia en aquellos círculos con intereses múltiples sea mayor que en los de intereses simples. Ni menos todavía debiera sacudir que el foco máximo de la heterodoxia radique en el "intelectual", porque su oficio mismo le lleva a advertir los conflictos a que dan lugar los intereses múltiples.

El problema no está, ni puede estar, pues, en una unidad nacional que suponga una unanimidad de pareceres, que no podría lograrse en la realidad sino por la fuerza bruta o ante un grave peligro exterior. La cuestión radica, primero, en no suscitar diferencias cuya solución conduzca a la violencia; y segundo, en buscar un consenso tan general, tan estable y tan firme como sea posible en una época dada.

Pero, claro... conseguir esto es harina de otro costal.

4 de abril de 1969

SOBRE TODOS

De marcada, o, al menos, de persistente, puede calificarse la baja que acusa nuestro incipiente mercado de valores. Ciertamente que en todas partes del mundo se admite como verdad sabida que la psicología del jugador de bolsa es impredecible, cosa que casi equivale a inmotivada; pero no en México, donde estamos en pañales, por no decir en cueros vivos. Aquí, efectivamente, nadie se resiste a explicar el hecho: la incertidumbre en que, sin quererlo, mantiene al país el Tapado. Así, el mercado seguirá fuera de madre hasta no saberse el nombre del Elegido por Dios desde la Eternidad para alcanzar la Gloria.

Esto parece una impertinencia monda y lironda; pero, antes que esa y cualquiera otra cosa, es un hecho que exige una reflexión.

Si aquí hubiera elecciones y los candidatos fueran, digamos, Nixon y Robert Kennedy, una doble razón explicaría la incertidumbre. Primero, el resultado final de la votación sería dudoso por el peso semejante de los dos rivales, y porque el voto de cada ciudadano norteamericano lo determinan ciertamente sus convicciones políticas y sus intereses económicos, pero asimismo imponderables como el humor con que amanece el día de la elección. Añádase que el votante independiente representa la tercera parte del total, o sea la que en realidad decide. Segundo, porque es previsible que sería distinto el tono que uno y otro de los contendientes daría a su gobierno. El de Nixon, digamos, tozudo, y el de Kennedy, "inspirado".

Más llamativo es el caso reciente de Francia. Aunque aparentemente los dos competidores principales tenían idéntico signo político, el de liberal centrista, los elementos de incertidumbre eran muchos. Digamos la distancia a que cada uno podría y querría colocarse de la política de De Gaulle. Poher, sin ligas con el régimen caído, parecía estar en mejores condiciones para atender esa demanda pública; pero justamente por eso, existía el peligro de un indeseable rompimiento. Pompidou, a la inversa,

podía ofrecer una “abertura” sin ruptura. Y jugaron como elementos de incertidumbre (y de selección) la inexperiencia de Poher, el no contar con una mayoría parlamentaria que le permitiera gobernar expeditamente, etc., etc. Por si algo faltara, jugaron otros cinco candidatos, a más de no poderse prever el número de franceses dispuestos a sacrificar su fin de semana para quedarse en casa y votar.

Cualquiera diría que nosotros los mexicanos, con ese genio fantástico que Dios nos ha dado, hemos superado a esos infelices yanquis que tanto se angustian por si Nixon o si Kennedy, y más todavía a esos desventurados franceses que han tenido que recurrir a la fina balanza de las especias para pesar todos los días y durante sesenta los pros y los contras de Poher, de Pompidou, de Duclos, de Deferre, de Rocard, de Krivine y de Ducatel. Nosotros, en cambio, hemos llegado a la perfección del candidato único al que ni escogemos ni votamos.

¿Qué puede, entonces, atribularnos? ¿De dónde proviene la incertidumbre que angustia a nuestro mercado de valores? Los señores que en él intervienen, ¿son meros fantasistas, quizá lunáticos o siquiera padecen histeria?

Enredada es ya la psicología personal para aventurarse confiando en la colectiva; pero, aun así, hay que atreverse a explicar este fenómeno tan extraño de personas que se afligen gratuitamente.

El hombre es un animal muy curioso; por eso, como a Santo Tomás, le gusta ver para creer. No que pretenda mirar y palpar literalmente una cosa para tranquilizarse al encontrarla normal; pero sí apetece tener al menos una idea general de cómo se hace una cosa, digamos el platillo que el amigo o el restaurante le ofrecen. No que para saborear un *tourne*do Rossini exija atestiguar con sus propios ojos el largo proceso que comienza con el alumbramiento de la vaquilla en un pajar lejano y que concluye con el caer abandonado del perejil chino. Se conforma con mucho menos, con saber de dónde procede la carne, cómo se conserva y qué ingredientes principales intervienen en su aderezo.

Ahora bien, todavía le resulta al mexicano absolutamente incomprensible nuestro “proceso electoral”, y el hecho de que esa incomprensión haya persistido durante treinta años agrava su perplejidad. Al fin, vencido, ha acabado por atribuir al azar la selección del jefe del Estado. Y es una verdad psicológica comprobable que el azar siempre produce incertidumbre, la incertidumbre angustia, y la angustia la necesidad de protegerse.

Tampoco puede aquietar al mexicano la consideración obvia de que siendo misterioso, en realidad incognoscible, nuestro mecanismo electoral, su término a nadie puede sorprender, porque procediendo todos los posibles de la misma camada, dará igual el pinto que el colorado. No puede tranquilizarlo porque teniendo en México el ejecutivo federal un poder ilimitado, la persona del Presidente importa mucho. Hombres de carne y hueso hacen la política en todas partes del orbe, por supuesto; pero en los países atrasados como Francia y Estados Unidos, existen los famosos *cheks and balances*, o resortes compensadores, que permiten corregir en buena medida la influencia de los factores personales. Aquí, dada nuestra situación de "México sobre todos", acudimos al amparo decisivo del Supremo Hacedor.

8 de agosto de 1969

AURORA Y ECLIPSE

Adiós la conversación con amigos y extraños. Igual comience con el tema inocente del tiempo que con el atrevidísimo del viaje lunar, pronto cae pesadamente sobre el Tapado. Así, resulta inevitable determinar si el nuevo presidente es tan importante para todos y cada uno de los mexicanos; si ya consumimos nuestras vidas charlando en el café; o si el hecho es síntoma de cosas dignas de reflexión. De todo esto hay en la viña del Señor.

Un nuevo jefe de Estado o de gobierno importa a cualquier nación, pero muchísimo más a aquellas de vida política enclenque. En México cuentan desmesuradamente las personas y poquísimo las instituciones. Aquí nada puede imaginarse que no se allane tocando un resorte personal, o algo que pueda conseguirse fundándolo tan sólo en el derecho, igual se trate de la obra ciclópea del Metro que de esa licencia para pescar cuya solicitud vengo aplazando con la vaga esperanza de encontrarme alguna vez con mi amigo don Octaviano (C.S.).

Por eso, la ICA y yo estamos tan pendientes del próximo presidente, y entre esa descomunal empresa y mi escueta figura se hallan apretujados como sardinas los 49 999 998 habitantes del país.

Añádase que buen número de mexicanos tiene hoy más ocio que hace treinta años. Los economistas explicarán esto asegurándonos que México es ya una *affluent society*, donde la riqueza brota, como el petróleo de don Jesús, de cada poro de nuestras tierras y nuestros mares. Y los sociólogos preguntarán que si no es ocioso, ¿qué otra cosa puede ser el mexicano?

Sin importar su origen, el ocio no basta para explicar la perenne cavilación sobre el Tapado, el afán morboso de levantar siquiera un dedo de la minifalda que lo cubre para imaginar sus tentadores contornos. Al ocio debe agregarse que el mexicano es imaginativo, y como aquí el pobrecillo tiene tan poca tela de qué cortar, inflama más aún su imaginación para alimentar una sospecha siquiera.

Allí está, en efecto, don Alfonso (M. D.): con voz, gesto y palabras dramáticas, afirma tronantemente que nada ni nadie forzará a su partido a ocuparse de la sucesión; que vendrá a su tiempo justo, justísimo, ni un minuto antes ni un segundo después, ya que agitarlo impedirá al país seguir labrando callada, tenazmente, el risueño porvenir que le aguarda a la vuelta de la esquina.

Todos obedecemos sin chistar, de modo que cayó sobre la nación entera la espesa cortina de hierro del silencio. Pero entonces don Antonio (R.) lo interrumpe para declarar sin mayor provocación que la edad le impide sentirse presidenciable, ya que la repugnante tarea de presidir los destinos de esta nación debe desplomarse sobre los hombros fornidos de los cuarentones. Los mexicanos nos estremecemos, pues como hasta entonces nadie había reparado en la edad de don Antonio ni parecía ser él singularmente coqueto, concluimos que tan brutal desconsideración perseguía eliminar a don Alfonso (C. del R.) y a don Antonio (O. M.), quedando tan sólo don Luis y don Emilio. Por fortuna, en medio de aquel estupor se oyó distintamente el grito desgarrador: "¡Cuenta el patriotismo, mas no la edad!"

Don Alfonso (M. D.) vuelve a lanzar rayos y centellas: ningún miembro de su partido puede despertar de su sueño reparador a la sociedad mexicana. Otra vez descende el denso velo del mutismo, y justamente para no interrumpirlo, don Emilio, musitando, le cuenta a sus amigos que, fruto de prolongados desvelos personales, tiene un plan de gobierno que, a más de atender las necesidades efímeras del actual gobierno, de casualidad cubre las que le brotarán al país desde que suenen las doce del día 1o. de diciembre de 1970 hasta las once de la mañana del 30 de noviembre de 1976. Don Emilio no desobedeció las órdenes de don Alfonso, pero sí siete intelectuales que saltaron alborozados gritando "¡Ése es nuestro hombre, ése es nuestro programa... y nuestro sexenio!"

Como nadie escucha la voz destemplada de estos intelectuales, de nuevo se abate la quietud; pero a poco la turba —¡quién lo creyera!— el mismísimo don Alfonso, al declarar que siendo su partido ajeno a toda refriega personalista, anda buscando, en efecto, "al hombre y al programa". Entonces es don Emilio —clama la multitud—, pues si él no es el único hombre, sí es el único que acarrea en el bolsillo un programa de gobierno. Para gozo de unos y dolor de otros, la cortina cae de nuevo. Se levanta a poco, sin embargo, pues el senador Ruiseco surge

empapado de candidatos: a más de don Emilio, los antes descartados don Alfonso (C. del R.) y don Antonio (L.), y el siempre latente don Luis. Entonces éste se actualiza apareciendo, seguro y risueño, en la portada a colores de una revista y con el respaldo respetabilísimo de algunos constituyentes.

Hasta aquí el único hecho concluyente era el habersele destacado a don Alfonso la caja de sorpresas que quería mantener herméticamente cerrada hasta abrirla él ante las cien mil almas expectantes que abarrotarían el estadio Azteca. Por eso, ha tenido que convocar a sus mujeres para decirles que siendo ya tan hombres como los hombres, pueden ser más hombres que los hombres si en esta vez son más discretas que ellos. Y doña Marta, doña María y doña Alicia le juran que ni de broma hablarán sino de la Luna.

Así sería cruel exigirle al mexicano, ocioso o trabajador, imaginativo o romo, que tan suculentos platillos no lo lleven a consumir el día y la noche rumiando el ahora Semi-Tapado o Semi-Encuerado, pues, en efecto, la Aurora asoma ya.

Por desgracia, queda una parte final que explica esa vana y estéril cavilación. Es la falta de una vida pública diaria y abierta, en que fueran forjándose, sobre hechos visibles y no bajo la ocultación y el disimulo, los verdaderos quilates de quienes aspiren a gobernarnos. De allí que todo quede librado a un azar caprichoso, incomprensible y dañino.

Existe un remedio inmediato, por el que yo pienso optar: eclipsarse, echarse a dormir profundamente para no despertar hasta que todo se haya consumado. Y en ese momento, caer de rodillas, persignarse y orar por la dicha de un país tan retozón como éste.

15 de agosto de 1969

JESÚS DEL GRAN PODER

No puede darse, ni en la Tierra ni en la Luna, en el pasado o en el presente, un espectáculo tan pasmoso y tan incomprensible como el que México presencia ahora: un país de dos millones de kilómetros cuadrados, de cincuenta millones de habitantes y con una historia milenaria, pendiente total, absolutamente de la palabra de un hombre solitario.

Alguien diría, por supuesto, que no hay razón para asombrarse, pues de 1888 a 1910 México vivió ese mismo espectáculo cada cuatro años y durante veintidós.

Tal recuerdo histórico es impertinente. Primero, porque se trataba de Porfirio Díaz, un hombre nada vulgar, antes bien, tan singular que en nuestra historia no se había dado antes otro ni hasta ahora se ha repetido. Segundo, Díaz se fue labrando una posición pública desde sus años mozos de guerrillero hasta llegar a gran capitán en la Guerra de Intervención. Tercero, concluida allí su carrera militar, Díaz comienza la política, y para ello, intriga todos los días durante diez años continuos, de 1867 a 1876, combatiendo, no con pigmeos, sino contra los gigantes Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias.

A más de estos largos y bien conocidos antecedentes, a Porfirio le lleva otros doce años (1876-1888) alcanzar el poder absoluto, y durante ellos fue descartando a jefes militares de la talla de Mariano Escobedo, Ignacio Mejía e Ignacio R. Alatorre, a juristas como Ignacio Vallarta, a parlamentarios como Manuel María de Zamacona, a intelectuales como Vicente Riva Palacio e Ignacio Ramírez, a caciques tan enraizados en el suelo local como el poblano Juan N. Méndez, el zacatecano Trinidad García de la Cadena, el neoleonés Gerónimo Treviño.

Por eso puede decirse con toda certidumbre que Porfirio Díaz trepó hasta lo más alto de la cucaña y se mantuvo allí veintidós años porque puso en ello un esfuerzo de seis lustros, esfuerzo que, además, desplegó a la vista de todo el mundo, en plena plaza pública. Entonces, con todo lo condenable que se quiera,

la dictadura porfiriana tenía y tiene una explicación racional, de que decididamente carece la actual.

En efecto, desde hace veinticinco años nuestros presidentes no han tenido siquiera el signo distintivo de un antorchado militar; ninguno de ellos participó propiamente en la azarosa vida revolucionaria; sus carreras políticas jamás alcanzaron una resonancia nacional perdurable, incluso cuando ya ocupaban una secretaría de Estado; ninguno ejerció la cátedra o el periodismo, o se labró una fama pública desde la tribuna parlamentaria o la popular. En suma, no puede explicarse racionalmente cómo cada uno de ellos, y no otros diez o doce, llegaron a la presidencia. Claro que algún mérito o habilidad debieron tener; pero, ¿cuáles fueron esa habilidad y ese mérito? Lo único comprobable es que un buen día, del modo más impenetrablemente misterioso, una catapultilla los disparó hasta el pináculo de la jerarquía política.

Entiéndase bien que no se dice que sus deslucidos antecedentes públicos y su misterioso ascenso a la primera magistratura condenen por necesidad su obra de gobernantes. La Historia la juzgará, por supuesto; pero quizás pueda decirse desde ahora que, dada la situación aquí pintada, alivia comprobar que de alguna manera el país ha seguido desenvolviéndose.

El misterio descrito antes no acaba allí, ya que, habiendo llegado a la presidencia de un modo tan extraño, ejercen un poder absoluto durante algo más de seis años. Tampoco para aquí el arcano, pues, al parecer, jamás cometen un error, de modo que nunca son censurados en el parlamento u otras reuniones públicas, en la prensa, la radio o la televisión. Por último, al retirarse los despide un aplauso tan atronador y prolongado, que ascienden fácil, orondamente al nicho de la consagración histórica.

Debe convenirse en que México, lejos de ser un país ordinario, tiene ganado ya el título de País de las Maravillas, o, por lo menos, el de Disneylandia Democrática.

Efectivamente, no hay una sola palabra en la Constitución que pueda, no ya justificar, pero ni siquiera dar pretexto para que las cosas ocurran como ocurren. Tampoco puede aceptarse que a esto conduce la existencia de un partido político oficial mayoritario, ya que en los Estados Unidos —y todavía recientemente en Venezuela, y algo más antes en Colombia— el partido demócrata es mayoritario y ha sido “oficial” cuantas veces ha estado en el poder. Ni hay razón teórica imaginable para que el PRI no sea un partido con cierta sabiduría, con alguna templanza, más limpio y menos chabacano.

Causa mayor impresión todavía la circunstancia de que nuestros hombres públicos jamás dicen una palabra que reconozca estas tristes realidades. Antes bien, las que dicen pintan de continuo un paraíso más irreal aún que el de Adán, pues dándose en el nuestro las manzanas en racimos tan apretados como si fueran de uvas, ni de broma se asoma una serpiente. Todavía más, muchísimo más: no hay una sola razón de conveniencia, de salud pública que pueda justificar un mecanismo político tan *sui generis* para determinar quién será el jefe del Estado mexicano. A despecho de todo esto, así hemos vivido nuestros últimos treinta años, y, por lo visto, tendremos para rato.

Un consuelo, sin embargo, puede quedarnos: haber ganado con exceso la Medalla de la Perseverancia.

17 de octubre de 1969

ÉSTE ES EL MÍO

Como jamás he consentido que nadie me imponga nada, y menos que me impongan a alguien, he tomado una resolución heroica pero consciente. Desafiando la iracundia de don Alfonso, y a sabiendas de que promoverá mi expulsión *ad eternum* del PRI, lanzo ahora mi candidato a la presidencia de la República para el periodo 70-76. Es...

Triste es decirlo, pero sé poquísimo de él, de hecho, casi nada. Comencemos, pues, por el único dato cierto que se tiene a mano, o, más bien, a la vista: el aspecto físico, la facha de los cuatro aspirantes que más han sonado y suenan todavía. Debo confesar que aun reducido el problema a estos términos, simples en apariencia, la perplejidad me hace temblar. Sólo a uno de los cuatro he visto directamente, con mis propios ojos, y aun he tenido la suerte de conversar con él brevemente un par de veces. A los otros tres (entre ellos el mío) apenas los he conocido por las fotos temblorosas de los diarios y por la imagen con "fantasmas" de la televisión.

De los tres, uno es más bien pequeño, y los tres restantes de estatura media. Aunque no he podido conseguir una foto en que aparezcan todos juntos, me hago la ilusión de que el mío sobresale de su más próximo rival uno o dos dedos. Algo es, de modo que aquí está el primer punto favorable.

El pequeñín es el más erguido; pero este dato desfavorable para mi candidato no me desalienta en lo más mínimo porque, aparte de habernos explicado la psiquiatría estas reacciones compensatorias, los otros tres nada encorvados son, si bien uno de ellos se doblega ligeramente al entregar las llaves de la Ciudad, cosa explicable por la frecuencia de la ceremonia y el peso desusado de ese inútil artefacto. Eliminados así dos de los cuatro, y defendiéndome tenazmente de todo prejuicio sentimental, todavía prefiero al mío porque siendo apostado, no resulta soberbio, cosa esta última que no puede decirse del único contrario que quedaba en esta prueba. Así, mi candidato se anota un segundo

punto favorable.

Pasemos ahora al rostro, a ese famoso espejo del alma. Dada la importancia decisiva de este dato, me pesa tener que ser aquí un tanto dogmático y quizás hasta tajante. Por anticipado admito que un mismo rostro dice cosas diversas, a veces diametralmente opuestas, a cada par de ojos que lo miran. A muchas personas les parece graciosa la cara de Lolita del Río, y a otras tantas les parte el alma su estiramiento. Pues bien, sin mayor averiguación uno de esos cuatro rostros presidenciales parece poco tranquilizador, otro inexpresivo y el tercero arrogante.

El de mi candidato, claro, merece un párrafo aparte. Sin duda que es el mejor estéticamente, como que en sus días estudiantiles arrastraba una cauda corta pero devota de admiradoras. El tiempo —¡maldito tiempo!—, pero sobre todo el vaivén de los negocios públicos, lo han marchitado un poco, además de haber descompensado el óvalo de la cara una prematura pero tenaz calvicie. Así y todo, repito que pocas dudas pueden haber de que es el mejor de todos.

Mas aquí no estamos hablando de estética sino de política. Entonces, valientemente abordemos la cuestión del alma que refleja o puede reflejar el rostro. Decir que aquí debo irme con pies de plomo sería usar una metáfora pesada; más bien haría falta el aletear tembloroso del colibrí.

Largas horas me ha llevado estudiar fotografías suyas y hacerme pasar a un costo exorbitante los videotapes en que ha aparecido. Revelan dos estados anímicos principales: uno, infrecuente, pero, aun así, discernible, el de un novicio afligido, y el otro, más constante, de un hombre en guardia.

Pensándolo bien, esas dos condiciones anímicas tienen un rasgo común y quizás un origen único: la inseguridad que da percatarse de que todavía están en manos ajenas los hilos que mueven las marionetas. La incertidumbre engendra por fuerza la aflicción, sólo que en ocasiones la congoja salta incontenible hasta reflejarse en el rostro del novicio, mientras que en otras se logra mantenerla comprimida dentro de la piel.

No faltará competidor malévolo que salte a condenar mi candidato gritando que un hombre inseguro, afligido o incierto, no hará un buen presidente. Más despacio caballero: en este momento no se trata de escoger un presidente, sino un candidato a tan alta magistratura. Este competidor malévolo puede estar seguro, segurísimo, de que el día en que don Alfonso trasmita la consigna a mi candidato de que él es el HOMBRE, el rostro

del novicio compungido irradiará firmeza, seguridad, aplomo, certidumbre, confianza, gravedad, continencia, mesura, en fin, todas las prendas que engalanan a un jefe de Estado.

Siento muchísimo no poder fundar mi predilección en razones más científicas, las quirománticas, por ejemplo. He puesto en este asunto tan atormentado interés, que sentí una morbosa tentación de rogarles a estos cuatro caballeros que me permitieran robarles diez minutos para leer las líneas de sus manos. Desistí por el temor de que, al fin hombres avisados, se negaran a complacerme, sabedores de que de allí saldría una predicción funesta que los haría renunciar incontinenti a los coqueteos a que han venido entregándose desde hace seis años.

Se me preguntará por qué fundo mi preferencia en consideraciones puramente científicas y no en las pragmáticas de la vida pública de los aspirantes. La razón es muy sencilla: esa vida que se llama con demasiada ligereza "pública", es estrictamente privada, y, por lo tanto, un escritor decente no puede meterse en ella.

El lector se preguntará irritado quién es, al fin, mi candidato. He hecho de él no un manido "retrato hablado", sino un retrato escrito, y bien escrito. Sólo me faltaría, pues, gritar su nombre; pero para salvarme de mi expulsión del PRI, le dejo esta tarea a quien corresponde (a don Alfonso).

EL SEÑOR DEL VENENO

Inútil buscar un problema comparable en complicación, delicadeza y gravedad al de cómo se salta a la presidencia de la República, por qué se goza en ella de un poder absoluto y cómo, al concluir su periodo, brincan derechito nuestros presidentes a la inmortalidad histórica. Debe haber mil causas que medio expliquen este recóndito secreto; pero al menos cabe señalar las sobresalientes.

Puede decirse que en el siglo y medio desde la consumación de nuestra Independencia, el mexicano ha mostrado un indolente desapego de la cosa pública. Nuestra historia está llena de lamentos cada vez que ocurren las elecciones de munícipes o de diputados, de senadores o presidentes. El lamento se exhala siempre con idénticas palabras y pareja rotundidad: el pueblo mexicano no va a votar.

El hecho se reprodujo con tan férrea tenacidad durante el siglo pasado, que surgió la idea de que si el pueblo se negaba a hacer las elecciones, el gobierno tenía que fabricarlas, ya que todas nuestras instituciones políticas descansaban en un hecho ficticio. También nació la ocurrencia de quitar el voto a los analfabetos, suponiendo que quienes sabían leer y escribir sí se interesaban en la vida pública. Se recomendó ensayar el sufragio directo, con la esperanza de que el entusiasmo del pueblo se despertara con la supresión de ese intermediario que era el elector. Asimismo hubo la piadosa admonición de redoblar el esfuerzo de una instrucción cívica que enseñara los derechos ciudadanos, su ejercicio y su defensa.

Es posible explicar esa indiferencia popular del siglo pasado. A la ignorancia, ya señalada, debe agregarse el aislamiento en que vivía la inmensa mayoría de los mexicanos. Un buen 70% de ellos residía en comunidades de menos de 2 500 habitantes, separadas unas de otras por distancias y peripecias geográficas que no salvaban las comunicaciones existentes, y en las cuales nunca había habido escuelas. Pero esta situación se ha modificado

en un grado increíble merced a las comunicaciones, una de las pocas tareas que la Revolución ha desempeñado con ejemplar continuidad, y a una educación que se ha extendido mucho horizontalmente.

Esas explicaciones del siglo pasado han dejado de operar en el presente; pero otros factores actúan todavía, digamos el que la gran mayoría de los mexicanos está ocupada y preocupada en la tarea cotidiana de ganarse el sustento; carece, pues, aun del respiro para atender a cosas remotas e inciertas como la política. También sigue operando la escasísima confianza que el mexicano pone en sus gobernantes. Y es natural: un ejidatario de la altiplanicie sabe que toda la suerte de sus cultivos depende de una lluvia que sólo el cielo o Dios pueden dispensar. ¿A título de qué ha de poner sus esperanzas en un lidercete de la CNC?

Pero hay una circunstancia exclusiva de la época actual, y que ayuda como ninguna otra a explicar el hondo abismo que separa nuestra vida pública real de la fingida, y que engendra todos esos misterios del ascenso impensado de nuestros presidentes, su poder absoluto y su salto risueño a la inmortalidad.

Es ésta: oculta bajo el desorbitado desarrollo industrial de los últimos treinta años, nació y ha crecido la industria de la política, que tiene todos los atributos propios de la fabricación moderna en gran escala: especialización, técnicas refinadas, maquinaria complicada, inversiones exigentes, jugosos rendimientos, una jerga especial para expresarse, etc.

Los atractivos de esta nueva industria resultan irresistibles. Quienes desean dedicarse a ella no tropiezan siquiera con el requisito de la educación secundaria, que hoy exigen para sus mozos las grandes instituciones bancarias. Tampoco requiere inversión de dinero, sino de modestas capacidades: una cierta tenacidad, alguna discreción y un sostenido silencio, una dosis moderada de astucia para adivinar el pensamiento o el apetito del superior, y, una vez conocidos, el entusiasmo corporal necesario para celebrarlo vociferantemente.

Las ganancias son con mucho el máximo incentivo de la industria política, pues son incomparablemente mayores que los de cualquier otra actividad económica, fabril, minera, bancaria, agrícola o comercial. Sin poner un solo centavo de capital, sin correr el más mínimo riesgo material y sin otro esfuerzo que el no muy extenuante de la "influencia" o la recomendación, el clásico y modesto corretaje del 10% rinde anualmente —se-

gún un econometrista— unos ocho mil cuatrocientos millones de pesos.

Además, la industria de la política da el poder, el dominio sobre la vasta esfera oficial y sobre el sector privado, cuya vida depende en última instancia del beneplácito oficial. Así, a los beneficios materiales se añade el deleite de mandar, de imponer, de dictar, de sentirse superior al resto del reino animal, de ver reproducida la propia imagen en la prensa, la televisión y la radio, en suma, de juzgarse héroe y hasta benefactor de la patria.

Así como la fabricación del cemento, de las telas o del calzado está reservada a los obreros y a los técnicos de la empresa respectiva, y, por ende, de ellas está excluido el ciudadano común y corriente, asimismo este ciudadano queda eliminado de la vida pública, reserva exclusiva de unos 5 000 profesionales de la industria de la política. Aún hay una diferencia inmensa entre la industria política y las otras. En una economía de mercado, un consumidor puede preferir los zapatos de una marca a los de otra; si ninguna le place, puede usar la alpargata o el huarache, y en último extremo caer en el recurso desesperado de caminar descalzo. Pero la industria de la política se distingue de todas las demás en que tiene un mercado absolutamente asegurado, pues, en efecto, nadie puede prescindir de sus productos, del gendarme, de la feicita apostada tras la ventanilla de la tesorería, del juez, de los legisladores o del Presidente de la República.

Sería el caso de recordar el dicho de Clemenceau: la guerra es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares. ¿No es la política un asunto todavía más importante? Entonces, no debe quedar reservado al político industrial, y debe regresarse a la artesanía de los viejos atenienses.

24 de octubre de 1969

PRIMERO MI GENERAL

Nuestros cuatro expresidentes han ofrecido el raro espectáculo de hablar a la nación uno tras otro en el brevísimo lapso de una semana y media.

Don Miguel es de suyo fácil, de modo que no extraña que a veces se ponga parlanchín... sobre el turismo, que en cuanto a las cuestiones graves, de esas que realmente conoce, es más vago que nadie. Don Emilio, bien locuaz en su trato privado, al aparecer en público le brota en seguida la reserva, aun la severidad del viejo tipo de jefe de Estado mexicano. Don Adolfo, animado conversador en sus días de La Parroquia, aventaja a todos en la noción de que un expresidente sigue siendo una figura pública que debe contar sus pasos. En cuanto a mi General, hace tiempo fue bautizado "La Esfinge de Jiquilpan".

Grato, gratísimo, pues, ha sido para los mexicanos escucharlos: cada uno con su marcado estilo personal, los cuatro son hombres de innegable talento, de variada y madura experiencia, en suma, estadistas, versados en el arte y las artes de la política.

Mi General fue el primero en hablar espontáneamente con su discurso tapatío; después, sin embargo, fue provocado con la eterna pregunta de si participaba o se proponía participar en la política, y dio la conocida respuesta negativa. Tal contestación fue, y ha sido siempre, poco convincente porque se estrelló contra los hechos.

Muy bien que mi General diga una y otra vez que él no interviene en la política, pues parte del oficio de político exige decir que no se hace lo que sí se hace, y a la vista del público, por añadidura. Pero resulta inadmisibles que mi General no se dé cuenta de que cada vez que habla se arma un revuelo de los mil demonios, revuelo que por desgracia no puede cuantificarse porque no existe un sismógrafo que registre tanto el temblor de la voz o de la pluma como el temblor ahogado del silencio. En efecto, el medio favorito de contrariar sus pronunciamientos públicos es no comentarlos... en voz alta.

También parece inadmisibile que mi General no se dé cuenta de que como los mexicanos siguen considerándolo el último presidente revolucionario, la izquierda aplaude a rabiarse sus declaraciones mientras la derecha se persigna llena de horror ante la perspectiva de que sus ideas, aun su temperamento, se incrusten otra vez en el gobierno.

En estas condiciones, ¿qué podría haber intentado mi General para no hacer política, y, de paso, convencernos de que realmente se ha despedido para siempre de Leonora? Nada, absolutamente. Aun si se encerrara a piedra y lodo en alguno de sus ranchos y se negara a decir siquiera un monosílabo a otra gente que no fueran sus trabajadores, haría política: se interpretaría ese enclaustramiento como una reprobación redonda de la política nacional.

Así, no le ha quedado a mi General otra salida que la que él se ha dado: hablar muy de vez en cuando.

Yo tengo para mí, sin embargo, que esa norma de conducta, impuesta por las circunstancias descritas, es manejada por mi General deliberada y admirablemente.

Todo hombre propende a prolongar la vida más allá de la muerte. Esto explica que el pobre a quien su padre pone en un momento de rabia el nombre de Propincuo, lo estampe en su hijo para perpetuar aunque sea ese disparate. Pero tratándose de nuestros gobernantes, el ansia de dejar una huella para la posteridad se ha convertido en furia desatada. Abruma pensar que alguna vez alguien se verá obligado a contar el sinnúmero de costeras, viaductos, periféricos, callejones, calles, avenidas, plazas, plazuelas, paseos, jardines, presas, bordos, escuelas, museos, plantas eléctricas o industriales, aeropuertos, carreteras, puentes, hospitales, sanatorios, fábricas, laboratorios, institutos, etc., etc., etc., que nuestros presidentes han bautizado alegremente con su propio nombre.

En esto mi General fue moderado, tanto por temperamento personal cuanto porque durante su reinado la furia todavía estaba larvada. Pero dudo muchísimo de que haya habido un presidente revolucionario con un sentido tan agudo de la Historia: a mi General sí le interesa, me atrevería a decir que sobre todas las cosas de este mundo, el sitio que le deparen los libros de historia nacional. Y quiere uno alto, el más alto de la era revolucionaria.

Aplica para alcanzarlo una norma sencilla: desaparecer por largas temporadas, evitando así gastarse con la exhibición conti-

nua; no mezclarse en la política menuda, y en un momento bien escogido con la certeza del rayo, una declaración izquierdista que, como el discurso tapatío, conmueva y reafirme su apostolado de las causas populares. Esa norma tan simple ha resultado eficaz: de todos los presidentes revolucionarios, mi General es el único cuyos bonos han subido desde que dejó el poder. Los otros bonos han caído en picada o se han estabilizado a módicas alturas.

Nada objetable hay en todo esto, excepto una cosa, que apenas sacar hoy a luz porque es viejísima: la alergia de mi General al intelectual inteligente. Por ejemplo, el fantasma literario al que acudió para su discurso de Guadalajara cometió dos yerros. El menor, pero, aun así, imperdonable, poner en labios de mi General una serie de palabrotas que jamás usa, rebajando así la autenticidad del documento. Y el mayor, no haber dramatizado la esencia del discurso: la tragedia inconcebible de ver reconvertirse en peón acasillado al pobre ejidatario, echando por la borda setenta años de sangre, de lágrimas, de tiempo, de esfuerzo, de dinero, pero, sobre todo, la ilusión de que los mexicanos al fin habíamos aprendido a redimir a nuestros hermanos.

5 de septiembre de 1969

SEGUNDO, DON ADOLFO

La toma de posesión como presidente de una nueva empresa asbástica no parecía la ocasión más propia para hacer declaraciones graves sobre la vida nacional, si bien debe uno recordar que para las suyas, don Alfonso (C. del R.) ha tenido predilección por el Día del Barrendero. El propio don Adolfo subrayó esa impropiedad al pedir que un secretario de Estado leyera "lo relativo a la nueva empresa", es decir, lo que realmente debió haber venido a cuento. En fin, muy consciente de ello, comenzó su declaración calificando de "insólito" el hecho de que a propósito de "¡Pum!" dijera lo que se proponía decir.

Resulta inevitable preguntarse qué ha podido violentar a persona tan circunspecta a hablar en una ocasión bien tirada de los pelos. Riesgoso resulta aventurarse en la quiromancia, y, sin embargo, a veces el meditabundo tiene que usar el instrumento de la hipótesis, entre otras razones porque, como en este caso, no tiene otro.

Yo creo percibir en las declaraciones de don Adolfo cierta impaciencia, una dosis moderada, pero discernible, de irritación, que debe tener mil orígenes, entre ellos, quizá, la soledad. Uno principal, sin embargo, conviene destacar. Don Adolfo parece percibir un relajamiento en la fe revolucionaria, percepción que lo lleva a decir cosas desproporcionadas. Llamar, por ejemplo, "compendio maravilloso" a la Constitución de 1917; o la opinión de que asombra que México, "nación todavía en la lactancia", haya conseguido en el brevísimo lapso de siglo y medio lo mucho, muchísimo que ha logrado.

Que don Adolfo exagera parece sugerirlo el que, como sin querer, él mismo se corrija. Con toda justicia afirma que en esos 150 años México ha abolido la esclavitud y los fueros; pero tratándose de los "privilegios", agrega que éstos pertenecen a "los pocos que tanto poseían y poseen". Y para aclarar este tiempo presente, explica que, en contraste con los pocos, existen "todavía inmensas mayorías que nada o casi nada poseen".

Admitiendo que a don Adolfo le apene ese relajamiento, la siguiente pregunta es ésta: ¿en dónde lo advierte? No puede ser en las palabras de los hombres públicos de hoy, porque cada día exaltan más delirantemente los logros asombrosos de la Revolución. Entonces, ¿no será en sus *actos*? Don Adolfo lo negaría terminantemente, pero, aun así, es de temerse que la sospecha perdure.

Más fundado es suponer que un ojo tan avizor como el suyo descubra que la fe en la Revolución Mexicana va perdiéndose, o se ha perdido ya del todo, en los sectores ajenos al mundo oficial y muy particularmente en la juventud. Si hay tal descubrimiento, al menos que le quepa a don Adolfo el triste consuelo de que muchos mexicanos compartimos su impaciencia y su pesar.

El objeto principal de las declaraciones es bien transparente, pero no por eso de menor interés. Se trata de cumplir el ritual al que deben sujetarse los expresidentes de brindar públicamente su apoyo al presidente en turno cuando se acerca la designación del sucesor. Don Adolfo lo ha cumplido no sólo con esa su muy reposada dignidad, sino con una largueza que puede asustar a los inocentes.

En efecto, don Adolfo le cuelga al Presidente "la enorme responsabilidad de interpretar qué es lo que quiere y necesita nuestro pueblo". Los inocentes recordarán que ningún tirano de la tierra ha dejado de ostentarse como intérprete único de las necesidades y aun de los gustos populares. La cábala porfirista era ésa, justamente: al suprimir las libertades públicas y dedicarse a construir ferrocarriles y telégrafos, Porfirio Díaz decía no hacer otra cosa que interpretar las necesidades y los quereres del pueblo mexicano. Todavía los inocentes agregarían otra consideración: si se tratara de un presidente verdaderamente consciente, no aceptaría una responsabilidad que con claridad rebasa las capacidades del hombre mejor dotado. Reflexionarían, en fin, que el curso de una sociedad democrática tienen que determinarlo las "interpretaciones" espontáneas, libremente expresadas de todos y cada uno de los ciudadanos de un país.

Pero nadie se alarme, pues don Adolfo ha querido decir con esa tremebunda afirmación algo más simple, a saber: como el presidente en turno tiene la "enorme" responsabilidad de designar a su sucesor, don Adolfo no pretende compartirla.

En esto, como era de suponerse, don Adolfo revela una gran delicadeza, aunque no mucha compasión. Nuestro "maravilloso compendio" de 1917, efectivamente, dispone que cada ciudadano

sea el intérprete único de sus propias preferencias, y para expresarlas sin dejar duda alguna, escribe en un papelito, de su puño y letra, el nombre de su elegido. Asimismo dispone que el Congreso, tras contarlos, declare quién logró el mayor número de votos. Y entonces, solamente entonces, interviene el Presidente para desempeñar la modestísima tarea de hacer publicar el decreto del Congreso.

Se ve, pues, que nuestra Ley Fundamental, con una compasión cristiana ejemplar, releva al Presidente no sólo de una “enorme” responsabilidad, sino literalmente de toda responsabilidad. Más todavía: confirmando ese finísimo espíritu cristiano, la Constitución diluye esa responsabilidad entre 16 millones de ciudadanos. La carga, así, resulta bastante llevadera.

12 de septiembre de 1969

AHORA DON MIGUEL

No poco ánimo requiere meterse a comentar las declaraciones de don Miguel, hechas recientemente a un redactor de este periódico. Las que alcanzan a entenderse, resultan vagas, y no por maña política; en otras estallan tan deslumbradoramente las contradicciones, que sorprende que al hacerlas no se haya advertido aquel chisporroteo; en fin, no faltan algunas cuya comprensión se vuelve imposible.

Tan aflictiva sorpresa impone la pregunta de cómo un talento político tan singular produce ahora semejantes frutos. La congoja crece al considerar que don Miguel, con sus buenos 64 años, es ya un *elder statesman*, y que en esta vez hablaba para un pueblo sufrido y desorientado, ansioso de escuchar la voz de la experiencia y de la sabiduría. Tan sólo sabemos lo que nos cuenta el reportero: don Miguel se hallaba de "excelente humor" (cosa poco novedosa), si bien el tono de su voz fluctuaba inexplicablemente entre lo "vigoroso" y lo "casi inaudible"; por último (y éste puede ser el signo ominoso), llevaba una corbata "con figuras extrañas".

El reportero, por supuesto, quería sacarle comentarios sobre el tema candente de quién será el Sucesor, o, por lo menos, un Retrato Hablado de él; asimismo, algo acerca de la participación de los expresidentes en la incubación del pollito, o siquiera una descripción del proceso, como la puede hacer el mayordomo de una granja avícola.

Cosa esperada, inevitable, don Miguel sacó el bulto, pero no con la gracia gitana de un Cagancho. Dijo, por ejemplo, que los expresidentes "realmente *deben* interesarse, como ciudadanos", en la sucesión presidencial. Sobra la prédica del "deben" porque es un hecho visible que se interesan en ella como en nada. La prédica debía dirigirse al ciudadano común y corriente, a quien desanima la certidumbre de que su opinión nada significa y de que su voto no será contado honestamente. De todos modos, lo dicho por don Miguel ya significaba la negación de que los ex-

presidentes participan en la incubación, ni siquiera echándose a calentar el huevo mientras la madre tullida abandona el nido para caminar un rato.

Pero en seguida vino la negación rotunda de que “nunca han interferido” en la sucesión. Usar la palabra “interferir” es bastante desdichado, pues, tratándose de cosas, quiere decir entrar en colisión u oposición, y de personas, mezclarse en algo “indebidamente”. Al parecer, nadie ha supuesto que los antecesores entren en colisión con el presidente en turno a propósito del Delfín; pero sí que se les consulta o se les piden sugerencias. Tampoco esto, afirma don Miguel, ya que jamás se les interroga sino “respecto de algún problema especial, en relación al [sic] puesto que ocupan”, o sea a él sobre turismo, a don Emilio acerca de seguros, a don Adolfo en cuanto a asbestos, y a mi General respecto de las pesquerías de truchas.

Los trazos más definidores del Retrato Hablado apenas logran una imagen desvanecida: primero, “las mejores cualidades cívicas y políticas”; segundo, haber tenido un “puesto público”.

La prueba inmediata de esta imagen la dispone el propio pintor del Retrato al reconocer graciosamente que el PAN es una excepción a esa norma, ya que este partido ha presentado candidatos presidenciales que “no han tenido estas calificaciones, estas cualidades”. Como don Miguel usa aquí el plural, es de suponerse que les niega a los candidatos panistas lo mismo el carecer de experiencia administrativa y política que “las mejores cualidades cívicas”. Al PAN le toca defenderse de este último reproche, que en cuanto al primero, ¿cómo quiere don Miguel que los panistas, y millones de ciudadanos libres, adquieran experiencia administrativa y política si el PRI y el gobierno no los dejan adquirirla?

Es de suponerse que, a pesar de su lenguaje enrevesado, don Miguel cree que ha dicho algo convincente cuando afirma: “. . . Aquel que no ha tenido un puesto público, es muy difícil de poder calificar, sus actitudes, sus conocimientos, sus experiencias o [sic] su actuación.”

Desde luego llama la atención lo arraigada que está entre nuestros políticos la creencia de que el país es un monopolio del gobierno, pues es claro que al hablar don Miguel de puestos *públicos* piensa en puestos *oficiales* y no en una posición, cualquiera que ella sea, expuesta al público. Éste, en efecto, sabe mucho más que don Bernardo (Q.), de don Carlos (P.), o de don Manuel (E.P.), que de don Luis (E.) o de don Emilio (M.M.). Y

en sus buenos tiempos, el público sabía muchísimo más que de unos y de otros, de Antonio Caso, de José Vasconcelos o de Alfonso Reyes. Así, la lógica acaba por reducir el razonamiento de don Miguel a la perogrullada de que no puede ni debe ser candidato a la presidencia de la República el Soldado Desconocido.

Claro que aquí entra la monserga de que aquél gran empresario, tan saliente industrial, tan colosal banquero o tan brillantes escritores desconocen la "realidad nacional". Conocer una realidad, es, antes que nada, entenderla, y en cuanto a entendimiento, no puede haber duda de que Caso, Vasconcelos y Reyes entendían mejor los problemas nacionales que todos nuestros políticos puestos juntos.

Pero se necesita, a más de entender las realidades nacionales, ser capaz de manejarlas, y desde este punto de vista pocos se hubieran resuelto a confiarles la presidencia a esos grandes escritores. Yo sí lo hubiera hecho, porque para mí la máxima dificultad está en manejar las realidades nacionales en beneficio de la colectividad, pues manejarlas en beneficio propio es facilísimo. Y ellos, Antonio Caso, Vasconcelos y Reyes hubieran intentado lo primero fogosamente, mientras que los que tienen "las mejores prendas cívicas y políticas" se van derecho "a lo que te truje", es decir, a los pesitos.

19 de septiembre de 1969

AQUÍ ESTÁ DON EMILIO

Según el reportero que lo entrevistó acerca de la sucesión presidencial, don Emilio "se mostró muy cauteloso", tanto, que afirmó rotundamente: "Yo soy la esfinge." Para apoyar más su determinación de guardar silencio, recordó que en 1936 había ofrecido que no ocuparía nunca más un puesto público, y que había cumplido con celosa fidelidad su promesa.

Aquí hay una pequeña confusión, que conviene aclarar. No es incompatible estar fuera del gobierno y opinar sobre política. Antes bien, alguien diría que lo que realmente apetece el público es conocer la opinión de la gente ajena al gobierno, entre otras razones porque se sabe de memoria las estrictamente oficiales. Añádase que don Emilio hizo política desde muy joven, que la practicó lo mismo en el escenario local que en el nacional, igual en el parlamento que en la administración. En fin, su mismo alejamiento le daría a sus juicios una perspectiva y un desinterés envidiables.

Tan ésa es la situación, que don Emilio se contradijo en seguida (como suele ocurrirle a las esfinges), pues acabó por decir que el hecho de haber aceptado el puesto de presidente de la Comisión Nacional de Seguros no le ha impedido "escribir y publicar mis opiniones sobre cuestiones de toda índole". ¿Por qué, entonces, las que dio sobre la sucesión presidencial resultan tan convencionales? ¿Por qué se parecen tanto a la que expresaría, digamos, el jefe priísta del sector juvenil del decimotercer distrito del estado de Tlaxcala?

Dijo don Emilio, por ejemplo, que es deber de los expresidentes "disciplinarnos a la resolución que en su oportunidad tome el Partido". Ése es el deber no de personas tan encumbradas como los expresidentes, sino de los 15 680 000 de ciudadanos mexicanos que somos miembros del PRI, pues, en efecto, sin un mínimo de disciplina es imposible la existencia de un partido político y menos su fortalecimiento.

Un pequeño punto pasó inadvertido don Emilio, sin embargo:

¿cuándo, en qué momento ha de aplicarse esa disciplina? Porque en los Estados Unidos vimos recientemente el espectáculo de tres miembros del partido republicano, Nixon, Rockefeller y Reagan, luchar no ya abierta, sino ferozmente uno contra el otro; asimismo, vióse a Kennedy, McCarthy y Humphrey hacerlo dentro del partido demócrata. Celebradas las convenciones nacionales de esos dos partidos, y habiendo elegido el republicano a Nixon y el demócrata a Humphrey, los miembros de uno y otro partido se “disciplinaron” y trabajaron por el candidato escogido mayoritariamente en cada convención.

Todos los mexicanos sabemos que hay por lo menos cuatro señorones que aspiran ardientemente a la sucesión presidencial. ¿Por qué, entonces, no lo dicen? ¿Por qué, a la inversa, juegan tan sólo a la ocultación, al disimulo, al engaño, en suma?

La pregunta, mi querido y respetado don Emilio, se impone: ¿es posible, es justo, que los mexicanos nos “disciplinemos” a una decisión en la que no hemos tomado, ni tomaremos, participo alguno? La pregunta es tanto más punzante cuanto que usted, con excesivo entusiasmo, declara que el Presidente es “el símbolo más grande de la Patria”. Pues bien, si se reclama de todos los mexicanos que veneremos ese “símbolo”, quisiéramos poner nuestro granito de arena en su fabricación, pues es obvio que si no hay granito, tampoco habrá veneración.

El Retrato Hablado causa un verdadero sobresalto, pues don Emilio le exige a los candidatos todo esto: revolucionarismo a toda prueba, honestidad, experiencia, capacidad y ecuanimidad. Como aun el más conspicuo de los aspirantes conocidos llenaría apenas una o dos de esas exigencias, surge el temor de si México no se quedará sin presidente en 1970. Pero no: el alma vuelve al cuerpo, ya que don Emilio añade en seguida que “en el régimen prestan sus servicios *muchas* gentes que están dentro de esas cualidades, y todas ellas muy destacadas”.

Podemos, pues, dormir tranquilos, que el águila o sol arreglará todo.

Comparando las reflexiones de nuestros cuatro expresidentes sobre la sucesión, se advierte una diferencia significativa. Las de don Adolfo, don Miguel y don Emilio, son ciento veinte por ciento convencionales, o, si se quiere, ortodoxas; las de mi General, ligera pero perceptiblemente heterodoxas. En su discurso tapatío, efectivamente, mi General excitó a los estudiantes a organizarse para actuar en política, incluso para presentarse a las elecciones de diputados y senadores, con la esperanza —dijo— de que gen-

te joven, no viciada, represente y defienda de verdad los intereses populares de sus respectivos distritos o estados. Esto, sin decirlo, quiere decir que no todo anda bien en el Institucional ni en la vida política general del país, o sea que el Partido no siempre escoge bien a sus candidatos, y, peor todavía, que no los vigila y menos los sanciona en caso de fallar.

Independientemente de quién tenga la razón, ¿cuál de los cuatro está jugando la mejor carta política? ¿Quién ganará el mejor puesto en la Historia? Si se piensa en el presente y en el futuro muy próximo, los tres primeros; pero de aquí, digamos, a seis años, será mi General quien recoja las apuestas del tapete verde.

26 de septiembre de 1969

EL SISTEMA SOLAR

Ya tenemos candidato; dentro de poco, campaña, y al año, nuevo presidente. ¿No convendría gastar este tiempo en pensar qué vamos a hacer con lo que se nos hizo? Porque el próximo gobierno no hereda del actual un plan y ni siquiera cuatro o cinco ideas coherentes; porque el PRI carece aun de una noción poética de lo que el país necesita y de lo que el gobierno puede dar; en fin, porque con todo el dolor del corazón debe confesarse que las primeras declaraciones de don Luis no pueden ser más desconcertantes. Tal, por ejemplo, la de una segunda etapa de la reforma agraria destinada a conseguir que el campesino mexicano compre los productos de la industria mexicana para salvar a esta pobrecita de la competencia extranjera. Veremos así el acto mágico de un campesino ignorante, pobre, enfermizo, arreglándose las para salvar a la Ford Motor Company de Cuauhtitlán de las acechanzas de la Ford Motor Company de Detroit.

Por eso, decididamente, la sigla del candidato y del futuro presidente no debe ser LEA, sino MEDITE, pues, en efecto, no basta leer (en el supuesto de que se lea), sino que hay que meditar.

Exageraría quien dijera que el México de hoy tiene un millar de problemas fundamentales por resolver, o siquiera cien; pero la cifra de diez no estaría lejos de la verdad. Aun con la caída de mil a diez, la tarea no se simplifica mayormente porque, a más de tenerse que seleccionar diez entre mil, los diez deben presentarse con sus respectivas prelaciones, o sea en orden decreciente de importancia y de urgencia. Por añadidura, puede estarse seguro de que si se pide a diez personas que cada una haga separadamente su propia lista, con dificultad coincidirán en los problemas mismos y mucho menos en las prelaciones que les asignen. Aun así, no es fácil pensar en otro ejercicio intelectual tan necesario y tan fecundo en posibilidades como éste.

Para mí, el problema nacional número uno es definir el sistema solar-político en que vivimos y queremos vivir, o sea deter-

minar quién es el sol y cuáles los astros, los satélites, los asteroides, etc. He usado muy deliberadamente la expresión "sistema solar" porque éste rige al "conjunto de todas las cosas creadas" que solemos llamar "mundo o universo". Si, pues, al conjunto de *todas* las cosas creadas le hace falta el orden que da un sistema solar, ¿cómo podrá dejar de haber tal sistema en un agrupamiento humano tan modesto como el nuestro? Así, la primera tarea es definir quién debe ser el sol de la sociedad mexicana, o sea el astro luminoso y el centro de su sistema planetario.

El siglo XIX debatió este problema en incontables batallas físicas y verbales sin resolverlo a satisfacción de todos; pero la historia del mundo desde el término de la primera Guerra Mundial lo ha despejado en gran parte. De allí que, contrariamente a lo que ocurría típicamente en la sociedad inglesa del siglo pasado, hoy ningún país hace del individuo su eje planetario. Lo ha sustituido la colectividad, llamada nación, país, Estado o gobierno. Por supuesto que dentro de esta noción general hay innumerables variantes, y algunas de ellas de suma importancia, pues, efectivamente, el gobierno o el Estado no tiene el mismo lugar, igual autoridad ni fines semejantes en la Unión Soviética que en los Estados Unidos, los dos extremos vivos y actuales de esas variantes.

A más de la experiencia universal, México tiene la suya propia, derivada del colapso del régimen porfiriano y de la victoria revolucionaria consumada en 1920. La historia ha demostrado hasta la saciedad dos cosas: primero, que el régimen porfiriano produjo un avance económico nunca antes visto en nuestro país; segundo, que ese avance, dejado a la inspiración del individuo, acabó por desviarse hasta producir las dos consecuencias que acarrearón su propia destrucción. Desde luego, sus frutos no se repartieron con un sentido tolerablemente equitativo, sino que quedaron en unos cuantos. Después, la intervención del capital extranjero resultó agobiadora, y por tanto, intolerable.

La Revolución Mexicana se propuso entonces darle un sentido colectivo al progreso nacional. Para cumplir este propósito, tan justo, tan necesario y tan difícil de alcanzar en la práctica, quiso darle al Estado o al gobierno la autoridad suprema, de modo que pudiera acometer las siguientes tareas. Buscar activamente el mejoramiento de las clases desheredadas, no sólo a la usanza antigua, protegiéndolas de una explotación descarnada, sino dándoles todos los medios necesarios para levantarse económicamente hasta la altura máxima posible. Encauzar la actividad de la

gente adinerada hacia fines que beneficiaran sobre todo a la colectividad. En fin, hacer del gobierno el promotor directo de todo sector económico que por cualquier razón no fuera impulsado de otro modo.

En suma, la Revolución Mexicana se propuso hacer de la colectividad, del Estado, o del gobierno, el sol de nuestra sociedad, el centro o eje planetario alrededor del cual giraran armoniosamente y en órbitas propias los otros sectores de la sociedad, como en el sistema planetario real.

Desgraciadamente no puede decirse que ese sistema, inspirado en la experiencia universal y en la propia nuestra, haya funcionado bien alguna vez; pero en los comienzos, en una forma u otra, funcionó. Sin embargo, su paralización se inició claramente desde hace unos veinticinco o treinta años, hasta ser hoy una mera ficción. ¿A qué ha podido deberse un cambio en sí mismo notable, ominoso y visiblemente dañino al país?

31 de octubre de 1969

LIMPIAR EL PASADO

Todos, o casi todos (pues siempre hay un tonto en las familias grandes) estamos convencidos de que el año de 1970 tiene una importancia singularísima para los mexicanos, entre mil otras razones porque se acaba un gobierno, otro comienza, y, entretanto, un país expectante va a la zaga sin saber a dónde lo llevan, y menos por qué ha de empujarse de éste y no del lado contrario. La cosa se complica porque eso de que "se acaba un gobierno" es un mero decir: de hecho, ese gobierno que se acaba, que debiera acabarse el 30 de noviembre, pretende prolongarse *ad eternum* si es posible; y el que comienza, no comienza propiamente hasta sacudirse el fardo del pasado.

Dentro de estos malos hábitos nuestros, todos los presidentes han hecho una cosa, y muy pocas otra.

A todos les brota incontenible la humana aspiración de dejar la mejor memoria de su conducta pública; por eso dedican su último año de gobierno a exaltar lo que en él han hecho o creído hacer. Entonces surge esa comparación discreta pero persistente de las hectáreas de tierra repartidas, del crecimiento de la reserva monetaria, de la inversión oficial, de la red de caminos y de tubos de albañal, hasta del número muchísimo mayor de habitantes de la República. Y todo esto como si tales maravillas se hubieran hecho con los recursos personales de los presidentes y como si todos nosotros no hubiéramos puesto nuestro granito de arena, sobre todo en eso de aumentar la población.

El pujar es tan rudo, que en estas olimpiadas político-administrativas siempre se inventan inocentes técnicas publicitarias: acaba de anunciarse que con este régimen toda la tierra imaginable quedará repartida. Claro que si en las venideras Olimpiadas se suprime la competencia del triple salto, quien en 1968 batió la marca resulta automáticamente campeón a perpetuidad.

Todos los presidentes, pues, se han esforzado por transformar el de sus obras en el mejor recuerdo posible, de hecho, en éxtasis arrobado; pero pocos se han preocupado de hacer olvidar el mal

recuerdo. ¿Por qué? Se ocurre que, al fin de barro, creen no haber cometido errores, al menos de esos que no desvanezca el céfiro del tiempo. Entonces el "no meneallo" les parece prudente.

Aun suponiéndola honestamente sentida, esta creencia puede tropezar con varios contratiempos: el primero, que no coincida con el juicio o el sentimiento popular. En los países donde hay una vida democrática auténtica, tal juicio y tal sentimiento se manifiestan inequívocamente en las elecciones, produciéndose la retención del buen gobierno o la expulsión del malo. Aquí falla este modo supremo de expresarse el sentimiento público porque el PRI gana las elecciones contra el viento más adverso y más desatado de la opinión pública y contra la marea más encrespada del sentimiento popular. Tampoco existen entre nosotros institutos técnicamente capacitados para indagar las principales corrientes de la opinión pública.

A pesar de todo esto, un gobernante podrá siempre averiguar lo que su pueblo piensa de él si en verdad lo apetece. Por ejemplo plántense en los pueblos pequeños a personas dotadas de grabadoras invisibles que registren las opiniones del pequeño artesano, de las amas de casa, de los vendedores callejeros, del estudiante, de los peones, etc. En todo caso, sólo el mal gobernante es incapaz de tomar de algún modo el pulso a la opinión pública; por lo tanto, resultará inútil cuanto esfuerzo haga para hacerse pasar como sabio y prudente.

Podría imaginarse otro motivo que ayudara a explicar por qué pocos presidentes se han preocupado de limpiar su pasado para entregar a su sucesor un gobierno reluciente. Sería el de que cada uno de ellos se considera un simple eslabón de la cadena llamada Revolución Mexicana o de los regímenes revolucionarios. Así, todos ellos se llaman a sí mismos revolucionarios; todos aseguran ser abanderados transitorios de la causa eterna del bienestar nacional. Es un hecho, sin embargo, que cada uno quiere singularizarse y dragonearla no sólo como el mejor, sino como el gobernante más revolucionario de todos. Pero el supuesto de que sean siervos de la Revolución sería una razón de más para dejarla inmaculada antes de abandonar la representación temporal de ella.

Mi General sugirió que se tributara en su aniversario el más fervoroso recuerdo a la Revolución Mexicana liberando a los "presos políticos". Debe concedérsele una particular autoridad en estas materias, tanto por su infalible instinto para dar con las causas populares, como por haber sido él uno de los poquísimos

presidentes que se empeñó en limpiar su gobierno de los malos recuerdos para entregarlo a su sucesor en las mejores condiciones posibles. Su idea, sin embargo, parece incompleta, pues aun cuando ciertamente esa liberación es el acto más urgente y sería el que más dramáticamente demostrara una generosa comprensión, faltarían otras dos obras conciliatorias sin las cuales la limpieza del pasado quedaría a medias: una, con la comunidad universitaria, y otra con el gremio médico, que corresponden a los tres grandes conflictos del sexenio.

Volvamos al ejemplo dado por mi General. Toda nuestra historia contemporánea está por hacerse; pero ningunos ensayos tan malogrados como los hechos para apreciar el reinado de mi General. Recordado a esta distancia, despierta la impresión de una mezcla mal avenida de vigorosos impulsos destructivos, de medidas radicales generosas pero poco meditadas, que solieron conducir a la rectificación o el marasmo. Mi General debió sentirse satisfecho de aquella obra, pero considerándola apenas como una primera etapa, que exigía clarificar y ordenar las cosas para consolidarlas y hacerlas fructificar finalmente. Por esto, la selección de don Manuel parece haber tenido el significado de una excusa a la sociedad mexicana por haber dejado inconclusa una tarea.

2 de enero de 1970

EL PUENTE INFORMATIVO

Francia es un recién llegado al régimen presidencial de gobierno. Así, nuestros viejos maestros de derecho constitucional no saben aún si el poder ejecutivo reside en el presidente de la república o en el primer ministro, por ser éste, al parecer, el único responsable ante la Asamblea Nacional. Francia, pues, no puede, como antaño, servirnos de modelo. Volvamos entonces los ojos a los Estados Unidos, el verdadero inventor, por otra parte, de semejante régimen.

Allí es vieja la preocupación de cómo tender un puente entre el presidente de un partido opositor que ha ganado las elecciones, y el que deja el poder por haberlas perdido. El propósito de ese puente es, por supuesto, evitar las contingencias de la ficción jurídica de un presidente que deja el mando al sonar la hora exacta de un día determinado, y otro que lo asume un instante después. La realidad es que no hay problema que vaya a manejar el nuevo mandatario que carezca de antecedentes cuyo conocimiento íntimo sólo tiene su predecesor. Así, ha parecido, no ya recomendable, sino necesario, que al saber el resultado de las elecciones, el candidato vencedor tome contacto con las autoridades salientes para recibir de ellas las informaciones que le permitan actuar con conocimiento de causa en cuanto proteste.

Sin embargo, nada fácil fue llegar a un entendimiento por razones políticas poderosas. Primero, los dimes y diretes de una campaña electoral no son el signo más propicio para que los líderes de los partidos opositores conversen serenamente sobre los grandes problemas nacionales. Después, los futuros gobernantes no quieren que la opinión pública les atribuya la responsabilidad de haber aprobado las medidas adoptadas por el gobierno en este periodo de transición. Un segundo temor: que so capa de las pláticas informativas, los funcionarios salientes traten de "vender" a los futuros su política, sus decisiones y aun su personal.

Pero la conveniencia del puente se transformó en necesidad dramática al convertirse los Estados Unidos en superpotencia, y

sobre todo cuando las armas nucleares impusieron al Presidente la inaplazable responsabilidad de decidir en segundos si aprieta el botón que dispara los cohetes nucleares. Por eso, el congreso norteamericano ha votado recientemente el dinero necesario para afrontar los gastos que supone este puente entre los dos gobernantes.

Nuestra situación parece bien diferente. De un lado, nuestra historia no ha visto todavía a un candidato presidencial opositor llegar al poder por haber ganado las elecciones. Entre nosotros el gobierno las gana siempre, y sólo las armas pueden echarlo del poder. Cuando esto último ocurre, los combatientes queman puentes, no los tienden. De otro lado, lejos de poseer nosotros armas nucleares, jactanciosamente nos hemos desnuclearizado de núcleos que nunca tuvimos ni soñamos siquiera tener.

¿Querrá decir esto que en México sobra tender puentes y aun que nos saltamos todos como gallardos atletas?

Aquí operan circunstancias menos aparatosas, pero muy atendibles. La primera, el funcionamiento verdaderamente feudal de las dependencias del ejecutivo. En todos los países, por supuesto, se dividen éstas por funciones: hay una Secretaría de Estado encargada del tesoro público, otra de la agricultura, una tercera de las cuestiones del trabajo, etc.; pero el espíritu con que se manejan es distinto. El celo que entre nosotros pone un secretario de estado para que nadie, absolutamente nadie, se asome siquiera a su feudo, raya en una demencia sólo comparable a la tenacidad con que ignora lo que otros secretarios hacen o pretenden hacer.

De esta situación de soberbia ignorancia y de sordo aislamiento apenas se salva parcialmente el ministro de Hacienda porque su monstruoso e indefinido poder le permite observar algunos actos de sus colegas. En el extremo opuesto está el secretario de Gobernación: aun suponiéndolo el verdadero manejador de la política interna, ignora con todas sus fuerzas cuanto atañe a las cuestiones económicas y sociales del país. Entonces, si se recuerda que en el último cuarto de siglo cuatro de nuestros cinco presidentes han procedido de la Secretaría de Gobernación, se entenderá cuán útil sería tenderles a tiempo un puente informativo.

Agréguese una circunstancia todavía más grave: el carácter estrictamente privado que tiene la vida de nuestros hombres públicos. Las expresiones tapado, tapadismo, jugar al tapado, destapar o ser destapado, son verdaderos hallazgos, pues corresponden de modo exacto a la realidad nacional.

Desde luego el círculo estrechísimo de que salen los candidatos: definitivamente quedan descartados el procurador general y los tres jefes de Departamento por más que para llamar la atención planten muchos rosales, exageren el tinte blanco de la cabellera, o viajen a todas partes del mundo. Quedan doce secretarios de Estado; pero ni en esta ni en las anteriores ocasiones pintaron más de tres. Por lo demás, sería inútil que fueran los doce, porque todos juegan al tapado, a agazaparse, es decir, a "agacharse como lo hace el gazapo cuando quiere ocultarse". No hablan, no escriben y menos discuten; no aparecen ni se exhiben en público; sólo en el recinto sagrado del hogar se ponen en pantuflas.

Por desgracia, este panorama apacible cambia instantáneamente al ser destapado el candidato. Como hay que demostrar en seguida que es un candidato sobrenatural, se le empuja a opinar públicamente de todas las cuestiones habidas y por haber, internas y externas: políticas, económicas, sociales, culturales.

Por esta sola razón, ¿no convendría tender un puente informativo entre el destapamiento y la toma de posesión?

9 de enero de 1970

EL EQUIPO Y SU CAMISETA

Como no hay peor lacra política del México actual que el tapadismo, el país llevará una vida innecesariamente viciosa y expuesta a sorpresas peligrosas mientras no se la extirpe para siempre. Mucho más grave todavía es que, habiéndola llevado en el rostro, como repugnante mancha de pinto, unos treinta años, nuestros hombres públicos se empeñan en proceder como si fuera tan sólo una invención perversa de sus enemigos. De hecho, esa mancha se ha extendido hasta cubrir todo el cuerpo político, pues aun cuando se amorata más a la hora de una elección presidencial, el tapadismo se practica a diario en todo el territorio nacional, en la elección de las legislaturas locales y federal, de los gobernadores y de los alcaldes pueblerinos. Y lo que hace poco tiempo se creía inverosímil, parece estar a punto de suceder: la publicación de una obra de seiscientas páginas titulada *Tapadología*, o, según la etimología griega consagrada, *Tratado o Ciencia del Tapado*.

Incluyéndome a mí, habíamos una docena de ciudadanos que en un rasgo de supremo sacrificio por la Patria, nos plantamos en el Zócalo, arropados desde la punta de los pies hasta el más rebelde mechón de la cabeza, con la esperanza de que una mano justicieramente selectiva descubriera en un momento dado a uno de nosotros, exponiendo a la curiosidad pública sus flaquezas físicas. Durante aquellos largos, angustiosos meses de sol, de frío, de lluvia y de viento, de soledad y desamparo, sólo la esperanza de ser los finalmente escogidos nos mantuvo erectos sobre nuestros pobres pedestales. Pero como la condición misma del juego era no poder ser identificados inoportunamente, permanecimos inmóviles y callados, sin pensar en otra cosa que en aquel ansiado instante en que desnudos descenderíamos triunfantes.

Ya sabemos cuál fue el resultado de tan penosa y vana espera; pero precisamente por eso don Luis tendrá que convenir conmigo en que durante esos seis años suyos y los nueve meses míos (periodo este más clásico), ni él, ni yo, ni ninguno de los otros,

hicimos otra cosa que esperar de esperanza y esperar de aguardar. Pero no pensar, ni discutir, hablar, escribir, informarse o leer, es decir, prepararnos a gobernar, porque eso nos hubiera delatado. De aquí la consecuencia inevitable del tapadismo: la improvisación para tapar la impreparación.

Esto es malísimo, pero todavía peor es que, siendo así las cosas, no se trate de mitigar los desastrosos resultados que acarrea toda improvisación en materia de gobierno.

Se ha sugerido ya el recurso de tender un puente informativo entre el gobernante que se va y su sucesor, pero hay otro: anticipar la alineación del equipo y decidir la camiseta con que saltará a la cancha para rifárselas con el adversario. Pero... ¿qué va!: el último acto del proceso tapádico es la formación del gabinete, que se resuelve en secretísimo conciliábulo a las altas horas de la noche del 30 de noviembre. De allí las chuscas y bien conocidas escenas que ocurren el 1o. de diciembre en el Palacio de Bellas Artes: un embajador que encuentra ya ocupada por un ingeniero agrónomo la silla del director de Petróleos Mexicanos que creía reservada para él, o el senador que se acomoda entre sus colegas sólo para que lo levante el director de ceremonial de Relaciones a fin de llevarlo a la silla del ministro de Agricultura.

Por supuesto que a estas alturas algo habrá pensado don Luis sobre su equipo. En cuanto a la camiseta, ha sido terminante: será juvenil, de modo que es de preverse un fondo guinda con bandas ondulantes amarillo papaya. Pero, ¿y los jugadores, los que van a llevarla y defenderla hasta llegar a ser campeones de liga y de copa?

No quisiera estar en la piel de don Luis por mil motivos, pero por éste particularmente. Conoce un número limitadísimo de personas más o menos probadas: digamos tres gobernadores, tres jefes de jefes del PRI; sus catorce antiguos colegas de gabinete, un par de directores de organismos descentralizados y cinco o seis diputados y senadores. En total, unos veinticinco. Ocurre, sin embargo, que muy pocos de éstos podrá o deberá usar, en parte porque ninguno resultó una maravilla, y en parte porque el pueblo quiere ver caras nuevas a falta de nuevos principios o siquiera métodos distintos. Esto sin contar con que cargar con fardos viejos siempre se interpreta como imposición y no escogimiento libre.

Ésta es otra de las muchas desastrosas consecuencias de haber reducido la vida pública de México a un juego de escondidillas. No puede dudarse de que en este país existe un número sobrado de personas para formar un esplendoroso equipo de go-

bernantes. Pero, ¿dónde están, cómo se llaman, qué preparación tienen, qué han hecho y de qué serían capaces? Para medir el proceso de degeneración, piénsese en lo que ocurría antes de que las escondidillas fueran el juego de moda: en 1920 todo el mundo sabía que Antonio Caso y José Vasconcelos tenían ideas sobre la educación pública; igual ocurrió con Miguel Gómez Morín y Vicente Lombardo en la siguiente generación, y con Narciso Bassols, de la última. Nombrarlos ministros de Educación, como lo fueron dos de ellos, hubiera sido jugar una carta esperanzada y no desconocida. Hoy puede uno torturarse la cabeza preguntándose quién diablos puede ser el ministro de Educación de don Luis, y no sale un solo nombre seguro, y apenas un par de “experimentales”.

Aparte los colores de la camiseta, hay que romper los precedentes para alinear cuanto antes el equipo, y formarlo, por supuesto, con un número suficiente de reservas para acudir a ellas implacablemente a la menor falla de un titular. Verá entonces don Luis que su selección tendrá mejor éxito que la nacional, que decididamente no da pie con bola aun si se llama “combinado”, pues entonces no combina.

16 de enero de 1970

VANA ESPECULACIÓN

Los devaneos sobre el próximo equipo de don Luis se desataron como vendaval el día mismo del destapamiento. Sus compañeros de la Facultad de Derecho, por ejemplo, le entregaron de inmediato sus respectivas historias personales. Eran tan halagüeñas, que don Luis podía holgadamente escoger de ellas a todos sus ministros, subsecretarios, oficiales mayores, jefes de Departamento, directores de organismos descentralizados, embajadores, etc.

Pero la razón indica que antes de pensar en fulanito de tal, requiérese establecer criterios generales para escoger después a las personas. A sabiendas de que ni antes ni ahora se harán así las cosas, cabe divertirse explorando esos criterios generales.

Por supuesto que el primero es si deben retenerse algunos de los actuales dirigentes. Puede asegurarse que el clamor público diría que NO, y en manera alguna porque ese grito desgarrador sea explosivo y grueso en sus apreciaciones.

Puesto a razonar, el sentimiento popular diría que una de las pocas conquistas verdaderas de la Revolución es el impedimento constitucional para que se reelijan el Presidente de la República, los miembros del Congreso y los gobernadores de los estados. Entonces, el cambio total de equiperos del poder ejecutivo está en perfecta armonía con el espíritu visible de renovación periódica de nuestra Constitución.

El otro vuelco del sentimiento público sería éste: quizá tengan sus méritos cada uno de los dirigentes actuales; pero ninguno, aun en pleno delirio megalomaniaco, osaría decir que los suyos son tan colosales, que sólo la perpetuidad en el poder puede compensarlos. Por el contrario, en su intimidad admitirían que ya está bien sacarse una vez en la vida el gordo de la lotería.

Al fin blando y compasivo, el sentimiento popular se consuela pensando, primero, que ninguno de los despedidos pasaría por las estrecheces del obrero desocupado, y segundo, que la patria seguirá recibiendo los beneficios de su talento y, sobre todo, de

su desinterés, en las actividades privadas que emprendan.

Tratándose de renovar todo el equipo, póngase el ejemplo del secretario de Relaciones para ilustrar uno de esos "criterios generales". Para evitar todavía más las consideraciones personales, puede ensayarse una definición negativa: cómo NO debe ser un secretario de Relaciones.

Desde luego, NO ha de pertenecer al Servicio Exterior. A primer oído, esta negación suena a disparate solemne: siendo los miembros de ese servicio los únicos profesionales de las relaciones internacionales, ¿es admisible ponerlas en otras manos, necesariamente inexpertas? A esta condenación teórica o de sentido común, se agregaría la pragmática de la experiencia: han procedido del Servicio Exterior cuatro secretarios de Relaciones sobresalientes: Torres Bodet, Padilla Nervo, Tello y Gorostiza.

Para enfriar un poco la aparente contundencia de estos dos argumentos, piénsese en la tradición inmemorial de los países occidentales y de los Estados Unidos: rarísima vez, o nunca, ha sido secretario de Relaciones un diplomático de carrera. La razón es sencilla: una cosa es idear la política exterior de un país, y otra muy distinta aplicarla en los casos concretos que se presenten. La primera función, la propia del secretario de Relaciones, debe desempeñarla el hombre que tenga una idea muy clara del curso de la política interna y de los intereses nacionales que puedan ser afectados por la conducta de otra nación. Al diplomático profesional le corresponde seguir las instrucciones que le permitan abogar por tales intereses. En suma, casi un abismo separa al político del tecnócrata.

Descendiendo a las realidades mexicanas, no cabe ilusionarse con que los miembros de nuestro Servicio Exterior sean siquiera tecnócratas o profesionales de las relaciones internacionales puesto que ingresan a él con sólo nueve años de escuela: seis de primaria y tres de secundaria. Los profesionales de medicina, ingeniería, leyes o economía, estudian de ocho a diez años más. Debe considerarse también la experiencia que adquieren en el ejercicio real de su oficio: labores oficinescas rutinarias diarias, y tres veces al año, alguna gestión diplomática modestísima.

Queda el argumento pragmático: en la medida que uno crea que esos cuatro caballeros fueron de verdad grandes secretarios de Relaciones, en esa justa medida debe atribuirse su distinción a prendas personales enteramente ajenas a su oficio diplomático.

Además, confiar la política exterior a los miembros del Ser-

vicio Exterior tiene una desventaja inevitable y grave: como los de cualquiera otra cofradía, viven peleándose entre sí, pero se cierran herméticamente para impedir que entre al convento siquiera un rayo de luz. De allí los casos reales y comprobables de haber sacrificado intereses nacionales para proteger al cofrade.

Sobra decir que ser ajeno al Servicio Exterior no hace automáticamente a cualquiera un buen secretario de Relaciones, como lo demuestra una experiencia aplastante y trágica.

El otro requisito negativo es este: NO debe ser secretario de Relaciones el embajador en Washington, sobre todo ahora, porque sería la tercera vez al hilo, y ya se sabe: a la tercera, es la vencida. La razón es o debiera ser obvia: si algún prestigio tiene o puede tener la diplomacia mexicana, es su independencia de Estados Unidos. Sería imposible sostener esa bandera ante el hecho ya convertido en norma de que para ser secretario de Relaciones es necesario pasar los seis años de primaria en la escuela del Departamento de Estado.

NO todas las secretarías de Estado exigen estos criterios generales, excepto, claro, la honestidad y la competencia, como ocurre con Recursos Hidráulicos. A la inversa, Hacienda e Industria y Comercio los reclaman imperiosamente. Manejan asuntos de gran cuantía y que importan muchísimo a los sectores privados más poderosos y persuasivos. Así, no podrán salvaguardar los intereses colectivos si los ministros de esos ramos son incapaces de mantenerse a cierta distancia del banquete y las copitas, para no hablar de otros cañonazos menos ruidosos pero más mortales. Los peligros son aquí tan grandes, que valía la pena cuidar hasta el tipo físico de los candidatos, inclinándose por el que tenga un decidido aire ascético. Por eso, yo no vacilaría en echarme por esas calles de Dios llevando a mano una reproducción de esos santos macilentos del Greco hasta dar con un hombre semejante, con ése cuya severidad se marca en el rostro.

23 de enero de 1970

LAS HERRAMIENTAS

Aquí se ha sostenido que antes de pensar en los fulanitos de tal que llenen y rellenen los principales puestos administrativos del próximo gobierno, deben establecerse criterios generales para seleccionarlos. Se citaron los ejemplos de los secretarios de Relaciones, Hacienda e Industria. Del primero se dijo que no debía pertenecer al Servicio Exterior ni ser o haber sido embajador en Washington; de los segundos, que no podían ser glotones ni viti-consumidores para resistir los halagos más fáciles de la iniciativa privada con la que tienen que tratar.

En realidad, una lógica estricta debió imponer como tarea previa definir las herramientas del Ejecutivo para determinar el número de puestos a repartir.

Nadie parece haberse percatado de un hecho tan obvio como éste: el simple paso del tiempo, la creciente complejidad de la sociedad moderna y el papel más y más preponderante del poder ejecutivo en la vida nacional, imponen afinar y coordinar esas herramientas para sacarles la máxima eficiencia posible. Si un mecánico de barrio repasa, ajusta y lubrica sus motores a cortos y repetidos intervalos, ¿cómo no lo hace un gobierno que puede inclusive acudir a expertos privados, nacionales y aun extranjeros si fuese necesario? A esta pregunta no cabe sino esta respuesta: a nuestros gobernantes no les interesa gobernar bien, sino simplemente gobernar, es decir, mandar.

Bastan unos ejemplos. La Revolución hizo de las cuestiones agraria y laboral sus dos principales preocupaciones. Sin embargo, durante largos años se despacharon los asuntos del trabajo en un simple Departamento de lo que hoy es Secretaría de Industria. Antes de iniciarse nuestro gran crecimiento industrial, se creó una secretaría especial, que ha acabado por tener un secretario, dos subsecretarios, una copiosa burocracia y un edificio espantoso, pero tan grande, que cualquiera diría que toda la economía nacional está montada en la industria.

En cambio, los asuntos agrarios jamás pasaron de un simple

Departamento, cuyo alojamiento material no despertó siquiera el apetito de un contratista voraz. Además, a los asuntos agrarios se le pegaron los de colonización, tarea esta para la cual no fue dotado, y que por ende no ha cumplido. La triste historia del Departamento Agrario no ha concluido todavía: se ha anunciado recientemente que no quedan ya tierras por repartir, y don Luis ha insistido en que él entrará con sus huestes en el ejido para hacerlo productivo. Es decir: el Departamento Agrario perderá su función principal de repartir tierras y no podrá encomendársele la nueva porque teóricamente la desempeña la Secretaría de Agricultura. Entonces, ¿qué va a pasar con él?

Muy de paso recordamos las humoradas de haber tenido una secretaría de la "Economía Nacional", de la cual estaban excluidas la agricultura y la ganadería, o la de un Patrimonio Nacional a quien no se le deja oler siquiera el petróleo.

Pero hubo un rayo de luz en este panorama sombrío: la invención genial de los llamados "organismos descentralizados", una unidad de trabajo inspirada en ambiciones nacionales. La Revolución Mexicana buscaba crear una economía "mixta" en que convivieran empresas del Estado y empresas privadas, convenida, como alguna vez lo estuvo, de que el móvil del lucro personal no siempre coincide con los intereses superiores de un pueblo. Y justamente porque la Revolución puso un enorme interés en esas empresas estatales, quiso hacerlas tanto o más eficaces que las privadas. Admitió con buen sentido que el gobierno no debía manejarlas directamente, sino hacer de ellas entes autónomos, y copió los órganos tradicionales de las empresas privadas: un consejo de administración que establece las líneas generales de acción, un director o gerente más la necesaria planta administrativa y técnica, que las ejecute.

Pero sus propios inventores estropearon ese instrumento genial. Su creación no correspondió a un plan, sino a decisiones caprichosas, de modo que se han multiplicado innecesariamente. Formaron sus consejos de administración los secretarios de Estado, con estas consecuencias: "oficializar" las empresas; privar de la libre iniciativa a los gerentes y directores, u obligarlos a acudir al Presidente para hacerse valer; carecer de tiempo los secretarios para estudiar los asuntos y aun para asistir físicamente a las sesiones. En fin, faltos de libertad y de deseos de acertar, los consejeros no designan gerentes a elementos jóvenes, preparados, con afición por esas tareas creadoras, sino que esos puestos son parte del botín que se reparte cada seis años.

Como en el caso del Departamento Agrario, la historia melancólica de los organismos descentralizados no parece haber concluido todavía. Hace unos dos años, con el pretexto de evitar que cometieran grandes disparates, fueron puestos bajo una dependencia mal definida de la Secretaría de Hacienda, como si ésta no los cometiera; como si tuviera capacidad y medios de enderezarlos de verdad, y como si ella, sin ningún añadido, no formara ya un inmenso latifundio de fiscalización estéril, latifundio cuya repartición, por lo menos en dos secretarías, no fuera ya inaplazable.

Aquí tiene don Luis un puesto más para rifarlo entre sus adeptos si decide partir en dos la Secretaría de Hacienda; pero quizás perdiera uno si le echa un vistazo a ese pequeño monstruo llamado Secretaría de la Presidencia.

Los politólogos norteamericanos, que con diligencia y candor buscan siempre razones que expliquen hasta nuestras extravagancias, supusieron que una realidad había dictado la creación de esa secretaría: como todo depende ya del Presidente, se ha querido "institucionalizar" el reparto de sus favores, que antes se regaban privada o personalmente. Los politólogos mexicanos no fueron menos ingenuos, pues pensaron que quería introducirse alguna coordinación en los trabajos de las secretarías de Estado. Para ello, a más de crearse una dedicada especialmente a esta tarea, se la colocaba en una posición superior para ver toda la acción del poder ejecutivo. Envanecidos, proclamaron que la Secretaría de la Presidencia superaría al anticuado método europeo de las reuniones periódicas, parciales o generales, del gabinete presidencial.

El resultado real está a la vista: un gato más, o un perro más, en el costal de las discordias burocráticas.

En suma: con ganas de meter algún orden o lógica, el proceso completo para elegir la selección o el combinado sería éste: primero, determinar las funciones que debe tener cada una de las herramientas del poder ejecutivo; segundo, numerarlas; tercero, establecer criterios generales para filtrar por ellos a los mecánicos que deban manejarlas; cuarto y último, someter los puestos de mecánicos a una subasta pública para ver quién ofrece por ellas más competencia, mayor patriotismo y un desinterés superlativo.

6 de febrero de 1970

EL CIMIENTO DEL RASCACIELO

Los reporteros de este periódico que han acompañado a nuestro candidato en su incesante peregrinar, han levantado una magnífica cosecha al pintar vívidamente hombres, situaciones y problemas de cuya existencia no estaba enterada la generalidad del país. Éste debe estarles agradecido, pero también don Luis, a quien van prestándole un servicio político que no podrá pagar sino reconociendo que los beneficios de una prensa libre favorecen también al sector oficial.

Las últimas de estas grandes crónicas se han referido a los municipios, es decir, al cimiento del rascacielo administrativo y político de la nación. Dificilmente puede exagerarse la importancia de esas crónicas por ese solo hecho; pero hay otros: el haber pintado con fidelidad los disparates que dicen nuestros alcaldes es valiosísimo, pues revela cuán difícil es dar, aun en sitios de la magnitud del puerto de Veracruz, con personas que conozcan siquiera las piezas principales de nuestro mecanismo político. Pero esta misma ignorancia indica que, aun sin saber con exactitud dónde está el mal, nuestros alcaldes expresan un gran desencanto de esta institución.

En efecto, un alcalde sostuvo que los impuestos al comercio exterior debían quedarse en los municipios por donde las mercancías que forman ese comercio entran o salen, y no ir a parar a las llamadas juntas de mejoras materiales. No *todos* los impuestos a la exportación e importación pueden destinarse a los ayuntamientos o las juntas. Aparte de tener que separarse del monto bruto el costo de la percepción, esos impuestos representan una porción importante del total de los ingresos federales. A lo largo del siglo xix significaban entre el 60 y el 40 por ciento del total, y todavía en 1930, el 37. La Federación, así, difícilmente puede prescindir de ellos.

Nuestro buen alcalde ha olvidado sin duda que en el siglo pasado las mercancías extranjeras pagaban, a más de los impuestos de importación propiamente, 20 por ciento de su valor

para mejoras materiales de los puertos y 3 para los ayuntamientos del lugar. Éstos —¡oh maravilla!, diría el alcalde— tenían 20 por ciento para su programa de obras materiales y 3 para costear todos sus gastos administrativos. Lo malo era que juntando a los impuestos estas cargas adicionales, la mercancía extranjera acababa por pagar dos veces y media su valor, con daño evidente del consumidor y del gobierno mismo, cuya recaudación bajaba.

Todo esto, sin embargo, no puede ocultarnos el gran fondo de la queja de nuestro alcalde: los municipios carecen de los recursos necesarios para atender siquiera los servicios más elementales de sus comunidades. Y cuando pueden tener alguna vez ingresos suplementarios, la Federación interviene para poner su administración en manos de favoritos que amasan con ellos fortunas personales respetables y respetadas. No sólo la Federación esquilma a los municipios, sino los mismísimos gobiernos de los estados a que pertenecen. Así, suelen quedar literalmente en la indigencia.

Otro alcalde, tras de dolerse, como todos sus colegas entrevistados por los cronistas de *Excelsior*, de la tristísima situación de los municipios, aconseja un remedio que, a más de sonar a gracioso, contraría uno de los últimos pronunciamientos de nuestro candidato, para quien los próximos gobernadores de los estados deben ser técnicos y no políticos. En efecto, este buen alcalde aconseja firmemente que los ayuntamientos mejorarán el día en que queden confiados no sólo a políticos, sino a lo que él llama con marcada insistencia políticos *profesionales*.

El fundamento del deseo de don Luis parece dudoso, e irreal la posibilidad de que se cumpla; pero la tesis del alcalde parece un disparate redondo, ya que siempre se ha creído que los municipios deben ser administradores puros y en manera alguna políticos y menos políticos profesionales. Sin embargo, como en el caso anterior, tras el disparate aparente está una realidad, tanto más real cuanto que punza. Como los ayuntamientos carecen de recursos propios suficientes, y como el gobierno del estado se lleva una buena tajada de ellos, los municipios se ven obligados a acudir al señor gobernador, a los señores diputados locales, a los señores diputados federales, a los señores senadores y hasta al señor Presidente de la República, primero para que les quiten lo menos posible, y después, para que en alguna forma, hasta en la de una dádiva afrentosa, les devuelvan algo.

Esto obliga a los corderos del ayuntamiento a tratar con los

lobos de la política regional y nacional, y, por supuesto, son devorados. Así, acaban por sentir la necesidad de convertirse ellos mismos en lobos, pues no bastaría cambiar tan sólo de piel.

En todo caso, nadie puede dudar de que si en México hay un problema "básico", es el municipal. Que no lo hayamos resuelto todavía y que ni siquiera estemos en vías de hacerlo, debiera preocuparnos hondamente por varios motivos principales. El primero, que en nuestras viejas civilizaciones indígenas existían instituciones semejantes a las municipales, digamos los varios consejos que administraban toda la vida del calpulli, desde la explotación de la tierra hasta la preparación militar de los jóvenes. Segundo, si alguna institución vigorosa existía en la España conquistadora, era la del ayuntamiento. Trasplantada, por ejemplo, a Argentina, dio lugar al famoso "cabildo abierto", que fue freno a los excesos de la autoridad monárquica y foco de la rebeldía que condujo a la emancipación de España. Tercero, durante el siglo XIX todos nuestros caudillos, igual conservadores que liberales, centralistas que federalistas, suspiraron por lo que siempre se llamó el municipio *libre*, hasta desembocar tanta promesa en el artículo 115 de la Constitución del 17, que entre otras cosas estatuye que, "en todo caso", el ayuntamiento contará con los recursos "suficientes para atender las necesidades municipales".

Medio siglo después de tan campanuda declaración, seguimos en la etapa de los municipios indigentes económicamente y siervos políticamente.

Con ánimo de entender las cosas, podía admitirse que como el gobernador en su estado y el Presidente en el país, antes que nada tuvieron necesidad de gobernar, de imponer su autoridad y el orden, debieron sobreponerse a los ayuntamientos, incluso hasta sojuzgarlos. Pero de ese esfuerzo no sólo necesario, sino heroico, ha pasado mucho tiempo hasta caer en el exceso de una centralización monstruosa y piramidal: abajo, el municipio; sobre él, el gobierno de los estados y encima de todo el mundo, el Presidente de la República. Así, comenzar a soltar los amarres del municipio es una medida sana e inaplazable, tanto, que el gobernante que siquiera intente la operación, pasará por ese solo hecho a la Historia.

13 de febrero de 1970

ALQUIMIA Y VIDA PROPIA

Los políticos malquieren a los libros y por eso agravian a sus conciudadanos que los leen de ignorar lo que campanudamente llaman "realidades nacionales"; en desquite, los lectores de libros se entretienen con las realidades políticas. Y desde hace meses ninguna de tanta sustancia como la campaña presidencial.

En cualquier país democrático todo candidato a la jefatura de un gobierno o de un Estado tiene que hacer una campaña; pero el grado de su necesidad y de su amplitud, sobre todo su sentido, son muy distintos a lo nuestro.

Donde priva un régimen parlamentario de gobierno, la persona no es el objeto de la campaña electoral, sino el partido, o más precisamente, el programa. Cobra un tono personal y se intensifica en los países con un régimen presidencialista, como en nuestro caso; pero, aun así, las diferencias son notables.

La campaña de Pompidou puede calificarse de ridícula si se compara con las nuestras: duró un mes escaso, no pronunció más de tres o cuatro discursos, apareció una sola vez en la "pantallita", como le llaman los franceses al televisor, y casi no se movió de París.

En los Estados Unidos, el inventor y el practicante mayor del régimen presidencial, propenso ese país a hacer todas las cosas a una escala infinita y con el máximo ruido posible, las cosas siguen siendo diferentes a las nuestras.

Sería sencillamente inconcebible un aspirante a la presidencia que no tuviera largos años de vida pública. Esto de "pública" quiere decir participación política activa y abierta, y exposición al público, no en el papel hierático e irresponsable, políticamente hablando, del funcionario, sino del político. Esto último, a su vez, quiere decir que en los Estados Unidos no aspiran a la presidencia, ni pueden aspirar a ella, sino quienes han desempeñado ya cargos de elección popular, con la señalada excepción, bien explicable, por otra parte, de Eisenhower.

Además, el aspirante a la presidencia norteamericana hace dos

campañas, y, por lo tanto, la propiamente presidencial es menos extensa e intensa: la primera, para ganar la nominación de su partido, y la segunda, para llegar a la presidencia. Todavía hay un distingo importante. Los norteamericanos conciben la política como si fuera una campaña publicitaria: un conjunto de esfuerzos encaminados a “vender” un producto, en este caso uno presidenciable. Aun así, la “venta” se endereza más a sus propósitos que a la persona del candidato. Y esto a pesar de que hoy esté de moda atribuir la victoria de Nixon a que la televisión lo “vendió” a sus conciudadanos. El impacto del estribillo de “ley y orden” fue mayor que el de un rostro del que ningún maquillaje puede borrar el *after-five shade*, la sombra del anochecer.

En cambio, nuestros candidatos presidenciales son un producto de manipulaciones de laboratorio: ni siquiera un químico, sino un alquimista, echa dos o tres sustancias en una probeta, la agita, y cuando la mezcla adquiere un color que le place y despiden un olor que encuentra atractivo, declara que allí está el candidato. Y, en efecto, se produce entonces la magia de que el humo y los vapores que salen de la probeta acaban por adquirir una forma humana. Pero no es un ser viviente, una planta que con sus raíces hincadas en el suelo, se nutre de él, y que por ello va desarrollándose, dando flores y frutos admirables. Se trata, por el contrario, de un producto creado de la nada, de un producto artificial, de esos que se llaman “sintéticos”.

Alguien diría que no es así: habiendo sido el candidato ministro, estuvo expuesto a la mirada pública un mínimo de seis años. Es verdad, pero desde hace muchísimo más tiempo y en lugares más conspicuos todavía, han estado expuestos a la mirada pública “El Ángel” y “El Caballito”. Pero el día en que nuestro alquimista los declarara candidatos a la presidencia, tendrían que bajar de sus pedestales, caminar, moverse entre los viandantes, hablar con ellos, contarles cuentos, tendrían, en suma, que demostrar que son seres humanos, aptos, en consecuencia, para gobernar una sociedad humana.

Demostrarle al público que no es uno ya lo que fue originalmente: un producto artificial, inerte, nacido alguna vez del laboratorio de un alquimista; demostrarle que tiene uno ya vida, y vida propia; que es uno capaz de moverse, de sonreír o de enfadarse, de hablar, de sentir, de pensar, es la primera necesidad, ahora sí que de vida o de muerte, de nuestros candidatos presidenciales.

De allí las peculiaridades de sus campañas: largas de seis a nueve meses; dilatadas hasta cubrir el último rincón del territorio nacional; caravanas abigarradas de acompañantes que dan a las visitas un tono festivo y, por lo tanto, humano; el acompañarse de personajes conocidos en el lugar o la región para certificar el carácter viviente del candidato; en fin, hablar y hablar sin tregua ni reposo. A los michoacanos, de Morelos; a los guanajuatenses, de la gesta independiente; a los oaxaqueños de Juárez y a los pobres yucatecos del henequén. Todo esto para darle al auditorio todas las necesarias garantías de estar ya en la tierra el candidato, de conocerla, de nutrirse de ella, de no ser, en suma, el producto sintético que fue en su nacimiento.

Pero entre nosotros la campaña presidencial sirve otro fin, derivado del anterior, más necesario aún y de un carácter perturbadoramente antropofágico. Producto exclusivo del ingenio y de la voluntad del alquimista, el candidato carece de sustento propio, de fuerzas suyas, no de las que buenamente quiera prestarle el alquimista. Moverse, hablar, pero sobre todo ofrecer, halagar, prometer, tienden a crear intereses cuya satisfacción dependerá ya del candidato y no de su progenitor. Y para que no haya duda, la creación de esos nuevos intereses, de esas nuevas esperanzas o expectativas, se hace en buena medida a expensas de la alquimia, ciencia oculta que, al ser devorada, pierde su poder y su magia.

3 de abril de 1970

SALDO A PAGAR

He explicado ya las modalidades peculiares de nuestras campañas presidenciales: primera, borrar con la presencia física, el gesto y la palabra, el origen artificial y solitario del candidato; segunda, crear intereses y apoyos propios. A la luz de estos criterios, ¿puede determinarse ya qué signo tiene la campaña de don Luis, digo de la parte ya cubierta?

Como uno de los "políticos de escritorio", según ha motejado don Luis a quienes *no* hacen política, pero *sí* la estudian, yo diría que tiene hasta ahora un signo incuestionablemente positivo. Es más: me atrevería (porque el escritorio se está venciendo de miedo, que no de años) a añadir que sin esa campaña tan dilatada, tan minuciosa y tan entusiasta, don Luis no hubiera podido gobernar al posesionarse de la presidencia. ¿Por qué? Porque, quizás con una sola excepción, su imagen pública ha sido la menos bronceada de todos los candidatos de los últimos treinta años.

Es verdad que los "políticos de escritorio" —o los politólogos, como se les llama más noblemente— han advertido hace tiempo que la presidencia de la República se ha "institucionalizado": no es ya la avasalladora personalidad del caudillo la que franquea la puerta de Palacio, sino una serie de resortes políticos en que la personalidad cuenta negativa, pero no positivamente. Esta verdad la confirman los treinta años últimos de nuestra historia; pero, aparte de que sólo de Suiza podría decirse que la persona del gobernante nada significa, entre nosotros la verdad es ésta. Poco vale para ser escogido por el PRI; al llegar el 1o. de diciembre, sin embargo, es absolutamente necesario tenerla ya, como lo es seguir agrandándola cada día durante los cinco años siguientes, hasta extinguirse el otro 1o. de diciembre.

Debe admitirse que el primer golpe lo dio la Cía. Hermanos Vázquez, al haber impreso y regalado profusamente esa hermosísima fotografía a colores de don Luis: sobria, discretamente elegante, se capta en ella una sonrisa sana y receptiva. Sé de un

gitano que siempre había temblado al sentir por el cañón de la garganta la afilada navaja de su barbero, y que, contemplando esa foto, ahora se entrega sonriente y confiado a unas manos que antes juzgaba endemoniadas.

Pero justamente el primer obstáculo fue ese que los Hermanos Vázquez le colocaron a don Luis de la mejor buena fe, pues la pregunta brotó inevitable: ¿será así de atractivo? He aquí el primer logro positivo de la campaña: don Luis ha demostrado que es tan bueno o mejor que su fotografía, que la imagen real supera a la pintada. Con una energía increíble, con una disciplina ejemplar, sin fallarle casi nunca la sonrisa y su receptividad, se ha movido de un lugar a otro, escuchando unas veces y las más predicando la buena nueva de su propio advenimiento.

¿Qué le han contado a don Luis en sus andanzas? No se ha topado con un mexicano satisfecho de su situación personal y de la colectividad donde vive. Esto, que sólo en parte puede considerarse fruto buscado de intención, le ha beneficiado enormemente: ha dejado maltrecha la credibilidad de sus antecesores, le ha abierto el paso a la promesa de renovación, promesa que crea esperanzas, y esperanzas que crean anticipadamente apoyos antes inexistentes.

¿Ha sabido don Luis escuchar a sus interlocutores? Ha sido un oidor benévolo y comprensivo. Más aún: en una u otra forma, ha dado a entender que los quejosos tenían razón. Pero aquí puede haber una falla lamentable.

El único beneficio nacional cierto de una campaña presidencial es este airearse del sentimiento popular, pues por más amañadas que sean esas recepciones que el PRI organiza a su candidato, siempre brota en ellas un impertinente que dice la verdad. Muchas de esas reivindicaciones se recogen en reuniones a las que concurren representantes de distintos grupos interesados: campesinos, obreros, educadores, comerciantes, industriales, banqueros, etc. Convocadas sin plan o tamiz previo, rinden un fruto caótico; pero, paciente, inteligentemente depurado, daría lo que más debe apreciar un gobernante: el sopló de las aspiraciones populares.

Ahora bien: ese truco político-publicitario de las asambleas regionales se inventó hace dieciocho años, y jamás se ha advertido la menor consecuencia en la conducta y los planes del gobernante. Si ahora ocurriera lo mismo, se abusaría una vez más de la buena fe pública.

¿Ha conseguido don Luis perfilar en tanta correría sus ideas

centrales acerca del estado de la nación y de lo que necesita para mejorar su suerte? Ni los burócratas del IEPES, encargados de perpetuar en mármol hasta el más leve soplo de su jefe, sabrían decirlo. Y es que don Luis lleva ya meses hablando sin cesar en las más variadas circunstancias, ante auditorios de la más diversa naturaleza y sobre una gama de temas asombrosamente dispar. Además, la radio, la televisión y la prensa recogen meros retazos, cuya firme valoración sería temerario intentar. A pesar de ello, existe ya la certidumbre de que también aquí se ha anotado un punto positivo de grueso calibre: nada ha dicho que tronche la esperanza, antes bien, la sigue manteniendo en vilo. Y esto es importantísimo.

Algo, sin embargo, le va resultando mal a don Luis (en parte por culpa suya y en otra por culpas ajenas), no ya como candidato, sino como futuro presidente. Por razones que sería sumamente atractivo descubrir y calibrar, don Luis ha ido creando una expectativa de cambio, no de un gobierno cualquiera, sino nuevo y bueno. La importancia y la rareza de esta situación pueden medirse si se recuerda que, salvo a la salida de don Miguel, no se ha producido otra. Y esto es un terrible compromiso para don Luis, pues por él, me temo mucho, será juzgado, es decir, será juzgado más exigentemente que casi todos sus antecesores.

10 de abril de 1970

LARGO, ABURRIDO, PERTURBADOR, COSTOSO

¡Qué largo... y aburrido resulta el proceso electoral mexicano! No es un espectáculo para la vista ni el oído, y mucho menos para la razón; pero intranquiliza a la gente, suspende planes, amina actividades y enciende la intriga burocrática. Y es costoso, pues aun cuando no tiene mayor base la estimación reciente de unos periodistas suecos de que la campaña de don Luis le cuesta a la nación quinientos millones de pesos, el que se considere posible esa cifra hace temblar de espanto... para no decir de indignación.

Así, resulta absolutamente inaplazable abreviar nuestro proceso electoral.

Sin pedirle muchas peras al olmo, ¿puede conseguirse ese objetivo? Una medida parece racionalmente sencilla: reformar la fracción VI del artículo 82 de la Constitución. Como uno de los requisitos para ser Presidente de la República, le exige a ciertos funcionarios públicos separarse de sus puestos seis meses antes de la elección. La fracción toda es de una ingenuidad conmovedora: rige no sólo para los secretarios de Estado, sino para los subsecretarios, jefes y secretarios generales de los Departamentos, procurador general y gobernadores.

Mueve a risa pensar que don Gabino (F.) o don Alfonso (G. R.) abusen de sus puestos de subsecretarios de Relaciones para inducir a los *marines* norteamericanos a que los sienten en la silla presidencial contra un pueblo enardecido. ¿No resulta irreal que otro subsecretario, éste sí listo y acometedor como don Jesús (doble R.) trabaje por su propia candidatura y no por la de don Antonio (L.)? ¿No es imaginación poética pura suponer que don Rodolfo (dos G.) use el Departamento del Distrito Federal para apoderarse de la organización política de Sonora sin que se entere don Alfonso (inicial innecesaria)?

Además, colocar en idéntica posición al secretario de Gobernación, encargado por ley de la política interior, y al de un ministerio técnico-administrativo como Recursos Hidráulicos, nada

tiene que ver con la realidad de este o del otro mundo. En cambio, ninguna taxativa se pone a los jefes militares en servicio activo.

La reforma constitucional debiera considerar primero la exclusión de los subsecretarios de Estado, los secretarios generales de los Departamentos, el procurador general, y la inclusión de generales, al menos de los jefes de zona. Después, distinguiría entre aquellas secretarías que se prestan al abuso del poder y las de un visible carácter técnico-administrativo. Las hay, en efecto, que se prestan al empleo perverso del poder porque tienen una acción propiamente nacional y cuentan con recursos para presionar. Son Gobernación, Guerra, Hacienda, Trabajo y la Secretaría de la Presidencia. En el otro extremo están las técnicas: Recursos Hidráulicos, Marina, Obras Públicas, Comunicaciones y Salubridad. En el medio quedan las dudosas: Educación, Agricultura, Industria y Patrimonio. En todo caso, el grado de exigencia no puede ser el mismo.

Una atención especial debería prestarse al caso de los gobernadores de los estados: si sus puestos son eminentemente políticos, suena a remoto que uno de ellos emplee los recursos económicos de su estado para arrastrar a sus colegas a una campaña presidencial opuesta, o siquiera independiente, de la Federación.

¿Qué se conseguiría con excluir a algunos funcionarios públicos del requisito de abandonar sus puestos medio año antes de las elecciones? Una probabilidad de abreviar el proceso electoral si el PRI escoge como su candidato a algunos de los eximidos, considerando, a más de sus prendas personales, que podría sostener su candidatura con una campaña menos larga, incierta y costosa. La verdad es que la reforma aconsejada debe reducir el plazo a tres meses, digamos cuatro, ahorrándose así, cuando menos, dos meses preciosos.

Nuestros legisladores priístas debieran pensar que la situación actual favorece a sus adversarios. De haber sido un mejor estratega, don Efraín hubiera iniciado su campaña el 1o. de abril, logrando con ello dos enormes ventajas. La efectividad de concentrar sus escasos recursos de partido y los personales y económicos. Y como para esa fecha llevaba cinco meses de peregrinar y hablar, don Luis tenía ya puestas sobre la mesa todas sus cartas. Don Efraín pudo haber caído sobre ellas para destrozarlas.

La necesidad imperiosa de abreviar el proceso electoral resalta aún más si se recuerda que a esos seis meses exigidos por la Constitución, se agregan los otros dos o tres anteriores, cuando

ocurre el destapamiento. A estos nueve meses han de agregarse los tres que median entre la fecha de las elecciones (primer domingo de julio) y la declaración del Congreso sobre quién obtuvo la mayoría (fines de septiembre). Y a todo esto, dos meses más (octubre y noviembre), entre esa declaración y la toma de posesión del nuevo presidente. En total, pues, nuestro proceso electoral se lleva... ¡trece meses!

Todavía hay tela de donde cortar. Los dos meses entre los comicios y la instalación del nuevo Congreso (1o. de septiembre) son excesivos: con los actuales medios de comunicación los expedientes electorales de los distritos más lejanos no pueden llevarse en llegar a la capital más de dos semanas; pónganse cuatro. No hay motivo para que el Congreso no se instale el 1o. de agosto, ahorrándose otro mes.

Tampoco hay razón para no obligar al Congreso o dar su fallo dentro del primer mes de su instalación, o sea en agosto. Se salva otro mes.

Pero como la fecha de toma de posesión del nuevo presidente es fija, todos estos ahorros deben entenderse hacia atrás, a partir del 1o. de diciembre. Entonces, el nuevo calendario quedaría así: del 1o. de junio al 30 de agosto, campaña electoral; del 1o. al 30 de septiembre, elecciones y concentración de los expedientes electorales; 1o. de octubre, instalación del nuevo Congreso, y entre ese día y el 30 del mismo mes, declaración sobre el resultado de las elecciones; del 1o. al 30 de noviembre, el *cooling period*, o sea el plazo para que los ánimos, excitados por la lucha electoral, se aquieten; en fin, el 1o. de diciembre, toma de posesión.

Total, seis meses, o sea que el proceso electoral quedaría reducido a menos de la mitad de lo que dura ahora.

10 de julio de 1970

LA DERROTA DEL PRI

En todos los países democráticos los cómputos electorales, a más de conmover a la opinión pública, son materia de sesudos análisis de investigadores especializados en esta rama de la politología. En Francia, por ejemplo, la coquetería analítica se lleva hasta calcular con tres decimales el tanto por ciento de sufragios que recogen el candidato y su partido, así como la procedencia de ellos según los grupos socioeconómicos o las regiones geográficas. En México comienza a hacerse esto si uno ha de juzgar por los numerosos y detallados cuadros aparecidos en la prensa de estos días, y en los cuales se registran el número de votos atribuidos a cada uno de los cuatro partidos contendientes, el de los votos invalidados y los ciudadanos empadronados, el de casillas y las abstenciones, etc.

Aquí, sin embargo, surge una dificultad, pues es de suponerse que hasta el gobierno y su partido se dan cuenta de que en materia electoral han perdido toda credibilidad. Entonces, no sorprenderá, por ejemplo, que la noticia de que don León (M.) haya sido agraciado con 56 664 votos le suene al común de los mortales como la más artificiosa de las fábulas o la invención más atrevida del siglo.

Pero vale la pena tomar en serio esas elaboradas matemáticas electorales, no porque correspondan a lo que pasó, o dejó de pasar, en las urnas, sino porque revelan la realidad psicológica y moral en que vive el PRI. Vistas así, acaba uno por compadecerlo, es decir, por mirarlo con un sentimiento de ternura y de lástima. Se ve, en efecto, que el pobrecillo Institucional sufre hasta las entrañas al darse cuenta de que cada vez resulta más incapaz de salir airoso de esta gran comedia democrática que le receta al país.

La única impresión firme que dan estas matemáticas electorales es que don Luis ha obtenido una visible mayoría de los sufragios presidenciales por razones cuya claridad las hace convincentes. Su partido es el mejor organizado, el que dispone de

mayores recursos, los propios y los que le prestan solícitamente los organismos gubernamentales y paragubernamentales. Todos ellos, además, se concentran en el candidato presidencial, de modo que no se descuida detalle, esfuerzo o dinero en popularizarlo, porque del vencedor dependerá la suerte de todos los dirigentes y de los miembros todos del partido. Al lado de esos recursos y de ese celo encendido, los del PAN son sencillamente ridículos.

Pero la victoria se ha debido también a la personalidad de don Luis. Desde luego, su *sex appeal* resultó superior: mayor atractivo físico, mayor juventud, mayor energía, mayor agilidad para subir y bajar. Y debe agregarse lo que, por oposición, podría llamarse el *inner appeal*, o atractivo interno: don Luis habla como un convencido, como un predicador, mientras que don Efraín lo hace como un maestro que especula con ideas y sentimientos. De esto, el ciudadano ha podido concluir que para gobernar, más vale un temperamento dogmático que uno dubitativo.

Así, en las elecciones presidenciales, por su importancia decisiva, por los recursos puestos en ellas y por la personalidad del candidato, el PRI se desempeñó magníficamente. Otra es la historia de sus candidatos a diputados por el Distrito Federal, únicos para los cuales se tienen datos a mano.

Por lo pronto, las matemáticas electorales presentadas por el PRI revelan que vive obsesionado con el PAN, un partido al que siempre ha fingido despreciar. En efecto, el PRI se ha atribuido en los veinticuatro distritos electorales un tanto por ciento de los votos emitidos que en ningún caso es inferior al 57, que en cinco fluctúa entre el 56 y el 60, en catorce distritos va del 60 al 65, y en otros cuatro alcanza del 66 al 70 por ciento.

Todo este alarde es para demostrar que los candidatos priístas han rebasado sin duda alguna la "mayoría absoluta", o sea la mitad más uno. Pero como el PRI no puede desconocer la realidad de que el PAN es el único partido opositor que tiene, se ve forzado a reconocerlo entre el 25 y el 30 por ciento de los sufragios emitidos en cuatro distritos; entre el 31 y el 35, en catorce, y entre el 36 y el 40 en seis.

Con esto, el PRI contenta al PAN, pues aun cuando le niega la victoria en todos los distritos electorales, le da un promedio de 33 por ciento del total de votos, lo cual, por una parte, le asegura el máximo de diputados de partido, y, por otra, el PAN puede demostrar a sus partidarios que su fuerza ha crecido tanto, que hasta el enemigo la reconoce, y que, por tanto, la victoria total está a la vista.

Pero en este alegre reparto se le ha ido la mano al PRI, como lo demuestran patéticamente las matemáticas electorales de los distritos I y III. En aquél, al candidato del PRI, León Michel, se le dan 56 664 votos, y al general Juan Barragán, 1 602. Frente a este hecho, ¿puede sostener el PRI que es un partido revolucionario? ¿Creerá de veras que Michel fue el que anduvo con don Venustiano dándose de balazos? Además, ese descuido matemático debiera acarrear otras dos consecuencias: un jefe de partido que pierde una elección, tiene que renunciar a esa jefatura, y un partido que logra un promedio de 1.1% de los sufragios, debe desaparecer. ¿No se le empobrecerá al PRI su comedia democrática si uno de los cuatro figurantes desaparece del escenario? En rigor, debe desaparecer otro, ya que en el III distrito al jefe del PPS se le dieron 2 229 infelices votos.

Más compasión suscita el problema de las abstenciones, que son, sencillamente, pavorosas. La menor fue la del X distrito, en el cual cerca de la tercera parte de los empadronados dejó de votar; en el XI llegó al 47, y el promedio de los veinticuatro distritos resultó de 39 por ciento.

Esto demuestra matemáticamente que el PRI ha sido derrotado en esta elección, pues si el tanto por ciento de votos logrados por sus candidatos se mide, no con relación al número de votos sufragados, sino con respecto al de los empadronados, se concluye que el PRI es un partido minoritario. En efecto, apenas alcanzó el 30 por ciento en el II distrito, su máximo en el I, con 42, y el promedio para los veinticuatro distritos se pasmó en 37 por ciento.

Si el resultado para todo el país es semejante al del Distrito Federal, el PRI no podrá presumir de representar a la gran mayoría de los ciudadanos mexicanos, sino a una modesta tercera parte de ellos. Sus propias matemáticas, pues, lo han vencido.

17 de julio de 1970

MORALEJA ELECTORAL

Cada ciudadano que en verdad se preocupa por el porvenir de México, y que, además, anhela que fuera el futuro más rosado posible e imaginable, habrá sacado su propia moraleja del proceso electoral que concluyó el 5 de julio. A buen seguro que difieren mucho entre sí según la posición que cada observador guarde en la sociedad, pues no pueden ser iguales, digamos, la moraleja de un dirigente del PRI que del PAN, ni la del banquero y el campesino, o la de un industrial y la del estudiante universitario. Sin embargo, me atrevo a suponer que en el fondo de todas ellas, admitido o inconfeso, existe el elemento común de la insatisfacción.

El primer motivo de inquietud es la ahora sí probada ineficacia de la oposición, lo mismo la organizada en partidos políticos que la suelta, aun anárquica, que hacen o pretenden hacer grupos o individuos aislados.

De los tres partidos opositores, la posición de dos, el PARM y el PPS, es hoy absolutamente insostenible, o cómica, como se prefiera. No sólo consiguen poquísimos votos, sino que, por lo visto, agotada la magnanimidad del PRI, ni siquiera se los regalan en número suficiente para seguir viviendo. Están tan patentemente fuera de las exigencias de la Ley Electoral, que mantenerlos ahondará aún más el descreimiento general acerca de la autenticidad de nuestra democracia. La resolución de este problema ha llegado a ser inaplazable porque, ¿cómo conciliar el dato de que el PARM no logra sino el 1.1% de los votos emitidos y la exigencia de un mínimo de 2.5% para lograr diputados de partido? Así, cabe decir que la desaparición de esos dos partidos es matemáticamente inevitable.

Alguien aconsejaría tener con ellos cierta "comprensión" o compasión: para hacerlos reaccionar, préndaseles hoy una banderilla de fuego negándoles los diputados de partido. ¿Se lograría un resultado siquiera apreciable? Es dudoso, porque la crisis de esos dos partidos no es de hoy: la del PPS es vieja, y la del

PARM ocurrió el día mismo de su nacimiento. El general Barragán ha explicado la derrota de su partido y la suya personal diciendo que los confunden con el PRI y sus candidatos. Si ése es el problema —y por supuesto que lo es—, ¿puede confiarse en que a estas alturas el PARM discorra un programa y alumbré hombres visiblemente distintos de los del PRI? Y no parece ofrecer mejores perspectivas transformar el marxismo trasnochado del PPS en poderoso imán que atraiga masas considerables de votantes.

Queda el PAN, cuyos últimos logros electorales parecen haber sorprendido a sus propios dirigentes. Y así fue, y constituye un hecho laudable para esos dirigentes y para la comprensión del PRI, que en esa forma ha reconocido que allí está la única oposición. Por desgracia, en política, como en todo, excepto, quizás, en poesía, no vale engañarse con doradas ilusiones.

En primer lugar, el PAN está entera, absolutamente a merced del PRI, como lo demuestra el hecho espeluznante de que se le haya negado la victoria por mayoría en todos y cada uno de los distritos electorales del país. Ésta y más consideraciones que pueden agregarse, autorizan, si alguna vez ha de hablarse con franqueza, sobre estos asuntos, a predecir que el PAN jamás de los jamases alcanzará el poder, a menos que una sublevación militar o un alzamiento de masas deshicieran literalmente nuestro actual sistema político. Con este tétrico agregado: el PAN sería incapaz de provocar esa sublevación o ese alzamiento; más lo sería para encauzarlo y más aún de beneficiarse de su victoria, pues con ésta, él también desaparecería.

Entonces, ¿qué papel real —y no simplemente imaginado— puede desempeñar el PAN en nuestra vida pública? El modesto, pero necesarísimo y saludable, de censor, de crítico del gobierno y su partido.

Por desgracia, ni en tarea tan limitada cabe esperar mayor cosa del PAN. En la reciente lucha electoral ha causado la impresión de ser hijo, indócil, pero al fin y al cabo hijo, de la familia oficial, y en manera alguna que es ajeno a ella, y muchísimo menos su adversario. Le faltó garra, incisión, agudeza crítica y (¿por qué no decirlo de una vez?) valor. No se trata aquí de programas o de idearios, sino de combatividad, es decir, de un ánimo hambriento de combate y de una destreza que permita salir airoso de él.

Me atrevería a decir que no hubo una sola de las mil declaraciones hechas por don Luis durante su campaña que no ofreciera

un blanco atractivo al buen tirador, y más, por supuesto, al arquero que dispara flechas envenenadas. Y, sin embargo, los dardos de don Efraín no rozaron el brazo derecho del adversario o siquiera la pantorrilla izquierda.

Poco se necesitará decir de la oposición desarticulada que no llega siquiera a la crítica verbal. A ella pertenecen el joven estudiante que sueña con transformarse en arrojado guerrillero, el ciudadano que se abstiene de votar, el que deja en blanco la boleta y aquel otro que la llena con sonoras insolencias. Y sobre todo, la enorme masa de ciudadanos pasivos.

Si este esquema corresponde a los hechos, no cabe sino sacar de ellos esta trágica paradoja: el saneamiento de nuestra vida pública no puede provenir sino... ¡del PRI!, es decir, del organismo político que más la ha envenenado.

7 de agosto de 1970

PRIMER SACUDIMIENTO

Debemos agradecer a don Antonio el habernos proporcionado con su renuncia una gran sorpresa: así rompió de un golpe la tediosa tradición de treinta años de un gobierno que sucede a otro sin que el nuevo difiera del viejo en nada, o, cuando más, apenas en el color de la tez de algún ministro. Así ocurrió con la serie Ramón-Antonio-Antonio; pero ni esto siquiera, ya que, como se ve, la novedad de tinte facial quedó anulada por la repetición del nombre. Además, para ahondar nuestro esplín (“humor tétrico que produce tedio de la vida”), el segundo don Antonio se permitió el lujo —cual nuevo Limantour— de estacionarse en la Secretaría de Hacienda, ¡doce años! Otro motivo de gratitud es que su salida ha creado ya la esperanza de que los próximos meses, quizá el sexenio todo, sean más movidos todavía.

El gobierno debió percibir el placer expectante que iba a producir la noticia, pues la lanzó a los cuatro vientos y con bombos y platillos: tras difundirla en los noticieros de radio y televisión entre las siete y ocho de la noche, la hizo repetir cada media hora con *flashes* hasta la madrugada.

Siendo tan flamante esta novedad, poco puede extrañar que ni el gobierno ni el propio don Antonio la hayan manejado con la perfección que sólo da una experiencia repetida.

Los hechos en que don Antonio funda su renuncia son dos. La ley de ingresos y el presupuesto de egresos reflejan por fuerza la política económica y social que un gobierno se propone seguir. Pero como entra el 1o. de diciembre y la presentación al Congreso de esos dos ordenamientos no puede posponerse más allá del 15 de ese mes, la nueva administración no tiene tiempo de hacerlos ella misma, a su gusto, y, por lo tanto, tendrá que resignarse a cargar con los que le impone el gobierno saliente. Estos dos hechos son ciertos e indiscutibles... en teoría; pero su importancia se reduce muchísimo cuando se aprecian dentro de nuestra realidad, de esa realidad nacional cuyo conocimiento tienen patentado nuestros hombres públicos.

¿El gobierno saliente será así de enemigo del entrante? ¿Difierán tan radicalmente sus miras sociales y económicas que un presupuesto y unos ingresos heredados del uno frustren los propósitos del otro hasta reducirlo a la inactividad y la impotencia? ¿No son ambos presidentes hijos de nuestra gran Revolución Mexicana? ¿No han sido llevados a la victoria por el mismo partido? Finalmente: ¿no ha sido don Luis fiel y estrecho colaborador de don Gustavo durante doce largos años?

Se dirá que, a despecho de todo, don Luis quiere tener *su* presupuesto y que sea *suya* la ley de ingresos, y que le importe poco que sean menudas las diferencias, pues, como en el conocido cuento aquí cabe también gritar ¡viva la diferencia!

Llegados a este punto, permítaseme recordar que hace ya mucho tiempo, en este mismo lugar, insistí en la necesidad de tender un puente de entendimiento entre el gobierno que se va y el que viene, y que para ilustrar esa necesidad señalé precisamente este caso de las leyes de ingresos y egresos. Pero no recomendé entonces ni puedo recomendar ahora, la solución escogida por don Antonio.

Desde luego, porque una renuncia apoyada en la declaración de que "por ningún motivo debo tomar participación en esos trascendentales actos" (los proyectos de ley sobre ingresos y egresos), cobra inevitablemente el tinte de un acto personal de discrepancia con el nuevo régimen.

En efecto, no es el jefe del ejecutivo sino la persona de don Antonio, quien se niega a participar en esos "trascendentales actos". Además, como no puede ni debe excluirse el entendimiento o la colaboración entre el gobierno saliente y el entrante, don Antonio debió haberse ofrecido a trabajar con los representantes autorizados de don Luis para que juntos llegaran a un resultado que diera satisfacción, lo mismo al gobierno actual, que tiene la responsabilidad de iniciar oportunamente la preparación de esos ordenamientos, y al nuevo gobierno, por haberse satisfecho sus aspiraciones.

Así, la negativa de don Antonio a colaborar tiene que ser interpretada como la necesidad en que se ha visto de salvar su responsabilidad ante ideas y exigencias que a él le parecen inaceptables. Pero tampoco esto último es lógicamente admisible. Primero, porque jamás se ha sabido que don Antonio sea un creyente fanático en ciertos principios financieros, sino un hombre con un buen sentido pragmático. Y segundo, porque tendría que admitirse, cosa muy dudosa, que don Antonio conoce tan a fondo los

propósitos de don Luis, que puede desaprobarnos de modo tan tajante.

Don Antonio parece haberse dado cuenta tardíamente de la trampa que él mismo se tendió, ya que, sin venir mucho a cuento, insistió en sus declaraciones del sábado 15 en que nada "conflictivo" había motivado su renuncia.

La renuncia, además, ha hecho comprometida la situación del Presidente, y aun la de don Hugo (M.). Si el nombramiento de éste para sustituir a don Antonio se interpretara como una resolución absolutamente autónoma del Presidente, nada de extraño tendría que reemplazara a un ministro inflexible con un comprensivo de la situación; pero todo el mundo ha entendido que el recién llegado se quedará después del 1o. de diciembre. Si fuera así, debe aplaudirse esta acción del Presidente, ya que, añadida a otras, revela el cuidado excepcional que ha tenido de facilitar el acceso de su sucesor. Al mismo tiempo, tiene que convenirse en que jurídica y políticamente no deja de levantar dudas y reparos.

La incertidumbre de la situación de don Hugo la retrata de cuerpo entero su primera entrevista de prensa en el aeropuerto. Se negó a hacer declaraciones por no haber tenido "conocimiento oficial ni directo" de su designación. Ya la ha tenido, por supuesto; pero, aun así, durante tres meses y medio nadie sabrá —y tal vez ni él mismo— a qué Presidente está sirviendo.

21 de agosto de 1970

EL CUENTO DE A VER QUÉ HACEMOS

Durante años fui un amigo teórico de aquel afamado profesor; pero salté a un trato casi diario cuando tuvimos oficinas separadas apenas por un estrecho pasillo: él como jefe de bibliotecas de una secretaría de Estado, y yo como director de la investigación que conduciría a la *Historia moderna de México*.

Siempre hablábamos de menesteres intelectuales: el estado lamentable de las bibliotecas públicas, los libros recientemente aparecidos y las críticas que despertaban, los tropiezos en mi investigación, etc. Un día fui a buscarlo para una de aquellas charlas cotidianas, y descubrí que no se había parado siquiera en su oficina. Es más: se me dijo con aire misterioso que había “desaparecido”. Tuvieron que pasar varias semanas para permitírseme compartir el secreto: no volvería a trabajar allí, pues iba a ser postulado por el PRI para senador de su estado.

Yo era entonces muchísimo más candoroso de lo que soy hoy, y por eso le di al hecho el sesgo de “un acto de poder divino, superior al orden natural y a las fuerzas humanas”.

En efecto —me preguntaba incrédulo y asombrado—, ¿a qué ser fantasioso ha podido ocurrírsele echar el nombre de mi amigo a las fauces hambrientas y sedientas del PRI? Un ser tan fuera de la política y tan metido en lecturas interminables, en preparar con escrúpulo sus lecciones universitarias, lidiando ahora, además, con bibliotecas poco menos que inexistentes. Y por si fuera poco todo esto, consagrado a editar la obra extensa y varia de uno de los ingenios más notables del país, para no hablar de sus proyectos más inmediatos: un estudio psiquiátrico de Santa Anna y una novela de sabor regional.

Yo no le veía a mi amigo sino tres elementos que podían haber seducido a los jefes del Institucional: nacido de familia modesta, no se sentiría lejano del pueblo, su rostro impassible y, como hombre de poquísimas palabras, poco expuesto a comprometerse.

Mi curiosidad, por supuesto, me indujo a inquirir con amigos

comunes que conocían de verdad al intelectual-candidato. Rieron ruidosamente de mi ingenuidad al solo plantearles el problema. Nada de sorprendente, y menos de milagrosa, tenía aquella designación, me aseguraron. Tras la fachada y el oficio del intelectual, se erguía de cuerpo entero un político. Hasta entonces había escrito y profesado la cátedra por dos razones: porque la etiqueta de intelectual no deja de ser una vía posible, si bien incierta y lejana, de caer en la política; y segundo, porque mientras llega la ocasión de ser “llamado”, hay que matar el tiempo y ganarse el sustento.

Aun en su conducta —siguió la argumentación— podían rastrear los objetivos políticos. No era nuestro amigo uno de esos profesores solitarios que llegan puntualmente al salón de clases, espetan su lección y se marchan a la biblioteca para preparar la siguiente. Nuestro amigo, además, asistía a todo género de reuniones, de profesores, estudiantes y de autoridades administrativas; y se hacía elegir miembro de toda suerte de comités y comisiones, de consejos y delegaciones. En suma, desplegaba una actividad callada, pero inequívocamente política.

Como yo desconocía la obra escrita de este intelectual-candidato, a pesar de no ser entonces muy copiosa, me parecieron sólidas las siguientes observaciones de los amigos comunes. ¿No debe impresionar —se preguntaban— que su primer libro haya sido una colección de cuentos infantiles? Así aparece a la mirada pública como un ser de finísima sensibilidad, capaz de encandilar al niño, al hombre del mañana. Y de despertar en él los más delicados sentimientos de veneración a los padres, de fraternal camaradería con sus compañeros, de respeto hacia sus profesores, de culto exaltado a los grandes santones civiles y militares de la gloriosa historia nacional.

Según estos amigos comunes, la segunda, y entonces la última de sus obras, también admitía una interpretación parecida. Era el estudio biográfico de un escritor multifacético: poeta, cuentista, historiador, cronista de viajes, maestro, paradigma de consagración a la enseñanza del niño y del ciudadano. Pero también escritor político, diputado, magistrado de la Suprema Corte, secretario de Estado y diplomático.

Por todas estas consideraciones, los enemigos comunes se reafirmaban en su creencia: nada de milagrosa tenía aquella selección, pues a buen seguro que nuestro intelectual-candidato había movido eficaces padrinos para “insinuarse” como el mejor de los candidatos habidos y por haber.

Mi amigo se fue a hacer eso que se llama campaña electoral, y apenas una que otra vez llegaron a mis oídos algunas de sus trágicas peripecias. La primera —se me dijo— fue una reunión de comisarios ejidales en la cual, al encontrarse dos rivales, apelaron a la pistola para zanjar sus diferencias, con el resultado de que el más lento se desplomó muerto en los brazos compasivos del candidato. En la siguiente, de presidentes municipales, se tomó la precaución de pedir que los asistentes depositaran las armas sobre la mesa desde la cual el candidato iba a presidir la asamblea. Y se levantó con ellas una pirámide tan alta, que al sentarse el candidato se percató de que no podía ver a los asistentes. Tuvo, pues, que presidir la asamblea de pie.

En todo caso, tuve que marcharme a trabajar en la biblioteca del Museo Británico. Y hasta allá llegó la sensacional noticia de que mi amigo había sido declarado electo como senador. La lejanía, el gusto, el afecto y la expectación me decidieron a enviarle una carta nocturna, apechugando con el costo destroncador de la comunicación telegráfica entre Europa y México. A pesar de que la escribí apresuradamente hace la friolera de diecisiete años, la recuerdo palabra por palabra, quizá por ser hoy de gran actualidad. Decía así: “¡Hasta que se nos hizo, José Luis! Veamos ahora lo que hacemos con lo que se nos hizo.”

2 de octubre de 1970

EL CUENTO DE LOS MIL AMORES

La secretaria privada (tan privada que parecía íntima) del secretario particular del presidente electo lo mandó llamar una semana escasa antes del glorioso 1o. de diciembre. Le recomendó la *mayor* reserva, y de allí su primer problema: cabía la duda de si podía contárselo a su mujer, puesto que se le había pedido la *mayor*, pero no la *máxima* reserva. Menos inseguro se sentía en cuanto a los hijos, ya que éstos sólo cabrían de habérsele dicho “reserva” a secas, o, un poco mojadamente, “con la reserva del caso”. A los amigos podía excluirlos sin vacilar ya que no se le dijo “¡proclámelo a voz en cuello!”

Optó por pasarle la sensacional noticia a su mujer, si bien exigiéndole guardar el más absoluto de los secretos. Tan preocupado estaba con que esta debilidad pudiera estropear el fulgurante porvenir que esa llamada telefónica le abría, que no pudo evitar conminarla —él, tan fino y amoroso como era con su cara mitad— con estas feas palabras: “Si se te sale media palabra, ¡te corto la lengua!” La mujer quedó paralizada de terror: inteligentísima como era, percibió en seguida que su marido no le había dicho “si dices media palabra”, sino “si se te sale media palabra”, es decir que podía perder la lengua no por un acto voluntario suyo, sino por uno simplemente mecánico, como ése tan frecuente en ella de sobresalirle el fondo de la falda.

Decidió compensar aquel primer desliz prescindiendo del chofer para dirigirse a la casa del presidente electo, y esto a pesar de su reciente juramento de no volver a guiar un automóvil después de haber embestido al pobre lechero del barrio. En efecto, aún no se le olvidaba aquella escena del lechero, a quien en su imaginación vio hecho trizas, muerto, en el pavimento, cuando en realidad estaba graciosa y cómodamente sentado en el cofre del auto.

Mal chofer y con un ánimo tan exaltado, resolvió emprenderla una hora antes de la cita, cuando la mitad de ese tiempo habría bastado a cualquier ser normal. No quiso, por supuesto, gastar

los treinta minutos que le sobraban acurrucado en su auto frente al zaguán de la casa del "Señor Presidente", según comenzó a llamarlo desde ese día, porque eso habría denunciado su vivísimo interés en averiguar a qué y por qué era llamado. Rápidamente salió del auto y a grandes trancadas ganó una calle lateral solitaria. Ya en ella, caminando a paso normal, se puso a meditar.

Aquella perspectiva era, sencillamente, un milagro. Ciertamente que ese Señor Presidente era el primer jefe de Estado "universitario" que la Revolución Mexicana había dado en sus treinta y cinco años de existencia; pero él mismo, el llamado, había dicho y repetido que el título de abogado no podía eximir a nadie de mostrar ese certificado de alfabetismo que la Secretaría de Educación extendía gozosa a los que aprendían a leer y escribir. Ciertamente que él, el llamado o elegido, fue alguna vez profesor de aquel Señor Presidente; pero eso había ocurrido treinta y cinco años antes. Y todo ello sin contar con que siendo él, a buen seguro, si no el más brillante, al menos uno de los más brillantes profesores de la escuela de Derecho, en primer lugar existían otros dos en la cátedra que él profesaba, y en segundo, todos los estudiantes pasaban por las manos de otros veinticinco maestros más. Honrada, honradamente, podía uno preguntarse a título de qué el Señor Presidente podía singularizarlo a él como da la flecha en el corazón del blanco.

Honrada, honradamente, él no tenía en su haber sino haber esperado aquella llamada, hazaña no pequeña si se calibran las circunstancias. Durante dos meses eternos, había clavado a su mujer en el teléfono de casa de las 9 a las 18 horas. Y él había ordenado en su oficina que sólo él recibiría las llamadas de fuera.

Esto, enojoso, en realidad extenuante, era, después de todo, hacedero; pero ¿cómo atender el teléfono en la noche, digamos de las once a las seis de la mañana? Las recámaras estaban al fondo del segundo piso, y el aparato aquel al frente del primero, en realidad en el vestíbulo, a la entrada. Aun dejando abiertas de par en par todas las puertas interiores, no podía confiar, ya que ninguno de los ocho moradores de la casa parecía tener un oído excepcional.

Pero nada: a las once de una soleada mañana sonó el teléfono de su oficina y él mismo, en consecuencia, recibió aquella misteriosa invitación.

La conversación con el presidente electo resultó brevísima... ¡un minuto pelón! Se redujo a una pregunta: "¿Estaría usted dis-

puesto a colaborar en mi gobierno?", y a esta respuesta: "De mil amores."

Esto bastó, sin embargo, para que el llamado convocara para esa misma noche a una cena a la que asistimos diez matrimonios. Advertimos, desde luego, la alegría desbordante de nuestros anfitriones, que no supimos a qué atribuir, ni siquiera a un premio menor de la lotería. Pero despachados el café y el licor, el llamado fue invitando a cada uno de los varones a un gabinete estrecho anexo a la sala. Los que nos quedábamos en ésta aguardando el turno, oíamos distintamente las risas, y, sobre todo, las palmadas en el lomo del llamado. Yo fui el último, y cuando me contó punto por punto la conversación, no pude reprimir la pregunta: ¿a colaborar en qué?

—No lo sé todavía —me contestó muy orondo. Y aun hoy, veinticuatro años después, aún no lo averigua, si bien atribuye su fracaso a esa respuesta suya "de mil amores", pues si algún campo de actividad quiso reservarse en exclusiva el nuevo ejecutivo era ése de los amores, el de las Mil y Una Noches... amorosas.

9 de octubre de 1970

SEGUNDO SACUDIMIENTO

Que me perdonen don Emilio O. (R.) y don Rodolfo (E.) si no considero un sacudimiento siquiera perceptible sus respectivos nombramientos, pues fueron modestas reacciones en cadena del provocado por don Antonio (L.). Intrínsecamente, tampoco debiera ser considerado sacudimiento el de don Juan (G. P.), ya que para sacudir hay que pesar, y él es poco menos que ingrávido. Pero el hecho mismo y la forma de presentarlo a la nación sí sacuden... de pesadumbre.

Con sincera pena debo recordar que hace ya bastante tiempo, en este mismo lugar, expuse la necesidad de tender un puente de entendimiento entre el gobierno que se va y el que llega. Ridiculé la tradición del nuevo gabinete que no acaba de formarse siquiera a las doce de la noche del 30 de noviembre, con el resultado (histórico) de que al preguntar el 1o. de diciembre en Bellas Artes un senador por su silla, se le indica que debe ocupar la del secretario de Agricultura, y de un embajador que inquiriere por el sitio del director de Petróleos Mexicanos y se le explica que la fila delantera del segundo piso está reservada para los embajadores.

También argumenté que en la mayoría de los casos los nuevos secretarios de Estado son ajenos al "ramo" que van a manejar, y que por eso nada les ayudaría tanto como comenzar a informarse de los asuntos de su próxima competencia. Es más: tomando a la letra la reiterada declaración del ahora señor presidente electo de que gobernará con gente joven, elogí el propósito, pero a condición de que el joven que no diese resultado fuera reemplazado sin vacilar por otro y por otro, hasta dar con el bueno. Y sostuve que para poner en práctica este sistema de pruebas, el próximo mandatario debería designar su gabinete en cuanto fuese declarado por el Congreso presidente electo. Así podría encargarles desde luego a sus ministros un esquema de los trabajos a desarrollar en cada secretaría, y disponer de dos meses para decidir si en vista del esquema presentado merecerían el nombramiento definitivo del 1o. de diciembre.

No habrá, pues, muchos ciudadanos tan convencidos como yo de las ventajas y de la justificación de ese puente de entendimiento entre las administraciones saliente y entrante.

Mi idea, sin embargo, era la de una designación *privada* de ese gabinete. Privada porque los futuros ministros no pueden tener ninguna investidura oficial y, por lo tanto, tampoco una facultad resolutive en el gobierno actual. No tendrían siquiera la de un consejo amistoso. Y privada también porque esa designación sería conocida tan sólo por el presidente electo y el saliente, más los ministros de éste, a quienes, a ruego de aquél, instruiría para que con las reservas del caso proporcionaran a sus futuros reemplazantes los informes que apetecieran.

El primer motivo para mantener en privado semejante designación es decisivo y debería ser obio: ni jurídica, ni política, ni administrativa, ni históricamente, un jefe de Estado puede compartir su responsabilidad con un presidente que aún no es presidente. Y esto rige, y debe regir hasta un minuto antes de que el segundo rinda la protesta de ley, pues este acto es el que acaba con el poder del uno para transferirlo al otro. Y la situación de los secretarios de Estado (¡y la de los embajadores, Mister R.!) debiera ser igualmente transparente: jurídica, política, administrativa e históricamente, sólo pueden y deben ser responsables ante el presidente que los nombra.

La recomendación de mantener en secreto la designación anticipada de un gabinete se basa, además, en la consideración obvia de mantener intocada hasta el último momento la autoridad del propio Presidente de la República y de sus secretarios de Estado, y se basa también en la consideración obvia de que al nuevo presidente no puede ni debe comprometerse con actos que no son ni pueden ser enteramente suyos.

Estos "sacudimientos" conducen a otra reflexión a la que más de una vez he apuntado aquí: la vida pública de nuestros políticos es tan privada, que pierden la noción del sentir público. Entre las mil consecuencias deplorables que traen consigo estos hábitos, está la de que el increíble y admirable talento del político mexicano se ejercita y consume en una actividad que bien puede llamarse "a puerta cerrada". Por eso, cuando una necesidad imperiosa lo obliga a comunicarse con la nación, se ve primerizo o torpe, entre otras razones, porque el público no cree lo que le cuentan, y acaba por fabricarse la peor explicación imaginable. Tal ha ocurrido con la renuncia de don Juan, un documento que sólo la necesidad hizo público.

Dice en ella que la proximidad de los cultivos de invierno "hace aconsejable que la ejecución de los mismos se realice conforme a las proyecciones que seguramente han sido formuladas" por lo que graciosamente llama "el próximo régimen federal". Ya parece gratuito dar por seguro que "el próximo régimen federal" ha hecho proyecciones sobre lo que puede y debe cultivarse de algodón, caña de azúcar, tabaco y trigo. Pero supóngase que así sea: ¿y qué? No es ciertamente el secretario de Agricultura quien en persona abre el surco y planta la semilla. Por consiguiente, nadie puede ver la urgencia inaplazable de que al pobre de don Manuel Bernardo se le despoje de su chaqueta para que desde ahora —con sus años y su peso— comience a arrear la yunta.

La razón dada para explicar la renuncia no puede ser, pues, menos convincente, y de allí que el público se siga preguntando: ¿por qué, *realmente*, se habrá ido don Juan? En todo caso, debe convenirse en que todo esto se está arreglando como lo hacen las familias "decentes": con mucha anticipación, privada, callada, fraternalmente. Pero persiste la duda angustiosa de si esos métodos familiares son los más apropiados para asegurar el porvenir de un país.

16 de octubre de 1970

AL PRIMERO, DEL ÚLTIMO CIUDADANO DE ESTA REPÚBLICA

Nada personal pido, por supuesto; pero para el país donde nací, donde he vivido feliz por largos años y del que me ausentaré para siempre dentro de poco, para él, sí pido, y mucho.

Todos sabemos que aún las más apremiantes necesidades de un país no tienen término porque son infinitas. Asimismo, que el tiempo y los recursos para llenarlas son inflexiblemente limitados. Por eso suele aconsejarse seleccionarlás con cuidado, racionar los elementos para atenderlas y marcar el tiempo dentro del cual han de satisfacerse las primeramente elegidas para lanzarse en seguida tras las que siguen en la escala de prelaciones.

Esto reza con cualquier parte del mundo, y, por lo tanto, también en México. Pero yo me atrevería a decir que la necesidad nacional suprema es hoy, no de orden material sino ético. A más quiero atreverme: confiaría sin vacilar en que, satisfecha la moral, apagar las necesidades materiales sería una tarea mucho más llevadera porque entonces se emprendería con la fuerza que dan la fe y el desinterés.

Ningún hombre puede vagar indefinidamente sobre la tierra sin creer en algo, sin confiar en alguien. Tampoco hay hombre en este mundo que resista nutriéndose eternamente de celos y desencantos. Y esto es quizás más cierto aún del mexicano, que nació sin aguardar gran cosa de sus paisanos y nada absolutamente de sus gobernantes. Por eso ya va siendo largo el proceso de decaimiento moral en que este país se halla, si bien en los últimos años se ha acentuado de un modo que lástima y sobresalta.

Sólo así se explica cómo nuestra sociedad ha podido conllevar los hechos denunciados recientemente por el rector González Casanova: estudiantes y profesores que tras un momento de arrebató, y de justo arrebató, además, cayeron en las redes policiacas y que ahora son condenados... ¡a quince años de prisión! Tal cosa es una evidente monstruosidad, jurídica, política y sobre todo moral, pues, en efecto, esto quiere decir lisa y llanamente

que en nuestros gobernantes se ha extinguido todo sentimiento, no digamos de justicia, que eso, por lo visto, es pedir demasiado, sino de piedad, de limpia, cristiana piedad. Pero quiere decir algo muchísimo más grave todavía: que nuestra sociedad ha desfallecido hasta el punto de renunciar a hacerse respetar.

Estamos así en una situación donde lo más importante, lo decisivo para el porvenir inmediato y lejano del país es el *espíritu* del gobernante, y no su destreza para la maniobra política, su clarividencia administrativa o su comprensión de los problemas técnicos.

Entonces, ¿qué cualidades morales debiera tener? Cuantas sean posibles e imaginables, desde luego; pero sobre todas ellas, estas dos: *rectitud* y *generosidad*. Primero, porque producen una linda combinación de pedir y de dar, de exigir y de conceder, y después, porque, vistas de cerca, ambas prendas se complementan para producir el hombre que necesitamos, el de una sólida textura ética.

Ciertamente caracterizan al hombre recto la severidad y la firmeza en sus resoluciones, mas a condición de ser justas, de apegarse a la ley y a la razón. Sin duda pinta al hombre severo una grave seriedad, pero sin remedio también la mesura, es decir, la moderación y el comedimiento. Así, la prenda de la rectitud tiene el lado áspero de pedir con rigor, de exigir puntualmente, y el rostro suave de la razón, del comedimiento, de la mesura. Y esto hace justamente de ella la virtud excepcional que ahora necesitan nuestros gobernantes, pues el hombre recto de verdad se aplica a sí mismo la aspereza, el rigor, la exigencia, y a sus semejantes la benignidad de la contención y la templanza.

Pero es que, además, nuestro gobernante ha de ser generoso, es decir, debe obrar con magnanimidad y nobleza de ánimo, o sea con grandeza y elevación de espíritu, demostradas en acciones honrosas y estimables, y no deshonestas y viles.

Alguien dirá que, lejos de fácil, es muy improbable, o del todo imposible, transformarse de la noche a la mañana en un ser virtuoso. Sin embargo, debe esperarse que lo consiga un hombre sano, bien intencionado y sujeto a la tremebunda responsabilidad de ocupar un puesto de cuyo buen desempeño depende en gran medida la ventura de cincuenta millones de almas.

Dentro de estas circunstancias, lo primero es que nuestro presidente esté ya convencido de que la situación real del país no es la rubicunda que entonan zalameros los políticos logreros y los ricachones encumbrados, sino la que sufren y han sufrido por siglos nuestros campesinos.

Y es de esperarse asimismo que nuestros nuevos gobernantes acepten y obren guiados por ciertas verdades que suelen perder de vista dado su carácter obvio. Una, que es literalmente imposible gobernar una nación contra su voluntad. Otra, que es sumamente ingrato gobernarla contando tan solo con su indiferencia o su tolerancia. La tercera, que no pasa ni pasará a la historia un gobierno que sólo deja la huella de sus obras materiales, así sean imponentes físicamente, entre otras razones, porque el pueblo está harto del sarcasmo de decirsele que se han hecho en su beneficio, cuando sabe de sobra que el verdadero motor de su promoción es el enriquecimiento personal de quien las discurre.

No hay, pues, otro modo de hacer un gobierno fecundo sin contar con el respeto, con la adhesión, incluso con el apoyo reverente de los gobernados. Por eso, me parece fuera de toda duda que en la coyuntura en que nos hallamos, México *no* necesita tanto un líder político; *tampoco* un reformador administrativo; ni siquiera un promotor enajenado de las obras públicas. Por lo que clama es por un *líder moral*, que sirva de ejemplo y de inspiración a todo el país.

Ésta es mi rogativa, señor Presidente: que se convierta usted en ese ejemplo moral de la nación mexicana, con la seguridad que toda ella lo seguirá por ese nuevo y sublime sendero.

4 de diciembre de 1970

¡AZÚCAR, AMARGA AZÚCAR!

El recientemente fallecido mes de diciembre debiera ser, si no estrictamente inolvidable, al menos dignísimo de recordar: hubo el día 1o. cambio de mando; pero... ¡qué nuevo mando! Un torrente impetuoso e interminable de nombramientos; creación de nuevas subsecretarías, direcciones generales y departamentos, más cambio a los que quedaron en pie de nombre o de atribuciones. Al mismo tiempo, un diluvio bíblico de declaraciones ante la prensa, la radio, la televisión y ante el augusto Congreso de la Unión, del jefe de Estado, de sus secretarios, subsecretarios, oficiales mayores, directores generales, jefes de departamento y hasta uno que otro modesto jefe de sección. Y la cosa no paró en palabras, que ellas, según sabemos, se las lleva cualquier céfiro vespertino. Se llegó a la acción, a los hechos: alza de precios y de impuestos; creación de comisiones, consejos e institutos; reformas a leyes viejas y nuevas leyes, entre éstas, por añadidura, todo un código de 191 páginas.

Si en México existiera ya un instituto de opinión pública, se hubiera podido hacer una linda encuesta, entre cuyas preguntas habrían figurado éstas. Primera: ¿Su impresión general? Respuesta: Sorpresa. Segunda: ¿Nada más sorpresa? Respuesta: También temor. Tercera: Entonces, ¿no aplaude usted la acción, el movimiento? Respuesta: Sí. Cuarta: ¿Sin límite alguno? Respuesta: A condición de que sean precedidos por una dosis proporcional de meditación.

Aun sin esos institutos de opinión pública, el sentimiento popular se expresa, de modo que ya es general la duda de si no se habrá confundido *sexenio* con *semestre*, y se crea que el mandato termina el 31 de mayo próximo y no el 30 de noviembre de 1976.

Nuestros actuales gobernantes pueden estar seguros de que produjo una impresión profunda y aprobatoria la prontitud y decisión que tuvieron para aumentar el precio del azúcar. Primero, por considerar que se necesita tener agallas para que un gobier-

no recién nacido se eche a cuestras la impopularidad inevitable de una medida semejante. Segundo, porque si bien hubo más de un vocero que trató de explicar los motivos de ella, al fin se impuso el secretario de Industria y Comercio: desde sus torres, mansamente presentó una justificación clara, convincente y exenta de toda demagogia.

Y, sin embargo, aun en esta declaración, y más aún en las otras, se advierte la falta del reposo necesario para ver un problema en toda su perspectiva y apreciar así su verdadera naturaleza, sus dimensiones reales y, por lo tanto, la hondura de la solución que reclama.

Por supuesto que en las explicaciones y justificaciones se destacó el punto *político*, a saber, que este gobierno no era el causante de la mala situación de nuestra industria azucarera. Él, simplemente, la había heredado y, ante su inevitable empeoramiento, se vio obligado a obrar.

Esto es cierto, además de obvio; pero no se intentó bosquejar siquiera la historia del problema, no con el ánimo, a estas alturas estéril, de señalar a los villanos, sino con el fecundo de descubrir las causas no personales de esa mala situación. Así se habría descubierto que la simple alza de su precio, incluso repetida cinco veces consecutivas, no puede por sí sola enderezar la industria azucarera, cuyos males, en efecto, son de mucho más fondo. Van desde la mala localización de algunos ingenios, pasando por una maquinaria anticuada e ineficaz, hasta la complacencia con los ejidatarios y empresarios, para no hablar del favoritismo y la arbitrariedad oficiales.

Ninguna declaración aludió siquiera al fondo del problema, y, por lo tanto, es legítimo suponer que se desconoce, o que no se pensó en él, o que se teme revelarlo al público dada la magnitud del esfuerzo y el costo de la solución. Si esto es así, debe convenirse en que un hombre no demuestra su valor cuando aplasta una hormiga, sino cuando se enfrenta a la hiena.

Tampoco se meditó bastante sobre las consecuencias que un alza en el precio del azúcar tendría sobre el de otros productos, salvo el de los refrescos. Lo cierto es que el café en grano de la más baja calidad, es decir, el de consumo popular, subió instantáneamente 12%, y que las amas de casa vieron con horror a los agentes vendedores de productos farmacéuticos invadir los supermercados para volver a marcar, frasco por frasco, los nuevos precios, mayores en 20 y hasta 30%.

Las autoridades no pueden ignorar que la estructura general de los precios en México es de lo más artificial, que está prendida

con los alfileres del "incentivo", de la amenaza y aun del soborno. En consecuencia, debió haber sido obvio anticiparse a que un alza autorizada públicamente por el gobierno traería consigo un encarecimiento hasta de los productos no relacionados directamente con aquel cuya alza había sido autorizada.

Como el gobierno no anunció en este caso, y ciertamente no ejerció, una vigilancia especial de todos los precios, es legítimo suponer, o que desconocía las consecuencias de su medida, o que, a sabiendas, pero calladamente, consintió en lo que puede ser una elevación general del costo de la vida.

Todo esto lo ha rematado la noticia dada sin explicación alguna el 31 de diciembre, como para cerrar con broche de oro ese primer mes, de haberse autorizado un alza en el precio de los cigarrillos. Puede suponerse —sin conceder por ahora— que sea verdad necesaria; pero ¿por qué no decirlo hasta abril o mayo, para que en el intervalo podamos digerir las alzas ya consumadas? Parece ya el caso de preguntarse si el afán de ganarse una reputación de activo, de decidido, se llevaría al extremo de pasar por el primer gobierno revolucionario que, solapando, iniciando o fomentando el alza de precios, se propone, como una política deliberada, hacer subir el costo general de la vida.

8 de enero de 1971

CONSEJOS, INSTITUTOS Y CONTROLES

Imposible examinar todas las iniciativas de ley que nuestro Presidente envió al Congreso en ese agitado diciembre. Se eligen tres por la importancia que él mismo les concedió. La que crea el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología es de una gramática bien incierta, y el estar su léxico plagado de anglicismos parece un mal augurio para nuestra autonomía científica y técnica. Su lenguaje pedantón pone en lugar intermedio a la del control de los organismos descentralizados. La mejor, sin duda, sobria y clara, es la del Instituto Mexicano de (no "del") Comercio Exterior.

No puede dudarse de la necesidad de fomentar la investigación científica-tecnológica, así como nuestras exportaciones. En cambio, es condenable creer que el problema mayor de los organismos descentralizados va a resolverse sujetándolos a una vigilancia más estrecha.

El punto de partida para justificar la creación del Consejo de Ciencia y Tecnología y del Instituto de Comercio Exterior es un hecho simple y comprobable: existen ya varias instituciones dedicadas a fomentarlos; pero falta un organismo nacional (o "a nivel nacional", como dice bárbara e innecesariamente la ley del Consejo) que las inspire, que coordine sus esfuerzos e incluso que las ayude técnica y materialmente. Son, pues, dignos de aplauso, y despiertan las mejores esperanzas, igual los fines últimos perseguidos por estas dos instituciones que el medio ideal para alcanzarlos.

Quedaría por considerar si sus respectivas leyes aseguran, o, por los menos ayudarán, a realizar metas tan elevadas como justas. La impresión que deja el examen de ellas es que la suerte última de estas dos empresas dependerá muy poco de semejantes ordenamientos legales y mucho de los hombres que las manejen, quedando por ver, desde luego, si el interés del Presidente y de sus colaboradores es estable o pasajero. Y en materia de comercio exterior el éxito último está fuera del alcance

del Instituto, pues dependerá de los individuos y de las empresas privadas que produzcan los artículos exportables.

Los pendolistas que redactan estas leyes hacen su trabajo bajo la impresión de que el azar les ha dado la oportunidad de crear todo un mundo nuevo. De allí que siempre resulten abusivas, que rebasen el objeto para el que debieron haber sido confeccionadas. Como ejemplo único repárese en la fracción XI del artículo 1o. de la ley del Consejo. Lo obliga a "tomar conocimiento de la investigación realizada por extranjeros en México, y asesorar en esta materia a las secretarías de Gobernación y Relaciones Exteriores". No se limita el concepto de investigación con los calificativos "científica" o "técnica"; así, podrá sostenerse que caen dentro de la fracción todas las investigaciones imaginables, digamos las literarias o artísticas, o de humanidades y ciencias sociales. Además, eso de asesorar no puede significar sino que el Consejo indica a las Secretarías de Gobernación y Relaciones si deben conceder o negar la visa de un investigador extranjero dada la naturaleza de la investigación que se propone realizar. Pero como la ley dice investigación *realizada*, es el caso de tapar el pozo después del niño ahogado. Esto sin contar con la cantidad de abusos y arbitrariedades a que se prestará ese veto previo, y la flagrante contradicción de un país que crea un organismo para fomentar la investigación facultándolo para impedirla. Debiera ser obvio que, excepto si va de por medio la seguridad del Estado, no debe ponerse corripisa alguna a la investigación.

Pero el defecto capital de esta ley, el que puede hundir al Consejo, es la composición de su junta directiva. Por la primera vez en los sesenta y cuatro años de la Secretaría de Educación, su titular es un tecnólogo. Y no lo son, y menos hombres de ciencia, los secretarios de Industria, de Hacienda, de Agricultura, de Salubridad ni el rector de la Universidad Nacional. Es decir, de los ocho miembros permanentes de la Junta, ni uno solo es hombre de ciencia y apenas tres son tecnólogos. ¿Cuál será el resultado de tan absurda situación? Que el manejo real del Consejo recaerá en la sola persona del director general.

En cambio, el consejo de administración del Instituto de Comercio Exterior se compondrá de *representantes*, pero no de los *titulares*, de las secretarías de Estado interesadas.

Es muy posible que la ley que se llama tan graciosamente "Para el control, de parte del gobierno federal (pues ¿de qué otra "parte", mi vida?) de los organismos descentralizados", dilucide un poco las atribuciones respectivas de las tres secre-

tarías que se han disputado el dominio de estos organismos: de la Presidencia, Hacienda y Patrimonio. También es posible que ayude a evitar algunos de los más gruesos abusos que cometen los dirigentes de semejantes organismos. Pero creer, o aparentar creer, que así se resolverán los mil problemas serios que éstos presentan, es un engaño mondo y lirondo. Este resultado es tanto más lamentable cuanto que el estudio de todo el problema se confió al único hombre milagroso que hay, no ya en este régimen, sino en toda la historia de México, que, en efecto, no registra sino este caso único de un hombre que hace brotar flores de la peña, de cualquier peña.

Apenas el artículo 14 de la ley puede dar ocasión a liquidar los organismos descentralizados que "no cumplan ya sus fines o su objeto social". Sería un enorme progreso poder eliminar a los muchos que se encuentran en ese caso, si bien hacerlo de verdad requerirá una fortaleza y una habilidad políticas excepcionales. Pero quedan numerosos organismos de una utilidad indiscutible que, sin embargo, se han desviado de sus metas verdaderas, que son torpe o deshonestamente dirigidos, o que no coordinan sus esfuerzos con otros, etc.

¿No cabrá ya la esperanza de que otras flores broten en otras peñas, dado que las primeras se secaron?

15 de enero de 1971

EL PAÑO DEMAGÓGICO

Permítaseme la pequeña vanidad de recordar que entre las mil cosillas que he expuesto en este ilustre periódico, ha figurado el espacio infinito que ocupa en el escenario público nacional el Presidente de la República y las malas consecuencias de esta situación anómala y antipática. Entre ellas, éstas dos: como imposibilita ver y oír a sus colaboradores, se le carga al Presidente cuanto de malo ocurre en el país; impidiendo que vayan destacándose los posibles herederos, la elección final se hace a ciegas.

Líbreme Alá de presumir de que nuestro Presidente conoció mis observaciones y muchísimo menos de que el "nuevo estilo" de hoy parta de una decisión deliberada suya de atenderlas. No, y cien veces no. Ese estilo es entera y transparentemente suyo: habiéndose dado cuenta de que aun su energía excepcional sería insuficiente para mantener perpetuamente en vilo la atención pública, acudió a sus colaboradores para que pusieran su granote de arena. Al mismo tiempo, abrigo la esperanza de que los ha incitado a hablar y exhibirse para juzgarlos y proceder de acuerdo.

Todo esto no quita que mis solitarias especulaciones dejen de obligarme a comentar "el nuevo estilo".

Con indulgencia, ha de reconocerse como inevitable que no todo salga perfecto al primer intento. Domínense, pues, la sorpresa y el enfado de pasar sin transición del silencio sepulcral a la algarabía, palabra árabe esta que quiere decir "gritería confusa de varias personas que hablan a un tiempo", cosa que ilustra la conferencia de prensa a que convocaron nada menos que tres secretarios de Estado el 7 de enero. Se advierte que los miembros del nuevo equipo oficial no se han puesto aún de acuerdo sobre quién de ellos ha de robarse las ocho columnas de un día, para que al siguiente le toque a otro, y así sucesivamente. Han olvidado el viejo y sabroso adagio de "orden y nos amanecemos": desde el 3 de diciembre la primera plana de los periódicos tiene la nota de sensacionalismo antes reservada a

las "páginas rojas" donde se relataban crímenes espeluznantes.

Acéptese también que es muy humano que un funcionario recientemente nombrado finja ser un furibundo reformador que pondrá patas arriba cuanto encuentre en su dependencia, ya que le hiede a corrupción, a rutina, a dispendio y a engaño al sufrido pueblo mexicano.

Aun con indulgencia y comprensión, apenas puede decirse que ninguna de estas declaraciones parece distinguirse por su agudeza, su novedad y menos por su moderación. En cambio, se han producido tres verdaderamente fatales: las del nuevo comisionado del Balsas, la del chulo madrileño que gobernará Quintana Roo al grito de "¡No me pesa la sombra de Rojo Gómez!", y la más penosa todavía de don Hugo (M.) sobre el racismo y la inseguridad norteamericanos. Pero todavía sobresalta más el paño demagógico de todas ellas.

Ser demagogo requiere un talento muy especial, como que los Marat y los Hitler se dan (por fortuna) en maceta. Además, si hay algún país en el mundo positivamente harto de demagogia es México, ya que la ha venido sufriendo desde 1910 casi sin interrupción. Como ejemplo, recuérdese la última declamación de don Alfonso (M.D.): ¡el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia! Esta expresión la acuñó Justo Sierra en 1893; por la sola razón de sus 77 años de edad, hoy resulta ineficaz. Por añadidura, el intenso revuelo que entonces produjo se debió a la indiscutida autoridad moral e intelectual de Sierra, virtud esta que también se da en maceta.

Además del talento especial, está el puesto público que se ocupa: quizás desde alguno pudiera, y aun debiera, hacerse un poco de demagogia; desde otros, decididamente, no puede ni debe hacerse ninguna, digamos las Secretarías de Hacienda, Relaciones y Defensa. Y, sin embargo, sus titulares la han hecho, y con poca fortuna.

Sintiéndose obligado a disparar algo virulentamente revolucionario, don Emilio O., anunció la necesidad de darle un giro "práctico" a la diplomacia mexicana ampliando al sector privado la elección de los futuros embajadores y convirtiéndolos a todos en agentes viajeros que vendan en calles, plazas y mercados los productos mexicanos. Como el carácter y las funciones de un embajador los dictan nuestra propia Constitución, el derecho internacional y una tradición universal de 500 años, resulta imposible semejante transformación. Está, además, la desafortunada coincidencia de que acaba de instalarse el nuevo Instituto Mexicano de Comercio Exterior, cuya función exactamente es ésta.

¿Qué le parecería a don Emilio O. que este Instituto nombrara y manejara a nuestros embajadores? Le parecería absurdo, como lo es su idea de hacerlos comerciantes y dirigirlos una secretaría de Estado cuyas funciones son casi completamente ajenas al comercio, sobre todo hoy, que ha dejado inclusive de ser la sede material del extinto Consejo Nacional de Comercio Exterior. Nadie ha dudado jamás de que nuestros embajadores están obligados a defender y ampliar nuestro comercio, como que lo están a proteger *todos* los intereses nacionales; pero de allí a transformarlos en comerciantes, o siquiera darles ésa como función principal, media toda la distancia que hay entre la razón y la demagogia. A la vista del nombramiento de nuestro embajador en Washington, don Emilio O. ha tenido que retroceder: no lo justifica por ser comerciante, sino "economista y financiero". De toda la vida lo han dicho los inditos de mi tierra: "No hay *ollo qui* no se mire." Y desengañese don Emilio O.: el apoyo que le ha brindado la Escuela de Ciencias Políticas es inducto e interesado.

No menos desconcertante es el anuncio del secretario de la Defensa de que los aspectos "militaristas" del Servicio *Militar* Obligatorio serán reducidos en un 80%. El usar la palabra "militarista" es mero alarde demagógico. Como los "aspectos militaristas" de ese servicio consisten en cuatro horas semanarias de marchas inocentes, éstas quedarán reducidas a 48 minutos. Tal resultado puede darnos el placer inefable de pertenecer nosotros al único país del mundo que prepara en 16 días un ejército capaz de poner en fuga a los norteamericano y soviético juntos. Pero en nada se toca el verdadero y único problema: nuestro servicio militar obligatorio es hoy una comedia, y entonces, una de dos: o se hace en serio, o se suprime.

Y no olvide nuestro secretario de la Defensa que hay por allí un artículo constitucional que declara obligatorio el servicio de las armas, pero no los servicios que al secretario se le ocurran como sustituto de aquél. Parece bien probable que prosperaría un amparo, y ojalá que algún conscripto lo pida para ver si así se pone orden en el caos.

29 de enero de 1971

II

EL SISTEMA POLÍTICO

PRIMORES DEL PRI

El PRI será la mano peluda pero ágil del gobierno que moverá las pitas en las elecciones generales de 1970. Así, su conducta, interior y externa, tendrá una repercusión incalculable. Semejante hecho quizás salve de la ociosidad estas reflexiones.

De genial puede calificarse la idea de un partido revolucionario único, y por haberlo imaginado (y por otros hallazgos) debe considerarse a Plutarco Elías Calles como el mejor talento político de la Revolución. En efecto, ese partido desempeñó inicialmente dos funciones decisivas en la vida nacional: contener el desgaje del grupo revolucionario y hacer coherente su acción político-administrativa.

Bastante tarde comienza su primera función, cuando la lucha facciosa había dejado un reguero de cadáveres y de desastres políticos y militares, huellas visibles de un tronco revolucionario desgarrado. Victorioso ya, pero sin llegar todavía a la presidencia, Madero ve separársele los grupos vázquez-gomistas y orozquista, sus apoyos político y militar de ayer; además, nunca pudo asimilar al zapatismo. Carranza tampoco lo logra, y antes de consolidar su poder, lo abandonan Villa y los convencionistas. La elección presidencial de 1920 raja en dos al grupo gobernante: la fracción obregonista combate militarmente a Carranza y su victoria acarrea al exilio o la anulación política del carrancismo. La elección de 1924 parte de nuevo en dos a los revolucionarios con la rebelión delahuertista. Y en la siguiente, de 1928, sufre otros dos desprendimientos con la rebeldía serranista y el asesinato de Obregón.

Una sangrienta experiencia de dieciocho años y de cinco elecciones sucesivas demostraron la necesidad de confiar la sucesión presidencial a un método más civilizado y menos costoso que las armas. Tenía que ser el partido político, recurso ya experimentado precisamente en las naciones civilizadas. Pero Calles no llegó a la idea del PNR sólo porque fuera un lector avisado de la historia nacional. También lo empujó a ella la disyuntiva

inescapable en que lo colocó este hecho: aun desaparecido su caudillo, el grupo más fuerte política y militarmente era el obregonista. Así, pudo designar él a un sucesor obregonista, pero al precio de suicidarse políticamente; entonces, no entrando en sus planes desaparecer, hizo convenir a los interesados en que un partido hiciera la designación.

Las reglas de este nuevo juego político tuvieron un éxito rotundo en Querétaro, puesto que los obregonistas acataron el fallo adverso de la Convención; allí mismo, sin embargo, se vio que el partido nacía con una lacra que ha acabado por mancharlo todo. Pocas dudas hay de que la nominación de Ortiz Rubio no fue espontánea; se resintió, pues, el engaño que había presidido el juego. Además, se optó por un mal candidato y se sacrificó a otro que apuntaba como uno de los mejores gobernantes del periodo revolucionario.

En realidad, al lado de la solución bárbara de las armas se había ensayado la civilizada del partido político, como que el Partido Liberal Constitucionalista se funda en octubre de 1916, antes de que la Revolución defina su programa en la Constitución queretana y antes también de la elección de Carranza, el primer presidente revolucionario posmaderista. Ese nacimiento prematuro no le impidió al PLC reinar seis años, hecho que reveló dos cosas: la necesidad de un partido político nacional y que los embates facciosos eran todavía demasiado arrebatados para consentir una vida más prolongada. El siguiente intento, el partido cooperatista, lo confirma: perdura apenas dos años y su poderío se concentra en la capital y en San Luis Potosí.

Las limitaciones de esos dos partidos "nacionales" eran pocas comparadas con las que afligían a los locales, digamos los de Guanajuato, que acuden a los colores del arcoiris para diferenciarse.

El primer primor del PRI fue, pues, una necesidad honda y generalmente sentida, y cuya satisfacción llega a ser inaplazable; pero no resultó el único, ya que contó con otro primor más primoroso todavía: el programa de la Revolución Mexicana. Es verdad que, a diferencia, digamos, de las revoluciones norteamericana, francesa y soviética, la nuestra no tuvo grandes ideólogos; pero no por ello sus reivindicaciones fueron menos terminantes. Un nacionalismo agudo que predice la exaltación de los valores nacionales, políticos, económicos y culturales, y la eliminación de los extranjeros; un marcado "populismo" que considera como las miras más levantadas del pensamiento y de la acción nacionales la redención del campesino y el robusteci-

miento del obrero.

De su necesidad genuina y de un programa que recogía los más fervorosos deseos del país, nacieron varias otras funciones importantes del Partido. Los verdes, los colorados y los azules de Guanajuato no eran ni podían ser partidos; apenas llegaban a minigrupos personalistas. El Partido Nacional Agrarista, también de aquella época, podía pasar por "nacional" en el sentido geográfico de que la cuestión agraria se extendía a todo el territorio del país, pero no ideológicamente hablando, porque a más del agrario, la Revolución pretendía atacar muchos otros graves problemas. Así, un verdadero partido nacional, al mismo tiempo que daba a las fuerzas políticas locales una perspectiva menos estrecha y personalista, podía comprender en sus planes todos los objetivos necesarios a una transformación radical del país. Además, ese mismo programa nacional trazaba una raya gruesa pero visible que ponía de un lado de ella a los partidarios del cambio, a los "revolucionarios", y del otro a los amantes del *statu quo* y a los nostálgicos de la *belle époque*. Un primor más, y bien seductor: el Partido estaba destinado a sustentarse principalmente de las masas campesina y obrera, los núcleos ciudadanos más activos y mejor organizados atraídos como ninguno por su éxito, puesto que de éste dependía que ellos mismos mejoraran sus vidas.

Todavía pueden agregarse más primores; pero con los aquí señalados bastaría para justificar con exceso tener como una verdadera bendición el nacimiento de ese partido, y como un cruel maleficio su posterior descomposición.

17 de enero de 1969

CONTRALUZ DEL PRI

Muchísimas cosas han contribuido a degenerar al partido que hoy se llama PRI; entre las gordas, sin embargo, está la indefinición de sus relaciones con el gobierno. El público presiente que entre ambos existe un lazo más caldeado que el coqueteo; pero ignora si es amorío, concubinato o matrimonio. Esto resulta deplorable, pues como la ignorancia indefinida irrita, el público ha acabado por suponer que simplemente se han "arreguntado" bajo un sarapito raído para urdir sus picardías.

El único hecho patente es que el Partido tiene una liga singular con el gobierno. No pueden ni deben pelear, y menos públicamente; pero en numerosos matrimonios ocurre igual, si bien mediante arreglos diversos. En la sociedad primitiva se consigue con el matriarcado o el patriarcado, es decir, dando a la mujer una autoridad absoluta, y entonces el varón hace el mandado, o al hombre, caso en el cual la hembra no chista. El hecho frecuente en la sociedad moderna es que cada cónyuge tiene una autoridad propia en esferas mutuamente convenidas.

Juzgada así, ¿cuál fue y cuál es la situación del Partido frente al gobierno? Cuando Calles, su primer presidente, el Partido era la cabeza y el gobierno la cola; pero después se llegó al extremo opuesto. Y como a nadie le gusta cargar con un adminículo impropio del *homo sapiens*, el gobierno pudorosamente oculta la cola bajo los faldones de la casaca o dentro del pantalón cuando viste chaqueta. Cualquiera que sea el ardid, el resultado no varía: el gobierno no puede caminar ni sentarse con desembarazo; el Partido se entiesa si va en la casaca, y dentro del pantalón, respira aire impuro; en fin, el público, hecho a magias más sutiles, se enfurece al descubrir el torpe disimulo.

Ninguna razón impone proceder tan viciados, pues se trata tan sólo de darle un mínimo de realidad a la ficción. Esta cuenta que desde el Presidente hasta el último munícipe logran sus puestos gracias al PRI. La ficción explica que lo consigue usando tres medios: un programa atractivo, candidatos idóneos y una

máquina electoral que capta el máxima posible de sufragios. La realidad es que el gobierno se ha reservado las dos primeras funciones y deja al desdichado PRI la tercera. Es decir: el gobierno presume de tener un programa (que ni siquiera alquila ocasionalmente al PRI); el gobierno nombra a los candidatos y le exige al PRI que los haga triunfar... ¡Y guay si falla, porque entonces, don Lauro, adiós, para siempre adiós!

Debe insistirse en que semejante proceder, a más de adulterado y de perjudicar a estos dos amantes y al país, puede mejorarse sin riesgo para la casta gobernante.

Resulta inexplicable por qué el PRI no pueda tener un programa y el gobierno otro, como seres con órganos y funciones distintos. Una es la "plataforma" aprobada en Miami por el partido republicano y otro el programa que Nixon desarrollará en la Casa Blanca; se ha producido un choque entre Wilson y los sindicatos, principal apoyo político del partido laborista inglés. Aquí el programa del gobierno puede ser predominantemente de desarrollo y administrativo, y político el del partido. Lo trágico, sin embargo, es que nuestros gobiernos no tienen ni desean tenerlo, y de allí la fórmula demagógica de que el programa se halla guardado en el nicho sacrosanto de la Constitución y de los ideales revolucionarios. Es obvio que una Constitución no es un programa de gobierno; cuando más, será el marco dentro del cual debe desarrollarse tal programa. Los ideales de la Revolución, después de sesenta años de mala vida, piden a gritos un cirujano plástico que les devuelva su pérdida lozanía.

Que así es, lo revela la brusca decisión de sacudir el Instituto de Estudios Políticos del PRI, muerto hace veinte años, y al que no vivificará ni su consejero médico, especialista en virología y no en alumbramientos. Y nada tan disparatado como comenzar sus nuevos trabajos con los municipios, cuando está ya encima la tormenta presidencial. Debe volverse a la idea de un Plan Sexenal, en cuya redacción inicial participen no tan sólo las burocracias del partido y del gobierno, sino personas con autoridad moral y técnica que aporten convicciones e ideas.

Votar significa escoger conscientemente entre varias posibilidades. ¿Cómo nombra el gobierno los candidatos que el PRI tiene que imponer? Un candidato diría que si en la próxima elección participan quince millones de ciudadanos, no debe ser endemoniadamente difícil hallar entre ellos uno bueno para la presidencia de la República; pero el hecho indestructible es que en los últimos cuarenta años, con una única excepción, los presidentes han salido de las Secretarías de Guerra o de Gober-

nación. ¿No es semejante estrechez, a más de increíble e intolerable, innecesaria? Alguna vez se creyó que para trepar tan alto era necesario pertenecer a la "familia revolucionaria", una familia, digamos, de tres mil miembros; más tarde, ser de la "camarilla palaciega" llamada gabinete, o sea quince personas. Lo cierto es que hasta ahora no han contado sino Bucareli y las Lomas de Sotelo. ¡Y que no se nos ofrezca ahora la triste compensación de que puede brotar del Zócalo!

Ábranse de par en par puertas y ventanas para que circule a sus anchas lo mismo el apacible céfiro que el vendaval del sur; así se renovará el aire hediondo que ahora nos asfixia. Déjese entrar la luz, el canto, el color, la vida nueva. Para ello, ampliése el grupo por considerar hasta definirlo así: personas que hayan hecho alguna vida pública. Figurarían los actuales secretarios de Estado y jefes de Departamento; pero también los "ex" recientes; entrarían los gobernadores de hoy, pero también los recientemente salidos; y así con diputados y senadores. Pero asimismo periodistas, escritores, catedráticos universitarios, etc. Por este camino, nuestras posibilidades de escoger pasarían de dos a dos mil. La diferencia es apreciable, es decir, digna de aprecio y de consideración.

24 de enero de 1969

EL PÁRAMO INTELECTUAL

Ya me permití asegurar en un artículo anterior que una de las causas principales de la descomposición del PRI es la falta de un programa, defecto tanto más visible y lastimoso cuanto que su patrón, el gobierno, tampoco lo tiene. Siendo tan obvios la necesidad y el provecho de un plan, ¿por qué no lo trazan? Las razones son varias y vario también su interés; pero conviene destacar dos por su pertinencia.

Moral es la primera. Un programa define metas y señala los medios y el tiempo para alcanzarlas; significa, pues, un compromiso, y un compromiso es una palabra dada, una obligación contraída, una fe empeñada. Ahora bien, nada repugna tanto a nuestros gobiernos como sentirse comprometidos a cumplir una promesa concreta, y el mejor modo de librarse de esa carga moral es no ofrecer nada claro y menos preciso. Nace así una actitud de *supercheria* que transforma el plan de gobierno en una serie de *slogans* o motes demagógicos inconexos, vacíos hasta de un sentido siquiera aparente, y cuya continua repetición provoca en la ciudadanía un irreverente desdén por el gobierno y el Partido.

El gobierno no parece saberlo, pero el presupuesto anual de egresos es por fuerza un programa, puesto que se compone anteponiendo un gasto a otro y, por lo tanto, prefiriendo un objetivo a otro. Pues bien, nada ilustra mejor la aversión de nuestros gobiernos por todo cuanto sea plan o programa y el engaño a que conduce no tenerlo, como el modo de manejar el presupuesto de gastos. Desde luego, ya es sintomático que de la queretana desaparecieran las sabias disposiciones de la Constitución del 57. Éstas obligaban, primero, al Ejecutivo a presentar el proyecto de presupuestos de ingresos y egresos, más la cuenta pública del último ejercicio, entre el 10 y el 15 de diciembre de cada año; obligaban a la Cámara a nombrar el mismo día una comisión que estudiara estos tres documentos durante enero, febrero y marzo, para presentar su dictamen el 1o. de abril; en

fin, le pedía a la Cámara dedicar una atención preferente durante su periodo de abril y mayo al conocimiento de esos dictámenes. Así, el poder legislativo tenía tres meses para estudiar internamente los presupuestos y dos para debatirlos en público y aprobarlos.

Aun dentro de las limitaciones de la Constitución del 17, el Ejecutivo podría mandarlos el 1.º de septiembre; pero ya sabemos que con clara intención lo hace en el pleno jolgorio navideño de la última semana de diciembre. No es esto lo peor, sin embargo, sino que el presupuesto aparente es apenas una sombra del realmente ejercido. Quizás el 80 por ciento de la paga de los empleados federales declarada en el presupuesto apenas representa la mitad de la que verdaderamente reciben. Un secretario de Estado, por ejemplo, aparece en el presupuesto con un sueldo mensual de nueve mil pesos, cuando su ingreso real es de treinta mil, o sea que la ficción no llega siquiera a la tercera parte de la realidad. Si éste es el presupuesto de gastos más formal y cuidadoso, y que se presenta a la luz pública, fácil es imaginar cómo serán, por ejemplo, los de los llamados organismos descentralizados.

El otro motivo explicativo de por qué el PRI y su patrón carecen de planes o programas es de orden intelectual: por incompleto, ligero o provisional que sea, un plan exige tener ideas, y hace tiempo que estas peras no se dan en el olmo del PRI. Desde luego que es mucho más fácil presumir de tener ideas que tenerlas de verdad. Por eso el Partido y el gobierno han optado por la postura fácil y cómoda de declarar que sí tienen un plan y que es el de la Revolución Mexicana. Ocorre, sin embargo, que un programa no es historia ni nostalgia del pasado, sino plan de acción futura. Si se piensa en Madero, el plan de la Revolución tiene cincuenta y nueve años; si se piensa en la Constitución queretana, el plan revolucionario tiene cincuenta y dos años. Al país no le interesa a estas alturas recordar qué dijo Madero en 1910 y qué los constituyentes en 1917. Lo que le importa, lo que necesita, es saber por cuál camino debe avanzar en los próximos seis, diez o veinte años.

El simple recuerdo de estas fechas debiera demostrar hasta la evidencia cuán engañoso es querer conducir el futuro de un pueblo con efemérides históricas; pero también puede hacerse la prueba con las ideas presentadas entonces. Madero desató la revolución de 1910 al amparo de su famosa divisa: "Sufragio Efectivo. No Reección." Ésta se ha conseguido, de modo que no hay para qué seguir hablando de ella como meta válida hoy;

no ha ocurrido igual con el sufragio efectivo, ya que en este aspecto la situación es la misma o peor que la denunciada por Madero. Después de cincuenta y nueve años, carece de sentido seguir hablando del sufragio efectivo como propósito abstracto, y lo único importante es señalar los modos de conseguirlo de verdad, y en esto el PRI tiene ciertamente muchos ejemplos que darnos.

Vuelvo a insistir en la necesidad de que el PRI se lance valientemente a formular un plan sexenal para el periodo presidencial venidero. Asimismo, en que su redacción inicial sea encomendada no sólo a la burocracia del Partido y del gobierno, sino a hombres independientes, progresistas y con indiscutible autoridad moral y técnica, porque hay que decirlo muy claramente: durante toda su existencia, pero muy particularmente en los veinte años últimos, el PRI no ha hecho un esfuerzo siquiera verbal para atraer gente de talento, con el resultado de haberse convertido en un páramo intelectual que sobrecoge. Por este asco manifiesto al talento y las ideas, conviene repetir que a los "intelectuales" sólo se les debe confiar la redacción *inicial* del plan, pues la final, que lo convierte en un documento oficial del Partido, es una decisión de carácter político, y, como tal, deben tomarla el PRI y el gobierno.

31 de enero de 1969

LA AUSCULTACIÓN NACIONAL

Indudable es el genio inventivo del político mexicano: suele discurrir fórmulas breves, sonoras, brillantes y contagiosas, que pretenden encerrar pensamientos profundos o santos propósitos, y que se incrustan en un lenguaje reverencial intocable como un fetiche. Esta de "La Auscultación Nacional" pinta con tres simples palabras un proceso oculto, dilatado, prolijo y cuyos resultados son precisos y preciosos.

El PRI, valiéndose de un instrumental misterioso (¿estetoscopios electrónicos, rayos equis interplanetarios?), pero de una sensibilidad exquisita, palpa los latidos del corazón nacional, calibra el pulso del sentir público, recoge la cadencia respiratoria del cuerpo político mexicano. Cada una de las respuestas de nuestros cincuenta millones de habitantes se registran en tablas, cuadros y gráficas; pasan entonces por computadoras endiabladamente complicadas, y al final va apareciendo en una pequeña pantalla, letra por letra, el nombre de Miguel, de Adolfo o de Gustavo. Entonces viene un áspero y breve forcejeo entre los tres Sectores del Partido para determinar quién sale al balcón a gritarle la buena nueva al pueblo arremolinado frente a él.

Los universitarios jamás han vacilado en admitir que este procedimiento, a más de su notoria exactitud científica, tiene la ventaja de ser discreto y delicado, muy en contraste, digamos, con el odioso carnaval de las convenciones políticas norteamericanas. Por desgracia, el pobre indito mexicano no comparte esta fe universitaria en las ciencias físico-matemáticas, pues se ha vuelto escéptico a fuerza de no entender lo que pasa en la tierra y menos en el cielo. Sin embargo, su incredulidad en esas disciplinas no ha estropeado su genio apacible, de modo que nuestro indito ha entrevisto una explicación tan armónica como la otra y más humana, desde luego.

Según ella, nuestros presidentes, patriotas hasta la monomanía, entienden que su responsabilidad histórica no se limita a su periodo de gobierno, sino que se extiende por lo menos al

siguiente. De allí, primero, que seleccionan con ardor a los miembros de su gabinete; después, que a más de la carga fatigosa de su quehacer diario, sobrelleven la adicional de observar cercana y severamente la conducta de los ministros. El Presidente, al cabo de cinco años, llega a conocer tan cabalmente las virtudes y limitaciones de estos caballeros, que al singularizar a su sucesor, lo hace con una certeza sin rival posible. Todavía insatisfecha su escrupulosidad, destruyen la más remota sospecha de que en su juicio se haya colado algún elemento subjetivo (la "cuatezonería", por ejemplo), sujetando su favorito al comentario de los *elder statesmen* o estadistas consagrados, expresidentes y representantes de los sectores más caracterizados del país.

En suma, aquí también se hace una auscultación, menos científica y menos nacional, pero más fina y piadosa.

Por supuesto que la primera auscultación no es científica ni nacional, sino patraña pura, pues no existe ni jamás ha existido. (Lo acaba de confesar don Alfonso al decirnos que el PRI no recoge, sino que "interpreta", el sentir popular, es decir, lo fabrica.) Lo cierto es que cuando en otras regiones distantes y superiores se llega a la selección final, el PRI recibe el nombre para que desempeñe los dos únicos papeles que le dejan al pobrecillo: comité de recepción del candidato y su heraldo tronante. ¿Tiene alguna realidad la segunda clase de auscultación? Nadie, en rigor, lo sabe, salvo la media docena de personas consultadas (si es verdad que lo fueron). El hecho que se aduce para demostrar su existencia es el cambio que tuvo que hacer don Miguel en favor de don Adolfo y con sacrificio de don Fernando (q.e.p.d.). Como a poquísimos les consta, y éstos jamás dirán nada, es mejor hurgar por otros rincones.

Desde luego el móvil que despierta la preocupación de nuestros presidentes por hallar un sucesor, no es darle al país el mejor gobernante posible, sino prolongar su poder y asegurarse de que no aflorarán "secretos de Estado" mortificantes. Y aquí brota una necesidad humana que la razón no alcanza a explicar. La Historia ha demostrado hasta la saciedad que el nuevo presidente se sacude pronta e indefectiblemente la influencia del anterior; asimismo, que los secretos no salen a la luz excepto si el presidente saliente hostiliza de modo abierto al sucesor. A pesar de todo, los presidentes se empeñan en dar con un heredero a su imagen y semejanza.

Nuestro actual Presidente no será la excepción a una regla que llama al llanto; entonces conviene contestar dos preguntas: ¿Está en condiciones de escoger un sucesor y de imponerlo? En

caso de poder, ¿acertará en la selección?

Cada seis años renace la historia de que la sucesión presidencial anda muy enredada y que, por lo tanto, su desenlace feliz resultará difícilísimo. La cosa es peor hoy —se dice— porque las consideraciones brotan a raudales y los hechos aducidos para fundarlas parecen más convincentes. Mi impresión es que pocos presidentes habrán podido escoger con semejante desahogo a su sucesor como el actual. Por una parte, son tan débiles las personas y los grupos consultables, que sería quimérica su pretensión de transformar el consejo formal que se les pide en un veto rotundo. Por otra parte, ningún otro presidente de los últimos veinticinco años ha visto desafiada tan en serio su autoridad, y como del encuentro salió físicamente bien librado, tenderá a magnificar su fuerza. Por último, al país, en definitiva, puede importarle poco el modo de escoger y mucho la persona preferida.

Dentro de este panorama, ¿nuestro Presidente dará en el blanco? Me pesa enormemente decirlo, pero temo mucho, muchísimo, que no. Tres consideraciones simples engendran este recelo. Nuestro Presidente es conservador por naturaleza: si no ha innovado ni los objetivos ni los métodos de su gobierno, poco probable parece que se aventure por un camino heterodoxo en cuestión tan delicada como ésta. Es parte de su psicología “el principio de autoridad”, que avivaron los acontecimientos de 1968, y esto conduce sin querer a fraguar la solución en la soledad, fuera del sentir colectivo. En fin, si va a buscar la clave en su círculo inmediato, las posibilidades no pueden ser ni más limitadas ni más desalentadoras.

Una única conclusión es posible de tal estado de cosas: todos los buenos mexicanos, los desinteresados, los que no tienen ningún interés personal que proteger, debiéramos sentirnos obligados a ayudar al Presidente, aun en la forma modesta de encender la velita que lo ilumine.

7 de febrero de 1969

¡YA VIENE EL TAPADO!

La teoría es que cada uno de los sectores del PRI: obrero, campesino y popular, explora seis u ocho meses antes de la elección presidencial, si no sus opiniones razonadas, al menos el sentir de sus adherentes, y cuando palpa una concordancia mayoritaria, proclama el nombre. Aquí comienza la parte visible y final del proceso de destapar al "Tapado", que concluye cuando el PRI, tras de pronunciarse los otros dos sectores, se reúne en una gran Convención Nacional que recibe la aceptación pública del candidato escogido. Nuevo Adán, el Tapado queda en ese momento literalmente en cueros, y sin el estorbo de los negros y espesos mantos que hasta entonces lo encubrían puede ya volar a su campaña electoral y a una victoria segura que le dará por seis años un poder casi absoluto sobre un país de dos millones de kilómetros cuadrados y cincuenta millones de habitantes.

Esta etapa final, cumplida más o menos a la luz del día, es poco pintoresca y no suscita mayor perplejidad. La fascinación de un misterio que nadie hasta hoy ha descornado cabalmente está antes de ella: cuándo y cómo un destapado se tapa para convertirse a los seis años, no en cualquier tapado, sino en aquel al que se destapará según el ritual democrático antes descrito. Debe convenirse en que el nombre y el concepto son de una veracidad diabólica, pues "tapar" quiere decir cubrir, cerrar, disimular, ocultar y callar. ¡Y esto en quienes (secretarios de Estado, gobernadores, diputados, senadores), como hombres *públicos*, deben hacer una vida *pública*, hombres descubiertos cuya actuación debiera desarrollarse a la vista de toda la nación.

En efecto, desde el día mismo en que reciben sus nombramientos, los secretarios de Estado comienzan a taparse, a cerrarse, a ocultarse, a disimular y callar... pero no totalmente, porque entonces serían olvidados, inclusive por el Presidente de la República, en definitiva el desgarrador del velo que oculta al Tapado. El verdadero juego es tan endemoniadamente difícil y mortal, como bailar en la cuerda floja sin pértiga visible, a

cincuenta metros de altura y sin malla abajo. El juego consiste en hacerse presente, pero en manera alguna omnipresente; en caer siempre en el fondo del escenario, jamás al pie de las candilejas, y eso, como ángel alado, posándose allí levemente para crear la duda de si esa presencia no es, después de todo, mera ilusión óptica. Consiste en musitar, o sea hablar entre dientes y a medias palabras, pero asegurándose de que aquello que se oiga distintamente sea la palabra y la idea del "Señor Presidente", de quien el secretario sólo es gangoso y destemplado clarín. En suma, se trata de convertirse en satélite: "Un cuerpo celeste opaco que sólo brilla por luz refleja del Sol, y que gira alrededor de un planeta primario." Casi sobra decir que el Presidente de la República es el Sol y el planeta primario.

Ahora el misterio arrecia, pues ninguna cosmogonía ha acertado a explicar cómo un cuerpo celeste opaco adquiere en un momento dado luz propia y se transforma en planeta primario. Muchos elementos han de entrar en la selección. Desde luego, el preferido debe tener una prenda positiva cierta: lealtad imaculada hacia el Presidente. Otra prenda positiva, pero conjetural: aptitud para despertar alguna simpatía popular. Y ha de tener un buen número de prendas negativas, digamos, no haber cometido un disparate garrafal en su gestión administrativa, pero, sobre todo, carecer de enemigos, no suscitar fuertes antipatías, ser, en suma, lo menos objetable posible.

Admitamos que este sistema de elegir gobernantes es de una originalidad tan señalada, que sólo en una colectividad primitiva podría hallarse una buena semblanza... y decididamente hace muchos años que la sociedad mexicana dejó de ser embrionaria. Pero esa originalidad no es absoluta y su añejamiento apenas supera al de un vino supremo. Tuvo, en efecto, dos antecedentes lejanos y toscos: en 1920 el abortado de Ignacio Bonillas, y en 1928 el de Pascual Ortiz Rubio, logrado de momento, pero a poco insostenible. Mas el sistema propiamente nace en 1946, si bien su lozanía ha sido tan espectacular, que el ocultar y el descubrir del Tapado nos causa hoy la impresión de un acto de la más deslumbradora prestidigitación, o sea de una increíble prontitud de dedos.

En efecto, de 1910 a 1940 gobernó a México un tipo de hombre radicalmente distinto del que lo ha gobernado desde 1946. (La transición de una época a la otra son los seis años de Ávila Camacho.) Los primeros de estos hombres llegaron al poder por derecho propio, por derecho de conquista, porque ellos habían hecho la Revolución, es decir, tras de vencer al ene-

migo, se quedaron dueños del campo. Para llegar a la presidencia no sólo era innecesario, sino absolutamente imposible tapar a Madero, a Carranza, a Obregón, a Calles, a Cárdenas, porque cada uno de ellos fue en su momento la figura única o la sobresaliente, cada uno de ellos tenía que ser presidente, y por eso, simplemente lo fue. El segundo tipo de hombre, según se explicará en el próximo artículo, llega al poder por azar o por circunstancias fortuitas.

14 de febrero de 1969

YA VINO: AQUÍ ESTÁ

Quedamos en que de 1910 a 1940 los presidentes llegaron a serlo porque tenían una personalidad tan destacada, que su ascensión al poder era casi fatal. A partir de 1946 las cosas cambian, pues entonces brota don Miguel Alemán, a quien le corresponde la distinción de haber sido el primer Tapado. Por eso vale la pena recordar (con la venia de mi antiguo y admirado discípulo).

Por largo tiempo la carrera pública de don Miguel fue bastante deslucida: ningún antecedente revolucionario; bachillerato y abogacía apresurados; cero prestigio profesional; con el presidente Cárdenas, la modesta y holgada magistratura de un tribunal de justicia. Una circunstancia inopinada y casual, el asesinato de Manlio Fabio Altamirano, le da la gubernatura de Veracruz, su primera posición política señalada. Lo levanta por segunda vez otro hecho nada inevitable: el candidato presidencial lo hace jefe de su campaña y entonces trepa a la Secretaría de Gobernación. Don Manuel comenzó a taparlo desde el primer momento porque (según la historia oral), de no haber muerto oportunamente, don Maximino se lo hubiera comido vivo, y porque de manejarse las cosas abiertamente, las comparaciones se habrían impuesto.

En efecto, dentro del gabinete tenía seis rivales, dos aparentemente superiores y cuatro semejantes. Heriberto Jara entró en la Revolución cuando don Miguel tenía la tierna edad de dos años, y en el Constituyente del 17 al hacer su sexto de primaria; lo había precedido en el gobierno de Veracruz y se le acataba generalmente. Gustavo Baz era un zapatista de 1913, cirujano famosísimo, director de la Escuela de Medicina, rector de la Universidad Nacional, hombre honorable. Los pares se llamaban Marte R. Gómez, Ezequiel Padilla, José Aguilar y Maya y Javier Rojo Gómez.

Cabe preguntarse por qué hasta 1940 los presidentes tienen una personalidad propia que los lleva al poder, y por qué los siguientes lo hacen encubiertamente. Aparte prendas personales,

la explicación es ésta: la Revolución Mexicana fue un verdadero cataclismo que puso al país ante la disyuntiva de perecer o de producir hombres extraordinarios que lo salvaran. La Revolución, además, fue un alto escenario público donde a la vista de todos los personajes del drama se agigantaban y sobrevivían, o se achicaban hasta ser devorados por los acontecimientos. Al asentarse el país y hacer el grupo revolucionario un esfuerzo laudable de unificación, se cometió un error que alumbró al Tapado y a muchos de nuestros males políticos.

Pongamos muy en claro un punto decisivo de este esquema: en manera alguna don Miguel llegó a la presidencia tan sólo por la protección de don Manuel. Sin disputa no la habría alcanzado sin ella; pero también por un talento político que muchos calificarían del mejor de los últimos veintinueve años. Pero está fuera de toda duda que desplegó ante la nación esas dotes políticas *después* de ser presidente. El país no se enteró de esa inteligencia *antes* de elegirlo, sino cuando ya estaba instalado cómodamente en la Silla. ¿Quiere decir que esta agudeza y este tacto políticos extraordinarios estallaron como cohete del 16 de septiembre exactamente a las once de la mañana del 10. de diciembre de 1946? Por supuesto que no; con ellos nació don Miguel en 1905, y los ha cultivado y afinado hasta el día de hoy; pero los aplicó, no a una vida *pública* de verdad, sino tapadamente, dentro de un círculo estrecho de hombres y de intereses. Y, desde luego, como secretario de Gobernación, amplió esta tarea encubierta añadiéndole el cultivo de don Manuel, objetivo esencialísimo.

La comprensión del sistema del Tapado sería incompleta de olvidarse a don Manuel. Todavía hoy pasma que escogiera como sucesor suyo a aquel mozalbete de cuarenta años, pues entre todos sus aparentes superiores e iguales, resultó ser el mejor político. Sin embargo, este éxito (para no hablar de los fracasos evidentes que conocemos) no salva al sistema de una condena completa. Desde luego, el acierto no pudo haberse debido sino a una de estas dos causas: o don Manuel era dueño de una intuición sobrenatural, o dio en el blanco por chiripa. El sistema —no el acto personal de don Manuel— falla en los dos supuestos porque la vida de todo un país no puede quedar confiada al golpe genial de un gobernante y menos todavía a que un buen día amanezca con suerte. Y esto sin olvidar que aquí se ha hablado muy deliberadamente de un acierto *político*.

Puesto que el procedimiento del Tapado impide examinar personalidades concretas, hombres de carne y hueso, seres terre-

nales, consolémonos con bosquejar la especie zoológica deseable.

No me inquietaría mucho su fealdad y me dejaría impávido su guapura; sin comentario dejaría el color de la piel, aunque algo diría en materia de estatura, pues la cortedad crea fatales complejos napoleónicos; me importarían un comino los anteojos si con ellos ve por dentro a los hombres (y, si puede, a las mujeres). La inteligencia avivaría mi curiosidad, aunque en esto el margen es ancho: rechazaría decididamente al genio, pero con facilidad me amoldaría a un grado incipiente de tontería, siempre y cuando las prendas animales (el instinto y los sentidos), tuvieran una sensibilidad aguda, tal el olfato y el oído del venado. Desconfiaría terriblemente de un Tapado que asegurara haber leído *La República*, y muchísimo más *El Capital*.

Pero no transigiría en una prenda: un cierto escepticismo que lo llevara a dudar de si las cosas de este amado país andan tan maravillosamente como hace tiempo nos vienen cantando las hadas. Debiera admitir en seguida que no, y entonces tomar la decisión de cambiarlas, unas primero y otras después, unas poco y otras mucho, pero cambiarlas. Sería una objeción mortal que el Tapado no escuchara otra voz que la suya, cada semana la de los dieciocho miembros de su gabinete y los días de gala la de los pedigüños. Ha de ser, en suma, un hombre con una necesidad insaciable de comunicarse con sus semejantes.

21 de febrero de 1969

CONSENSO Y DISCORDIA

Parece obvia la observación de que entre más complejos son una sociedad y el mundo exterior que la rodea, mayor es la dificultad de conseguir y conservar eso que en nuestro vocabulario político ha dado en llamarse "unidad nacional", y que otros califican más brevemente de "consenso". Siendo muy deseable, aun necesaria, semejante unidad, y resultando penoso lograrla, se impone explorar qué puede favorecerla y qué destruirla.

Toda sociedad contemporánea descansa en la idea de que su organización, el rumbo que lleva y sus órganos de gobierno, son consentidos y no impuestos. Aun las que están dirigidas autoritariamente por una dictadura, afirman la existencia del consentimiento, si bien explican que es implícito o que se manifiesta en formas peculiares. En las democráticas no hay duda, puesto que su expresión es pública, periódica y contable en votos. Pero quien dice consentimiento, dice al mismo tiempo disenso, o, con más propiedad, consentir en unas cosas y disenso en otras.

Una última observación previa. Hasta en las sociedades más activamente democráticas, como la norteamericana, el consentir y el disenso se manifiestan a diario por la prensa, la radio y la televisión, pero popularmente sólo a intervalos, de cuatro años en las elecciones presidenciales y de gobernadores, y de un bienio en las de diputados. Esto quiere decir que la sociedad señala el rumbo general que quiere seguir, pero que el gobierno y los negociantes determinan en la práctica diaria cada uno de los pasos por dar.

Lo primero en que debe consentir la sociedad toda, o por lo menos una gran mayoría de sus componentes, es ese "rumbo general", que supone el señalamiento de metas y de medios para alcanzar un fin supremo. Y el fin es, y no puede ser otro, que el mayor bienestar físico, económico, intelectual y moral, del mayor número. No puede ser otro por dos razones. La primera es que todos contribuyen, o debieran contribuir, al avance de la sociedad, y, por consiguiente, cada uno tiene derecho a retirar una parte de la cosecha general lograda con ese esfuerzo colec-

tivo. La segunda es que, como por causas no imputables a ellos, no todos los hombres nacen igualmente dotados, la sociedad tiene la obligación de redistribuir la riqueza colectiva de manera que los menos dotados reciban una porción relativa, pero claramente mayor, a su contribución real.

Así, nada de extraño tiene que la gran fuente de la que brota y debe brotar la "unidad nacional" o el beneplácito colectivo, es el convencimiento de que la sociedad toda se mueve hacia adelante, que aumenta el bienestar de todos y que funciona transparente, limpia y eficazmente una justicia distributiva que hoy compensa las desigualdades sociales y que mañana las hará desaparecer.

Ahora bien, el hombre, ser inteligentísimo, pero en general maleta, tras de haber inventado hace mucho tiempo todas estas ideas, tras de haberlas propagado en los libros más sesudos, en agudos ensayos, en deslumbrantes discursos y en sermones que mueven al llanto, el hombre ha ido inventando paralelamente modos sagaces de frustrarlas en la práctica. Y el más frecuente se lo ha dado el viejísimo adagio de que Zamora no se conquistó en una hora, que hacer progresar una sociedad, aun moverla nada más, es una tarea no sólo endemoniadamente difícil y complicada, sino por eso mismo necesaria, inevitablemente lenta. De modo que el obrero y el campesino deben armarse de una paciencia inagotable, y conformarse con que sus salarios suban un poco cada dos o tres años, para encontrarse en muchos casos con que, habiendo encarecido la vida, esa ventaja, a más de nominal, parece haber tenido una intención mentirosa.

Ésta es, pues, la fuente principal de desengaño, el enemigo principal de la unidad nacional o de la concordia colectiva. Al mismo tiempo, debiera ser, en realidad, no ya la mayor, sino la única preocupación de todo gobierno, sobre todo de los que presumen de "revolucionarios", pues, como he dicho ya, las revoluciones se han inventado para favorecer a los pobres y no a los ricos.

En nuestro caso particular, sin embargo, hay un venero tan copioso de desagrado, de desaliento, de verdadera descomposición, como el que acaba de señalarse. Es la deshonestidad o corrupción administrativa, en apariencia uno de los más eficaces instrumentos de la justicia distributiva que funcionan en México.

El pueblo, por supuesto, dista mucho de saber economía, pero, aun así, se da perfecta cuenta de que él pone una jornada de trabajo ruda y penosa para sacar una recompensa limitada; presente que aun la ganancia sin medida del rico tiene la explicación

de que arriesga un capital. Pero lógica, indestructiblemente, se pregunta qué ha puesto el político que por azares de la vida se ha encumbrado hasta conseguir una posición que le permite redistribuir el ingreso nacional en su personal beneficio.

El profesor Carlos Hank González, candidato a la gubernatura del estado de México, planteó hace unos cuantos días esta situación con un candor desusado. Agradeció a los cinco mil obreros de Tlalnepantla que lo escuchaban que "le brindaran su apoyo. . . , a pesar de que no lo conocen directamente, ni saben si habrá de ser un auténtico servidor del pueblo o un ladronzuelo más que aspira al poder".

Rara vez se habrá pintado en tan pocas palabras nuestra principal tragedia política. Primero, como los hombres públicos de México hacen una vida tan privada, tan íntima, los desconocen, no ya los indios lacandones, sino cinco mil obreros de Tlalnepantla, una masa que está, como quien dice, a la vuelta de la esquina. Segundo, por eso ocurre que el pueblo ignore si el aspirante a su voto lo servirá o va a esquilmarlo.

11 de abril de 1969

GOBIERNO Y OPOSICIÓN

La nación debe entender que no tiene hoy un problema tan grave y tan urgente como el de limitar el poder de la autoridad oficial, y de un modo particularísimo el del Presidente de la República. Y también deben entenderlo el gobierno y los políticos... si esto fuera posible.

En efecto, no puede señalarse el caso de una nación que lleve una vida democrática saludable y en la cual un solo hombre detente la suma de poderes, legales y extralegales, de que dispone aquí el jefe del Ejecutivo.

La tienen mayor Onganía y Costa e Silva, pero ni ellos presumen de gobernar democráticamente. Si se compara nuestra situación, no con las viejas naciones de la Europa occidental, con Estados Unidos y Canadá, sino con Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela y Costa Rica, se caen las alas del corazón. Los presidentes Frei y Lleras Restrepo tienen que contar forzosamente con el parlamento de sus países, porque de lo contrario se vería paralizada toda su acción. Esto sin pensar en partidos políticos organizados, con programas y líderes, y una prensa libre, incisiva y bien escrita que comenta los actos oficiales. El presidente Caldera tiene que habérselas con un parlamento dominado por el partido rival Acción Democrática. El profesor Trejos llegó a la presidencia de Costa Rica venciendo al candidato del partido que estaba en el poder cuando se hicieron las elecciones. Y no hablemos de Uruguay, país hoy sumido en dolorosas tribulaciones, pero que durante más de medio siglo fue un modelo para todas las naciones latinoamericanas.

Entonces, ¿con qué país latinoamericano podríamos compararnos? No faltaría quien pensara en el Paraguay por la destreza con que una apariencia impolutamente democrática oculta el verdadero fondo de las cosas.

¿De dónde procede ese poderío abrumador que tiene en México el jefe del ejecutivo federal? De nuestra Carta, desde luego, pues los constituyentes del 17 le dieron facultades amplísimas. Pero en esto procedieron con gran sabiduría, primero, porque

reconocieron que ésa es una tendencia universal; segundo, porque así se daba validez jurídica al excesivo poder de hecho de Porfirio Díaz; y muy principalmente, porque tras la victoria armada e ideológica de la Revolución, la principal tarea nacional parecía ser el mejoramiento del pueblo mexicano, y para cumplirla, más sirve un ejecutivo fuerte que una agitada asamblea deliberante.

Pero sería negar la luz solar decir que la Constitución privó a los poderes legislativo y judicial, federales y locales, de toda facultad hasta convertirlos en siervos del ejecutivo federal. ¿No dice la Constitución que en la función sagrada de impartir justicia el poder judicial es el señor indiscutido? ¿No proclama que los estados son libres y soberanos en su régimen interior?

La Constitución concede al Congreso treinta y una esferas de acción, y nueve específicas a cada una de las cámaras que lo componen. Aunque parezcan pocas, casi todas son amplias y algunas de una importancia fundamental. El Congreso, por ejemplo, condiciona la obtención de los empréstitos que quiera obtener el Ejecutivo, o sea todo el crédito exterior; puede legislar sobre hidrocarburos, minería, comercio, crédito, bancos, vías generales de comunicación, aguas, educación pública, etc., etc. ¿Son éstas, por ventura, pocas facultades? ¿No tiene el Congreso un campo vastísimo para tomar iniciativas y limitar de paso el poder del Ejecutivo?

A la cámara de diputados se le dieron facultades no sólo amplias e importantes, sino claramente ideadas para ser valladar del Ejecutivo. Desde luego, ella califica la elección del Presidente; después, conoce de los delitos oficiales cometidos por funcionarios que tengan fuero; pero, por sobre todo, resuelve sobre los ingresos y los egresos de los tres poderes federales, es decir, tiene en sus manos aprobar todos los planes de acción del Ejecutivo. Es más: si quisiera, ella misma podría hacerlos, dictarlos o imponerlos. El Senado posee menos facultades, pero ni le faltan, ni las que tiene son pequeñas. La de declarar desaparecidos los poderes de un estado lo hace en cierta forma árbitro de los conflictos políticos locales; puede limitar o encauzar la política exterior del Presidente; aprobar o desaprobado los nombramientos hechos por éste de ministros de la Suprema Corte de Justicia, etc.

¿Y qué decir de los estados? Son libres y soberanos en su régimen interior, lo cual quiere decir que se dan a sí mismos sus constituciones, que eligen libremente a sus gobernantes, que determinan la fuente de sus ingresos y deciden los gastos que

quieren hacer. En suma, no pueden tener un campo más dilatado para vivir y moverse por su propia cuenta.

Entonces resulta inadmisibles imaginarse siquiera que provenga de la Constitución la infecunda y vergonzosa subordinación de toda la vida política y de gran parte de la económica y social al jefe del ejecutivo federal. Entonces, ¿por qué —¡oh Dios mío!— hemos caído en ella tan hondamente que parece irremediable?

El asunto es complejo en grado increíble, y para apuntar siquiera a una respuesta gruesa, habría que meditar mucho y que escribir largo. Por eso, apenas quisiera recordar uno de los factores que producen esa subordinación, señalado por José María Vigil hace ya casi un siglo, y que revela un grave defecto de la naturaleza del mexicano y de la vida pública nacional.

Para Vigil, el mexicano es perfectamente capaz de levantarse un día lleno de cólera y derribar la más formidable dictadura, la que cuenta con todo el dinero y con todos los medios represivos imaginables. (Vigil señalaba el caso de Santa-Anna, al que hoy podría agregarse el más convincente de Porfirio Díaz.) Pero Vigil declaraba al mexicano perfectamente incapaz de censurar natural, diariamente, a sus gobernantes, para que, dándoles a conocer a tiempo el sentimiento público, el gobernante corrigiera sus yerros y el país se salvara de acudir a la violencia revolucionaria, solución siempre tardía y siempre deplorablemente destructora.

4 de julio de 1969

LA OPOSICIÓN DE LA DERECHA

Se ha indicado ya que México no tiene hoy problema más grave y más urgente que limitar la fuerza aplastante del gobierno. Conviene, entonces, explorar de dónde pueden venir otras que la contengan.

Solemos olvidar el hecho, que debiera ser el punto de partida obligado de toda reflexión política o económica, de que México ha cambiado enormemente en los últimos treinta años. Esto ocurre así por habérsele dado a ese hecho el giro de una aurora boreal que anuncia el Día de la Consagración. De aquí, además de ese olvido, el irreflexivo optimismo de que nuestro progreso no tiene, ni puede tener, límite alguno. Muy por el contrario, ese cambio debiera haber sido, debiera ser hoy, fuente de aflicción pues un pueblo sensato jamás se sentirá seguro de tener el talento, la imaginación, la perseverancia, la honestidad, aun la buena suerte, para vencer cuanto obstáculo halle en su camino. Sólo los irresponsables pueden dormir tranquilos después de oír la opinión experta de que México debe crear cada año cerca de un millón de empleos nuevos para dar ocupación a sus jóvenes y continuar progresando.

Uno de los aspectos en que el cambio resulta más espectacular es el fortalecimiento de ese sector que se llama "privado" siendo tan público y notorio como el otro. Hace apenas treinta años, nuestros jóvenes izquierdistas se jactaban de que la Revolución había arrasado a tal punto con los millonarios, que no quedaba siquiera ese espécimen de toda fauna extinta que va al museo. Hoy contemplamos la reconfortante escena de un banquero, pequeñín de cuerpo, pero gigantesco como financiero, que no hace sino sentarse a uno de los muchos banquetes que organiza, y le dispara a su vecino de mesa la pregunta de a cuánto asciende su fortuna personal, pues él puede comunicarle que ha llegado ya a los mil millones de pesos. No es ésta, por supuesto, la única fortuna colosal que existe en México; pueden llegar a un centenar, y a cien millares las que van de uno a veinticinco millones. Y a ellas corresponde una riqueza antes desconocida

de empresas de todo orden: bancarias, industriales, de transportes, comerciales, de comunicaciones, mineras y —¡quién lo creyera!— agrícolas.

Magnífico, deslumbrador el espectáculo de este cambio conseguido en sólo una generación, tan deslumbrador, de hecho, que deja alelado a quien lo contempla. Pero, a diferencia de los circenses, los espectáculos sociales acarrearán problemas, o, más dulcemente, dudas. Es, pues, legítimo preguntarse si este enorme robustecimiento del sector "privado" ha sido provechoso para el país. No me refiero ahora a los beneficios (o maleficios) socioeconómicos, sino exclusivamente a los políticos.

Desde este punto de vista, pocas, ninguna duda puede caber: bendita sea toda actividad, todo campo, todo medio que le permita a los mexicanos vivir y desarrollarse fuera del gobierno y aun frente al gobierno. No sólo les da alguna independencia, sino que así se crean intereses y fuerzas que pueden limitar de algún modo el poderío abrumador del gobierno, aliviar el peso de esa mole que no deja caminar, ni respirar siquiera, al pobre mexicano de hoy. Por desgracia, el sector privado como fuerza política tiene lamentables limitaciones, unas que se dan en todo el mundo y otras más propias de aquí.

La primera limitación universal es que los negociantes no actúan abierta, públicamente, a la vista de todo el mundo, digamos como partido político o como franco sostén de un partido político determinado. Lejos de eso, sus figuras representativas sostienen que no participan en la política, llegando a ufanarse de que están muy por encima de ella. En cambio, obran como "grupos de presión" o grupos opresivos. Presionan, oprimen a la sociedad en general y al gobierno en particular para defender sus intereses, dilatarlos y hacerlos prevalecer. Este modo de obrar tiene dos graves inconvenientes para la colectividad. Primero, la descartan con el pretexto de que el negociante maneja intereses privados suyos, cosa inexacta en la mayor parte de los casos. Un industrial que presiona al gobierno para que levante los derechos de importación sobre un artículo extranjero, obtiene la elevación del precio del que produce él, con daño de la colectividad consumidora. El segundo inconveniente es que este daño proviene de un arreglo privado y directo entre el negociante y el gobierno, del cual, por definición, queda excluida la colectividad. Así, el sector privado tiende a conchabarse con el gobierno, a entenderse con él a espaldas del público.

La limitación propia de México que tiene la iniciativa privada como contrapeso político del gobierno es ésta. Por su natu-

raleza misma, el negociante es conservador, de modo que actúa más eficazmente cuando se halla frente a un gobierno, no digamos revolucionario, sino progresista, de esos que tienen un claro sentido popular. Pero sí, como ocurre en nuestro caso, el gobierno es también conservador, entonces el negociante se pasa con armas y bagajes al gobierno para reforzar el peso de éste, lejos de aligerarlo; en suma, se convierte en aliado y aun en cómplice del gobierno.

Nada halagüeña es esta situación, y, sin embargo, no debiéramos desesperar de que alguna vez cambie en beneficio de la sociedad mexicana. Primero, porque, como dice un poco enigmáticamente don Javier (R. G.), "el mundo se agita hacia la izquierda". Segundo, también llegará la ocasión (no importa cuán distante se vea ahora) de que el negociante reconozca que, a la larga, su prosperidad depende del público, a quien, por lo tanto, no puede sacrificar indefinidamente sin que reaccione en su contra. Asimismo, el negociante tendrá que admitir que sus relaciones con el gobierno no pueden descansar eternamente en el cortejo y en el soborno, sino en la ley y en el contrato, bases estas más sólidas y estables, así como más limpias y más baratas.

11 de julio de 1969

GOBIERNO, CAMPESINO Y OBRERO

No va resultando muy alentadora que digamos la exploración de qué fuerzas pueden servir de contrapeso a la desmedida y esclavizadora del gobierno. Se ha dicho ya que la iniciativa privada, a pesar de representar una enorme riqueza y contar ella con hombres indudablemente hábiles en el manejo de sus empresas y en el trato humano, actúa como grupo opresivo: presiona para entenderse con el gobierno directamente y a espaldas del público y en general con sacrificio de él. Entonces ¿en qué otras fuerzas puede pensarse?

Antes que en ninguna otra debió caerse en el trabajador del campo y en el trabajador urbano, en el campesino ejidatario y en el obrero sindicalizado.

En países como México, cuya población rural representa casi la mitad de toda ella; en países, como México, en que la agricultura está destinada en su mayor parte al consumo interno; en países así, el trabajador agrícola representa, o debiera representar, una fuerza política de primerísima importancia, lo mismo por lo que consume en servicios sociales (salubridad, educación, crédito, etc.) que por lo que da: la alimentación de todo el país.

En cualquier parte del mundo representan los obreros una fuerza política, económica y social de peso enorme. Salvo el capital y la técnica, todo lo demás está en sus manos. Por eso precisamente los revolucionarios más radicales aconsejan hacerlos gestores también del capital, y reduciendo al técnico a asalariado bien remunerado, todo sin excepción quedaría en poder del obrero organizado.

Debe agregarse algo peculiar a México. El programa de la Revolución no presentó una reivindicación más vehemente que la agraria, que, bien entendida (o "integral", como dice pomposamente don Norberto), se proponía hacer del campesino o del ejidatario un hombre dueño de su destino, y de un destino digno y placentero. Y la Revolución, cuando los trabajadores eran pocos y sus organizaciones meros esqueletos, abrigó el designio de que los obreros mexicanos desempeñaran un papel

predominante en la nueva sociedad en que soñaron aquellos buenos viejos revolucionarios. Allí están los artículos 27 y 123, los sobresalientes de la nueva Constitución.

No cabe duda de que los gobiernos revolucionarios, todos ellos, han concedido una atención especial a la "Reforma Agraria". Unos más y otros menos, unos sinceramente y otros de labios para fuera; pero aun éstos no han podido escapar al embrujo "revolucionario" de la reforma agraria, o sea que ni el más guapo se ha atrevido, no ya a declararse adversario, pero ni siquiera indiferente a esa gran tarea. Pero, aparte de mil defectos que fácilmente podría colgárseles, todos, sin excepción, han cometido el mismo error: no percibieron, ni se esforzaron en hacer del ejidatario un ser que se baste a sí mismo, en el manejo de sus negocios, en su vida personal y familiar, y por supuesto en su vida pública. Lo trataron desde el primer día, y lo siguen tratando hoy, como un pupilo ("huérfano menor de edad"), como un inválido, como un retrasado mental y moral.

Si es incapaz de manejar por sí solo su ejido, ¿podría esperarse que el ejidatario constituyera una fuerza política verdadera, y, como tal, independiente, y cuyo uso lo beneficiara a él y a nadie más? Así se explica que los millones de ejidatarios y campesinos hayan caído en manos de don Augusto (C. V.), él mismo, por supuesto, campesino, hijo de campesinos, nieto de campesinos, bisnieto de campesinos, como lo revela su tez quemada por el sol, sus manos encallecidas, la espontaneidad de sus sentimientos y la natural tosquedad de su lenguaje. Y no hablemos, claro, de sus profundos conocimientos, de su cotidiana experiencia en las faenas agrícolas.

El caso del trabajador organizado es más peliagudo, porque aquí no puede alegarse la ignorancia del ambiente ni el trato pupilar dado por el gobierno al campesino. La inmensa mayoría de los obreros ha hecho por lo menos el ciclo primario de enseñanza; vive en grandes centros urbanos; tiene acceso a todas las fuentes de educación (escuelas, bibliotecas, museos, etc.) y a los medios de información (prensa, radio, cine, televisión). Y es, por supuesto, amo y señor de su vida privada. ¿Por qué, entonces, ha resultado incapaz de darle a sus organizaciones una digna independencia y las ha dejado convertirse en vergonzante apéndice oficial?

Hay muchas razones que explican tan extraño (no conozco otro país en que se dé) como doloroso fenómeno. Desde luego la conveniencia: el obrero mexicano ha sido y es lo bastante

pragmático para tener como verdades adquiridas todas éstas. Primera, puesto a luchar frente a frente con el gobierno, siempre perderá, no sólo porque el gobierno tiene más recursos, sino porque es capaz de usarlos sin escrúpulo legal o moral alguno. Segunda, un líder dispuesto a defender la independencia de su organización, se expone a que el gobierno lo tumbé alentando las aspiraciones sucesorias del segundo líder. Tercera, un gobierno que no es revolucionario de verdad, pero que presume de serlo, presenta el costado vulnerable de tener que consentir en que el obrero saque cada dos años mayores salarios y mejores prestaciones.

Esto suena a desvergüenza pura, pero, aparte el desagrado, es respetable. Lo malo, me parece, es que esta actitud resulta condenable, no por su cinismo, sino por su ceguera. Ya es un síntoma impresionante el desprestigio universal de que gozan los líderes más connotados, a quienes todo el mundo considera venales y, en el mejor de los casos, meros parásitos del movimiento obrero. Después, no se ve cómo y por qué los obreros no podrían obtener todas las ventajas que hoy logran si obraran, no contra el gobierno, sino aparte de él, con independencia de él, usando sus propios medios y persiguiendo sus propios objetivos, que obviamente no siempre coinciden con los del gobierno.

Alguna vez cambiará esta situación, quizás con el viaje a la Luna de don Fidel. Entre tanto, no puede evadirse la conclusión de que, a semejanza del negociante, el obrero tampoco constituye por ahora una fuerza política ajena a la oficial.

18 de julio de 1969

LOS PARTIDOS OPOSITORES

Un hombre que anda buscando con su linterna semiciega qué fuerzas organizadas pueden compensar en algo la desaforada que en México tiene el gobierno, ha de dar alguna vez con los partidos políticos heterodoxos, precisamente porque se forman y actúan para oponerse al gobierno y capturarlo eventualmente.

Descartemos en seguida al PARM, porque su nombre mismo indica que es más papista que el Papa puesto que se declara más "auténticamente" revolucionario que el PRI, o sea más priísta que el PRI. En realidad, ese nombre es un lapso, pues como el único reclamo que hizo al fundarse fue el de que sus líderes eran más viejos que los del PRI, debió haberse llamado Partido *Cronológico* de la Revolución Mexicana. Pero el PARM sirve para medir hasta qué punto puede llegar la indelicadeza oficial en materia de partidos políticos: sostener indefinidamente la ficción de que el PARM es un partido político que, entre otros, cumple el requisito de contar con el mínimo de setenta y cinco mil adherentes exigidos por las leyes. Y esa indelicadeza por dos razones claras: primero, hay que darle a mexicanos y extranjeros la impresión de que México vive democráticamente, y segundo, el gobierno está dispuesto a favorecer la creación y el sostenimiento de todo partido que no represente, ni pueda representar, la más leve oposición.

El PPS tiene una historia más agitada, pero poco lucida. Parecía representar una realidad política presente y futura: agrupar a la izquierda inconforme con la marcha conservadora del gobierno y de su partido. El intento fracasó por muchas razones, pero por dos principales. Vicente Lombardo Toledano, hombre de muchos otros méritos subidos, fue siempre un factor divisivo y no unificador de la izquierda mexicana. Y la segunda razón es más importante, pero desoladora: sostener en México un partido político, no ya opositor, u opositor sistemático del gobierno, sino independiente de él, requiere, por lo menos en los líderes, un apostolado que muy pocos hombres están dispuestos a ejercer de verdad.

Entonces nos quedamos con el PAN como único partido político indepediente y aun opuesto al gobierno. Algo es algo, pero, desde el punto de vista de la salud nacional, en manera alguna resulta consolador, porque no se ve que el PAN progrese bastante. De nuevo, muchas razones pueden explicar un avance que debe calificarse de desesperantemente lento. Dos, sin embargo, interesa destacar aquí, la primera atribuible a este partido, y la segunda al gobierno.

El PAN no ha logrado ofrecer a la nación un programa claramente distinto (y más atractivo) del partido oficial y del gobierno mismo. Y el PAN ha fracasado asimismo en conseguir apoyos verdaderamente populares, de modo que sigue dando la impresión de ser un partido de clase media y aun alta. Y si bien cualitativamente esto puede significar algo, cuantitativamente representa poquísimo porque no hay partido político que pueda prescindir del pueblo como su principal fuente nutriz.

Pero el PAN, como el PPS y cualquier otro partido futuro, tropieza con un obstáculo matemáticamente insuperable: el PRI y las autoridades oficiales cuentan los votos, de modo que los demás partidos están atenidos a su generosidad y a su inteligencia, y es un hecho comprobable que el PRI no es muy generoso ni muy inteligente en esto de contar los votos. En las recientes elecciones para la legislatura del estado de México, por ejemplo, el PRI se ha atribuido en los nueve primeros distritos electorales computados el 94 por ciento de los votos; le ha dado el 4 y medio al PAN; ocho décimos de uno por ciento al PPS y tres décimos de uno por ciento al PARM, o sea que los tres partidos opositores obtuvieron tan sólo el 5 y medio por ciento del total. En el cómputo final, con un rasgo sorprendente de modestia, decidió llevar hasta el 10 por ciento el voto conseguido por sus "opositores".

Desde el punto de vista de la generosidad, esos tres partidos deben estar muy agradecidos al PRI porque pudiendo negarles hasta la mitad de un voto, les ha dado la fabulosa suma de 7 763 (contra 127 812 del PRI); pero en cuanto a inteligencia, la cosa varía mucho. Por una parte se trasluce que habiendo sido despedido don Lauro porque perdió alguna elección, don Alfonso está dispuesto a no perder ninguna, a ganarlas todas así de aplastantemente. Y esto sin considerar que de ese 90 por ciento al 98 que sacaban en sus buenos tiempos Hitler y Stalin sólo hay 8 puntos. Por la otra, hasta Mantequilla Nápoles sabe que no debe noquear a su rival en el vestidor, sino que debe permitirle subir al cuadrilátero, mantenerlo allí durante diez asal-

tos consecutivos y no despacharlo hasta el siguiente. De lo contrario, el público se sentirá defraudado, puede destruir la sillería y prender fuego al ring y a toda la Plaza México.

25 de julio de 1969

ARROGANCIA Y VIOLENCIA

Del examen apresurado de las fuerzas políticas independientes que pueden equilibrar el poderío brutal del gobierno, sólo se sacan estas conclusiones desoladoramente negativas. Los negociantes emplean el enorme poder que han amasado durante los treinta últimos años en defender sus intereses más inmediatos, y para ello se conchaban con el gobierno, sacrificando generalmente el interés de la colectividad. El campesino, lejos de haberse transformado con la Revolución en una potente fuerza política, sigue siendo un pupilo del gobierno; y el obrero, cegado por ganancias pequeñas e inmediatas, se ha convertido en el acólito que en la iglesia oficial va echando a los obispos el incienso ritual. En cuanto a los partidos políticos, dos actúan en el escenario para animar un poco la comedia democrática, y el tercero no logra progresar por sus propios esfuerzos ni se le deja avanzar.

¿De dónde, entonces, pueden venir esas fuerzas equilibradoras? Porque no nos engañemos en este punto decisivo de nuestra vida política: ningún país, absolutamente ninguno, pero sobre todo, claro, los que pretenden vivir democráticamente, puede subsistir sin esas fuerzas compensadoras, so pena de caer en el gobierno despótico y arbitrario, que ningún pueblo de la tierra está hoy dispuesto a tolerar por mucho tiempo.

Tan cierto es esto, que, a pesar de todo, en México existen esas fuerzas, no ya equilibradoras, sino irritadamente opuestas al gobierno, sólo que, carentes de organización, corren por ahí subterránea, invisiblemente. Y aquí, justo, está el peligro que nadie parece advertir: el día menos pensado un hecho insignificante cualquiera produce la conflagración. Ésa es, después de todo, la única lección válida que todos desprendimos del conflicto estudiantil, sólo que unos pretendieron no haberla aprendido, y otros, que en menos de un año la han olvidado.

Claro que aquí se abre el hondo abismo entre la verdad oficial y la creencia independiente: lo que los políticos llaman "el pueblo", ¿está satisfecho de la marcha que lleva el país? ¿Está

él conforme con su suerte? Aun no estándolo hoy, ¿confía en que pronto mejorará?

Yo me he impuesto la grata tarea de leer todos los discursos de don Alfonso, y no digo grata al azar, porque, a pesar de ser incontables y de parecerse mucho entre sí, me reconforta inmensamente su pétreo, su incommovible optimismo. La Constitución es maravillosa; la democracia mexicana, perfecta; el Partido, y sólo el Partido, elegirá, y eso en el momento preciso, a su candidato; nada de intrigas personalistas, sino la búsqueda del hombre y del programa; la Revolución Mexicana sigue siendo revolucionaria y avanza viento en popa y a mandíbula batiente. Y por supuesto que el pueblo, todo el pueblo, sin exceptuarme a mí, que soy parte de él, está con el Partido, tanto así, que ese pueblo se niega a oír, ver, palpar y oler como no sea a través del Partido.

Ahora bien, yo estoy bien convencido de que don Alfonso no cree en nada de esto, o que lo cree poquísimos (digamos la milésima parte), porque, de lo contrario, tendría que admitirse que es absolutamente impermeable a su vieja y diaria experiencia personal. Veamos esto del pueblo. En sus buenos tiempos, don Alfonso se encargaba de organizar auditorios para los líderes políticos que entonces le eran superiores. ¿Puede creer en la espontaneidad de los que ahora le organizan a él? Imposible, porque, agudo y honrado observador, tiene que admitir que las técnicas actuales son mucho más refinadas que las toscas usadas antes por él. Debe advertir, por ejemplo, que los organizadores de hoy jamás ponen al auditorio en las faldas de la colina y a él en lo bajo del valle. Todo lo contrario: su auditorio está tan abajo y él tan arriba, que por fuerza lo miran a él con la reverencia implícita en el hombre humilde que levanta la vista al cielo. Y habrá advertido que la altura de la tribuna no sólo es mayor, sino que siempre hay una mano piadosa que le coloca disimuladamente un zoquete de veinte centímetros para que don Alfonso emerja con el uno ochenta que exige la majestad del profeta.

No perdamos, pues, la esperanza de que en el futuro algún cambio salga de los sectores oficiales.

El cambio puede venir de un modo inmediato y fácil con un mínimo de comprensión y de buenos modales. En efecto, nadie pide deshacer hoy, en horas, lo que se ha venido haciendo hace años; tampoco desdecirse con una sola frase del diluvio de palabras que ha caído sobre este pobre país desde hace tanto tiempo. Se trata nada más de proponerse ser hoy un poquito distinto

(y mejor) que ayer.

Digamos en materia de tolerancia de la opinión ajena. Cada vez que un modesto ciudadano se permite decir algo distinto del dogma oficial, nuestros dirigentes lo hacen a un lado con el ademán y la palabra descorteses que suponen frases como éstas: "Son tonterías" (don Alfonso), o "Sólo los que desconocen las realidades nacionales pueden decir esto" (don Luis). El progreso en la tolerancia podría seguir estas mesuradas etapas: primero, reflexionar antes de opinar; después, asegurar que toda opinión merece respeto si es honesta; tercero, decir que uno difiere de ella y dar siquiera la mitad de una razón que apoye la idea propia y socave la ajena.

En suma, un poquito de modestia para no confundir el poder con la inteligencia y la rectitud, porque como el poder no dura, al perderlo la gente que lo detentaba, según su propia filosofía, se vuelve tonta o desvergonzada. Por ahora, aquí está la única y tenue esperanza de un equilibrio de poderes en México: que nuestros políticos sean menos arrogantes.

10. de agosto de 1969

EL DERRUMBE OFICIAL

Hace unos veinticinco o treinta años se inició el ocaso de la autoridad del gobierno como rector de la vida nacional, hasta caer en *simple instrumento de los pudientes*. Pero no, no es esto exactamente lo que ha ocurrido, sino algo mucho peor: su fuerza coercitiva fue creciendo al mismo tiempo que la verdadera autoridad, la moral y la intelectual, esa que crea alivio y confianza, se fue desvaneciendo hasta necesitarse hoy una vista de lince para advertirla en alguna palabra o gesto, y más, por supuesto, en un acto, y más todavía en una política, o sea una serie de actos encaminados a un fin establecido de antemano. Vale entonces la pena tratar de entender cómo ha podido ocurrir semejante desastre.

Desde luego está una circunstancia en cierta forma extraña al gobierno, o sea el rápido fortalecimiento de los negociantes llamados "iniciativa privada": un verdadero abismo media entre su actitud temerosa, cuando más defensiva, en la época de mi General, y la actual de ostentosa arrogancia.

Recuérdese otra circunstancia más importante todavía. La Revolución Mexicana jamás se propuso quemar como Judas Iscariotes a los negociantes para sustituirlos con una acción económica confiada a tecnócratas. En los comienzos desconfió de aquéllos por sus resabios porfirianos; pero poco después se produjo un doble fenómeno que ha tenido una influencia determinante. Primero, surgió en México un nuevo tipo de negociante, de banquero, de industrial, de comerciante, de empresario: mejor preparado, imaginativo, tesorero y sobre todo joven, sin nexos alguno con el pasado porfiriano, entendió la nueva situación y por ello estuvo dispuesto a desenvolverse dentro de ella prescindiendo de objetar o de poner en duda los "postulados" de la Revolución.

Segundo, un poco al final del periodo de mi General, con cierta timidez todavía en la época de don Manuel y de modo abierto don Miguel, la Revolución admitió, aunque vergonzantemente, que no podía prescindirse del negociante si el esfuerzo

para empujar económicamente al país iba a generalizarse y fructificar. De hecho, esto mismo había pasado antes con la educación primaria y secundaria, con la agravante de que aquí la Revolución llegó a jactarse de que ella sola, y nadie más, la impartiría. El resultado fue que brotaron escuelas privadas, primero para combatir los alardes exclusivistas del Estado, y después, logrado el triunfo, como próspero negocio.

Todo esto es natural, y lógico que haya sucedido; pero en manera alguna resulta natural y lógico que el Estado dejara de advertir a tiempo estos cambios, y menos todavía que, después de reconocerlos a medias, se haya dejado arrastrar por ellos hasta pasarse con armas y bagaje al campo de los negociantes, renunciando en su caída a ser el Sol del sistema planetario nacional.

No puede discutirse siquiera, por ejemplo, que sin los estímulos y la protección oficiales nuestra industria actual no hubiera nacido, o habría muerto sin poder alcanzar la lozana pubertad de que goza hoy. Exención de derechos a la importación de maquinaria, equipo y aun materias primas; impuestos internos favorables; un movimiento obrero adormecido que apenas pide salarios "razonables", apoyo crediticio ilimitado y la gruesa cortina de hierro que tapa hasta el último resquicio por el que pudiera colarse el artículo similar extranjero.

Se entendió bien que esos estímulos y esa ayuda importaban un sacrificio *nacional* enorme, puesto que obligarían al consumidor, pobre por definición, a comprar artículos de baja calidad y de altísimos precios. Se aceptó de buena gana el sacrificio por considerarse indispensable para conseguir la industrialización del país y con ella el escape de nuestra miseria tradicional. Pero todavía se entendió mejor que los estímulos y la ayuda serían condicionales, que lejos de darse gratuitamente, exigían una compensación. Y la tarea de idearla, de pedirla y cobrarla, se dejó al gobierno, como el único agente *nacional* y el único con la autoridad superior necesaria.

Alguna vez se hará la historia detallada de nuestro desarrollo industrial, y es de esperarse que la haga un historiador-economista mejor preparado y más severo que Carlos Díaz Dufoo, quien juzgó tan benévola los progresos industriales del porfiriato. Se verá entonces, también en detalle, que los gobiernos revolucionarios carecieron de una filosofía económica superior, de una imagen de la nueva sociedad industrial que convenía al país; se verá que ni siquiera tuvieron una idea general del desarrollo industrial mismo; se verá, sobre todo, que cedieron

sus ilimitadas facultades a los requerimientos del negociante, interesado sólo en su provecho personal, y con frecuencia a cambio del lucro personal de los funcionarios encargados de "dictaminar" sobre las peticiones del favor oficial.

Esta triste historia, por supuesto, se ha repetido no sólo en todos y cada uno de los sectores del desarrollo económico del país, sino en los demás órdenes de la vida: el educativo, el social, etc.

¿Podrá contenerse un proceso de erosión tan avanzado y tan general? ¿Será posible que el gobierno recobre a los ojos de la nación esa perdida autoridad moral e intelectual? Vista con seriedad, debe admitirse que esta tarea no parece fácil ni mucho menos; al mismo tiempo, como no hay, según creo, otra ni más grave ni más urgente, debe atacarse con ese denuedo patriótico que el mexicano sabe apreciar y aplaudir cuando de verdad lo encuentra en sus gobernantes. Que don Luis, pues, MEDITE.

7 de noviembre de 1969

DESTINO DEL PRI

Después de la restauración moral e intelectual de la autoridad oficial, parece que el siguiente problema político de importancia es el PRI, o sea un partido mayoritario, aun predominante, y de un tinte oficial bastante subido.

Antes que nada deben contestarse estas dos preguntas: ¿sería posible, políticamente hablando, acabar con el PRI? ¿Le conviene al país, y no tan sólo a los actuales políticos profesionales, contar con un partido predominante y semioficial?

Parece innecesario especular largo tiempo acerca de la primera pregunta por la consideración obvia de que en los cuarenta y un años de edad que tiene el PRI, se ha creado una apretadísima malla de intereses que se opondrían tenaz y ruidosamente a esos funerales, aun si se hicieran con sentida pompa fúnebre. Esta situación, que nació con el Partido, se ha agudizado mucho en los doce últimos años, en que ha florecido el político profesional, o político industrial, como yo prefiero llamarlo. Prescindir del PRI provocaría una condición semejante al cese simultáneo del trabajo en la minería, la industria textil y los transportes de toda clase. No habría sino una diferencia: mientras el país lloraría afligidamente ante el primer hecho, considerándolo como una catástrofe nacional, ante el segundo se echaría a la calle para celebrarlo con júbilo.

No sólo se opondrían los dirigentes del PRI: el máximo, los mayores, los menores y los mínimos, sino el gobierno mismo. Aquí los motivos son varios, y nada fáciles de precisar. El principal, sin embargo, es que, siguiendo el consejo del tahir profesional, el gobierno prefiere tener en mano varias cartas para hacer su juego político: una, la turbia, que maneja con la mano izquierda del PRI, y la otra, la semilimpia, que opera un gobierno augustamente desinteresado.

La imposibilidad política de enterrar al PRI bastaría para indicar la necesidad de buscar otro camino que el asesinato; pero sería mentalmente más sano aproximarse a un problema tan importante considerando la existencia del PRI, no como un mal

necesario, sino como un bien apetecible nacionalmente.

El PRI, o sus antepasados, que igual da, no sólo tiene en su favor el haber sido engendrado por necesidades nacionales reales. En efecto, he recordado hace tiempo que tras las trágicas experiencias de la sucesión de Carranza, Obregón y Calles, resueltas a sangre y fuego, el PRI nació para sustraer a las armas la solución de los conflictos políticos, y confiarla al medio civilizado del debate y la votación.

También recordé entonces que el PRI nació de una gran conveniencia nacional: antes apenas existían partidos locales, marcadamente personalistas, y los dos o tres ensayos de partidos "nacionales" habían fracasado faltos de un reconocimiento general de su necesidad. Si las principales reivindicaciones de la Revolución Mexicana eran de un carácter patentemente nacional, tal la reforma agraria, el sindicalismo y en general el mejoramiento de los desheredados, se imponía un esfuerzo nacional, una organización nacional y un partido político nacional.

El PRI, pues, no sólo le dio al país una forma decente de dirimir las contiendas políticas, no sólo le permitió a la Revolución unificar nacionalmente su acción, sino que en un momento hizo posible algo crucial en la vida de los países atrasados, y cuya falta le ha costado tanto tropiezo, por ejemplo, a países genuinamente democráticos como Chile. En Chile, aun un presidente tan excepcional como Eduardo Frei, inteligente, honesto, tesorero, experimentado, un verdadero patriota, no ha podido realizar reformas tan fundamentales como la agraria por una oposición parlamentaria ciega. La ceguera no nace de la mezquindad de los diputados y senadores opositores a Frei, sino de la inexistencia de un consenso general acerca de las reformas fundamentales que Chile necesita y también sobre los métodos más expeditos para alcanzarlas.

Es verdad que el PRI no "inventó" su principal programa de acción, sino que lo heredó de la Revolución Mexicana, y como ésta había presentado tres o cuatro reivindicaciones hondas, justas y con un indudable sentido popular, el PRI tuvo alguna vez no sólo un verdadero programa, sino uno tan generalmente admitido, que oponerse a él no sólo significaba un suicidio político, sino cargar con la marca infamante de "reaccionario", que en su momento quiso decir defensor de los intereses mezquinos de una clase o grupo, y consecuentemente enemigo de las aspiraciones nacionales.

La naturaleza misma de su programa y las necesidades a que respondía, le dieron al PRI la posibilidad matemática de triun-

far legítima, limpiamente en las elecciones. En efecto, como el programa interesaba de modo directo a los sectores agrario y obrero, y más tarde el burocrático, el PRI contó con el votante no sólo más numeroso, sino con el votante *activo*. El que no pertenece a grupos o asociaciones organizadas, es un votante veleidoso, que muchas veces deja simplemente de votar.

Hasta cierto momento el PRI desempeñó una función también importantísima: asimilar a grandes grupos sociales deseosos, en mayor o menor grado, de participar en la vida pública del país, particularmente en lo que mal bautizó el sector "popular", que es clase media. El caso típico es, por supuesto, la burocracia oficial.

En fin, nada desdeñable ha sido el papel de "escuela política", en la que han hecho sus primeras armas todos aquellos que, extraños a agrupaciones preexistentes, como la campesina y la obrera, querían adoptar como oficio único, principal o secundario el de la política.

Todas estas funciones de innegable importancia; todos los bellos propósitos abrigados para seguirlos desempeñando y aun enaltecendo, han naufragado en buena medida o en su totalidad. Señalar el origen de las fallas principales es ya marcar el camino de la enmienda.

14 de noviembre de 1969

EL DERRUMBE DEL PRI

He hecho la máxima alabanza del PRI al sostener que nació de auténticas necesidades nacionales y que prestó eminentes servicios al país; que por eso, todos los mexicanos debemos recordar admirados a su inventor Plutarco Elías Calles y a los dirigentes que lo sucedieron hasta hace, digamos, unos dieciocho o veinte años. En más de una ocasión, sin embargo, he sentido la obligación de afirmar que el PRI ha acabado por convertirse en una de nuestras peores calamidades, hasta el grado de ser hoy el problema número dos en importancia, gravedad y urgencia.

Las principales virtudes que le colgué al PRI fueron las de haberse constituido en un partido *nacional, revolucionario, predominante y semioficial*. Lo primero, por dársele así el campo máximo de acción; lo segundo, porque esa acción nacional se encaminaba a cumplir las metas renovadoras de la Revolución; lo tercero, porque representaba un consenso general acerca de esas metas y de los modos mejores para alcanzarlas; en fin, porque un partido político convertido en gobierno es el único que en los terrenos de la ley y de la realidad puede operar esos cambios.

Cada una de esas virtudes se ha transformado con el tiempo en vicio. Lo de "nacional" ha degenerado en la psicología de los famosos espadachines don Juan y don Luis (M.), que pensaban que este mundo tan ancho era incapaz de contenerlos a ambos. Tal psicología se refleja desde luego en el artificio de mantener dos paleros a los que llama partidos nacionales opositores; en una obstrucción de mala ley al único partido verdaderamente independiente, y sobre todo en una ley electoral ideada para hacer prácticamente imposible la formación de nuevos partidos políticos.

En los cuarenta y un años del PRI, la población de México, a más de multiplicarse mucho, ha variado enormemente en su composición. Los transportes y las comunicaciones le han dado una movilidad que antes no tenía; la educación ha mejorado su entendimiento del país; el éxodo de la población rural a los cen-

tros urbanos ha creado un nuevo tipo humano, que remacha la apertura de ocupaciones distintas de la rutinaria del campo.

Todo esto ha rebajado el predominio numérico y político de las organizaciones obrera y campesina, de las que el PRI recibió su mayor apoyo inicial. El propio Partido lo reconoció al crear un tercer grupo de adherentes, al que llamó sector "popular", pero que no ha bastado para que se le siga considerando como un partido verdaderamente representativo de todos los grupos sociales del México actual. Ha de agregarse que la organización campesina ha resultado una masa inerte cuyo nombre y representación usan a su antojo líderes deshonestos. La organización obrera ha crecido numéricamente, pero como ha renunciado a una acción política y sindical independiente, se ha convertido en siervo oficial. Por último, el PRI jamás se ha esforzado en captar a los "intelectuales", grupo poco numeroso, pero importantísimo porque su oficio es comunicar al público sus opiniones y sus sentimientos.

Además, el PAN le ha restado fuerza al PRI, no tanto porque le ofrezca al ciudadano un programa más atractivo, sino porque le da ocasión de votar en contra del partido oficial. Y por si algo faltara, está el aumento impresionante del número de ciudadanos que se abstienen de votar.

Por una parte su legítimo éxito electoral inicial, y, por otra, la pérdida progresiva de su fuerza auténtica, han conducido al PRI a concentrar sus esfuerzos, no en el programa y ni siquiera en sus candidatos, sino en crear un gigantesco mecanismo succionador de votos, y acude sin vacilar, en caso necesario, al fraude para alcanzar la victoria nominal de sus candidatos.

Si bien es verdad que la Revolución Mexicana careció de un programa claro, no puede abrigarse duda alguna de que su principal propósito era crear una sociedad en que las desigualdades desaparecieran hasta el máximo humanamente posible. Ningún observador honesto puede dejar de reconocer que ese supremo propósito se fue abandonando desde hace unos treinta años, aunque de palabra se siga proclamando todavía que hacia él se encaminan todos los esfuerzos del gobierno y del Partido.

¿Quién es el verdadero causante de este cambiazó, el gobierno, el Partido, o ambos? Por supuesto que el gobierno, verdadera y única nodriza del PRI; pero éste tiene que cargar con la responsabilidad de no haber intentado jamás enderezar las cosas. Lejos de eso, se ha visto recientemente el increíble espectáculo del presidente del Partido sirviendo de introductor de embajadores de un grupo de conocidos capitalistas para presentarlos al

nuevo candidato presidencial.

Éstos son los principales vicios de fondo del PRI, pero el que más resiente el público, y el que le ha costado el más general e intenso de los desprestigios, es la alquimia electoral que usa para sacar de la chistera a sus candidatos.

La teoría es inobjetable: para cada puesto de elección popular los miembros del Partido compiten libremente, y aquel que obtiene el mayor número de *sufragios* en la convención municipal, distrital, estatal o nacional, se convierte en el candidato del Partido, y *todos* sus miembros votan por él y lo apoyan hasta llevarlo al triunfo.

Este juego limpio y transparente, estimulante y que atrae a todo ciudadano consciente, ha sido sustituido por la cábala bautizada con el nombre engañoso de "auscultación". La tal auscultación la hacen de verdad círculos cerrados de políticos profesionales que no pasan de una media docena de personas, y que en el caso más reciente y sonado se redujeron a los tres jefes aparentes de los sectores del PRI.

5 de diciembre de 1969

LA COMPOSTURA DEL PRI

El más experto e ingenioso mecánico temblaría ante la tarea de componer esta máquina pesada, enorme, compleja, desbielada, falta de grasa y de gracia, y ahogada en una demagogia barata, hueca e irritante. Por lo pronto, estimando gruesamente el esfuerzo, tiempo, dinero y talento necesarios, sentiría que más valdría construir otra nueva, pues rebasado cierto punto de decadencia, resulta mejor sustituir que parchar. El peso y la incertidumbre de la empresa le resultan tan abrumadores, que nuestro Componedor nada más discurriría hasta después de asegurarse repetidamente que no hay posibilidad alguna de sustitución. Entonces, tirándose desesperado los pelos, comenzaría a hurgar aquel Monstruo.

Apesadumbrado, el mecánico aconsejaría poner su manejo en otras manos para evitar el empeoramiento de la máquina e iniciar su compostura. Pero pasaría en silencio que con ese consejo quiere cerciorarse de si el nuevo dueño del Monstruo siente de verdad la urgente necesidad de componerlo; de lo contrario, el mecánico se rehusaría a darle siquiera una mano de pintura anticorrosiva, ya que por dentro se seguiría pudriendo.

El Componedor argumentaría que la remoción de los actuales dirigentes del PRI caería dentro de tradiciones aceptadas. Por ejemplo, si se le despachara a la Secretaría del Patrimonio Personal, el Alfonso de hoy seguiría la misma Ruta de la Amistad que el otro Alfonso siguió hace seis años. Y se aplaudiría con fervor despachar a Roma, como nuestro representante en la FAO, a don Augusto, pues tal designio revelaría que el gobierno y el interesado admiten que tres o cuatro años de observación y de estudio le darían a don Augusto una credibilidad de la que hoy carece en absoluto para tomar en serio su política campestre. A punto de declararse vencido, el Componedor ofrecería una solución maquiavélica para deshacerse de don Fidel: buscar la complicidad de alguna organización patronal para que, nombrándole su presidente, quedara hasta formalmente en el bando capitalista. Entonces, sus antiguos camaradas se sublevarían para

echarle del sindicalismo y del PRI.

Por supuesto que el Componedor sabe que deshacerse del personal conductor es lo de menos, y lo de más, reemplazarlo con uno mejor. Así, ni por las mientes le pasaría pedir a los del Apolo XIII que le trajeran un par de lunáticos que gobernarán el PRI. Al contrario, recomendaría vehementemente usar políticos terrenos, de los llamados "militantes", pero que tuvieran una dosis mínima de honestidad, y, si fuera posible, otras dos dosis mínimas de talento y de seriedad.

Esta carrera de relevos del personal directivo debería hacerse pública y festivamente en el estadio México 68, poco después de ascender el nuevo gobierno, pues urge enfrentarse a la serie infinita de espantables preguntas: qué pernos van a suprimirse, cuáles resortes habrá que enchufar, las tuercas por apretar, la cilindrada del motor, tracción delantera, otra trasera, suspensión, engrasado, etc., etc.

Como el Componedor supone que son honestos, los nuevos conductores admitirían a poco que su responsabilidad resulta excesiva, y entonces se les ocurrirá acudir a un procedimiento para el cual el PRI tiene ya acuñado un nombre seductor por misterioso: la "Auscultación Nacional", que, por lo demás, ya usó en 1965. No confesarían que la auscultación se referirá a los males incurables del Partido; al contrario, dirían que a su salud, su robustecimiento, su eficacia, en suma, a la forma mejor de servir a la patria.

Esa auscultación nacional tomaría la forma de una Asamblea Nacional Extraordinaria del PRI, exclusivamente destinada a repasar sus Estatutos y su Declaración de Principios; pero... aquí los tres requisitos de los nuevos dirigentes: honestidad, talento y seriedad. No —¡por favor!— como en la última, convocada para escoger un candidato presidencial, y que, como de pasada, se aprovechó para reformar dos artículos estatutarios. ¡Y qué reformas! El viejo 13 admitía miembros *juveniles* del Partido a los mayores de dieciséis años y menores de veintiuno, es decir, establecía un lapso de cinco entre la mínima y la edad ciudadana. Pero como esta última se ha rebajado a dieciocho, los genios priístas creyeron necesario abatir también la primera, llevándola a catorce años, sin respetar los cinco años anteriores, poniendo como edad mínima trece. En todo caso, se imponía cambiar la designación, llamándolos miembros *infantiles* (a los miembros y a los dirigentes).

La segunda enmienda suprimió en las convenciones el voto individual y secreto para elegir candidatos a puestos municipa-

les, borrando así hasta el último vestigio de un sano procedimiento democrático, que, por lo demás, se abandonó al primer intento de aplicación.

No, y cien veces no: habría que proceder con reflexión, seriedad y severa honestidad, de manera de provocar y de recoger el auténtico sentir de los miembros del Partido, y no que la revisión de sus estatutos y principios fuera un mangoneo irreflexivo, risible e indecente de unos cuantos.

El mecánico se atrevería a hacer una sugestión propia: abrir un debate público no sólo dentro del PRI, sino fuera de él, haciendo en esa forma un examen genuino de la conciencia nacional. Asimismo, expresaría su esperanza de cómo él conoció el PRI por dentro y en sus buenos tiempos, el nuevo dueño del Monstruo no dejará de ver con simpatía su compostura.

12 de diciembre de 1969

TODAVÍA EN LA LUNA

Los mexicanos hablamos de nuestra actual vida política todos los días y a toda hora del día, escribimos poco sobre ella y nos negamos rotunda y porfiadamente a estudiarla. Este extraño fenómeno parece inexplicable, pues la incertidumbre del mundo y la nuestra propia debieran despertar la necesidad de esclarecer al menos la senda inmediata que puede seguir el país. Pero quizás pueda explicarse tal fenómeno.

Desde luego, la triste verdad es que en México no se han dado con facilidad ni abundancia los grandes escritores políticos, y esto a pesar de haber comenzado nuestra vida independiente con las luminarias de Fray Servando, Otero, Mora, Zavala y Alamán. En cambio, nuestro próximo gran sacudimiento, la Reforma, no produjo uno de primer orden, hecho lamentable porque debe presumirse que hombres como Ocampo, Miguel Lerdo, Zarco o Ignacio Ramírez, pudieron haberlo sido. Al nacer el Porfiriato, también Justo Sierra y José María Vigil tuvieron alas para remontarse a grandes alturas. Al contrario, el réquiem del Porfiriato lo hicieron Rabasa y Bulnes, dos escritores políticos hechos y derechos. Todavía es posible que cante la misa de difuntos de la Revolución el gran escritor que ha brillado por su ausencia durante largos sesenta y dos años.

Estos recuerdos fragmentarios indican que, salvo para el periodo de la Revolución, la escasez de escritores políticos debe atribuirse sobre todo a que la necesidad, y quizás, el gusto, cambió la pluma de nuestros grandes hombres por la espada; hicieron política en lugar de escribir sobre ella. Y también a que otros simplemente fueron incorporados al régimen político en que les tocó vivir.

Razones adicionales ayudan a explicar la parquedad con que en nuestro país han fructificado los escritores políticos. Una es la marcada preferencia del mexicano por la invención y su paralelo desdén por el estudio. Nuestra historia escrita exhibe ese origen: tiene el resplandor de la invención novelesca y la fragilidad de ignorar los hechos. En materia política no puede llegar

siquiera a eso, pues si aquí, como en todo, la imaginación ayuda, en manera alguna puede suplir en mínima parte el estudio y la reflexión.

Ha de considerarse asimismo que la “ciencia política” o politología ha sido objeto de enseñanza y de investigación hace escasos cincuenta años, lapso que no ha salvado nuestra desdichada Escuela de Ciencias Políticas.

En fin, los pocos aficionados a la politología con que contamos, suelen escribir sobre política para hacer política, es decir, en lugar de ocuparse de la *ciencia* política, hacen política *práctica*. . . ¡para ellos!

Debemos reconocer con honda pesadumbre que, en contraste con esa situación, los historiadores y politólogos norteamericanos han estudiado y siguen estudiando nuestra vida política contemporánea. Se ha llegado así a la situación en que tenemos que recurrir a ellos cuando los mexicanos deseamos entender el papel que ha desempeñado y desempeña el Presidente de la República en nuestra vida política, la función que en ella tiene el PRI, o cómo juegan dentro de éste sus tres sectores, etc. Al lado de los libros de Scott, de Brandenburg, de Padgett, Braderman, Cumberland, Eisenberg, Tucker, Hansen, Huntington y tantos otros, cuanto hemos escrito los mexicanos significa poca cosa o nada, si ponemos en el juicio algún rigor.

Claro que ninguno de esos estudios norteamericanos representa para México lo que el de Tocqueville significó para la democracia de los Estados Unidos; pero, aun así, asombra, por ejemplo, que el de Scott, después de once años de haberse publicado, sea tan poco conocido en México. Y resulta sencillamente increíble que el propio PRI, o el gobierno mismo, no haya propiciado su publicación en español y su gran difusión. Ningún político o politólogo mexicano ha hecho un esfuerzo tan inteligente, perseverante y benévolo para entender la función que el PRI ha desempeñado en la vida nacional desde su creación, el papel sobresaliente que le asigna como articulador de intereses políticos encontrados y propulsor de una “occidentalización” del país que lo pondrá próximamente en una corriente democrática sana y segura. Y esto —sobra decirlo— con fundamento en un manejo magistral de toda la literatura sobre el tema, en un gran talento, una reflexión ponderada y una benevolencia que jamás lo ciega.

Ha llovido mucho en la escena política nacional desde 1959, año de la publicación del libro de Scott. En parte por esto, y en otra como reacción casi inevitable contra su juicio, al parecer

demasiado optimista, vino el libro de Brandenburg, quien en sus seis años de México se empapó de los escritos y de la información verbal, sin desdeñar la simple conseja. De todos modos, es significativo que su conclusión principal sea la de que no es el PRI y ni siquiera el Presidente los que realmente gobiernan en México, sino la "Familia Revolucionaria", expresión y concepto inventado por los propios revolucionarios y que durante alguna época fueron bien conocidos de los mexicanos, pero que las nuevas generaciones olvidaron al grado de creer que Brandenburg los había acuñado.

Padgett, quizás por temperamento personal, pero ciertamente como una reacción contra Brandenburg, coincide en buena medida con la conclusión principal de éste, si bien con el deseo de atemperarla un tanto sustituye "Familia Revolucionaria" por "Coalición Revolucionaria". Hansen, en un libro aún no publicado, se aparta como nadie de Scott, y por eso desecha las expresiones de Familia y de Coalición, para usar la terrible de *La Cosa Nostra*. Y esto, sobra decirlo, no como diatriba, sino como conclusión lógica del análisis que hace de nuestro desarrollo económico de los últimos treinta años, análisis en que usa, por supuesto, informaciones de origen mexicano. Huntington, genio teórico de escasos cuarenta y un años, restablece el equilibrio al ir más allá de Scott, ya que le asigna a las instituciones políticas creadas por la Revolución no sólo un valor sin precedente en nuestra historia, sino el ser únicas en la América Latina. Huntington, sin embargo, no se aventura, como Scott, a predecir el éxito futuro de ellas.

¿Seremos los mexicanos incapaces de producir un estudio que ponga algún orden y cierta templanza en todo esto?

20 de febrero de 1970

NUESTRO SISTEMA

Todos los observadores extranjeros le conceden a nuestro sistema político una gran originalidad, como que algunos llegan a declararlo único en Hispanoamérica, sin faltar quien extiende esa unicidad al mundo entero. El motivo de esa atracción, de ese verdadero deslumbramiento, es muy sencillo: México ha conseguido en los últimos treinta años una estabilidad política y un progreso económico inigualados por otro país en desarrollo, y los ha conseguido sin acudir a las dos fórmulas conocidas de la dictadura, civil o militar, o de la democracia occidental, sino a una que México ha inventado para su uso particular.

De un empuellón apartemos a los "occidentales", o sea los de Estados Unidos y la Europa occidental, con los cuales apenas tiene el nuestro semejanzas externas o formales. Aquí comienza nuestra originalidad: poquísimo o nada tiene que ver el sistema con la Constitución de 1917, que en materia política sigue el modelo clásico liberal. En efecto, los órganos y las personas donde reside el verdadero poder político y económico; el modo como los grupos interesados se hacen oír; el mecanismo aglutinador de los intereses antagónicos de esos grupos; los arbitrios a que recurre la autoridad oficial para conseguir la aceptación, aun el aplauso, de su conducta; las "retribuciones" que toda sociedad ha de dar a los promotores del avance económico: el trabajo, el ahorro, el espíritu innovador; estas y muchas más cosas de nuestra dura tierra se alejan cada vez más del ensueño constitucional.

Las dos piezas centrales de nuestro sistema político posrevolucionario, o, con mayor precisión, el de 1929 a nuestros días, son un Presidente de la República dotado de una fuerza singular, y un partido oficial predominante. Siendo así, la semejanza, por ejemplo, con el régimen peronista es tan sólo aparente, pues aunque aquellos buenos descamisados formaban un partido político avasallador, y la fuerza de Perón era tan grande que alcanzaba el extremo dictatorial, todo el régimen descansaba en Juan Domingo y su Evita. A la inversa, el prin-

cipio antirreeleccionista limita a seis años la vida política de nuestros jefes de Estado. También es equívoca la analogía con la India, sobre todo ahora, cuando el partido All-India Congress puede perder su imperio después de veintitrés años de tenerlo. Pero aun en los buenos tiempos, aparte de ser un partido predominante (llegó a tener 75% de los asientos parlamentarios) y de contar, como en nuestro caso, con un hondo programa de renovación política, social y económica, existían dos diferencias notables: el partido reposaba en el culto arrobado a Gandhi y a Nehru, su fundador y su primer dirigente; luego, en la India había y hay una vida democrática genuina, muy occidental o muy inglesa.

Y no se hable de Cuba o de Ghana: en el primero un partido de masas, único y excluyente; en el segundo, uno predominante (como que dominaba el 71% de los escaños del parlamento); pero en ambos, dos líderes carismáticos insustituibles, como lo demostró a su tiempo Nkrumah.

Los poderes excepcionales de nuestro Presidente proceden en parte de la Constitución, hecho extraño, que nadie hasta ahora ha explicado de modo satisfactorio. Obsedidos por el hecho deplorable y persistente de que todo jefe del ejecutivo acababa en tirano, los constituyentes del 57 redujeron al máximo sus facultades y se las dieron a un Congreso que, a más de quedar limitado a la Cámara de Diputados, fue concebido como una asamblea nacional revolucionaria a la francesa. Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada trataron de que la Constitución fuera enmendada para que, fortaleciendo el poder ejecutivo a expensas del legislativo, se llegara a un mejor equilibrio entre ambos. Salvo la creación del Senado, fracasaron en su empeño; pero Porfirio Díaz y Manuel González, apremiados para hacer prevalecer la autoridad nacional, prescindieron de reformar la Constitución y crearon una situación de hecho en que el imperio presidencial fuera reconocido como indiscutido e indiscutible. Es, pues, extraño, que los constituyentes del 17, lejos de dejarse conmover por el espectáculo de la dictadura porfiriana, que duró treinta y cuatro años, la de más larga edad en el mundo entero salvo la de Salazar en Portugal, crearan un régimen presidencialista, en el cual, por definición, el jefe del poder ejecutivo federal es el resorte cardinal de la política y la economía del país.

Pero claro que la porción mayor del poder presidencial procede del vacío de la ley, del olvido de la ley o de su burla desaprensiva. Todavía más: gran parte de ese poder de hecho nace de la existencia de un partido político predominante que mantiene

relaciones especialísimas con el Presidente de la República y el gobierno en general.

La otra pieza esencial de nuestro sistema político es ese partido que hoy llamamos cariñosamente "El Institucional". Nació, por supuesto, de la Revolución Mexicana, que, por haber destruido por completo la vieja sociedad porfiriana, tuvo necesidad de crear una nueva. De allí los dos nombres que ha llevado: revolucionario, en el sentido de destructor de lo viejo y de creador de lo nuevo, y nacional, para indicar que esa doble obra tenía que emprenderse en todo el país y no sólo en una de sus partes. Y nació también de la necesidad de poner término a la lucha armada entre distintas facciones revolucionarias: de Villa y los convencionistas contra Carranza; de Obregón contra Carranza; de De la Huerta contra Obregón, etc.

Como su hijo, adoptó el programa de la Revolución Mexicana, un programa no escrito, pero bien caracterizado: ayudar por sobre todas las cosas al desvalido, para que las diferencias sociales se borrarán hasta el máximo humanamente posible. Por eso sus dos mejores apoyos iniciales fueron los campesinos y los obreros, dos gremios numerosos y organizados, de votantes activos, que le dieron al Partido fáciles victorias electorales.

27 de febrero de 1970

SU ESTABILIDAD POLÍTICA

Se ha dicho que los politólogos norteamericanos estudian nuestro sistema político porque, desechando las recetas de la dictadura y de la democracia occidental, nos ha dado una estabilidad política y un avance económico únicos en nuestra historia nacional y en la de cualquier "sociedad cambiante", según la expresión hoy de moda. De esos dos frutos han estudiado a fondo nuestro progreso económico; pero en buena medida han dado por supuesta la estabilidad política, rendidos ante hechos tan contundentes como la sucesión pacífica de siete presidentes, o sea un lapso de cuarenta y dos años, o que el último levantamiento armado ocurriera hace treinta y dos.

Aun así, tiene interés lo que han dicho. Por ejemplo, que las dos piezas principales de nuestra maquinaria política: una presidencia de la República casi omnipotente y un partido casi único, producen gran parte de esa estabilidad arreglándoselas para aglutinar los intereses opuestos de grupos y hombres, y para conseguir un acatamiento general de las decisiones tomadas. Además, llegan a concederle al PRI otras dos que ayudan también a explicar nuestra estabilidad política. Es un medio comunicativo entre el Presidente y la "base" del Partido. Cuando esa comunicación tiene un sentido descendente, sirve para explicar a la base las decisiones superiores y así buscar su aprobación; cuando es de abajo para arriba, de la base al Presidente, permite advertir el primer parpadeo de un conflicto para que el Presidente se mueva antes de estallar abierta e irremediablemente.

La idea que ha guiado a los politólogos extranjeros en su indagación de la estabilidad mexicana, es la de que un régimen político perdura en la medida de su aptitud para satisfacer las exigencias o "demandas" de la sociedad que gobierna, y que ese equilibrio sólo puede lograrse de uno de estos dos modos: o el régimen aumenta semejante capacidad más rápidamente que las demandas, o reduce éstas. Este objetivo puede conseguirse impidiendo que nazcan las exigencias, limitando su número y su peso

opresor, contraponiendo una exigencia a otra para que ambas se nulifiquen o su choque se traduzca en una transacción, caso en el cual puede satisfacerlas con una sola concesión. Y también acudir al engaño según el viejo refrán de que el prometer no empobrece, el dar es el que aniquila.

Por esto los politólogos norteamericanos distinguen una prehistoria del partido oficial, que en 1929 nace como un frágil entendimiento entre las principales facciones militares y políticas locales, y una historia propiamente, cuando en 1938 mi General le cambia de nombre y lo reorganiza profundamente introduciendo el *modus operandi* de los "sectores". Como ningún otro mecanismo del Partido, éstos han permitido limitar el número y rebajar la fuerza opresiva de las exigencias de la sociedad mexicana, y por ello han servido para alcanzar la estabilidad y la consecuente perduración del actual régimen político.

En efecto, las exigencias de cada uno de los Sectores suelen ser antagonistas (crédito industrial vs. crédito agrícola); por este sólo hecho se neutralizan bastante. Además, dentro de cada sector hay una neutralización vertical, que surge de la frecuente oposición entre las respectivas "demandas" de las unidades local, estatal y nacional de cada sector (hospitales rurales vs. Centro Médico).

Aquí son inconsecuentes los politólogos norteamericanos porque no destacan bastante el singularísimo invento de mi General, al que debieran calificar de genial. Y menos se han preguntado cómo se le ocurrió esta idea, para mí muy llamativa, pues no es fácil admitir que partiera de los entonces presidentes del PNR: Carlos Riva Palacio, Matías Ramos, Silvano Barba González.

Además, en diciembre de 1937, es decir, a cuatro meses de hacerse la reforma y de nacer el PRM, las ideas de mi General parecían confusas, ya que anunciaba que su antecesor debía ser sustituido por un "Partido Nacional de los Trabajadores y Soldados". El nombre mismo parecía desdichado: por una parte, desaparecían "revolución" y "mexicana", apelativos de un incuestionable atractivo político, y por la otra, el que se proponía parecía tener un airecillo soviético. Pero ni eso siquiera, pues se omitía a los campesinos. No contento con eso, mi General proponía incorporar a los burócratas, quizás por considerarlos también "trabajadores", sólo que "al servicio del Estado". En fin, abogaba por el ingreso de la mujer, rompiendo así toda idea de un partido "clasista". Por si algo faltara, deseaba hacer voluntaria la afiliación a este nuevo partido, con lo cual rebajaba

su antigua fuerza moral, política y aun numérica.

También han hurgado estos politólogos en nuestro "modo de ser", considerando que el carácter nacional ha de reflejarse en el estilo político. Almond y Verba hicieron una encuesta para definir la "cultura cívica" de los mexicanos: indagando sus actitudes ante su régimen político, determinaron el grado en que los distintos grupos sociales participan en la vida pública. Y Hansen sostiene muy convencido que la "paciencia" de nuestros campesinos ha sido condición necesaria de la estabilidad política. Por ello, a más de comprobar que apenas han recogido migajas del opíparo banquete de nuestro renacimiento económico, recuerda que los 3 300 000 campesinos sin tierra que había en 1960, siguieron esperando a que algún dios misericordioso se las diera.

Ninguno de estos politólogos, sin embargo, ha llevado hasta sus últimas consecuencias el análisis de las exigencias y del rendimiento de nuestro régimen para satisfacerlas. Han advertido que el sector popular, compuesto de gente de clase media con mejor instrucción y localizada físicamente cerca del gobierno, ha adquirido una preponderancia desproporcionada respecto del número de sus componentes y de las reivindicaciones que defiende. Y esto en un contraste sospechoso con el sector campesino.

Por eso, algunos recuerdan la historia nacional. El mexicano no sabe, o no puede, presentar sus "demandas" persistente pero ordenadamente. Espera con sosiego por largos años a que algo o alguien corrija la situación y pueda así recibir del gobierno y de la sociedad la justa retribución a su desamparo. Pero un día, pequeños hechos imprevistos lo encolerizan, y entonces, seguro y firme, derriba al gobierno y destruye a la sociedad, como ocurrió entre 1910 y 1920.

6 de marzo de 1970

SU AVANCE ECONÓMICO

Es indudable nuestro progreso económico de los últimos treinta años. Puede comprobarse con el producto nacional bruto, los índices de productividad, las estructuras ocupacional, de exportaciones o importaciones, del gasto público, etc. De hecho, puestos a repasar cifras, saltan sorpresas increíbles, digamos la de que en los últimos tiempos la productividad agrícola (no, por supuesto, el volumen ni el valor de la producción) ha crecido más en México que... ¡en Argentina! En efecto, la productividad de las parcelas privadas mayores de 5 hectáreas ha crecido a un ritmo anual de 18%, y de 10 las ejidales. La exportación de productos industriales representa la quinta parte del total, porción respetable que enseña su posibilidad de competir mundialmente. Y la ejidal alcanza a ser la cuarta parte de la exportación agrícola.

Por eso, un observador extranjero concluye: "Casi no tiene paralelo el progreso económico de México de los últimos treinta y cinco años."

Por desgracia, al lado de esos datos optimistas hay otros que causan la impresión de estar la pirámide de nuestra agricultura descansando en su vértice. Se estima, por ejemplo, que la producción del 85% de las parcelas ejidales, el 100% de las privadas de menos de 5 hectáreas y el 50% de las superiores a 5 hectáreas, la consumen los propios trabajadores de esas parcelas; en consecuencia, está sustraída del mercado. Otro cálculo de estos resultados: en 1960 el 54% de la producción agrícola total provenía del 3% de las unidades en explotación, y a ese mismo 3% se le atribuía el 80% de la mayor productividad lograda entre 1950 y 1960. En suma, se calcula que sólo el 15% de las unidades agrícolas se cultivan modernamente.

Aparte de que sólo el 43% de los trabajadores agrícolas tienen tierra, el 75% de quienes la tienen poseen parcelas menores de 10 hectáreas, y como en general son de tierra pobre o carecen de riego artificial, su producción es aleatoria o insuficiente. Esto se comprueba con otro dato hiriente: el número de días

ocupados en el año de los ejidatarios bajó de 194 en 1950 a 100 en 1960. Dificilmente puede darse un caso más ejemplar de subempleo, puesto que la ocupación dura menos de la tercera parte del año.

Y subsiste la concentración de la tierra: aparte del "latifundio familiar", cuyas parcelas componentes están registradas bajo nombres distintos, el último censo revela que la "pequeña propiedad" mayor de 400 hectáreas cubría el 36% de todas las tierras cultivables, y si a ella se agregan las mayores de 100, se llega a la mitad de todas ellas.

Un gran vacío ofrecen los estudios sobre el desarrollo industrial; pero se sabe que se ha logrado con incentivos que han hecho de la inversión en este sector la más lucrativa de todas. Y la experiencia personal indica que al consumidor le ha resultado muy cara, por precios elevados, por calidad baja o durabilidad inferior al producto extranjero.

La prueba de fuego del progreso económico es, por supuesto, la distribución del ingreso nacional, que indica la tajada que toca a cada grupo social. Los estudiosos encuentran que de 1940 a 1949 el ingreso de los empresarios subió marcada y rápidamente, mientras que los salarios nominales y reales ascendieron con gran lentitud. De 1950 a 1957 cae sensiblemente el ingreso de la mitad de las familias más pobres, de modo que baja del 19% del total al 15. De 1958 a 1967 el ingreso de los empresarios sigue subiendo mientras que, fuera de ellos, sólo aumenta el de la clase media baja, cuyas entradas mensuales suben en 32%.

Así, la situación no puede ser más desgarradora: mientras un 10% de las familias mexicanas se lleva la mitad del ingreso total, un 50% de las familias apenas alcanza el 15. Ningún mexicano que conozca este dato puede tener la conciencia tranquila; ninguno puede escapar a la impresión de que los planes de nuestro desarrollo económico tienen que modificarse pronta y profundamente.

Otros datos ayudan a entender el por qué de esta tragedia. Por ejemplo, éste: el por ciento del presupuesto federal destinado a dar crédito a los ejidatarios bajó del 30 en 1936, a 14 en 1960. De más significación son otras dos medidas usadas por los economistas: "la carga fiscal" (*tax burden*) y "el esfuerzo impositivo" (*tax effort*). Juzgada por el primer criterio, la carga impositiva en México es la más baja de toda la América Latina, excepto Guatemala y Paraguay. En cuanto al segundo, los resultados son todavía más ilustrativos: en un estudio comparativo

de 72 países en desarrollo, México ocupa el lugar 66 si su "esfuerzo impositivo" se mide por la razón carga fiscal-producto nacional bruto; el lugar 70, si el metro es el grado de desarrollo; y el lugar 67 apreciándolo conforme a la magnitud del comercio exterior.

Manejando estos y muchos otros datos (de origen mexicano, excepto las comparaciones internacionales, que proceden de la ONU), Hansen llega a estas conclusiones. Primera: sin importar cómo se mida, la inequidad con que se distribuye en México el ingreso excede a la mayor parte de los 116 países en desarrollo. Segunda: salvo la repartición de la tierra, ningún gobierno de la América Latina ha hecho directamente tan poco para aliviar la suerte del sector pobre como México. Tercera: esto ocurre —¡oh crudelísima ironía!— en el único país latinoamericano que hizo hace sesenta años una revolución "social".

La atmósfera de arrobada complacencia en que vive el país desde hace tanto tiempo, ha creado en nuestros hombres públicos una piel apenas ligeramente menos gruesa e insensible que la del paquidermo; pero es de esperarse que, a la vista del esquema de Hansen, ordenen a sus técnicos que analicen severamente los datos, los razonamientos y las conclusiones de este escritor norteamericano.

13 de marzo de 1970

RECOMPENSA Y ENGAÑO

La conclusión principal de los politólogos es que nuestro progreso económico y la estabilidad política han beneficiado a la décima parte de la población. Si tienen razón, se imponen dos preguntas. Entonces, ¿cómo ha podido sobrevivir cuarenta años? Para conseguir su propia perduración, ¿podrá repartir en el futuro más parejamente esos beneficios?

Recuérdese que un régimen político sólo perdura en la medida en que es capaz de satisfacer las exigencias de la sociedad que gobierna, y que necesita apoyos, que los politólogos dividen en "latentes" y "específicos".

El nuestro se sustentó inicialmente en ofrecer que serían cumplidas las exigencias. Por eso la Revolución Mexicana comenzó consiguiendo apoyos "latentes" con varios actos importantes: la disposición agraria de 1915; la ley de Relaciones Familiares; la Constitución; la creación del primer banco de crédito agrícola y de las escuelas agrícolas regionales, del banco central, de la Secretaría de Educación, etc. Y en 1928, Calles declaró que la Revolución era y sería permanente, que apenas había comenzado la obra de crear una sociedad mejor.

La satisfacción de la exigencia de la tierra apenas se hizo palpable al emprenderla mi General en gran escala y declararla objetivo principal de su gobierno. También surgió entonces la gran promesa de la industrialización, pues fue mi General quien dio la primera ley favorable a la creación de nuevas industrias.

La participación en la vida pública, otra de las exigencias más apremiantes de cualquier país moderno, tuvo amplísima satisfacción al triunfar la Revolución. De la vieja sociedad porfiriana desaparecieron por completo del Presidente de la República al último alcalde de pueblo, el ejército, la clase latifundista, la aristocracia urbana, etc. De hecho, se produjo entonces un vacío tan completo, que la gente nueva de la Revolución fue incapaz de llenarlo; pero pronto se produjo la situación de faltar espacio y sobrar gente. De allí la eliminación violenta de las facciones villista, convencionista, zapatista, carrancista y obregonista. Jus-

tamente para buscar un acomodo pacífico entre quienes quedaron en pie, se fundó en 1929 el Partido de la Revolución Mexicana. Ni con él, sin embargo, se hubiera logrado ese acomodo de no ser por dos circunstancias.

Desde luego, la letra y el espíritu del principio de la no-reelección. Un investigador ha calculado que con cada sexenio quedan libres 18 000 puestos de elección popular y 23 000 de nombramiento administrativo. Este gran botín de 41 000 posiciones que dan dinero, poder y rango, explica cómo nuestro régimen político da satisfacción a una exigencia importante, no sólo a los 41 000 premiados, sino también a los cinco candidatos a cada puesto vencidos, porque conservan la esperanza de pescarlos pronto. En total, a unos 250 000 ciudadanos.

La satisfacción no ha sido tan completa como indican esas cifras. De un lado, las prácticas de la "Familia Revolucionaria", de la "Coalición Revolucionaria", o de la "Cosa Nostra" han limitado el origen de los elegidos, pues todos han de ser nepotes. Además, otro investigador norteamericano trata ahora de determinar matemáticamente qué tan cabal ha sido esa renovación, pues sabemos que nuestros hombres públicos suelen "hacer carrera", es decir, apegarse a los puestos por larguísima años.

Aun siendo cabal esa renovación sexenal, nuestro sistema político habría sido incapaz de satisfacer la exigencia de participar en la vida pública sin el gran avance económico que ha permitido emplear en el sector privado a multitud de jóvenes preparados y ambiciosos. Además, atrayéndolos a él, alivió al sector público de una presión que quizás no hubiera resistido.

La estabilidad política y el avance económico han permitido sin duda ampliar la capacidad de nuestro régimen político para satisfacer las exigencias políticas y crecientes de la sociedad mexicana. Pero ha sobrevivido cuarenta años, más que por eso, por tres circunstancias reveladoras de su pavorosa vulnerabilidad. Ha sido manipulado, no para satisfacer esas exigencias, sino para "controlarlas", neutralizándolas o haciéndolas abortar. Ha desarrollado una aptitud de engaño tan inverosímil, que desafía con éxito el adagio de que se puede engañar a todo el mundo por algún tiempo o todo el tiempo a algunos, pero jamás engañar a todo el mundo todo el tiempo. Y está la naturaleza misma de la sociedad mexicana.

En un artículo anterior expliqué cómo operan los sectores del PRI para "controlar" las exigencias. En cuanto a la aptitud engañosa, piénsese simplemente en don Infidel y en don Aníbal (de I.), los dos virus revolucionarios más corrosivos de nuestra

dedicada patria. Falta hablar, pues, de la sociedad mexicana.

Para determinar su "cultura cívica", los politólogos distinguen tres grupos sociales a los que llaman disparatadamente, aun en inglés, "parroquianos", "sujetos" o "cautivos", y participantes. Caracterizan a los primeros como formados por núcleos reducidos, aislados, tradicionalistas, satisfechos de permanecer fuera de un mundo que no entienden, y que resuelven sus problemas colectivos con los recursos de su comunidad. (El caso más claro es el de los lacandones.) El segundo grupo lo forman individuos que viven en centros rurales comunicados con los urbanos, o en estos mismos. Conocen la existencia de las autoridades local, regional y hasta nacional; pero, convencidos de la ineficacia del gobierno y de su burocracia, se limitan a calificar la conducta de uno y de otra, sin intervenir para mejorarla. El tercer grupo participa activamente en la vida pública vinculándose con clubes privados o sociedades políticas, y votando.

Pues bien, de la encuesta de Almond y Verba, Scott deduce que en la sociedad mexicana hay 25% de "parroquianos", 66% de "sujetos" y 9 de participantes.

Así se explica su perduración: ha sobrevivido porque la sociedad mexicana es poco exigente. Nuestro sistema político sólo necesita del apoyo "específico" de los participantes, y para ello, satisface las exigencias del 9% de la ciudadanía, o sea unas 1 440 000 personas. No ha creído necesario sino el apoyo "latente" de los "parroquianos" y de los "sujetos", y para obtenerlo, satisface parcialmente sus exigencias, pero, sobre todo, crea la esperanza de que las cumplirá. Así ha procedido con la tierra: ha dotado de ella al 42% de los campesinos, hecho suficiente para crear en el 58 restante la esperanza de que alguna vez la tendrá.

20 de marzo de 1970

MUERTE O TRANSFIGURACIÓN

Es del todo necesario e inaplazable que nuestros hombres públicos reflexionen hondamente sobre la conclusión que se saca de los estudios de Almond, Verba y Scott, a saber: nuestro régimen político ha podido perdurar cuarenta años por la razón determinante de que sólo ha necesitado satisfacer con plenitud las exigencias del 9 por ciento de la ciudadanía. En cuanto al otro 91, apenas las ha cumplido a medias o, peor aún, ha sido entretenido con promesas cuya vanidad ha descubierto el pasar de los días.

La reflexión que yo imploro se basa en la consideración obvia de que no es ni puede ser deseable ni defendible un régimen político que descansa en una inequidad tan hiriente; pero también en algo que debiera preocupar todavía más a nuestros hombres públicos. La encuesta de Almond y Verba de la que sale ese 9 por ciento, se hizo hace ya nueve largos años. Sin embargo, ellos dos y Scott advertían desde entonces los cambios tremendos, increíbles que estaba sufriendo la composición social de México, y que se reflejaba en datos tan sorprendentes como éstos: de 1931 a 1961 el tanto por ciento de "parroquianos" había bajado de 44 a 25; aún más significativo, la clase media saltó de un 17 por ciento de la población al 33, mientras la clase popular cayó del 78 al 40 por ciento.

¿Qué quieren decir estos datos? Quieren decir una cosa muy simple: la sociedad mexicana se está convirtiendo a gran prisa en una sociedad exigente, y, por lo tanto, ya suena la llamada al juicio final de nuestro sistema político.

¿Puede esperarse, no la muerte sino su transfiguración? Antes de explorar tema tan fascinante como doloroso, debe hacerse del modo más inequívoco esta declaración: ningún mexicano en sus cabales puede desear que se interrumpa la estabilidad política y el progreso económico. Se trata simplemente de que ambos tengan un claro sentido justiciero... jesa "justicia social" que se ha convertido en la mentira demagógica más abominable de nuestros tiempos!

Desde luego, nada se conseguirá si no se piensa, se habla y se actúa con absoluta honestidad y franqueza. Véase, por ejemplo, la serie de problemas a que conduce esta conclusión de Hansen. Partiendo de que es innegable que nuestro progreso económico ha favorecido con exceso a una estrecha minoría, afirma que "un partido en que las exigencias del trabajo organizado y del campesino estuvieran efectiva, realmente representadas, no habría consentido en que el gobierno planeara y ejecutara una estrategia de desarrollo como la seguida por México en los últimos treinta años".

Hansen afirma su convicción haciendo notar que los grandes beneficiarios de nuestra expansión económica han sido los comerciantes, los industriales, los banqueros y los agricultores de tierras privilegiadas, cuyas organizaciones *no* están representadas en el PRI. Y de esas dos justas observaciones, la moraleja incontrolable: luego las grandes decisiones económicas se toman fuera del PRI, y éste simplemente enmudece o las aplaude como una claque cualquiera.

En todos los grandes partidos políticos las decisiones se toman por mayoría de votos. Esta norma, sin embargo, es más aparente que real, ya que detrás de cada voto hay un interés. Por eso se habló de que el rural había favorecido a Nixon, o de que el de los judíos decidió la reelección del alcalde neoyorkino Lindsay. Y el hecho de que en Inglaterra haya un partido "laborista", sostenido principalmente por los sindicatos obreros, no puede ser más elocuente. Así, la idea de los sectores, es decir, de segmentos que representen intereses y que, en consecuencia, las decisiones del PRI se tomen conjugándolos del mejor modo posible, en manera alguna es mala.

Pero no ha funcionado por muchas razones, claro, pero por dos importantes. No se ha determinado el peso relativo que cada sector debe tener en las decisiones generales del Partido. La CNC alegó alguna vez que el número debía ser el criterio para determinarlo; pero no tuvo fortuna la idea porque ni siquiera fue defendida con calor; además, porque ni los sectores tienen un registro fehaciente de sus agremiados, ni las autoridades nacionales del PRI los han exigido, empeñados unos y otras en abultar su respectiva fuerza numérica. El criterio justo debiera ser en parte el número, pero en otra mayor la naturaleza de las exigencias que cada sector representa.

El no haberlo definido ha provocado una situación viciosa: el sector popular ha sacado ventajas absolutamente fuera de proporción del número de sus afiliados y de la gravedad y la ur-

gencia de sus reivindicaciones. Y a la cola, relegado, se halla el sector campesino, el más numeroso y de cuyo bienestar depende la salud toda del país.

Pero la falla mayúscula es, por supuesto, la infidelidad de los líderes que manejan los sectores. No han defendido los intereses de sus agremiados, sino los suyos personales, y como al gobierno le resulta mucho más fácil saciar el apetito de una veintena de ambiciosos que las necesidades legítimas de trece millones de campesinos y obreros, opta por el camino fácil.

Dada esta situación, ¿cabe esperar un cambio saludable, o el régimen persistirá en sus errores, cegado por sus "triunfos"? Parece fuera de toda duda que la iniciativa no puede venir sino del Presidente de la República, de un presidente que llegue a entender este pensamiento tan profundo de Madison: "La gran dificultad de idear un gobierno que han de ejercer unos hombres sobre otros, radica en esto: primero, debe capacitarse al gobierno para dominar a los gobernados, y después, ha de obligarse al gobierno a dominarse a sí mismo."

¡Por favor! Aquilátese la honda sabiduría de ese pensamiento, pues es patente que si hemos capacitado a nuestros gobernantes para que nos dominen, no hemos sabido obligarlos a reconocer y respetar un límite a su poder y a su fuerza.

27 de marzo de 1970

UN FEDERALISMO PECULIAR

Todos conocemos la triste historia de nuestro federalismo, que dio al país su nombre de Estados Unidos Mexicanos. Se copió de "Estados Unidos de Norteamérica"; pero ambos nombres expresaban la misma idea: varios estados libres y soberanos que hallan conveniente unirse para formar una nación poderosa. Los estados, pues, existían antes de la federación, pues ésta nace al cederle ellos algunas de sus antiguas prerrogativas, digamos la política y el comercio exteriores.

Pero el federalismo mexicano no fue simple imitación sino que tres hechos hicieron aconsejable la existencia de una autoridad local fuerte, rasgo este distintivo del federalismo: tener entonces un territorio sumamente extenso; estar partido en porciones pequeñas por infranqueables cadenas montañosas y encontrarse su población agrupada en un sinnúmero de pequeñas comunidades aisladas las unas de las otras.

Pero contra la fuerza indudable de esos tres hechos estaba la necesidad imperiosa de hacer de México una nacionalidad, ya que no contaba siquiera con los factores homogeneizadores que unían a los estados que formaron la Unión Americana: raza, lengua, religión, la experiencia histórica del *town hall* y un territorio (el inicial) limitado, llano y rico. Por eso, desde el arranque mismo de nuestro movimiento emancipador se entabló una lucha implacable entre la autoridad central y la local. Poco puede extrañar que nunca haya habido un presidente que dejara de acrecentar su propia autoridad a expensas de la del gobernador y los municipios de los estados.

Asombrosos resultan el ingenio y la perseverancia de nuestros presidentes en esta tarea. Han usado la fuerza bruta de las armas; la lucha de las facciones políticas locales, para apoyar a la débil y destruir la fuerte; y su habilidad ha llegado al extremo de que los estados mismos pidan, aun que imploren la intervención federal. También debe reconocerse que rara vez el federalismo ha tenido campeones respetables o eficaces. Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo no defendían la independencia de

Nuevo León, sino un feudo privativo de ellos. E Ignacio Vallarta, el más ilustrado y convencido federalista, no llegó a admitir la necesidad de una autoridad central unificadora, sino que la rechazaba refugiándose tercamente en el texto formal de las disposiciones constitucionales.

Puede decirse que nunca se ha buscado un acomodo decoroso y realista entre la autoridad general y la local, cada una de las cuales tiene en teoría, y debe tener en la práctica, su razón de ser y sus ventajas. De allí que mientras en la realidad los estados han llegado a ser siervos humildes de la federación, las disposiciones constitucionales, a más de seguir considerándolos "libres y soberanos en todo lo concerniente a su régimen interior", todavía admiten como una realidad que la federación sólo tiene aquellas facultades que le han cedido expresamente los estados.

Jacques Lambert, agudo estudioso francés de los países latinoamericanos, hizo en 1963 la observación de que éstos heredaron de España la *necesidad*, pero no la *realidad*, de una autoridad central fuerte. Sin duda la historia del siglo pasado fundaría con amplitud semejante pensamiento, y aun es posible que en la actualidad siga siendo válido para algunos de ellos. En el caso particular del México de hoy, sin embargo, parece insostenible. Simplemente recuérdense las circunstancias señaladas antes como determinantes de una autoridad local fuerte y una central débil: un territorio sumamente extenso e incomunicado, más una población pulverizada en un sinnúmero de pequeñas comunidades aisladas las unas de las otras.

En la guerra del 46 perdimos más de la mitad de nuestro territorio, y el que nos quedó ha venido estrechándose a medida que han mejorado los transportes y las comunidades. De las cinco jornadas que se hacían para llegar de aquí a Guadalajara en diligencia, se pasó a las doce horas del ferrocarril y a los cuarenta minutos del avión. O sea que de 1888, cuando el ferrocarril llega a Guadalajara, al día de hoy, la distancia que nos separa es apenas un centésimo de la anterior.

A los 15 000 kilómetros de ferrocarriles heredados del porfiriato algo se ha añadido después; pero se ha tendido toda una red de carreteras aún más extensas y superiormente ramificada. También han crecido las redes postal y telegráfica, y de completa novedad es el transporte aéreo, cada vez más frecuente y de mayor alcance. La comunicación telefónica ha superado la vieja en forma increíble. Y no se hable de una prensa mejor informada y de mayor impacto, ni de la maravilla comunicativa de la radio y la televisión. En suma, el sistema circulatorio del

país se ha extendido y superado en proporciones no imaginadas antes. Por eso, el viejo mal del aislamiento y de la incomunicación ha sido combatido con una eficacia tan grande, que puede augurarse que en unos cuantos años quedará extirpado para siempre.

Todos decimos pestes de nuestra educación, pero no puede dudarse de que, con todos sus defectos, ha actuado como un vigoroso homogeneizador de la sociedad mexicana. En fin, aun el mal más hondo de la segregación demográfica va desapareciendo, en parte por la mejoría de las comunicaciones y los transportes y en otra por la concentración urbana de la población.

México es hoy, pues, una verdadera nacionalidad.

Todos estos hechos han rebajado la necesidad y la fuerza de la autoridad local, de modo que en ninguna circunstancia imaginable puede considerársela un peligro o siquiera un estorbo para la autoridad central. Pero exactamente esos mismos hechos deberían acarrear la consecuencia de cambiar la naturaleza de la autoridad central. Debe dejar de ser impositiva u opresiva para convertirse en paternal y amorosa. Los recursos desconsideradamente superiores de la federación no deben servir para oprimir, para esclavizar a los estados, sino para ayudarlos a que sean de verdad libres y soberanos.

31 de julio de 1970

EL BAÑO LUSTRAL

En esta serie semanal de pequeñas fantasías que he venido presentando como posibles cataplasmas a nuestra vida pública, he mantenido dos veces que el único remedio radica en purificar el PRI. Porque puede ser un instrumento precioso para lograr la participación política general de la ciudadanía y porque todo remedio externo al PRI resulta ineficaz y exasperante. Entonces, ¿cabe hacerse la ilusión de que de un cuerpo putrefacto brote la salud y aun la pureza?

Como ya resulta intolerable cualquier circunloquio, debe decirse que, siendo imposible un proceso espontáneo y anónimo de purificación, han de inspirarlo y sostenerlo personas concretas. Es más: ha de decirse y repetirse que la única persona que de verdad puede inspirarlo e iniciarlo es el próximo presidente de la República.

Es verdad que entre las hipocresías pequeñas y grandes de nuestra vida pública está considerar a nuestros presidentes no como jefes del PRI, sino como ángeles guardianes de todos los mexicanos. Nadie se traga tan infantil subterfugio, y por eso la opinión pública sin vacilar hará siempre responsable al Presidente de cualquier acto, menor o mayor, del PRI. Siendo así las cosas, ¿qué puede esperarse de don Luis? Pocos podrán jactarse de saberlo, pues sus alusiones a este problema han sido tan imprecisas, que igual pueden interpretarse en un sentido que en el opuesto, para no hablar de varios sentidos intermedios. Recuérdense aquel tema de la "autocrítica". La gente se hacía por lo menos estas tres preguntas: ¿Quiere don Luis reservarse el derecho exclusivo de hacer la crítica? ¿Trata de incitar a los dirigentes del PRI a confesar públicamente sus deslices, o los prepara desde ahora para su próximo despido? ¿De verdad le pide a la ciudadanía que exprese sin temor sus pensamientos?

Ante semejante incertidumbre, es de esperarse que don Luis admita en su fuero interno la imperiosa necesidad de enderezar el PRI; pero quizás los que somos ajenos al mando oficial podamos ayudar encendiendo una velita para implorar del Dios

de las Alturas que ilumine a nuestro próximo presidente, pues mi oficio de Profeta (al fin reconocido por la Dirección General de Profesiones en su cédula P-1) me permite predecir que este problema de la purificación del PRI no puede conllevarse seis años más.

Nadie le pediría a don Luis calzarse las botas de hierro y la coraza acerada, poner la lanza en ristre y arremeter contra los molinos de viento. Dos cosas simples bastarían: hacer correr la voz de que es menester reorganizar el PRI, y escoger a los nuevos dirigentes del Partido con el criterio no sólo de la lealtad, sino también con el de la certidumbre de que entienden la necesidad del cambio. Dados esos dos pasos preliminares, los milagros comenzarían a operarse, cosa necesaria, pues si es una verdad redonda que nada podrá hacerse sin esa indicación superior, no lo es menos que el Presidente no puede hacer todo, sino que cada uno ha de enfrentarse a su propia responsabilidad y operar en su propio campo.

¿Hacia dónde debe orientarse el PRI purificado? En esto no hay misterio alguno: debe representar y defender los intereses de sus miembros, o sea de los tres grandes sectores que lo forman. Es un hecho, sin embargo, que los sectores han servido para dos fines exactamente contrarios: el más mezquino e indignante, para que los "líderes" obtengan y conserven posiciones políticas y económicas lucrativas; el otro, obstruccionar la satisfacción de los intereses de la "masa" de los componentes de esos sectores.

¿Puede esperarse que esta situación se remedie? Lo primero es admitir que tiene que cambiarse de una manera u otra, y lo segundo, que el Presidente no haga un gesto ni pronuncie una palabra que sea, o pueda ser interpretada como un aval de estos líderes, personificación hiriente del traidor a los intereses de sus compañeros. Aún quedaría por hacer dos cosas principales. Desde luego, alentar a esa base a hablar, a quejarse, a presentar sin embarazo sus problemas y sus aspiraciones. Esta labor de sana, indispensable "agitación", debe completarse con una reorganización de los mecanismos comunicativos entre esa base y los representantes locales, regionales y nacionales de los sectores correspondientes. Los fines serían fortalecer la voz de la base y hacer más receptivos los conductos que esa voz ha de recorrer para ser escuchada y atendida.

Quizá no pueda atacarse simultáneamente la purificación de los tres sectores, aun cuando tampoco parece posible lustrar uno y dejar a los otros en su estado actual de descomposición. Es

un hecho, sin embargo, que la necesidad mayor es la del campesino. Aquí, por lo menos, puede contarse con el compromiso, que don Luis se echó encima desde su primera declaración, de dar preferencia a los problemas del campo mexicano.

Es incuestionable que si la Confederación Nacional Campesina hubiera sabido representar y defender los intereses de sus asociados, muy otra sería hoy la suerte de nuestro campesino. No sólo constituiría una fuerza política de primer orden, sino que, justamente por serlo, habría conseguido que los principales recursos del Estado se aplicaran al campo. El desarrollo agrícola habría corrido parejas con el industrial y se habría evitado la coexistencia de una agricultura moderna lucrativa en manos de particulares, y la ejidal, que a duras penas da un mal vivir.

El sector obrero se ha defendido más porque está mejor organizado y sobre todo porque la renovación bienal de los contratos de trabajo les da periódicamente a los sindicatos ocasión de presentar nuevas exigencias. Y esto lo hace cada gremio sin necesidad de acudir a las grandes centrales y menos al PRI mismo. Y del sector popular, salvo, quizá, algunas excepciones, puede decirse que ha sacado más ventajas de las que en realidad debían haberle tocado dadas sus necesidades reales, el número de sus componentes y el peso político nacional que tienen.

14 de agosto de 1970

PRIMER TOQUE FINAL

Si yo fuera don Alfonso, dedicaría los últimos días de mi reinado a coleccionar las recetas que se han ofrecido para sanear su partido, y, tras clasificarlas, las traspasaría a mi sucesor con un comentario breve pero honesto. Después, tranquila la conciencia, me dispondría a consagrarme a las nuevas ocupaciones que nos depare el destino. Si procediera así de sabiamente, nada me honraría tanto como ver que las últimas dos recetas que voy a ofrecer se incorporaran en esta preciada antología.

Por su salvación, el PRI debe fomentar cierta movilidad entre sus sectores y entre los miembros de éstos. O sea: ha de despojarse de su carácter monolítico, pues si es verdad que las piedras resisten las cuarteaduras y aun la disgregación bastante mejor que otros materiales, no lo es menos que hasta ahora las piedras no han pensado ni sentido, ni se ve tampoco que puedan hacerlo en un futuro previsible. Además, la insensibilidad misma de la piedra es, por inhumana, antipática, y se supone que un partido político está formado, no de piedras, sino de hombres y mujeres.

Aclárese este pensamiento despojándolo de tan encantadoras metáforas. El PRI debe fomentar el disentiimiento entre sus miembros creando en su seno un ala izquierda, otra derecha y una porción central. Claro que brotaría esta dificultad: como miembros de un partido terriblemente revolucionario, nadie querrá llevar clavada en la frente la etiqueta de derechista.

¿Por qué no confiarle este papel al antiguo PARM, ya asimilado al PRI? El PARM se llama a sí mismo revolucionario, "auténticamente" revolucionario, o sea que representa la tradición revolucionaria mexicana: el pensamiento, el modo de ser de los viejos caudillos desde Madero hasta don Abelardo.

Debe partirse también del supuesto de que el PRI se traga al PPS, siguiendo la vieja regla oceánica de que el pez grande se engulle al chico. ¿Podría dársele al devorado PPS el papel de ala izquierda de este nuevo tiburón político que sería el PRI?

Aquí la cosa parece más dudosa, pues si los antiguos pepestistas insisten en considerarse a sí mismos marxistas, represen-

tarían el pasado y, por lo tanto, habría que colocarlos a la derecha y no a la izquierda. Baste decir, para apuntalar este último dicho, que un joven politólogo, tras comparar minuciosamente los partidos políticos de la Europa oriental con el PRI, ha predicho recientemente que la mexicana es la única salida que hoy tienen los partidos comunistas de Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Polonia, Yugoslavia, Albania y Bulgaria.

Yo no vacilaría en colocar a los extintos pepesistas en el ala izquierda porque existen, están allí, vivitos y coleando y desocupados. Y también por la curiosidad de ver cómo se comportan en su nuevo acuario político.

La mayor confianza en despertar dentro del PRI un movimiento izquierdista, de cambio imaginativo, ha de ponerse en la juventud, y de un modo particularísimo en la llamada "estudiosa". Al mismo tiempo, debe convenirse en que no se ve cómo pueda atraerla el PRI, ya que si en algún grupo de la sociedad mexicana el PRI ha caído hasta el fondo de la barranca del desprestigio, es justamente en el de la juventud escolar. El Institucional lo ha entendido así desde hace tiempo, pero, por más que ha organizado y reorganizado sus grupos juveniles, y por más bicicletas y balones de fútbol que regala don Píndaro, no ha habido progreso en la autenticidad de los adherentes y ni siquiera en su simple número.

Es tan esencial, sin embargo, contar dentro del Partido con un fermento ahora sí que revolucionario, que yo no desesperaría. Y confiando en el reconocido candor de la juventud mexicana, me atrevería a sugerir que se le invitara a ingresar, no en el PRI, así, a secas, sino a lo que oficialmente podría llamarse el "Ala Izquierda del PRI", o su "Flecha Roja", el "Ariete Revolucionario", incluso el "Bulldozer del PRI", para darle a entender que a la juventud le toca demolerlo y levantar de sus escombros un partido nuevo y decididamente mejor.

Todo el mundo sabe que la burocracia priísta aparenta sin titubeo estar satisfechísima de cuanta monería hace, y de la condición sanitaria del Partido. Más aún: día tras día asegura campanudamente que ella es el pueblo, o que el Partido lo es, o que el pueblo se ha entregado al PRI como en los viejos tiempos lo hacía la inocente doña Inés con el irresistible don Juan. Pero muchos otros consideran que estas afirmaciones son tan palmariamente inexactas que no cabe suponer sino que esa burocracia está satisfecha de labios para afuera, pero de ningún modo en su fuero íntimo.

¿Existirá alguna forma de averiguar quién tiene razón? La

hay, e infalible: medir la afección que la juventud siente por el PRI. Hace mucho tiempo propuse que el Partido convocara a los jóvenes de 18 a 22 años a un concurso de ensayos que leerían y calificarían jueces imparciales. El tema, por supuesto, sería estimar la obra del PRI y las prendas morales e intelectuales de sus dirigentes, así como sugerencias para mejorar aquél y éstos. Hay también empresas calificadas técnicamente para sondear la opinión pública sobre un asunto dado. Y habría un medio todavía más contundente: que el PRI exhibiera la lista de sus adherentes juveniles para que investigadores insospechados comprueben desde su existencia física hasta el grado de su inteligencia.

Puede anticiparse que serían desastrosos los resultados conseguidos por estos o cualesquiera otros procedimientos. Así, debe convencerse el PRI de que no tiene ante sí un problema más grave ni más urgente que el de conquistar la simpatía y el respeto de la juventud mexicana.

28 de agosto de 1970

PARLANTES Y PENSANTES

Debe parecer desconcertante mi última receta para la antología que prepara don Alfonso sobre el modo de sanear el partido que próximamente dejará de ser suyo. En realidad, es sencilla de enunciar, aunque difícil de explicar. Es ésta: el PRI tiene que hacerse de otro idioma, porque nadie entiende el que viene usando desde hace tiempo. El nuevo debe ser ese que se llama "cristiano" porque, como la religión, nos es común a todos.

Se sabe bien que todo partido de origen revolucionario necesita una ideología, por primitiva que sea, y un lenguaje demagógico para hacerla llegar al pueblo, ganar adeptos y finalmente hacerla triunfar. Pero una vez que el movimiento revolucionario elimina a sus adversarios, tiene que comenzar a levantar la sociedad ideal que ha ofrecido a sus secuaces. Entonces se inicia la decadencia de la ideología, pues el régimen revolucionario no puede ya sustentarse de la condenación, aun del odio hacia el antiguo, sino que su prestigio y su autoridad, aun su supervivencia, han de nutrirse de sus propias obras. A la decadencia y final desaparición de la ideología, sigue el desuso, la impropiedad del lenguaje demagógico, aun cuando su eclipse final se produzca después del ideológico.

La Revolución Mexicana no ha podido sustraerse a una norma cuya validez, según los politólogos, es universal. En efecto, durante varios años, digamos de 1910 a 1920, se sustentó, más que de sus ideales propios, de anatematizar al régimen porfiriano. Concluida la demolición de éste con el acceso al poder de Obregón, la Revolución comienza su tarea creadora de acuerdo con una ideología cuya exposición culminante es el Código de 1917. Esta segunda etapa puede considerarse concluida en 1940, cuando la Revolución olvida rápidamente su ideología y dedica sus mayores y mejores esfuerzos al progreso económico nacional.

Puede así considerarse que el eclipse total de la ideología se produjo hace unos veinticinco años; pero el lenguaje demagógico que tuvo la justificación de ayudar a su victoria, subsiste hasta el día de hoy. En rigor, ha cobrado una pujanza que no tuvo

en las primeras etapas de la Revolución.

Ya esto es una anomalía, pero una más marcada todavía proviene de observar que la frecuencia y la exaltación del lenguaje demagógico corresponde a una graduación jerárquica. El poder judicial casi no lo usa para nada; el Presidente y en general los miembros prominentes del gobierno federal acuden a él infrecuente y discretamente. Los diputados federales y los senadores levantan más la voz; los legisladores locales y los gobernadores más aún; y cuando se llega al PRI, la gritería ensordece.

Parece, pues, que hay una especie de norma: entre más novel es el político, a medida que la inseguridad de su posición actual y sus ambiciones de seguir trepando en la ladera política son mayores, la demagogia de su lenguaje, aun de sus muecas, es más desatentada.

Aquí, sin embargo, se trata tan sólo del PRI. Desde luego, siguiendo su vieja costumbre, no ha advertido el cambio, y, en consecuencia, sigue declamando los mismos poemas que algún sentido tuvieron, digamos, hasta 1940 o 1946. Por eso, su lenguaje demagógico suena hoy tan extraño, tan fuera de lugar, tan incomprensible, como se vería un payaso empeñado en repetir sus gracias en medio del abatimiento y el llanto de un velorio.

Así, cuando se lee un discurso o una declaración de los dirigentes del PRI, percibe uno que el lenguaje que usan es ese que llamamos español o castellano. Esto si se ven las palabras sueltas, porque al leerse de corrido las que forman una sentencia o un párrafo, no se entiende su significado ni a la tercera, que se supone que es la vencida. Las sentencias suenan de un modo tan distinto del habitual, que se acaba por suponer que aquellas palabras sueltas que creímos familiares, son un mero disfraz de una lengua esotérica que sólo conocen los iniciados.

Si se tratara de ese puñado de sacerdotes de la iglesia ortodoxa, viejos hermosamente barbados que se ven en algún monasterio trepado en la punta de los cerros pelones de Grecia, lo entendería uno, porque han buscado de un modo deliberado el aislamiento del mundo, la más absoluta soledad. Y para ello, no sólo viven enclaustrados, sino que usan ese lenguaje peculiar, más que para entenderse entre sí, para que los profanos no interrumpen sus meditaciones ni alcancen sus plegarias. Pero el problema del PRI es exactamente el inverso: comunicarse con el mundo exterior de modo de llegar a la mente y al corazón de todos los mexicanos.

No es tan sólo un problema de lenguaje, pues como aseguraba Alfonso Reyes, quien piensa con lucidez, escribe claramente;

quien discurre con elegancia, habla con donaire.

Quien escuche con atención un discurso o analice un texto escrito de uno de los jerarcas priístas, advierte que está formado por párrafos breves, de cinco a seis líneas, y que el primero no guarda relación alguna con el segundo, ni éste con el siguiente. No se ve que se enuncie un pensamiento o una tesis, que se desarrollen en su cabalidad para terminar con alguna conclusión o moraleja. Lejos de eso, cada párrafo priísta toca un asunto distinto, sin hilación entre sí, como no sea la de pretender referirse a un gran tema, digamos la reforma agraria o la educativa. Causan la impresión de ser fogonazos aislados, disparados al azar y en la oscuridad de la noche, cuando no puede distinguirse blanco alguno. En suma, la mentalidad de estos caballeros es parlante, pero no pensante.

4 de septiembre de 1970

III

EL ESTUDIANTE Y SU UNIVERSIDAD

A LA DERIVA

Escojo los desórdenes estudiantiles como tema de mi tardía reaparición en *Excelsior* porque están destinados a recrudecerse, como lo indican varias circunstancias. Desde luego, ni el gobierno ni los estudiantes han explicado claramente sus respectivas posiciones. En seguida, tampoco se han esforzado por entenderse entre sí. Debe inferirse que el gobierno supone que la sociedad está obligada a aplaudir con delirio todas sus disposiciones así sean arbitrarias e injustas. Asimismo, que los estudiantes creen que todos sus actos, sin importar su carácter del más puro vandalismo, escapan al juicio legal y moral de la nación. Esta desconsideración total de los sentimientos del país es quizá el fenómeno saliente, rico en consecuencias, del enredo. Una entre mil es ésta: México ha tenido muchísimos gobiernos malos y mediocres; pero rara vez tan torpes que no transformen mágicamente sus errores en deslumbrantes aciertos. En este caso puede decirse que el gobierno no ha acertado en nada y que ha errado en todo. No cabe atribuirlo a incapacidad política, sino a que, hecha a un lado la opinión pública, le parece igual una cosa que otra.

Aparte del espectáculo desconcertante de un jefe del Departamento del Distrito Federal que actúa como secretario de Guerra; de un secretario de Guerra que predica como si presidiera la sociedad de madres de familia; de cuatro altos funcionarios que excluyen al secretario de Educación para decretar la ocupación militar de las escuelas; aparte de todo eso, ¿cuál ha sido la versión oficial? ¡Una conjura para estropear los juegos olímpicos! Torpeza en los dos extremos. Se expulsará del país a cinco extranjeros y se encarcelará a diez líderes comunistas. Entonces la conjura se acaba; pero ¿acabará la rebeldía estudiantil? Cuando estalle de nuevo, ¿se entonará otra vez la copla de la conjura? La verdad es que en lo que va del año se ha trabajado poquísimo en la Universidad porque el estudiante vive en una agitación perpetua. No va a clases ni estudia; gasta su vida en mítines, con-

ferencias, asambleas, comités, marchas, protestas y manifestos. El gobierno, vigilante del bienestar nacional, no puede ignorar estos hechos, y en consecuencia, su explicación de la conjura resulta insostenible. En cuanto a malograr la Olimpiada, está bien: supongamos que México (es decir, el país y no simplemente sus gobernantes) tiene el compromiso de honor de celebrarla, pero estableceríamos una marca olímpica en el salto de longitud si de ese supuesto brincáramos a concluir que, para no perturbar el sueño de nuestros visitantes, los mexicanos debemos contener la respiración hasta el próximo Día de Muertos.

Este error, gravísimo porque disimula el fondo del problema, es reparable si el gobierno hace calladamente un examen de conciencia; pero el error siguiente no tiene ni puede tener ya reparación posible e imaginable: el despliegue de fuerza innecesario e injustificable de la policía y el ejército. Todos los que vieron la actuación de esas fuerzas se sobrecogieron de espanto ante el espectáculo de una sociedad, cuya vida debe descansar en la razón y en la justicia, quedar a merced de la anarquía vandálica de los estudiantes y de la fuerza bruta y ciega de la autoridad oficial. Y todos recordaron a Francia. Allí, estudiantes y profesores se lanzaron con furia incontenible, no a derribar al gobierno sino a subvertir la sociedad toda. Inspirados en ellos, diez millones de obreros huelgan y ocupan las fábricas. Francia estaba de verdad al borde de la guerra civil, y porque así era, De Gaulle pidió el apoyo del ejército. Se le concedió, pero en el entendimiento claro y terminante de que en ninguna circunstancia las tropas dispararían contra los estudiantes.

Entre nosotros sólo ha habido el gesto generoso del Presidente en Guadalajara, y valeroso, además, porque estaba expuesto a serios riesgos. Si se interpretaba como una petición de apoyo al gobierno, el peligro residía en que sólo respondieran los organismos oficiales que, como miembros perennes del coro de aduladores, irritan y no convencen. Aun en el supuesto de que surgieran voces genuinamente desinteresadas, el riesgo subsistía: el Presidente aparecería apoyado por todo el país, excepto por los estudiantes y por los profesores, o sea el grupo cuya reconciliación se buscaba. Si el gesto presidencial se interpretaba como un llamamiento a olvidar lo ocurrido, el riesgo era peor, pues no se trataba de olvidar o recordar, sino de entender y de remediar.

Los estudiantes admiten que han perdido hoy; pero esperan triunfar en el desquite que ya preparan. ¿No habrá entre esos ciento cincuenta mil estudiantes uno que recapacite sobre lo ocu-

rrido? Porque hay mil temas sobre los cuales pueden discurrir provechosamente. Han olvidado que todo el lío nació de un pleito entre estudiantes, pleito que ellos no previeron ni liquidaron, a sabiendas de que cualquier escándalo en la vía pública tiene que ser reprimido por la policía, y la nuestra —lo sabemos— carece de discernimiento y de modales comedidos. Se tachó a los estudiantes de ser azuzados por agitadores profesionales y por pandilleros. De lo primero puede dudarse; pero no de lo segundo. ¿Demostraron la autenticidad de su movimiento? Ellos, que se inspiraron en sus colegas franceses para simular barricadas y pintarrajear las fachadas de los edificios, olvidaron el episodio de los “katangueses”, cinco pandilleros que se colaron en la Sorbonne para encubrir sus pillerías. Los estudiantes los echaron a estacazo limpio en cuanto comprobaron su verdadero oficio.

A más de no depurar su movimiento, nunca han sabido escucharlo con reivindicaciones serias y propias de su ocupación de estudiantes. Los de Columbia, por ejemplo, han denunciado el *board of trustees* como órgano de gobierno que deforma los fines de la universidad; los franceses, una dirección burocrática y centralizada, en la cual nunca han participado los estudiantes y los profesores. Los de aquí pidieron la desaparición de los granaderos y el cese del jefe de policía. Nada, pues, relacionado con su ocupación de estudiantes, pero sí de alborotadores.

Lo cierto es que el panorama resulta bien desalentador. De un lado una gran masa estudiantil que no estudia ni trabaja; que no sabe lo que quiere y menos cómo puede conseguirlo; que se burla de sus propias autoridades y que desprecia a las oficiales. Por el otro lado, unas autoridades educativas que desconocen lo que los estudiantes apetecen y que no tratan de averiguarlo; que carecen de imaginación y de audacia para abrir un surco ancho en que se encauce esa inquietud juvenil. Y encima de toda esta confusión, un gobierno que quiere disiparla con el solo peso de una autoridad tozuda. ¿No estamos a la deriva?

16 de agosto de 1968

LA GREY ESTUDIANTIL

Asombra y entristece que los politólogos, sociólogos y psicólogos de la Universidad Nacional enturbien el entendimiento de los problemas de ésta. No por ineptos, sino porque han creído atizar su prestigio académico dedicándose a ser candil de la calle y oscuridad de su casa. Lejos de investigar la sociedad mexicana, recitan cuanto escriben los autores extranjeros sobre las demás sociedades del universo. Así, cuando presentan nuestras realidades, pintan meras visiones. Agrava este desenfoque el que muchos de ellos se han declarado izquierdistas, "revolucionarios" (las comillas indican "no a la mexicana") o "democráticos" (no demócratas). Es decir, tienen tomado un partido tan rígido, que ofrecen a los problemas nacionales soluciones infantilmente irreales. Por último, como su auténtica aspiración es, no hacer política, sino ser llamados a disfrutar de ella, aconsejan la amalgama imposible de una estrategia a la Ho Chi Min y una táctica a la Martínez Domínguez.

Hay, pues, que armarse de valor y penetrar por cuenta propia en la maleza universitaria. Parece haber un acuerdo general en que la situación política de los estudiantes se caracteriza por una masa pasiva, amorfa, y por una serie de grupos de "activistas", o de "grupúsculos", como comienza a calificárseles tan poco eufónicamente. Pero no paran aquí las cosas, por supuesto. A los rasgos de pasiva y amorfa de esa masa, debe agregarse otro: un desencanto, una "frustración" cuyos orígenes resultan vagos y aun un tanto irreales, pero que se palpa cada vez que se toma el pulso. Esto la convierte en un polvorín que estallará en furia incontenible si cae sobre ella un chispazo. Pero conviene explorar la naturaleza de ese chispazo, pues no todos pueden producir la conflagración. La historia de "Danielillo el Rojo" (Daniel Cohn-Bendit) ilustra el punto bien: convencido de que no lograría arrastrar a la masa estudiantil de Nanterre glosando a Mao, Althusser o Marcuse, se resuelve a injuriar al ministro que inaugura la piscina de la escuela y acusa de nazi al decano de ésta. Es decir, ese chispazo

no es una idea o una doctrina, sino la acusación gruesa y apasionada que se cuelga, justa o injustamente, al ser físico de una figura pública. Lo produce, en suma, la técnica del "desafío", que consiste en provocar al adversario para obligarlo a combatir en una posición desventajosa.

De todos modos, aquí la situación de los grupúsculos es más complicada por su número, su diversidad y su modo de operar; pero también por la calidad de sus dirigentes y por la corrupción a que están expuestos. Nadie parece saber cuántos hay, pero a la lista habitual de chinófilos y maoístas, castristas y guevaristas, trotskistas, comunistas ortodoxos y heterodoxos y anarquistas, se agregan dos o tres variedades de católicos. Habrá, pues, unos diez, hecho que por sí mismo hace difícil que la masa los distinga; pero también está el matiz imposible que separe al chinófilo (partidario de la Revolución China en general) del maoísta (partidario de los procedimientos de Mao, digamos el de la revolución cultural); al castrista (el que se queda a hacer la revolución en casa) del guevarista (el que sale de la propia para hacerla en tierra ajena); etc. La existencia de tantos y tan indefinidos grupúsculos rivales, empeñados cada uno en adueñarse de la masa amorfa, conduce a una labor de agitación permanente y ruidosa, y a una campaña destemplada de dicterios de unos contra otros. Esto, a su vez, tiene una consecuencia más desdichada todavía: al crear una atmósfera hostil al trabajo y al estudio, aumenta la irritabilidad de la masa.

Viene en seguida la calidad de los dirigentes "activistas": en general parecen incultos e irreflexivos, no muy listos y ni siquiera perseverantes, pues rara vez sobreviven al primer movimiento que encabezan.

Las cosas se complican por un hecho singularísimo de la vida mexicana: este estado de agitación perenne de nuestra Universidad y el temor de que algún día cree situaciones ya irreparables, han incitado a que manos propias y extrañas arrimen su ascua a la caldera. Todo el mundo sabe que varios rectores han tenido en sus listas de raya a líderes estudiantiles; asimismo, que altos, altísimos personajes de regímenes pasados y del actual acuden también al soborno para proteger sus "intereses"; la Iglesia o algunas sociedades católicas hacen un sagrado deber religioso contar con líderes que defiendan la santa fe; y se sabe también que dos grandes embajadas extranjeras, más una pequeña pero picosa, intervienen con largueza en el drama universitario. Pero todavía falta un personaje ocasional, sin el cual quedaría incompleto este cua-

dro conmovedoramente académico: el agente de la Federal de Seguridad que, disfrazado de estudiante aplicado, escucha las conversaciones de sus "colegas", asiste sentadito en el último banco a todos los mítines e informa a sus superiores.

Ésta es, pintada gruesamente, la caldera del diablo. Ganaría en fidelidad yendo al detalle, pero la dolorosa preocupación crecería también, y conviene tener la cabeza despejada para bosquejar la próxima vez algunas soluciones.

23 de agosto de 1968

INTROMISIONES EN LA UNIVERSIDAD

Quedamos en que la situación "política" estudiantil puede caracterizarse por una gran masa pasiva pero desilusionada, y por unos diez grupúsculos —o "minigrupos", como también comienza a llamárseles— que pretenden arrastrarla a sus respectivos "partidos" mediante una agitación permanente y ruidosa. Y quedamos también en que semejante estado de cosas, complicado y peligroso de por sí, se agrava por la intromisión de elementos, nacionales y extranjeros, ajenos a la Universidad. Ahora llegamos a la gran cuestión: ¿puede intentarse algo para hacerla salir de una condición que además de esterilizar su obra educativa, la condena al triste papel de un foco rebelde irracional y violento?

Comencemos por lo más simple: la intervención, la nacional y la extranjera, extraña a la Universidad. En cuanto a la última, es bien claro que la acción debe venir del gobierno; en realidad, maravilla que no se moviera al día siguiente de que se produjo por la primera vez. Nuestros presidentes y nuestros secretarios de Relaciones se han paseado orondos por el mundo proclamando a voz en cuello los principios que ellos llaman "invariables" de la política exterior de México, la no-intervención y la autodeterminación. ¿Qué, lo que se grita en Tlatelolco no se aplica en Copilco? Debe haber entre ambos lugares unos veinte kilómetros, modesta distancia que se convierte en el "gran trecho", que, según el refrán popular, media entre el dicho y el hecho. Véanse las manos nacionales: ¿puede y debe tolerar un Presidente de la República que un secretario de Estado intervenga en la Universidad cuando el secretario hace su propio juego? Suponiendo que siga fielmente el designio presidencial, esa intervención ha sido, es y será mala política, porque no ha sido, ni es ni podrá ser eficaz. Y no se hable del motivo superior, la salud toda de la nación: para mí, lo que hace verdaderamente preciosa la autonomía de la Universidad es que la ha convertido en el único islote sustraído a la dominación avasalladora del Gobierno Federal (Presidente de la República), dominio que mata todo espíritu cívico y que convierte

la vida política del país en una farsa profundamente aburrida.

Pero más claro que todo esto debería ser que los grandes remedios deben venir de los estudiantes mismos, de esa masa pasiva y amorfa. Nuestros politólogos universitarios, tan inclinados a prohibir conceptos y terminajos extranjeros, han afirmado de toda la vida que nuestra Universidad está tremendamente "politizada". ¡Qué va a estarlo, y cuán deseable sería que lo estuviera de verdad! No me parece muy aventurado afirmar que de los ochenta y cuatro mil estudiantes que tiene hoy, apenas habrá unos veinticinco que conozcan los conflictos ideológicos del mundo contemporáneo. ¿Y cuántos estudiantes habrá afiliados a partidos políticos? Me sorprendería que fueran más de tres mil, y creo que me pongo un poco extravagante con esta cifra. Lo que auténticamente hay allí es una gran masa de jóvenes insatisfechos, insatisfechos por mil razones, la inmensa mayoría de las cuales es justificada; lo que genuinamente hay en la Universidad no es un caos ideológico, sino un enorme vacío de ideas, no ya políticas, sino de cualquier género.

Por eso entristece ver que los estudiantes, esa gran masa desorientada, no calibra siquiera su penosa situación, y que por ello sea hasta ahora incapaz de proponer remedios para salir de ella. Confiemos en que saquen la principal moraleja del actual conflicto: la absoluta, inaplazable necesidad de organizarse establemente de modo que sus asociaciones sean, y puedan ser consideradas, su voz autorizada. Produciría enorme desazón comprobar que no se dan cuenta de que sus intereses, como estudiantes y como ciudadanos, son permanentes, y que, por lo tanto, no pueden quedar librados a la aparición imprevisible y a la actuación fugaz de unos cuantos líderes que no han sido elegidos por la masa estudiantil y cuyo poder efímero se funda en la seducción momentánea de esa masa.

Y esperemos que los estudiantes todos desciendan a las sugerencias concretas, como éstas. En las escuelas secundarias hay un curso de civismo cuya justificación teórica parece fundada: darle a conocer al futuro ciudadano las instituciones políticas nacionales. Pero aparte de que la descripción de ellas no se mezcló nunca con las ideas en que se fundan, ese curso ha acabado por pintar un cuadro bucólico donde el mexicano vive aislado y feliz, como un Robinsón Crusoe. Tiene que cambiarse radicalmente, e instaurarse uno fundamental en la enseñanza preparatoria que dé al estudiante los medios para orientar consciente, racionalmente su vida pública. Y al estudiante tampoco se le ha ocurrido pedir que

se le den los medios de expresarse públicamente, para que aprenda a organizar sus ideas, a presentarlas, a defenderlas y llevarlas hasta la conciencia nacional. La Universidad sostiene hace años una buena revista literaria, pero carente de toda representatividad, no sólo porque en ella jamás han colaborado los estudiantes, sino porque no refleja el pensamiento o siquiera los gustos de la comunidad académica. ¿Y qué decir de Radio Universidad, esa infeliz estación que capta tan sólo mil doscientos de los doce millones de radioescuchas en que se calcula el auditorio nacional?

Pero de este gran enredo, lo principalísimo es averiguar por qué nuestra gran masa estudiantil está insatisfecha.

30 de agosto de 1968

CAUSAS UNIVERSALES

Escudriñar las causas posibles de la insatisfacción estudiantil es, por supuesto, la gran tarea. El consenso general se limita a la universalidad del fenómeno, que se demuestra con su aparición en Francia, en Brasil, en Japón o México. Así es, sin duda; pero Raymond Aron observa que eso no impide admitir la existencia simultánea de causas locales cuya determinación debe hacer cada país.

De los motivos universales, el más general y convincente es el de André Malraux: la civilización occidental se desenvolvió durante siglos dentro de la religión cristiana, mientras que hoy lo hace en el vacío. Aron ha acusado a Malraux de producir periódicamente "fórmulas brillantes pero vagas", cosa que quizás sea cierta; pero ésta parece tener un sentido comprensible. Al mundo occidental le falta una filosofía superior, un punto supremo de referencia para valorar las obras del hombre. No hace mucho se creyó que la "mística" comunista reemplazaría a la religión cristiana; pero ahora sólo unos cuantos empeñados se niegan a reconocer la ruina estrepitosa de semejante ilusión. Así, la humanidad se ha venido agarrando a uno y otro clavo ardiendo, sólo para descubrir la fragilidad de todos ellos. Pero claro que la idea de Malraux es apenas un punto de partida para explorar a fondo la situación del hombre de hoy y del mexicano en el mundo de hoy. En todo caso, a nosotros poco nos cabe hacer, pues jamás pretenderemos obsequiar al mundo una religión nueva y reluciente.

En cambio, conviene muchísimo retener para nuestro caso específico otra idea general, que encierra esta trágica inconsecuencia: la prematura madurez de los jóvenes actuales. Si recordamos que prematuro es lo que ocurre antes de tiempo, lo que todavía no logra su sazón, debe hablarse de una madurez inmadura y de una sazón desabrida. Recompensaría con creces que el psicólogo, el sociólogo y aun el antropólogo social explicaran este fenómeno, cuya presentación gruesa debe intentarse aquí.

La llamada "explosión demográfica" le ha dado en nuestra so-

ciudad un lugar enorme a la población infantil, adolescente y juvenil, relegando a un espacio mucho menor a los hombres maduros y a los viejos. El solo peso de la cantidad, del número, ha trastornado el antiguo equilibrio social, pues la población joven se ha sobrepuesto a la vieja, a la cual comúnmente se asocian la sabiduría y la reflexión. Otro factor debe considerarse. El crecimiento sorprendente de los grandes centros urbanos ha provocado un éxodo desordenado del campo a la ciudad, que, entre mil otras, ha traído la consecuencia de abrir a la clase baja al menos la primera capa de la clase media. Así, una proporción respetable de la población escolar procede de grupos sociales inestables, que tratan de huir de la capa inferior, pero sin haber logrado todavía afianzarse en el estrato de arriba.

Hay una tercera fuerza perturbadora: los medios de comunicación para las masas: diarios y revistas, cine, radio, televisión y la estruendosa publicidad. Dan al adolescente y al joven cierta información; pero sobre todo una cultura de hojalata que produce la quimera, aun la convicción, de que está uno al cabo de todo lo habido y por haber. Así se produce el niño que actúa como adolescente, el que a los doce años comienza a fumar y pellizcar a sus compañeras, y el adolescente, que a los dieciocho o los veinte quiere redimir el mundo. En rigor, lo único que falta para cerrar este ciclo de locura universal es que los viejos nos creamos niños.

Todo esto no es un reproche y muchísimo menos se pretende sugerir el remedio de un soberbio moquete que nos despierte a la cruda realidad. Se trata de un hecho, y como tal, irreversible. En verdad, maravilla que el hombre, que hace tiempo descubrió que el calor y la humedad artificiales podían precipitar la maduración de las semillas y las frutas, se sorprenda ahora y grite ¡traición! al ver que un medio social distinto ha violentado la madurez de los jóvenes. El problema está en hallar los medios de quitar lo desabrido a esa sazón anticipada, de hacer verdaderamente madura esa madurez ahora prematura.

¿Podríamos los mexicanos intentar algo para corregir tan atrevidora situación? Podríamos... pero quizá no podemos. Se nos ha ofrecido —y “en momentos solemnes”— una reforma a fondo de la educación primaria y secundaria. ¡Ya era tiempo! A llamar a los entendidos para que la programen y la ejecuten; pero sin olvidar su fin principal: enseñar en el mismo tiempo el doble de lo que hoy se enseña. Esto significaría tirar por la borda lo secundario o accesorio y atenerse a un cauce central. Sólo así se logrará un equilibrio mejor entre una madurez biológica acelerada

y una madurez intelectual y moral también acelerada.

Pero esa reforma educativa revolucionaria quedaría trunca y en gran parte sería estéril de no atender al problema de los medios de comunicación de masas. Aquí el panorama inicial no puede ser más desalentador. Ya es significativo que la Secretaría de Educación carezca de una estación de radio y de televisión; ya es significativo que la Universidad, teniendo una trasmisora de radio, haya desperdiciado imperdonablemente este maravilloso recurso; lo es asimismo que el Instituto Politécnico tenga un canal de televisión que nadie ve siquiera de cerca. Todo esto revela no sólo insensibilidad de los problemas hondos de la nación sino falta de imaginación y la pérdida del sentido de la autoridad moral y del ímpetu para hacer cosas buenas y necesarias. Por eso resulta remota la posibilidad de que el gobierno induzca a las tres grandes familias que monopolizan la televisión y buena parte de la radio a servir los intereses generales de la comunidad. Pero a ese mismo ciudadano le quedará siempre la duda de si no habrá alguna relación entre la madurez del joven inglés y la espléndida labor de la BBC.

6 de septiembre de 1968

LAS CAUSAS NACIONALES

Quita el ánimo comprobar que ni profesores ni estudiantes han aludido a las causas más propiamente mexicanas de la insatisfacción estudiantil (ni qué decir de las autoridades oficiales). Para mí, la dislocación principal reside en que México está viviendo de ideas viejas en un mundo nuevo. De aquí nacen las tragedias: si las ideas viejas dejaran de operar de un modo completo en el mundo nuevo, nos daríamos cuenta de que el motor ha cesado de funcionar, y entonces nos tiraríamos desesperadamente de los pelos de la cabeza hasta arrancarle las ideas nuevas. En la realidad ocurre que los antiguos pensamientos siguen operando, pero parcial o torcidamente. Y esto crea el espejismo de que recobrarán su plena eficacia si la ejecución de ellas se encomienda a una persona distinta, digamos redimir el PRI sustituyendo a don Lauro por don Alfonso.

Nuestras viejas ideas es lo que todavía se sigue llamando el "programa" de lo que todavía se sigue llamando "Revolución Mexicana". Si plasmó entre 1910 y 1917, ¿es concebible que el medio siglo transcurrido no lo haya dejado atrás, al menos en parte? Piénsese en esto: los mexicanos nos enorgullecemos de que la nuestra precedió a la revolución bolchevique, de modo que puede reclamar para sí una notable originalidad. Al mismo tiempo, fue la última revolución pura, inocentemente nacionalista, porque un mundo con los transportes y las comunicaciones de hoy rechaza el aislamiento ideológico de cualquier región del globo.

El programa revolucionario original, que sin disputa correspondía a reivindicaciones populares hondas y legítimas, no podía haber anticipado todo cuanto el porvenir reservaba a México, digamos la industrialización y el turismo. Aquí la tragedia no nace de que hayan brotado esos problemas, sino de que nuestros dirigentes descuidaron teorizar sobre ellos para insertarlos en el programa inicial. Un hecho, y no una idea, impuso el propósito de la industrialización: la amarga experiencia de los países productores de materias primas durante la segunda Guerra Mundial. Tenían

medios para comprar en el extranjero, pero no podían hacerlo porque las naciones industriales destinaban sus productos a proseguir la guerra. Nuestros dirigentes de entonces (Cárdenas, Ávila Camacho y Eduardo Suárez) no definieron los propósitos y los medios de la industrialización; así, la dejaron volando en el aire, sin empotrarla en el viejo programa revolucionario. Hemos tenido que llenar el hueco con las ideas propaladas sobre todo por la Comisión Económica de la América Latina, ideas que no siempre embonan en el cuadro "revolucionario" de México.

Yo asistí al nacimiento del turismo como objetivo nacional. Lo concibió Luis Montes de Oca, y al comunicármelo, lo taché equivocadamente de antirrevolucionario, cuando debí llamarlo arrevolucionario, no contrario, sino extraño al programa. De entonces acá se han gastado en el turismo sumas fabulosas; pero sin justificarlas teóricamente. Aquí el hueco lo ha llenado don César Balsa, que a justo título puede pasar por uno de los grandes ideólogos de la Revolución Mexicana.

En materia de ideas, pues, México necesita repasar severísimamente los planes de acción oficial y privada, y hacerlo con el espíritu revolucionario primitivo, el utilitarista de conseguir el mayor bien para el mayor número. De otro modo, el joven se sentirá insatisfecho: no viendo claros los objetivos que la nación persigue, sospecha que se mantiene deliberadamente esa confusión para disimular el hecho ultrajante de que sólo unos cuantos se aprovechan del esfuerzo colectivo.

Si las ideas y los problemas han cambiado tanto en ese medio siglo, han variado más todavía los hombres públicos. Antonio Caso gustaba decir de los liberales reformistas que "parecían gigantes"; pues los que hicieron la Revolución Mexicana (no los que la han disfrutado después), lo parecían también. Álvaro Obregón no era sino un rancharo jacarandoso, y la Revolución lo transformó en gran capitán y gran gobernante. Plutarco Elías Calles era un oscuro maestrillo de escuela y se convierte en el mayor genio político del movimiento. Venustiano Carranza recoge la bandera revolucionaria con un ejército ridículo y unos ideólogos deslucidos, y se lanza como un David contra los Goliats de Huerta y de Wilson. Y así Zapata, y así Villa, y así Cárdenas. He señalado en mis *Ensayos y notas* el principal efecto de este gigantismo de los hombres públicos: nadie les disputaba el derecho a gobernar, y la nación se sentaba como espectadora en las galerías del circo para aplaudir arrobada las suertes increíbles de aquellos magos.

Ese efecto imprevisible tienen los grandes trastornos sociales: hunden en el abismo a unos hombres y levantan desmesuradamente a otros. La paz, la "estabilidad", apetecibles por mil conceptos, ha tenido entre nosotros la deplorable consecuencia de cubrir el país con un manto parejo de concreto del que ha desaparecido todo punto de referencia: el mar, los ríos, la sierra, los árboles y aun las flores. Y como no hay vida pública en México, como la máxima sabiduría política es el silencio, los hombres públicos se han hecho pequeños y misteriosos. El joven deja de divertirse con aquel circo: halla sosos los chistes del payaso; ve que al malabarista se le caen los platos que intenta recoger en el aire después de lanzarlos uno tras otro; y pesca al prestidigitador metiendo en la chistera la blanca paloma que debía surgir de ella como de la nada. El joven comienza por aburrirse; piensa después que él lo haría mejor, y al final salta a la arena decidido a participar en el circo político, a convertirse en el trapecista espectacular.

Pongamos un ejemplo. Se viene diciendo que un abogado y un abogado más general, son candidatos a la presidencia de la República. A mí no me cabe duda alguna de que estos caballeros tienen virtudes excelsas; pero ellos mismos admitirán que sólo sus parientes las conocen y estiman, o sea una esposa y digamos tres hijos. ¡Cuatro personas en un país de 47 millones! El resultado es inevitable: no menos de un millón de mexicanos se considera igual a estos dos candidatos, y otro millón y medio superiores a ellos (entre éstos yo, modestia aparte, y con disculpas por "destaparme" tan anticipadamente). Entonces, la designación de alguno de esos dos aspirantes tiene que parecerle a la juventud arbitraria e injustificada. Y esto mismo diría de los secretarios y de los candidatos a las secretarías y a los organismos descentralizados; de los magistrados de la Corte; de los gobernadores de los estados y de los ediles del más remoto ayuntamiento.

No hay sino un remedio: hacer pública de verdad la vida pública del país. El gobernante que entienda esto a tiempo y a tiempo ponga el remedio, pasará a la Historia. Los otros no dejarán más huella que las fechas de su nacimiento y de su muerte, y la segunda será siempre recordada con alivio.

13 de septiembre de 1968

LOS SIETE ACTOS DE UNA TRAGEDIA

La ocupación militar de la Universidad se produce cuando la autoridad del gobierno se había robustecido; cuando la fuerza de los estudiantes menguaba; cuando éstos habían abandonado sus modales vandálicos y hacían gala de su disciplina en dos manifestaciones ordenadas; en fin, cuando habían dicho y repetido que no intentaban estropear la Olimpiada. Entonces, ¿qué ha podido impulsar al gobierno a sacar a los estudiantes de su casa y echarlos a la vía pública, donde era inevitable el choque, la sangre y aun la muerte? Uno puede enclaustrarse dos días seguidos en una celda conventual, ayunar, aporrearse la cabeza o mortificar la carne con el cilicio sin explicarse un acto tan descabellado. Al mismo tiempo, o nuestro mundo está ya enajenado, o se admite que el gobierno tuvo conocimiento de hechos que él juzgó gravísimos, pero que resolvió ocultar. ¿Y por qué esto último?

Nada pone tanto el ánimo en cuidado como advertir y comprobar que el gobierno se resiste fieramente a reconocer que en el país existen dos opiniones públicas. Una, la oficial, que aplaude todos sus actos por estar atada a él. La otra es una opinión desorganizada, indiferente y aun escéptica, pero libre. Por esto precisamente el gobierno tiene que conquistarla, y para ello no hay sino un medio: la palabra sencilla, honesta e inteligente, y, sobre todo, la acción bondadosa. Debe reconocer también que el automatismo, la vaciedad y el estruendo de las palmas oficiales irrita a la opinión libre y la predispone al silbido. Por último, el que esta opinión pública libre desentone la rara vez en que se decide a silbar, no quita que lo haga de todo corazón y a todo pulmón.

Puede decirse, así, que en la vida actual de México no hay un error tan craso ni tan trágico como el de obrar dando por cierto que don Augusto representa de verdad a millones de ejidatarios y que don Fidel (el de aquí, por supuesto) habla de verdad por millones y millones de obreros. La verdadera verdad es que don Augusto representa a don Augusto y habla por don Augusto, y así don Fidel. ¿Parece demasiado severa esta estadística? Agré-

guese entonces un par de cuatezones por cabeza con la seguridad de que no pasará de allí el Gran Total.

La ignorancia de que hay en el país una opinión libre, el despreciarla o creerla infantil, ha conducido al gobierno a la monstruosidad de esa ocupación militar y a justificarla desaprensivamente.

Desde luego, en este periódico se presentó así el asunto: "La acción militar ocurrió después de una junta infructuosa con el Consejo de Huelga, en Gobernación." Pero la declaración de esta secretaría ni de broma habla de esa junta, de lo tratado en ella y de la discordia que resultó insalvable. Después, la declaración puede ser tildada de anónima, ya que no está firmada por ninguno de los tres funcionarios que por ley deben hacerlo.

La sustancia es lo bueno: bastaría leer las cuatro primeras líneas del documento para apreciar su increíble liviandad. Dicen así: "La Secretaría de Gobernación informa al pueblo sobre los motivos que han determinado la presencia de la fuerza pública en algunos planteles de la Universidad." Primero, es bien dudoso que esa Secretaría tenga facultades para hablar de asuntos que no son de su exclusiva competencia. Segundo, la explicación se da al "pueblo", es decir, no a toda la nación, no a todo el país, no a todos los mexicanos, sino a una clase social. Ahora bien, hay cientos de miles de mexicanos (entre ellos los redactores de la declaración) que no forman parte del "pueblo" sino de un modo figurado, pero que tienen tanto derecho a saber lo que pasa en su país como lo puede tener un obrero, un campesino o una cocinera. Tercero, Gobernación quiere informar (no explicar o justificar) "sobre los motivos (no un acto específico del gobierno), que han determinado", es decir, se habla de una cosa tan distante y tan impersonal como esas masas de aire polar que "informan" el descenso de la temperatura. Y aquí viene el *understatement* del siglo: los motivos que han determinado no la ocupación por el ejército de toda la Ciudad Universitaria, sino la "presencia" (mágica) de la "fuerza pública" en "algunos planteles" de la Universidad.

Pero los "motivos" son lo mejor: primero, que los estudiantes usan los locales universitarios para fines no académicos, y los dañan; segundo, como los estudiantes han desconocido a sus autoridades, el ejército debe reponérselas. Aquí la declaración es sencillamente insostenible: siendo indudable el hecho de la ocupación y del deterioro de los locales, puede decirse que esto ha ocurrido un centenar de veces durante los cuatro años anteriores, y

desde hace dos meses en el presente conflicto. ¿Por qué no había actuando antes el gobierno? Más flagrantemente, si esos hechos ocurrían en el Politécnico, en la Normal Superior y en Chapingo, ¿por qué la ocupación militar se limita a la Ciudad Universitaria? En cuanto a la restauración del mando de las autoridades académicas y administrativas, es absolutamente obvia la imposibilidad de que un teniente devuelva la del rector y un sargento rescate la del director de Facultad. Pero aquí hay un hecho que todo el mundo recuerda sin esfuerzo. Ningún origen político tenía la huelga universitaria anterior; era clara, puramente un conflicto entre un grupo reducido y levantisco de estudiantes.

Esto no es todo, pues en seguida viene el golpe del genio: veinticuatro horas después de la ocupación militar, el secretario de Gobernación declara que el gobierno devolvería la Ciudad en cuanto las autoridades universitarias lo solicitaran. Entonces, ¿para qué —¡vive Dios!— fue sojuzgada? Pero como si una tragedia de tres actos no bastara, todavía se producen otros: primero, el rector guarda silencio ante esa oferta; segundo, por ello, la Cámara y el Partido descubren que es inepto; tercero, tres funcionarios (llamémoslos así) universitarios declaran que no han recibido todavía un pliego escrito de Gobernación donde se haga formalmente esa oferta, sin comprender estos genios que su deber inmediato es proteger a los estudiantes, y que la única forma de hacerlo es guardarlos en casa.

El séptimo acto de la tragedia fue la renuncia del rector. Por fortuna, se ha producido ya el epílogo, cuya transformación en prólogo deseáramos todos, pero que, de cualquier manera, confirma la tesis principal de estas notas, o sea el divorcio entre la opinión oficial y la opinión pública libre. De aquí que resulte reconfortante ver tendido en la lona a don Luis M. (F.) víctima del bien acreditado gancho al hígado.

27 de septiembre de 1968

LA OPINIÓN PÚBLICA DISIDENTE

El Informe Presidencial afirma que el “verdadero fondo” (más poéticamente “el revés de la trama”) de los desórdenes estudiantiles es educativo, y que por eso urge una “reforma profunda” de la enseñanza. La idea, como todo cuanto viene del cielo, ha conmovido al mundo oficial: ahora resulta que la Secretaría de Educación tiene ya todo visto y estudiado y que los diputados nos amenazan con ocuparse del asunto. Lo único fijo hoy es ese enfoque y la reforma propuestos en tal documento; ambos fallan. Al no ofrecer sino un remedio lejano, parece que el gobierno considera como ajena la solución inmediata de la rebeldía estudiantil, y que por eso la deja librada al azar. (Ésta es la filosofía que ya practica el Departamento del Distrito: como los transportes capitalinos requieren una “reforma profunda”, no es problema suyo recolectar la basura mientras no se acabe el Metro; deja a los vecinos resolverlo, y tras dos semanas de espera, ruegos y maldiciones, éstos la arrojan a la calle.) Además, este enfoque ha colocado al gobierno en un aprieto, pues admite que los desórdenes estudiantiles le devolvieron la vista tras cuatro años de caminar a ciegas en materias educativas. Así resultaría incompatible la gratitud que debiera tenerse por recobrar la visión con el juicio del informe sobre los desórdenes: “...no pasarán como episodios heroicos, sino como absurda lucha de orígenes oscuros e incalificables propósitos.”

La falla más sensible es el tinte revolucionario de una reforma educativa que resulta vulgar. Está en una posición fuerte el revolucionario que anatematiza la obra ajena, pero no quien condena una obra propia, excepto si, en un acto de contricción, canta el *mea culpa*. En efecto, el Informe dice: “La meta es formar hombres, verdaderos hombres, a la vez libres y responsables.” Esto supone que durante los últimos cuatro años nuestra educación ha perseguido la meta opuesta de fabricar hombres que fueran mujeres, a la vez esclavas e irresponsables. Para el diccionario, “meta” es “el fin a que se dirigen las acciones o los deseos de una

persona"; pero ¿cómo dirigir los nuestros hacia un fin descrito con cuatro incógnitas tremebundas? A ellas, en efecto, ha pretendido responder la filosofía de todos los tiempos: qué es el hombre, cuándo es verdadero y cuándo aparente; en qué consiste la libertad y cómo se concilia con la responsabilidad. Porque, salvo Lenin, desde Sócrates se viene repitiendo que el hombre ha de ser libre y responsable. El problema, pues, no está ni puede estar en predicar hoy una meta que se presentó por primera vez hace la friolera de dos mil cuatrocientos años; está en decir cómo ha de llegarse a ella, en definir los ingredientes y la proporción en que deben mezclarse. Y también, por supuesto, en advertir si este elixir divino ha de agitarse antes de ser usado, y a qué precio puede comprarse el pomo grande en la farmacia.

El "verdadero fondo" de la rebeldía estudiantil es político (lo cual no quiere decir que no existan en México problemas escolares pavorosos). Pudo advertirse esto desde el primer día, pues ninguna de las seis famosas demandas se refería a la educación; además, hace ya tiempo que los estudiantes van gritando por calles y plazuelas que ellos defienden "las libertades democráticas", un fin político y no educativo. ¡Qué más!: hasta los diputados han acabado por entenderlo así, sólo que han usado el calificativo "político" con un sentido desdeñoso o condenatorio. (Esto, incidentalmente, suscita la duda de si los diputados viven de la política o de su trabajo. Sin duda que de lo primero; pero entonces, a semejanza de los albañiles, debieran exaltar, y no envilecer, su oficio.)

Desde un punto de vista estrictamente académico, la actual, como la huelga anterior, ha hecho retroceder a la Universidad cuarenta años, y esto cuando debía haberse adelantado al país ese mismo tiempo. Y no es menor el daño para el Politécnico, pues estropea los esfuerzos del último decenio para darle respetabilidad académica, para sacarlo de su condición primitiva de universidad "rural". No quisiera referirme sino al mayor de esos daños. Uno de los esfuerzos más loables del rector Chávez fue el encaminado a restaurar la autoridad administrativa y docente. Desde su salida, las cosas empeoraron hasta que la huelga puso literalmente por los suelos la noción y el hecho de la autoridad. (Hablo de una autoridad moral y académica, no de la disciplinaria, siempre odiosa y rara vez eficaz.) ¿Quién va a gobernar la Universidad y el Politécnico? Los muchachos son absolutamente incapaces de hacerlo, y los profesores han perdido sus títulos para intentarlo. Pocos serán los que supieron frenar la irracionalidad de sus discí-

pulos, inspirarles ideas y propósitos, y rara vez acaudillarlos valientemente. Preparémonos, pues, a una larga era en que el caos y la anarquía reinarán soberanos.

Vistas exteriormente, todas y cada una de las demandas estudiantiles parecen desacertadas, e injustificable la terquedad de su defensa. Y no hablemos del famoso diálogo público, en la Plaza de Armas, con radio, televisión y el ballet folklórico de doña Amalia, o para darle una resonancia universal, el de los Cinco Continentes (que también *son* de doña Amalia: quiero decir, el ballet y los Cinco Continentes). A pesar de todo esto, y de mil hechos y consideraciones que sin esfuerzo pueden acumularse hasta levantar una imponente montaña, yo estoy firmemente persuadido de que el origen emocional de las peticiones y del movimiento estudiantil todo es justificado y puede ser saludable.

Quien tenga ojos verá que el joven estudiante presiente lo que para algunos viejos ha sido una penosa convicción: México ha dejado de ser una sociedad "abierta" y es ya una sociedad cerrada, que, por lo tanto, beneficia sólo a un puñado de hombres cuyos antecedentes, en el mejor de los casos, son dudosos, y en el peor, perfectamente condenables. Debiera ser provechoso porque por la primera vez en un cuarto de siglo la autoridad, acostumbrada al aplauso oficial, insincero pero estruendoso, ha sido obligada a reconocer la existencia de una opinión pública disidente. Más importante aún: le ha creado un problema que pone a prueba su inteligencia, su imaginación, su tacto, y no simplemente su autoridad. Algo más podría decirse: está jugándose, a más del buen nombre del actual gobierno, la vida misma de lo que con orgullo llamamos *nuestra* revolución, la Revolución Mexicana. ¿Saldrá el país con bien de tan dura prueba? Haciendo un balance cuidadoso y sereno, debe confesarse que no se halla un solo acto, o siquiera una palabra de los sectores oficiales que funde con firmeza la esperanza. Y, sin embargo, se descubren ciertos síntomas, dispersos, inseguros, aun disimulados, que hacen concebirla. Por tal razón, valdría la pena que en estos días, en que todo parece depender de un hilo muy tenue, no hablaran sino las gentes verdaderamente responsables, pues la nación entera vigila el desenlace para hacer esta vez un juicio irrevocable.

4 de octubre de 1968

LLAMAMIENTO A LA PAZ

Hasta ahora el gobierno ha demostrado que tiene mucha fuerza física, poca inteligencia y ninguna generosidad. Hasta ahora, los estudiantes han demostrado que tienen mucha generosidad, poca inteligencia y ninguna fuerza física. El desenlace de un choque frontal está, pues, predeterminado. El estudiante quedará aplastado bajo la bota militar o hecho papilla bajo uno de esos tanques que tan apropiadamente se llaman "ligeros". Por su parte, el gobierno caerá en un descrédito que nada ni nadie lavará jamás, como que todavía en el año de 2068 los textos de historia recordarán a los niños sus brillantes hazañas. En el encarnizamiento de la lucha, sin embargo, se ha estado olvidando al principal personaje de la tragedia: el país, la nación, México. ¿No tendrá derecho a pedir que los rivales se entiendan, que se unan para fabricar un tipo de hombre y de gobierno menos fuerte, pero más inteligente y más generoso? La desesperanza absoluta del choque físico impone al estudiante hacer un balance de la magnitud del esfuerzo y de los resultados obtenidos hasta ahora. En esa forma determinará si puede considerar honorable su retirada, si debe aprovechar la tregua en reorganizarse y volver a la acción después de discurrir métodos más eficaces. Todo esto sin olvidar el tema más importante: cómo puede combinar su ocupación principalísima de estudiar con una acción cívica saludable para el país y para el estudiante mismo.

Todas las apariencias justificarían la desesperante frustración que ha de sentir el estudiante, sobre todo después del Miércoles de las Cuatro Culturas. Dirá que después de tres meses de una lucha constante, de zozobras sin cuento y al final la sangre y la muerte, nada ha conseguido: no ya un acto, pero ni siquiera una palabra o un gesto de comprensión del gobierno y menos todavía de la "sociedad". Y así es, sin duda ni vacilación alguna. Pero, en primer lugar, ha dado un ejemplo cívico que no se producía en el país desde hace casi treinta años, que no se olvidará fácilmente y que está destinado a ser imitado mañana. En segundo lugar,

los estudiantes lo obligaron a seguir tan fija, tan intensa, tan angustiadamente la acción oficial y las reacciones de la opinión pública, que el ciudadano mexicano pudo calibrar la asombrosa fragilidad de todo el armazón político nacional. Estas dos contribuciones debieron tornar la amarga decepción estudiantil en una fe renovada.

En su debe, sin embargo, figura la tremenda acusación de haber sido el estudiante instrumento consciente o inconsciente de agitadores extraños a su gremio. Por supuesto que debiera desvanecerla o comprobarla la autoridad judicial; pero ¿existe algún mexicano que crea en la justicia de su país? A los estudiantes, pues, les toca demostrar que la imputación es falsa, o que sólo recae sobre fulano y Zutano. Se recordará que el cargo es viejo; pero quizás se haya olvidado su accidentada historia. Al estallar el movimiento, el gobierno no sólo lo hizo, sino que procedió a aprehender a un par de extranjeros "perniciosos" y a media docena de dirigentes comunistas. Durante el mes de agosto no se volvió a repetir la invectiva, pero el mensaje presidencial la reiteró de manera tronante. Durante el resto de septiembre volvió a olvidarse, de modo que todavía hace unos diez días el secretario de Gobernación desechaba la idea de una conjura extranjera, mantenía que el embrollo era muy mexicano, y por eso aconsejaba entrar en un trance caviloso para desenredarlo.

Pero de sopetón vuelve a cambiar la rosa de los vientos: reiteran ahora el cargo: don Alfonso, con su conocido, conmovedor pero brusco, paternalismo; Amado Sócrates (¿habrá un Detestado Sócrates?) el mayor moralista de todos los tiempos; las rotundas Concanaco y Concamines, y aquel hermano de Marta y María a quien resucitó nuestro Señor. Los dos primeros señalan elementos extraños al gremio estudiantil, pero bien autóctonos, digamos esa culta dama que a pesar de su apellido nunca ha agarrado onda alguna. Las Concanacos y Concamines, guiadas por su hipersensibilidad patriótica clavan el puñal en los agitadores extranjeros, o sea los soviéticos y los cubanos. Mi General cree lo mismo, pero la coincidencia es apenas aparente, pues aquí ha de entenderse que son norteamericanos.

Llegados a este punto, sólo puede sentirse compasión por los estudiantes, pues jamás resolverán el misterio a menos de que acudan al admirado maestro Ramírez de Aguilar para que les enseñe la vieja moraleja que él ha derivado de su oficio: no basta con seguir pistas, sino que hay que dar con el villano. ¿Dónde está de verdad?

11 de octubre de 1968

LA MEDALLA DE ORO OLVIDADA

Todo es posible en la paz, oímos una, cien, mil, cinco mil, diez mil, cien mil veces, porque ésa es otra: los sabihondos que cultivan la ciencia oculta de la publicidad sostienen que entre más desabrido o disparatado es un *slogan*, más ha de repetirse, ya que de otro modo no se logra aturdir bastante al ser humano que lo lee o que lo oye. Porque visto el refrancillo con desembarazo, apenas resiste una leve malicia. Nosotros los mexicanos, por ejemplo, hemos vivido en una paz completa durante treinta años continuos; por ventura ¿ya somos genios o santos? Volvamos, pues, a esta verdad elemental: la naturaleza humana no cambia en absoluto, o cambia con una lentitud desesperante, o en grado apenas perceptible. Entonces, ¿qué se ha querido decir con esa muletilla? Su único sentido es que el hombre puede y debe entenderse con sus semejantes usando palabras y no balazos. Si con esa intención se acuñó tal adagio, todos estamos fervorosamente de acuerdo. Sólo que entre mayor es la grandeza de una verdad, más ricas son sus consecuencias, y más necesarias la honestidad y la tersura para establecerlas.

Primero, lo que *no* debe decir el proverbio de marras. Si el designio fuera éste: “Todo es posible en el sometimiento”, habría que contestar airadamente que “*Nada* es posible en el sometimiento”, o, para mayor simetría, que “Todo es *imposible* en el sometimiento”. También puede sospecharse que se haya querido decir que “Todo es posible si me dejas en paz”. Nada tan higiénico, desde luego, como dejar en paz la vida privada del vecino, pero es mortalmente dañino, para él y para la sociedad, desentenderse de su vida pública. Y entiéndase que llevan esa vida no sólo la autoridad oficial, sino los grandes y los pequeños personajes de lo que mañosamente se llama a sí misma iniciativa *privada*. Y por supuesto que deben estar incluidos quienes hablan, escriben, componen, pintan, cantan, bailan o declaman para el público.

Supongamos que el designio haya sido recto, que de verdad se

quiso decir que el verbo y no la violencia es lo que debe usar el hombre para convivir con sus semejantes. ¡Hermosa, conmovedora sentencia que representa el anhelo del hombre moderno, sobrecoigido siempre por el temor a la muerte artera! Sólo que para que tanta belleza no resulte mentira, son indispensables muchas cosas difíciles de conseguir: tener ideas claras, sentimientos sanos, aptitud para expresar unas y otros y, por sobre todo, una inclinación genuina a escuchar y entender al prójimo. Ahora bien, para que esto tenga alguna verosimilitud, existe el inmenso obstáculo de la concentración de los poderes político y económico que se ha venido operando en México desde hace años. Téngase presente el aforismo de Lord Acton: "El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente." El poder excesivo, en efecto, transforma al hombre medianamente inteligente y normalmente bondadoso en el Rey de la Selva dispuesto siempre al zarpazo; en el Mago Cósmico, poseedor de todos los secretos y de todos los trucos, que desprecia al poco advertido novicio que trata de buscar por sí mismo un camino. Qué más: no ha faltado en la historia universal déspota que se ha creído apuesto, gentil y hermoso a despecho del testimonio diario e irrecusable del espejo.

El mal de la concentración del poderío político y económico se agrava hasta hacerse peligroso porque sólo los ciegos pueden dejar de ver que México ha entrado en una crisis que no había padecido desde 1910. ¿Será posible salir de ella con bien? ¿Será cierto que esto —ahora sí que como "todo"— es posible en la paz? Valdría la pena, por supuesto, hacer siquiera una lista de posibles medidas para desandar el camino torcido que el país ha tomado como sin querer, para redistribuir con mayor equidad el poderío económico y el político. Y mucho más valdría la pena discurrir en serio acerca de las medidas que parezcan fecundas.

A mí se me ocurre una, sencilla, hacedera y como simple prueba de cosas mayores. Me da pena proponerla porque yo sé que don Alfonso es hombre de mucha imaginación (¿no imagina que sus candidatos son muy populares?), y por consiguiente, no necesita de las sugerencias del último de sus subordinados. Me arriesgo, sin embargo. El PRI convocaría a los jóvenes cuya edad fluctuara entre los dieciséis y los veinte años a un concurso anual. (Los de don Píndaro quedarían excluidos porque sólo hablan y escriben en verso griego y porque en realidad están dedicados a la bicicleta.) El primer premio, que se llamaría "Medalla de Oro a la Disidencia Juvenil", se daría a quien presentara el mejor trabajo escrito sobre un tema vivo, digamos éste: *Las*

grandes fallas del PRI y de sus dirigentes. Por supuesto que el jurado se compondría de personas imparciales, honestas y ajenas a todos los partidos políticos.

8 de noviembre de 1968

ENTRE GITANOS Y EMBAJADORES

Pues señor, estamos condenados a vivir en el misterio. La rebeldía estudiantil, que durante cuatro interminables meses angustió al país, se acaba sin que nadie sepa cómo, por qué y ni siquiera cuándo, pues mientras unos dicen que hoy, otros que mañana o nunca. Después de aquel glorioso encuentro en que don Javier se coronó como "El Pulgarcito del Pedregal", nada se oyó de él, si bien se le suponía asiduo concurrente a su Torre, desde la cual, adormecido, semblanteaba el horizonte con la esperanza de que algún día ocurriera algo. Súbitamente, transformándose en *Resortes*, se yergue cuan largo es (¿uno ochenta y dos?), y lanza una proclama tronante: Estudiantes y profesores a clases el 25, o yo me voy. El Comité de Huelga dice nones mientras sigan presos los presos; pero al día siguiente decide por unanimidad recomendar el retorno a clases, y no todos lo obedecen... hasta llegar a Coapa.

¿Qué los movió a tomar tan sorprendente decisión? Jamás lo sabremos, pues apenas hay un indicio dado por el embajador Manete Caso: "insinuó" que el gobierno cerraría la Universidad y el Politécnico. La "insinuación" pudo ser un recado perentorio si ése es el sentido del "peligro" para la Universidad, señalado por rector, Consejo Universitario y huelguistas. Si la indiscreción (¿o amenaza?) del embajador expresaba la verdadera intención del gobierno, se explica el cambiazco de profesores y autoridades universitarias; pero ¿de los estudiantes? Ellos parecían irrevocablemente decididos a combatir una autoridad que consideraban arbitraria. ¿Y no era la clausura demostración convincente de que así es? Y la clausura misma, ¿no les repondría providencialmente un combustible pasional ya agotado?

Por fortuna, a más de huelguistas, profesores e intelectuales, en este país hay unos cuantos gitanos. (Me entiendo bien con ellos por llevar alguna sangre de esta vieja raza andariega.) Según ellos, la secuela era transparente: habiendo fracasado en aquietar la rebeldía estudiantil, primero por la fuerza y después con la pala-

bra, intentaría someterla con una ley que hiciera dominante su poder en la Universidad. Teóricamente lástima que no ocurre así, pues se habría averiguado si el gobierno ve el de la Universidad como un problema matrimonial, de quién puede más, ella o yo, o si entiende su reorganización. Porque resulta ya inaplazable una reforma universitaria de fondo, posible sólo en esta atmósfera de crisis que consentiría cambios rápidos y profundos, que apenas puede intentarla el gobierno, pues los universitarios no han sabido siquiera plantearla. Y de aquí la melancolía: la reforma universitaria se emprendería sin el rastro de una sola idea.

Para comenzar, convendría cerciorarse de si el gobierno reconocería que no todos los males de la Universidad son imputables a ella. Más: que le son ajenos, y no propios, los de mayor agudeza. Más todavía: que sin curar antes los extraños, jamás podrá remediar los propios. Piénsese en el número de estudiantes que hoy tiene. Son ochenta y tantos mil, a los que deben agregarse 55 mil del Politécnico. Cifras imponentes; pero abrumadoras si recordamos que en el Distrito Federal hay otras seis universidades: Iberoamericana, Anáhuac, Femenina, del Valle de México, las Américas y Militarizada Latinoamericana. Asimismo, un Instituto Tecnológico y números increíbles de instituciones que ofrecen enseñanza superior en comercio, contabilidad, relaciones industriales, mercadotecnia, etc. Esto significaría gruesamente unos 150 mil estudiantes, más de la mitad de los cuales se hallan en la Universidad.

La raíz del problema está en la famosa "explosión demográfica". Entre 1930 y 1960 la población total del país pasó de 16 a 35 millones. La tasa de crecimiento anual es aún más reveladora: de 1930 a 1940, fue de 1.73; de 1940 a 1950, de 2.73; y de 1950 a 1960, de 3.08. Mucho peor es la situación del Distrito Federal: ganó medio millón de habitantes entre 1930 y 1940; algo más de uno en el decenio siguiente, y casi 2 entre 1950 y 1960. De entonces acá, la tasa de crecimiento anual puede haber llegado a 6, o sea el doble de la nacional.

Pero no se trata de un crecimiento parejo de la población, sino de gente que abandona el campo para concentrarse en la urbe, sobre todo en la capital nacional. Tampoco se trata de una simple agregación numérica, sino de un fenómeno social complicado en sus orígenes, pero de resultados patentes. Es el llamado de "las grandes expectativas". El hijo del limpiabotas se niega a seguir el modesto oficio paterno, y por adquirir uno mejor, va a la escuela secundaria; el hijo del peluquero tampoco quiere re-

petir la suerte del padre, y trepa hasta la preparatoria; y el hijo de la enfermera decididamente se hace médico.

Sobra decir que un aumento de la población general del país, que su concentración en las grandes urbes y el deseo de ascender socialmente, se reflejan directa y prontamente en una población escolar mayor. Por eso los expertos calculan que en el Distrito Federal los estudiantes de preparatoria y de escuelas superiores serán 303 mil en 1970 y 741 mil en 1980... y 1980 está a la vuelta de la esquina.

Estas consideraciones debieran conducir inexorablemente a dos resultados. El primero, que la Universidad ha sido, sigue siendo y lo será cada día más, una institución absolutamente ingobernable, y esto sin importar para nada quiénes son o puedan ser el rector, los directores de las escuelas y los sistemas académicos y administrativos empleados. El segundo, que en este problema nada tiene que ver la Universidad; antes bien, es ella víctima de causas exteriores cuyo encauzamiento está fuera de sus atribuciones y de sus fuerzas.

La Universidad es ciertamente responsable por haber apenas presentado el problema y por darle la solución candorosa de levantar más y más edificios. Y lo es también porque sus institutos de investigación se dedican a cuestiones distantes o pueriles. De haber estudiado este doble problema del crecimiento de la población y de su acumulación desorbitada en el Distrito Federal, habría demostrado que sabe dónde pisa, y que es el gobierno quien debe tomar tal o cual camino. Pero fuera de eso (y es grave), la Universidad es víctima y no victimaria.

29 de noviembre de 1968

EL MANIFIESTO 2 DE OCTUBRE

La rebeldía estudiantil ha concluido con la publicación del *Manifiesto a la Nación 2 de Octubre*. Espero que sus redactores consigan darle mucha mayor difusión. Es importante para ellos como única señal escrita que recogerá la Historia; para los participantes de la vida pública, oficial y "privada", debe ser lectura obligada, pues resultaría imperdonable desdeñarla creyendo que lo escribieron unos jovenzuelos estúpidos.

El manifiesto tiene una gran falta: durante el conflicto se dijo repetidamente que cien miembros componían el Consejo Nacional de Huelga, mientras que este documento está firmado por dos únicas personas, que no explican si su texto fue aprobado por el Consejo, o si, habiendo recibido de éste el encargo de redactarlo, ellas dos son finalmente las responsables. En todo caso, cabe la duda de si ese centenar de estudiantes representa la opinión de los ciento cincuenta mil envueltos en el movimiento. Imposible averiguarlo. No obstante, no sería ilegítimo admitir que la mayoría piensa y siente de ese modo, y ciertamente deben suponerlo así quienes quieran entender la situación presente del país.

Llama la atención su forma: está bien escrito, salvo dos anglicismos, un argentinismo, una falta de ortografía y otra de concordancia, y una frase incomprensible. Es más: tres de sus párrafos son sencillamente redondos por su gramática, su lengua y su expresividad. Más todavía: tiene alguna demagogia, pero su tono general es considerado. En suma, es de temerse que sus profesores nada mejor hubieran logrado.

Las cuatro partes que forman el fondo son de un valor desigual: la radiografía del "régimen"; logros del Movimiento; por qué lo suspenden y regresan a clases; en fin, sus propósitos futuros.

Es tremendamente significativo que la parte donde se muestran las cuarteaduras del "régimen" sea, a la vez, la mejor lograda y la menos original. Esto quiere decir que aquí los muchachos expresan, más que sentimientos personales suyos, los de la colectividad. Dígase este párrafo: "... La democracia en México es un

mero concepto, una forma más, pues la política se hace al margen de las mayorías populares, de sus aspiraciones, intereses y exigencias; las determinaciones son tomadas por un restringido núcleo de personas que, obstaculizando la participación política del pueblo, lo niegan como instancia última de decisión." Esto lo suscribirían todos los estudiantes y la mayoría de los ciudadanos, pues la discrepancia de los pocos consistiría en decir que, en efecto, el desarrollo político del país no guarda proporción con su desenvolvimiento económico.

Nadie discutiría tampoco el dicho de que una concentración del poderío económico produce, entre mil funestas consecuencias, "vastos desequilibrios regionales", pues nuestros propios ojos ven que este monstruoso pulpo del Distrito Federal cada vez deja más exangüe a la provincia. Como es verdad que el gobierno y la gente rica han fabricado una imagen de México para la exportación, que dista mucho de la cruda realidad interna.

Imposible que los estudiantes dejen de destacar los logros de su movimiento, sobre todo porque externamente parece estéril o fracasado. Otro rasgo laudable: no se advierte en estos párrafos huella de cólera, de rencor o de amargura. Además, no se abultan esos logros: provocar una discusión sonada sobre ese famoso artículo 145; liberación de la mayoría de los aprehendidos durante los disturbios; recuperación de los locales escolares antes ocupados por el ejército y la policía; apoyo al rector para evitar su salida; debatir públicamente temas de política viva; particularmente, que el Presidente nombrara dos representantes que parlamentaran con ellos.

Aquí les faltó malicia para capitalizar políticamente ese último hecho. Según mis servicios de espionaje, la primera intención fue nombrar a dos encumbrados personajes (¡a adivinar, señores!: las iniciales son E. M. D. y J. R. H.) por su alta investidura oficial y su prestigio en los sectores politécnico y universitario. Se les descartó, sin embargo, con el fin de evitar que el éxito fulgurante que se anticipaba de su gestión fuera interpretado por los aspirantes presidenciales como un acto deliberado para favorecerlos políticamente. El manifiesto revela cuán prudente fue la decisión tomada, pero no por el éxito, sino por el fracaso rotundo de los peones finalmente nombrados.

Los dos últimos puntos son los débiles: por qué retornan a clases y sus planes futuros. Quizás fuera inevitable esa doble flaqueza. En el primer caso, porque no consiguieron sus objetivos inmediatos (demandas del pliego petitorio) y mucho menos los

lejanos (doblegar al gobierno y revolucionar nuestra sociedad). En el segundo, porque este mismo fiasco, y la complejidad del problema, embarazan predecir el futuro.

Sin embargo, la opinión pública habría aliviado su pesadumbre de haber hablado los estudiantes más candorosamente. Dicen (pedantemente), por ejemplo, que una de las razones que más determinaron el fin de la huelga fue el "peligro real" de que sus escuelas perdieran sus "estructuras democráticas". ¿De dónde partía ese peligro y en qué consistía? ¿Cómo conocieron su existencia? ¿Era imposible dominarlo y por qué?

Un punto ominosamente negro tiene el manifiesto: no dice una sola palabra sobre la Universidad o el Politécnico. Por eso resulta de una pureza política abominable. Dos circunstancias adicionales ensombrecen más todavía la impresión final que deja. Antes ha hablado con reiteración de una alianza de estudiantes, campesinos y obreros, sin considerar que los dos últimos jamás dejarían de referirse en un manifiesto suyo al campo y al trabajo, porque es esto justamente lo que los autoriza a pedir la buena disposición de la opinión pública. Luego, brota la vehemente sospecha de que cuando hablan del "peligro real" que corrían las "estructuras democráticas" de sus escuelas, no piensan en la noble idea de que la autonomía de ellas garantiza la libre emisión de las ideas como motor del florecimiento intelectual, sino en la impunidad que tal libertad académica les da para desarrollar dentro de las escuelas una actividad política y de agitación que normalmente debe hacerse fuera de los recintos escolares.

13 de diciembre de 1968

PRIMERA AMPUTACIÓN

Parece un poco grotesco aproximarse a los enredados problemas de nuestra Universidad con el criterio simplista del número, del peso o del volumen, un criterio físico-matemático, como si dijéramos, y no el filosófico-social, por ejemplo. Sin embargo, a veces ese modo primitivo de razonar produce resultados más frescos. Se dijo que en su primera visita a Washington, se le preguntó al Presidente López Mateos cuál era, a su juicio, el mayor problema de México, y que sin vacilar contestó: los Estados Unidos. Recordando esta modesta humorada, podríamos preguntarnos en serio cuál es el problema más grave de la Universidad Nacional, y cabría responder que su magnitud, ser demasiado grande, demasiado pesada, demasiado voluminosa. Se podría avanzar y decir que en la medida en que corrija su obesidad, en esa justa medida podrá resolver sus muchos otros problemas.

Yale es una universidad de primer orden en los Estados Unidos y en cualquier parte del mundo. Lo es por tradición, recursos, equipo físico y humano, etc. Pero hay un factor decisivo en su eficacia y en su prestigio: su decisión, hasta ahora inquebrantable, de no tener más de cuatro mil estudiantes. Y esto a pesar de la enorme presión que se ejerce sobre ella y que puede medirse matemáticamente: Yale elige uno de cada cien estudiantes ansiosos de ingresar en ella. Entonces, así están las cosas: una universidad como la nuestra, con recursos veintiuna veces menores, atiende a veintiuna veces más estudiantes.

Se dirá con motivo que la situación de estas dos universidades es enteramente distinta, y así es, en efecto. Como Yale es privada, no está obligada a tener una conciencia o una responsabilidad "nacional". Los estudiantes rechazados por ella pueden acudir a mil otras universidades, entre las cuales hay varias de un prestigio igual, otras más tan buenas como ella, y más aún, mejores en determinadas ramas del conocimiento. La nuestra, como "nacional", tiene que cargar con una población escolar también "nacional"; los estudiantes que rechaza no pueden ir sino a la

Universidad de Cuauhtitlán.

Entonces establézcase el paralelo con la universidad de París que, sin llevar el apelativo de nacional, cumple de hecho esa función. Los pocos universitarios afrancesados que nos quedan dirían gozosos que a pesar de sus doscientos mil estudiantes (excluidos los que hacen el bachillerato), es considerada como una gran universidad. Aquí hay un tiempo mal empleado, pues *era* reconocida como tal, pero no lo *es* hoy. De hecho, los propios franceses comenzaron a dudar de sus excelencias hace por lo menos cuarenta años; pero después de los *événements* de mayo, no ha surgido un estudiante, un profesor o un intelectual que se declare satisfecho de ella. Al contrario, todos creen que debe cambiarse de algún modo y no pocos aconsejan rehacerla desde sus cimientos.

Y el problema más frecuentemente señalado es el peso aplastante de esa enorme masa estudiantil, que se palpa con horror al asomarse a los anfiteatros o la biblioteca de la Sorbonne. ¡Qué más!: desde mis viejos, viejísimos tiempos de la École Libre des Sciences Politiques, escuchábamos por megáfono, en ocho cuartos distintos, las explicaciones de André Sigfried porque no había una sala capaz de albergar a los doscientos estudiantes de la Escuela.

Hay que aligerar a todo trance la carga de nuestra Universidad, y hay más de un medio para hacerlo, pero el primero es quitarle la enseñanza preparatoria, aliviándola así de veinticinco mil estudiantes. ¿Simplemente por esa razón, por hacer menos penosa su caminata? Por supuesto que no se trata de amputar indistintamente este o aquel otro órgano. La razón verdadera es que la enseñanza preparatoria es en sí (o debiera ser) un ciclo educativo completo, y, como tal, independiente de la enseñanza superior (y de la secundaria).

Puede uno deshacerse en elogios (justificados) de Gabino Barrera, creador de esa enseñanza; pero erró espesamente en el nombre que le puso: Escuela Nacional Preparatoria. Déjese a un lado lo de "nacional", que no le correspondía, y retengamos el otro calificativo, cuyo sentido es bien claro: en ella se prepararía a los jóvenes deseosos de ser abogados, médicos o ingenieros. Dos fatales consecuencias tuvo (y tiene) esta concepción. Primero, desalentar a las gentes que queriendo cultivarse un poco más allá de la escuela primaria, desistían de intentarlo porque la empresa exigía diez años más de estudio, cinco de bachillerato y cinco de profesional. La segunda consecuencia no fue menos dolorosa: siendo sierva de la profesional, la pobre enseñanza preparatoria se convirtió en el silencioso peldaño que pisoteaban las

hordas de pretendientes a la abogacía, la medicina o la ingeniería.

Debe partirse del hecho real, comprobable e indestructible, de que toda sociedad está formada de varias capas, cada una de las cuales, a su vez, está formada por individuos de capacidades físicas, mentales y económicas semejantes. Por eso los varios niveles de la educación tienen que corresponder siquiera gruesamente a los distintos estratos sociales. Y por supuesto que un buen sistema educativo debe permitir y alentar a los individuos capaces de cada estrato a trepar al inmediato superior, y de allí hasta la cúspide y al cielo si hay alas para volar tanto.

Según la concepción barrediana del bachillerato, la sociedad mexicana sólo tiene dos grupos, el semi-ignorante, que sale de la primaria, y el de los supersabios que ostentan un título profesional. Por supuesto que nuestra sociedad, sobre todo hoy, es mucho más variada y más compleja; pero eso no quita que entre aquellos dos grupos existiera y exista un lamentable vacío educativo.

Así, pues, la educación debe organizarse de modo de equipar en la escuela primaria a un grupo de hombres y mujeres que puedan desenvolverse bien en la vida cotidiana. La secundaria, a otro con mejores recursos y mayores ambiciones. Y también el bachillerato. Debe recordarse que John F. Kennedy llegó a la cima nacional de su país con el único bagaje educativo de un bachillerato. Ésa es la prueba suprema de una buena educación: servir de apoyo para que el hombre saque a sus facultades personales el máximo partido posible.

6 de diciembre de 1968

LOS MUROS DE CONTENCIÓN

Si la Universidad se descargara hoy de la enseñanza preparatoria, le quedarían unos sesenta mil estudiantes (no puedo dar cifras exactas porque las autoridades universitarias las consideran... ¡secretos de Estado!), número altísimo y destinado a duplicarse en unos diez años. Entonces seguiría siendo la institución ingobernable que hasta hoy ha sido. Con urgencia necesita, pues, rodearse toda ella de altos y gruesos muros de contención que la protejan de ese erizado oleaje estudiantil que la azota implacablemente.

Aquí brota la primera gran cuestión: ¿tiene la Universidad, no una obligación jurídica, que no la tiene, pero sí moral o social de atender a cuanto estudiante camine por las piedras de su Pedregal? Si se pidiera una respuesta inequívoca, habría que exclamar: ¡no y cien veces no! Pero, claro, rara vez el grito da la solución de un problema, sin importar mucho la vehemencia con que se dispare. Cabe decir entonces que la Universidad (como el Estado y la sociedad toda) no puede ciertamente desentenderse de lo que se llama con tanta propiedad "la educación de masas". Primero, porque la erupción de éstas resulta un fenómeno irrevocable, y segundo, porque es uno de los pocos alentadores que se dan en la sociedad moderna. Pero aparte de que jamás sería ésa la función única de la Universidad, no debe olvidarse que se trata de *educar* a las masas, o sea educarlas bien, y no de maleducarlas. Tal y como están ahora las cosas, ocurre un doble engaño: comienza la Universidad haciéndoles creer que han sido educadas, y después las masas engañan a la sociedad dragoneándola de ser educadas.

Este problema de instruir a las masas es endemoniadamente difícil, al grado de que no sé si algún país se atrevería a presumir de haberlo resuelto bien; pero de lo que sí puede estarse seguro es de que su solución no radica, ni puede radicar, en la política de "puerta abierta", que autoriza a colarse en la educación superior a cualquier hijo de vecino. El Estado puede ensayar una planea-

ción nacional de esa educación para aprovechar al máximo sus recursos siempre limitados, y distribuir más equitativamente entre todas las universidades del país esta agobiadora carga estudiantil. La Universidad Nacional puede idear una serie de "carreras" cortas de nivel superior que armen mejor a los jóvenes para ganarse la vida y ser útiles a la sociedad. Debe, en suma, ensayar bastantes caminos; pero en manera alguna puede prescindir de estos muros de contención, que, por otra parte, han levantado todas las universidades del mundo, en primer lugar las soviéticas, que seleccionan despiadadamente a sus estudiantes.

Tan ésta es la situación, que nuestra Universidad ha ensayado de tiempo atrás la contención, aunque lo ha hecho siempre con debilidad y muchas veces sin gran congruencia o siquiera algún talento. Dígase la exigencia de un promedio mínimo de calificaciones para admitir al bachiller en una escuela superior. Fracasó porque las escuelas particulares se pusieron generosas dando a todos sus alumnos calificaciones descaradamente más altas que las de antes. Y la propia Universidad pervirtió la medida a un grado inverosímil cuando levantó el promedio para entrar en una escuela sobrepoblada, y lo abatió para aquellas que aún tenían bancos desocupados.

Entonces se acudió al examen de admisión, que topó con una fuerte resistencia de los preparatorianos, basada en un argumento aparentemente lógico: si la Universidad misma certifica que ha sido concluida a satisfacción la enseñanza superior, ¿cómo nos viene ahora con que quiere cerciorarse de que así es? Brota entonces la "reivindicación" estudiantil del "pase automático", a la que ha sucumbido más de una vez la autoridad universitaria. La posición de ésta sería mejor si, como lo he sugerido en un artículo anterior, el bachillerato fuera concebido, no como mero escalón hacia la educación superior, sino como un ciclo educativo en sí, completo, pues entonces esa autoridad podría sostener que son dos cosas bien distintas un buen bachiller y un candidato deseable a la educación superior. Pero la contención del examen previo ha fracasado en buena medida, primero, porque fue ideado para comprobar la preparación *general* del candidato, y no sus aptitudes *específicas* para emprender un aprendizaje, además de superior, especializado. Luego vinieron los cuestionarios que parecían una celada para reprobar a mansalva a los examinados. En fin, vino también el detalle trágico-cómico de que habiéndose confiado la calificación de esos exámenes a máquinas computadoras, los estudiantes sintieron caer en las garras de instrumentos

fríos, ciegos, carentes del sentimiento humano de la piedad.

Hay un muro que la Universidad ha rehuido levantar, y que sería el más eficaz. Al mismo tiempo, esta falla pinta más vívidamente que nada cómo las circunstancias la han ido despeñando hasta tumbarla en el plano bajísimo donde yace hoy la desventurada. Porque nuestra Universidad Nacional es en realidad una enorme escuela nocturna, donde las enseñanzas se imparten en las peores condiciones imaginables, con profesores y estudiantes agotados por una jornada diurna de trabajo, sin tiempo ni gusto para leer, para escribir, para investigar, para meditar, y muchísimo menos para gozar con estos ejercicios tan connaturales en un verdadero universitario.

Al parecer, la Universidad se ha cruzado de brazos ante este problema capital admitiendo por anticipado que es irremediable. Ella no puede darle a sus profesores un sueldo que les permita dedicarse exclusivamente a la enseñanza, y los estudiantes, pobres de solemnidad, tienen que contar con un ingreso extrauniversitario para subsistir. Es muy posible que ésa sea, en efecto, la situación; pero ¿la Universidad lo ha comprobado, ha hecho alguna vez un estudio serio sobre este asunto? De aquí nace la desesperanza: afligiéndola una serie de grandes calamidades, la Universidad jamás se ha ocupado de estudiarlas para ver si puede vencerlas.

27 de diciembre de 1968

PRIMERA CICATRIZACIÓN

No basta mantener, como lo hice en artículo reciente, que la Universidad debe desprenderse de la enseñanza preparatoria. Es necesario discurrir dónde puede quedar, y, una vez aceptada la idea matriz de que formará un ciclo completo de la educación, esbozar siquiera la naturaleza de esa enseñanza.

De inmediato puede desecharse el llevarla a la Secretaría de Educación. Primero, porque sería demencia pura desprenderla de una institución sobrecargada para plantarla en otra más sobrecargada todavía; después, por el ritmo desesperantemente lento con que ha marchado esta desventurada secretaría. Según los entendidos, ha logrado ya mejorar sólidamente el kinder, pero como esta hazaña le ha tomado cincuenta años, y es de suponerse que ahora seguirá con la primaria y después con la secundaria, debe temerse que no podrá atacar los problemas del bachillerato hasta el año 2068. Por desgracia, el país apetece caminar un poquito menos lentamente.

Habría que idear una institución nueva y dedicada exclusivamente a manejar este ciclo educativo; autónoma, pero vinculada clara y robustamente con los tres sectores principales a quienes está ligado el destino de los futuros bachilleres. (Es más fácil justificar los dos primeros lazos que el tercero.) Desde luego la Secretaría de Educación que, a más de representar la filosofía educativa del Estado (llamémosla así benévolutamente), fabrica en sus escuelas primaria y secundaria el producto semielaborado que perfeccionará el bachillerato. Con la Universidad (y lo que pueda quedar del infeliz Politécnico) por dos motivos sobresalientes: muchos bachilleres querrán seguir con la educación superior; luego, la Universidad deseará alimentar sus cuadros de maestros con los jóvenes profesores que sobresalgan en la enseñanza de esos bachilleres.

Pero también debe quedar ligada a lo que se llama la iniciativa privada. No porque pueda uno hacerse muchas ilusiones sobre el talento, la ilustración y el desinterés de estos señores, sino

por el hecho innegable de lo mucho que han llegado a significar en nuestra sociedad, como que de sus necesidades, aun de sus gustos, dependerá en buena medida que los bachilleres sean asimilados llanamente en la actividad cotidiana del país. Además, hasta ahora nuestros ricachones han caminado sueltos, y más vale tratar de educarlos. Todos los mexicanos ganaremos inmensamente si con el contacto de los problemas educativos de la juventud mexicana estos caballeros descubren que es muchísimo más fácil hacer dinero, sobre todo en México, un país tan complaciente, que resolver esos problemas. En fin, como buenos cristianos, no debemos desesperar de que alguna vez el rico mexicano dé dinero para educar al pobre mexicano.

En todo caso, la voz cantante de la nueva institución la llevarán, claro está, los profesores, los estudiantes y los administradores de ella.

En cuanto a la sustancia del problema, no debe vacilarse en decir que de todos los ciclos educativos, ninguno es tan importante como el del bachillerato, por mil razones, pero aquí bastará decir que aun cuando la formación del individuo arranca de su hogar y la retocan la educación primaria y secundaria, la escuela que debe plantar el cuño duradero y final, es la de bachilleres. Claro que estoy hablando de un buen bachillerato, lo cual quiere decir varias cosas.

Por lo pronto, hacerlo en cuatro años y después de una secundaria de otros cuatro. Esto significa que el bachillerato transcurriría entre los diecisiete y los veintiún años, justamente cuando el hombre se juega toda su suerte. Y ya que nos hallamos en esto de las cuentas, que nadie imite a los estudiantes neoyorquinos, que se han lanzado a furiosa huelga porque les aumentaron cuarenta y cinco minutos de clase. Con mis cuentas, algunos ganarán y nadie perderá. Los jóvenes que se quedarán en el bachillerato, ganarán con adquirir una educación definitivamente buena; y los que quieran llegar a la educación superior, no perderán porque obtendrían su maestría o su licenciatura a la misma edad de veinticuatro años. En efecto, una de las consecuencias inevitables de prolongar las enseñanzas secundarias y de bachillerato sería la de reducir a tres años la maestría y la licenciatura, que hoy se llevan cinco. Esto último porque toda nuestra educación se hace con la actividad febril de esas famosas "palmeras bañadas de sol", y porque mucha de la licenciatura actual ha sido urdida para subsanar las deficiencias, reales o imaginarias, de la preparatoria.

Sin el tiempo debido, muchas buenas intenciones se quedan

en eso. Importa muchísimo, pues, no ceder en los cuatro años del bachillerato; pero más aún interesa definir propósitos y medios de realizarlos. Este asunto ha preocupado a nuestros pedagogos recurrentemente, y de un modo casi continuo durante los últimos quince años. Y hay razones para ello. Una (la malsana), es que, más que "conductor" del educando, el pedagogo se juzga hacedor de su personalidad, y quien cree que crea, acaba por sentirse dios, el único ser que crea... ¡y de la nada! De allí la fascinación irresistible que siente de cambiar a cada rato planes de estudio, métodos, horarios, aun uniformes. La otra razón (la saludable), es la complejidad, también fascinante, del problema. Aquí, por fortuna se tienen acumuladas experiencias e ideas valiosas, de modo que no se operaría en el vacío al rescatar ahora la enseñanza del bachillerato.

El momento es magnífico, puesto que ahora todos somos pedagogos: el Presidente de la República lanzó la idea de una reforma revolucionaria de la educación; don Agustín nos cuenta que en ella trabajan a toda máquina sus hombres (y sus mujeres); los señores diputados han hablado de no ser ajenos a temas tan abstractos; el "Jerarca" ha echado ya su cuarto a espadas; en fin, su hermano, captando la idea con la rapidez del fluido eléctrico, ha reprochado a la Universidad que no le prepara los técnicos que él necesita. Y no hablemos, por supuesto, de profesores y estudiantes universitarios y politécnicos. ¿Por qué, entonces, no convocar a una cincuentena de verdaderos educadores para que definan, ahora sí que en un diálogo público, los principales problemas de un buen bachillerato hecho por una institución independiente y equidistante de la Universidad y de Educación?

3 de enero de 1969

GOZO Y POZO

Pocas cosas han podido levantar tan alto el ánimo hace tiempo torvo de la comunidad universitaria-intelectual como las fotografías de don Pablo en los días de su elección como rector. Una sonrisa de oreja a oreja que expresaba la más genuina y radiante felicidad, el contento, la satisfacción, el gozo, la alegría, el orgullo, etc. Y los ojillos, que despedían brillantes efluvios de regocijo.

Para quienes lo conocieron y lo han querido desde aquellos felices y lejanos días en que sus compañeros lo llamaban cariñosamente "El Rosal Enfermo", ese espectáculo fotográfico no podía ser una sorpresa, pues pensaban que si algún caso claro de vocación habían conocido en sus vidas, era ése. Para ilustrarlo, los más terminantes aseguraban que a los ocho años se le metió entre ceja y ceja ser rector, y los moderados mantenían que desde 1955 venía trabajando callada pero cotidianamente para encumbrarse tan arriba.

Por fortuna, no se trataba tan sólo del gusto personal y conyugal de don Pablo, sino del de la Universidad, tanto más necesario y benéfico éste cuanto que el sol negro de la melancolía la cobija desde hace dos años.

Con su autonomía, la elección de un rector pone en crisis a la Universidad; pero presagiaba el desastre hacerlo ahora, con sus heridas no cicatrizadas todavía y en medio de la tremenda incertidumbre de un cambio de gobierno. El haberse celebrado de un modo tan fácil, tan natural, produjo primero inmenso alivio, y después orgullo, pues eso indicaba que la Universidad, justamente durante los dos años más sombríos de su historia, había logrado institucionalizarse en una medida insospechada. Colmaba la satisfacción el hecho de que el rector escogido fuera de casa y no importado, ya que eso parecía indicar que los servidores de la Universidad son ya lo suficientemente ricos en número y en prendas para que entre ellos pueda escogerse de verdad. Y demostraba también que la Universidad no necesita ni quiere voces externas

para designar a sus directores.

A todo esto, ya de por sí muy valioso, se añadió la persona del agraciado, hombre joven, animoso, de talento, cultivado y que ha consumido buena parte de su vida enclaustrado dentro de la Universidad.

Es un verdadero infortunio para don Pablo y sus amigos, para la Universidad y el país entero, que el gozo pueda irse al pozo con suma facilidad, pues las condiciones en que hoy vive nuestra Casa de Estudios hacen temer que resulte del todo indiferente quién sea o pueda ser el rector. El daño mayor que puede hacer uno malo es tiznar un poco más sus muros, y la aspiración máxima de un rector excelente no pasará de limpiarlos un tanto. Es decir, que los problemas que agobian a la Universidad han alcanzado una magnitud y una complejidad tales, que su solución rebasa la capacidad física, intelectual y moral, no ya de un hombre, el rector, sino del equipo que forman los directores de escuelas e institutos.

Desde luego el de mayor bulto: el tener hoy ciento diez mil estudiantes la hace absolutamente ingobernable, y, por lo tanto, nada puede importar quiénes sean los ilusos que se echen a cuestras tan imposible tarea. Y a esa espeluznante masa de estudiantes corresponde la de los profesores, pues la Universidad presume de tener algo más de ocho mil. Quizás sean gobernables, pero ¿puede imaginarse siquiera que todos ellos sean inteligentes, devotos de su trabajo y bien preparados en sus especialidades, que sean, en suma, no simples profesores, sino verdaderos maestros? Todos sabemos que es imposible; pero lo cierto es que allí están esos ocho mil, y que en cinco años más serán diez o doce mil.

A esa cifra pavorosa de ciento diez mil se agrega algo de mayor monta: el estado de ánimo del estudiante. Hace tiempo, desde luego, se ha sentido inseguro de si el acomodo que la sociedad le reserva compensará los cinco o seis años de estudios profesionales. Pero desde hace dos priva en él la desesperanza, cuando no la exasperación. El haberse divorciado el gobierno de la Universidad, y el haberse alineado con él la iniciativa privada, han colocado al estudiante en la incómoda perspectiva de tenerse que degradar haciendo un acto de sometimiento o de adhesión al gobierno y a la iniciativa privada, o rebelarse contra esos dos únicos mundos posibles con la vaga esperanza de que salga de su destrucción uno nuevo en que pueda vivir dignamente.

En estas condiciones, ¿qué pueden hacer los dirigentes de la Universidad si ellos no pertenecen, ni representan, ni pueden ha-

blar siquiera en nombre del gobierno y de la iniciativa privada? A lo sumo, esforzarse cuanto puedan en restaurar un clima de confianza y de respeto mutuo.

La simple conservación de la Universidad cuesta mucho dinero, y costará muchísimo más tratar de componerla. Becas para los estudiantes pobres y promisorios; preparación de nuevos profesores; libros, equipos, laboratorios; el eventual levantamiento de otra Ciudad Universitaria. ¿De dónde va a salir este dinero? No puede venir sino del gobierno y de los ricos. ¿Qué pueden hacer, una vez más, los dirigentes de la Universidad? Convertirse en pordioseros, hacerse de un cilindro y de un monito, recorrer las calles y, tras el viejo vals, pasar el sombrero grasiento entre quienes lo hayan escuchado.

Mil razones podían agregarse para fundar esta conclusión que, en rigor, debiera ser obvia: será imposible mejorar la Universidad Nacional de México si no existe un perfecto entendimiento entre sus autoridades, el gobierno y los hombres ricos del país. Pero ese entendimiento exige, a su vez, varias cosas que valdría la pena explorar.

5 de junio de 1970

LA MORIBUNDA Y LA INTRAUTERINA

Daría algo grande, precioso, por encontrar motivos para elogiar encendidamente a los jóvenes en cuyas manos está hoy la Universidad Nacional, porque los quiero y admiro. Para mi pesadumbre (no la de ellos, por supuesto), hasta ahora sólo hallo razones para condenar su gestión. Mi único consuelo es que me conocen, y saben que dentro de la esfera limitadísima de mi acción pública, siempre favorecí a los jóvenes y no vacilé en darles posiciones de responsabilidad anticipándome a su madurez.

En un artículo anterior me permití expresar el temor de que las recientes autoridades universitarias carecieran aun de ideas generales para atacar los problemas de su Casa. Lo fundé en que, lejos de referirse a ellos directa y claramente, los rehuían, dándoles vueltas con lindos circunloquios. Hoy el temor se ha tornado en dolorosa angustia, pues esa rehuida, que incluso daba la impresión de ser involuntaria, ahora parece un escamoteo tan magistral como el del prestidigitador que hace desaparecer a la vista de todo el mundo palomas, cintas de colores, vasos, flores y cigarrillos.

En efecto, primero el rector anuncia la creación, no de una nueva universidad, sino de la *Nueva* Universidad, y para demostrar que ya está hecha, recita los nombres y cargos de las personas que componen su Consejo. Días después, el jefe de prensa vuelve a la carga con la *Nueva* Universidad. Y hoy, el director del profesorado redondea tan bucólica pintura.

Una nueva universidad... ¡Magnífico! ¡Y no una, sino cien o mil que haya! Pero, ¿qué van a hacer ustedes con la vieja, con la moribunda, con esa que se les está desplomando de los brazos? Sobre ella —¡la pobre!— sólo se dijo que le pondrán televisión. La misma exquisita piedad que hace treinta años indujo al director del hospital de tuberculosos del Plateau d'Assis a usar el atardecer en tocarles música clásica a los enfermos incurables. Tras el disco vino la radio, que se usó para ese fin, y hoy todos los hospitales modernos sirven programas de televisión a sus en-

fermos. Pero, hasta donde se sabe, ni el más charlatán de los médicos ha pretendido sanar con televisión a sus dolientes.

De modo que la vieja universidad, la moribunda, queda abandonada a su suerte con la sola compañía de un televisor, para ocuparse de la nueva, que a justo título puede llamarse intrauterina, puesto que todavía está en la matriz de la madre que alguna vez la echará al mundo.

Pero es que hasta eso de la televisión suena a fantasía. Partiendo de que no hay ya en la Universidad cupo físico para acomodar a los estudiantes de los primeros años, don Pablo habló de ofrecerles por televisión los cursos correspondientes. ¿Dónde recogerán los alumnos la imagen y el sonido?

No en sus casas, porque eso supondría contar con un canal propio, una estación transmisora e instalaciones cuyo costo no puede sufragar la Universidad. Si la transmisión es en circuito cerrado, los estudiantes de cada curso tendrán que acudir al salón donde se proyecta la imagen; pero como la Universidad, por definición, no los tiene, tendrá que alquilar los ajenos. Los 130 000 asientos del Estadio Azteca pueden albergar a todos los estudiantes de la Universidad; mas como no hay un solo curso común a todos ellos, sobra considerarlo. El Teatro Insurgentes cuenta con algo más de 600 plazas; pero como los cursos más concurridos apenas llegan a 200 alumnos, quedarían vacías dos terceras partes del local.

En suma, los circuitos cerrados no son tan cerrados como su nombre parece indicar; antes bien, quedan abiertos a muchas, muchísimas dudas, entre ellas —como lo indica la experiencia universal y la propia de México— que la televisión no puede prescindir de la explicación de viva voz del profesor.

Como la *Nueva Universidad* no pasa por hoy de ser un feto, no se pueden dar, ni menos pedir, mayores precisiones, aunque las que ha anticipado el partero erizan de espanto: “Habló [don Pablo] de una nueva universidad, de escuelas nacionales de agricultura, ganadería, recursos forestales, marinos y no renovables.”

Tómese la primera escuela, la que desde antes de nacer ha quedado bautizada ya con el nombre de “Escuela Nacional de Agricultura”. Ocurre que la que está en Chapingo se llama y se ha llamado así exactamente desde hace más de un siglo. ¿Qué pretende don Pablo? ¿Arrebatársela a la Secretaría de Agricultura, de la que depende y ha dependido hace muchos años? Se llevaría un chasco sonado, pues aparte de no verse una razón

valedera para removerla de donde está, detrás de Chapingo hay fuerzas políticas muy superiores a las que pudiera mover don Pablo.

¿Se pretende competir con ella? En un empeño así de estéril, la Universidad llevaría las de perder, ya que la Secretaría de Agricultura cuenta desde luego con cuatro Institutos Nacionales de Investigaciones: agrícolas, pecuarias, forestales, y agrarias. Y cuenta con Chapingo, donde se ofrece una enseñanza superior a nivel graduado y posgraduado que resiste la comparación con la que imparte la Universidad en cualquiera de sus escuelas.

¿No se pretende competir con Chapingo, sino complementar su trabajo? Primero, se apetece ver el estudio de la Universidad en que basa su creencia de que hay lugar para una escuela suya de agricultura. Después, que explicara de qué recursos dispone para lanzarse a semejante aventura. Déjense a un lado los materiales, y límitese la atención a los de profesorado. Como la Universidad jamás se ha ocupado de la enseñanza y la investigación agrícolas, carece hoy de profesores propios y tendrá que contar con ellos. ¿Trataría de arrebatárselos a Chapingo, al Tecnológico de Monterrey o a la Universidad de Nuevo León? ¿Despacharía a sus becarios a formarse en esas instituciones, o quizás en el extranjero?

Esto último se llevaría, a más de una suma considerable de dinero, nueve años. Como don Pablo no puede ser rector más que ocho, no alcanzará a ver transformarse la Universidad Intrauterina que ha concebido en el robusto bebé de un año que será en 1980 su Escuela Nacional de Agricultura.

26 de junio de 1970

IDEAS, SEÑORES, IDEAS

Dejada a sí misma, la Universidad seguirá despeñándose hasta estrellarse en el fondo de la barranca; nada ni nadie podrá entonces recoger siquiera sus astillas. Por eso, mejorarla exige un entendimiento cabal entre sus autoridades, el gobierno y los hombres ricos del país. A este gran empeño poco puede aportar la Universidad y mucho el gobierno y los negociantes.

Dígame ahora que enderezarla exige todo esto: que la Universidad tenga ideas claras sobre sus principales problemas y una escala de prioridades para atacarlos; que el gobierno y los ricos las tengan también, o, por lo menos, el deseo y la sensibilidad para acoger con simpatía las soluciones ofrecidas por la Universidad; que, logrado el acuerdo, todos trabajen decidida y honestamente.

Se dijo que la Universidad poco podía aportar a su propia salvación; pero al asignarle la cuota de las ideas, se cae en que ésa es la aportación más necesaria, pues sin ideas sólo habrá palos de ciego. Inmensa pesadumbre causa decir que la Universidad, que vanidosamente se llama a sí misma "Máxima Casa de Estudios", es una casa que no estudia ni ha estudiado jamás sus propios problemas, como lo ilustran tres ejemplos.

Alguna vez habló de la deserción escolar, llegando a dar la cifra increíble del 80% en la Escuela Superior de Música. ¿Dónde está ese gran estudio estadístico e interpretativo de un fenómeno cuyo conocimiento es decisivo? Se la ha acusado de ser una universidad de ricos porque no acoge estudiantes pobres y más específicamente a hijos de trabajadores. La verdad es que nadie puede demostrar que así es y menos el grado en que lo sea, porque la Universidad tampoco se ha ocupado de estudiar el origen socioeconómico y cultural de sus estudiantes, y menos aún si después de pasar por ella mejoran su condición y en qué medida. También se le reprocha no estar a tono con las necesidades del desarrollo del país, señalándose para fundar la imputación el número altísimo de matriculados en Derecho y el bajo en las

diversas variantes de la ingeniería. Si alguna vez se decidiera a limitar la matrícula de los aspirantes a la abogacía, ¿con qué criterio fijaría el número límite si desconoce el destino real que han tenido los abogados que fabrica y los que el país necesita de verdad?

La Universidad, pues, no ha estudiado sus problemas y, por lo tanto, no puede presentar al gobierno y a los ricachones soluciones "con conocimiento de causa"; pero, ¿sus autoridades superiores tienen siquiera ideas generales sobre ellos? Es de temerse que tampoco.

En los dos últimos años, dado el empeoramiento de sus viejas dolencias, han menudeado discursos, declaraciones, ensayos, artículos, entrevistas, etc., acerca de ellas. Todas estas expresiones causan dos impresiones extrañas. Mientras se hacen frases bonitas, medio atrevidillas por su moderada demagogia, nuestras autoridades universitarias se mueven con cierta gallardía. Pero cuando involuntariamente hablan de los problemas auténticos, se descubre que sus escasas ideas están inspiradas en modelos extranjeros que no conocen bien y que son inaplicables a la universidad real que pretenden guiar.

Tómense las recientes reflexiones de don Víctor (F. O.), publicadas en este periódico. Hasta los viejos más cascarrabias se sonrieron levemente al enterarse de que se propone fabricar en la Facultad de Ciencias Políticas unos cocteles Molotov intelectuales que vuelen en mil pedazos las arcaicas y pestilentes "estructuras" de esta sociedad capitalista en que hemos vivido hasta hoy. Claro que no faltó quien se preguntara a título de qué don Víctor cree tener el derecho de fabricar artefactos tan detonantes, pues se supone que en tan lucida decisión debieran participar el Consejo Técnico de la Facultad y el Universitario, para no hablar de la sociedad mexicana. Ésta sostiene a la Universidad y para servirla fue fundada la Universidad; así, algo tendrá que decir sobre la forma como le plazca morir. A pesar de todo (y no es poco), la idea de don Víctor alguna gracia tiene, y fue garbosa su presentación.

Pero al estrecharlo el reportero, para que dijera algo concreto sobre el mejoramiento de la enseñanza, don Víctor presentó un plan contundente: rebajar la importancia de los cursos de conferencias y aumentar la de aquellos otros donde el estudiante piensa por su propia cuenta, lee, investiga, discute, aun experimenta. Magnífica idea... excepto que, a más de venirse practicando desde la secundaria de cualquier país civilizado hace casi

un siglo, resulta absolutamente inaplicable en la situación actual de nuestra Universidad. De hecho, se la implantó en la Escuela de Economía hace dos años, con el resultado de que a cada uno de los cuatro "seminarios" creados en ella asisten de ciento cincuenta a ciento ochenta estudiantes. Si se recuerda que diez alumnos es el número máximo habitual en las buenas universidades extranjeras, cae de su peso que los nuestros son seminarios sólo de nombre.

¡Y qué estudiantes los nuestros! Con una educación primaria apenas tolerable y una secundaria pésima, llegan a la Universidad sin haber adquirido siquiera el hábito de la lectura. Los más trabajan por la mañana seis horas en alguna oficina, y llegan a la Universidad mal comidos y tras un viaje de camión de una hora, a las cuatro de la tarde, y no pueden permanecer allí después de las ocho de la noche. ¿Con qué energías y cuándo pueden estos muchachos leer, investigar, reflexionar, escribir trabajos y discutirlos con sus compañeros y profesores?

Definir si la Universidad puede, debe y quiere moldear en sus aulas uno o varios tipos especiales de mexicano; si por algún tiempo todavía debe preferir la enseñanza especializada o puede y debe ensayar desde luego la multidisciplinaria; si conviene o no sustituir la organización por escuelas y facultades separadas unas de otras con otra en que la disciplina por enseñar sea el eje de la organización; limitar el número de estudiantes y seleccionarlos muy severamente; transformarlos en estudiantes que no se ocupen de nada que no sea estudiar seis o siete horas diarias; contar con más profesores, con buenas bibliotecas, etc., éstos son los verdaderos problemas de la Universidad. Pero sobre ellos siempre se guarda un discreto silencio.

12 de junio de 1970

Dictado y Consenso

Existe la certidumbre de que la Universidad no ha estudiado sus problemas y el temor de que sus autoridades carezcan de ideas generales capaces de parar primero su despeño y después de enderezarla.

¿Tendrán los estudiantes algunas derivadas de su amarga experiencia? Imposible saberlo con cierta seguridad, porque ni las sociedades que forman, ni sus publicaciones ocasionales, han elaborado, no ya una doctrina, pero ni siquiera apuntes sobre reformas concretas.

El estado de ánimo de los alumnos es otro inquietante problema universitario. Quien tiene contactos esporádicos con ellos, un cursillo breve o alguna mesa redonda, se sorprende gratísimamente al ver el espectáculo sin par de jóvenes sanos, alertas, vivaces, inteligentes y ansiosos de informarse sobre problemas que les preocupan. Pero quienes hacen con ellos los cursos regulares, los encuentran escépticos, inatentos, desganaos, sin más propósito que salir cuanto antes de todos los cursos, sacar el diploma y largarse de la escuela a ganarse el pan. Siempre hay algunos con un interés genuino en el estudio, pero como son pocos y no reciben un reconocimiento particular, acaban siendo arrastrados por la corriente general.

El desaliento da, pues, la tónica dominante; pero es que, además, en la Universidad pululan otros dos tipos de estudiantes. Uno es el líder político, cuyo tiempo y esfuerzo se enderezan a hacerse elegir representante de sus compañeros en comités, sociedades y consejos. Sin más habilidad que la del intrigante menor, acaba por obtener una representación que usa en beneficio propio, y como llega a tener poder, la autoridad lo corteja dándole prebendas y aun ingresos sustanciosos.

El otro tipo, que se da sobre todo en las escuelas preparatorias, es sencillamente el gángster. Sin duda a sueldo de alguna autoridad universitaria o extrauniversitaria, mantiene aterrorizados a sus compañeros, a los profesores, aun a los empleados admi-

nistrativos. Organizados en pandillas con su santo y seña; armados de garrotes, barras de fierro, cadenas y hasta de armas de fuego, interrumpen las clases, decretan días de asueto, expulsan profesores y destruyen muebles y archivos. ¿Para qué todo esto? Nadie lo sabe a punto fijo; pero así ocurren las cosas, así se desempeñan las "porras" gloriosas.

Por lo que toca a los estudiantes, el panorama no puede ser más deprimente. Una minoría consciente de sus intereses, que quiere estudiar, pero que, falta de un medio propicio para hacerlo, se abandona a la indolencia. Una gran masa de estudiantes que van a dar a la Universidad porque la vida los empuja hasta ella sin sentirlo, y que no tienen otro propósito que hacerse de un título para usar y abusar de él en la vida. Y agitando ese ambiente incierto, el lidercillo político y el gángster.

He aquí otra de las inmensas dificultades con que tropezará don Pablo y su equipo: además de necesitar ideas sobre una reforma a fondo de la Universidad, no pueden prescindir de hacerlas llegar a los estudiantes para conseguir de ellos su entendimiento y su aprobación. Muy atrás quedó la época en que un rector o un director, aun con la aprobación del consejo de profesores y alumnos, podía decretar una reforma e implantarla al día siguiente de dictada. La magnitud de la población escolar, su heterogeneidad, la composición de sus grupos principales, imponen por fuerza el sistema plebiscitario de aprobación, con todos sus inconvenientes: lentitud, complicación, incertidumbre y estar expuesto a agitaciones momentáneas.

Nadie, pues, tiene frente a los estudiantes otra autoridad que la del soborno o la autoridad moral que dan las ideas, la palabra, la conducta, en suma. La derivada de la fuerza, de la ley, de los reglamentos, de la tradición, simplemente no existe.

Para colmo de desgracias, no basta con la autoridad moral, pues existe también el problema que hoy se llama de la "comunicación", es decir, el ir y venir de sentimientos y de reflexiones, aun de gestos, entre el gobernante y los gobernados. Y en esto, claramente, es aquél quien ha de crear las condiciones para que la comunicación sea real y fluida. Así lo entienden las actuales autoridades universitarias: tanto don Pablo como don Víctor han anunciado su propósito de mantener un "diálogo" continuo con estudiantes y profesores.

Aparte, sin embargo, de la escamadura que levanta el uso de palabras tan sobadas como esa de "diálogo", es de temerse que no baste el que sostiene un estudiante con el director de su es-

cuela. Suele limitarse a los problemas personales de cada estudiante, muy dignos y necesarios de atender, desde luego, pero cuyo conocimiento, aun multiplicado hasta el infinito, no pueda suplir a la "comunicación", que considera a los gobernados como una colectividad y no tan solo como una sucesión interminable de individualidades separadas.

En este problema de la "comunicación" anda mal también nuestra Universidad. Desde luego, desaprovecha los medios que ella misma ha creado y mantenido, y menos inventa nuevos y mejores.

Hace años, por ejemplo, creó la *Revista de la Universidad*, que ha sido y es una de las publicaciones culturales mejores del país; pero no fue concebida para expresar el sentir o siquiera la obra de la Universidad, sino como una revista literaria más. Radio Universidad no ha logrado todavía definir a qué auditorio pretende dirigirse, de modo que hace una deslucida labor "cultural" trasmitiendo conciertos y óperas. Nunca ha sido usada como tribuna universitaria, donde el estudiante, el profesor y los directores ventilen sus problemas. No se ha estimulado al estudiante a presentarlos, convocando, digamos, a un concurso de ensayos en que los de primer ingreso expongan los motivos que los indujeron a entrar en una escuela determinada y qué esperan de ella. Y otro entre los pasantes, destinado a examinar su experiencia de cinco años de estudios profesionales.

En suma, la Universidad carga también con este pesado problema de comunicarse con sus distintos componentes, para no hablar de hacerlo con la sociedad mexicana en general.

19 de junio de 1970

GOBIERNO Y RICOS

En los cien años últimos se conocen tres únicos presidentes que hayan mostrado cierto interés particular por la educación y sobre todo por la Universidad. El primero es Juárez, cuando en 1867 llama a Gabino Barreda para organizar la Escuela Nacional Preparatoria; el segundo Porfirio Díaz, que autoriza en 1906 la creación del Ministerio de Instrucción Pública, encargándolo a Justo Sierra; y el último en 1921, con Obregón y Vasconcelos.

Después de Obregón, Calles ha sido el Presidente que habló más de la educación, lo cual parecería indicar que le preocupaba sobremanera. Sin embargo, los hombres de que se valió y la obra realmente alcanzada no guardan proporción con las declaraciones verbales y escritas. Mi General cargará con el pecado de desconfiar del intelectual, con la doble consecuencia de confundir al auténtico con el postizo y de haber creado el Politécnico como rival de la Universidad. Don Manuel, con un hermosísimo discurso quiso acercarse a los intelectuales; pero salvo una estruendosa campaña publicitaria, el interés por la educación no llegó a predominar y menos benefició a la Universidad. Don Miguel, por supuesto, pasaría como el gran protector de la Universidad, ya que le construyó toda una Ciudad, hermosa y costosísima. Y todos los presidentes posteriores argüirán que cada uno le ha dado a la Universidad más dinero que su antecesor.

Por desgracia para estos presidentes, el pedestal histórico no se construye con billetes y órdenes de pago, material este que a poco liquidan el viento y la lluvia, de modo que aquella estatua, plantada sobre semejante pedestal, pronto viene a quedar al ras del suelo, o sin cabeza, como la de don Miguel. Para alcanzar la gloria y ayudar de veras a la Universidad, se requiere entender la educación superior y prestarle un caluroso apoyo moral. No se juzgará abusiva la doble afirmación de que, sin salvedad alguna, ninguno de nuestros presidentes ha colegido siquiera de lejos esos problemas, y que su cordialidad se ha limitado a machacar el lugar común de que la patria tiene depositado su porvenir en la

juventud.

Cítese un solo ejemplo de esa incomprensión. Los presidentes no han podido ignorar que elementos suyos, incluso con jerarquía de secretarios de Estado, han fomentado desórdenes estudiantiles con mezquinas miras personales. Y sin embargo, ni los han sancionado ejemplarmente, ni han evitado el daño que de modo necesario causan a la Universidad. Al contrario, han dejado caer autoridades universitarias legítimamente constituidas y deseosas de hacer el bien, y de esa fría pasividad han pasado a una fogosa represión policiaca y militar.

Es un hecho innegable que hay un divorcio dañino entre el gobierno y la comunidad universitaria. Es un problema esencialmente político, y por eso tienen que resolverlo los políticos y no los universitarios. De allí que alarme y entristezca advertir esto: la existencia de ese divorcio es patente, palpable, mensurable, podría decirse; tiene ya dos años de edad, y estamos en la época de liquidación de un gobierno y de advenimiento de otro. A pesar de todo ello, no se ha visto un acto, no se ha escuchado una voz, no se ha advertido siquiera un gesto de desagravio y menos de bondad, de compasión.

Los ricos mexicanos y los ricos extranjeros que han hecho aquí su dinero tienen su parte, primero porque sus negocios necesitan gentes cultivadas que proceden de la Universidad; segundo, porque han amasado dinero más allá del que un ser ultradispensioso puede gastar; tercero, porque la historia enseña que la riqueza excesiva sólo perdura cuando se justifica moralmente gastando algo de ella en empresas desinteresadas de beneficio colectivo.

Quizá pueda decirse que un buen número de nuestros multimillonarios da dinero para esas empresas; al mismo tiempo que no dan todo lo que pueden y debieran, a más de dar el poco que dan sin plan, o sea que sus caridades son esporádicas cuando no caprichosas. Y rara será la donación que no esté inspirada en móviles discutibles: el nacionalismo, la animadversión política o el temor religioso. Bien conocidos son los casos del español y las fiestas de Covadonga o la Beneficencia Española, y del norteamericano que protege el Colegio Americano. Ejemplos de prevención política son los dos institutos tecnológicos de Monterrey y de aquí; de motivación religiosa la única universidad jesuita que México tiene; en fin, muestra de una irracional e injuriosa desconfianza en todo cuanto el mexicano es, el sustancioso auxilio que recibe una universidad norteamericana que opera en México.

Claro que la Universidad Nacional tiene buena culpa de estar

atenida exclusivamente al dinero público porque el desorden hiriente en que ha vivido escama con justa razón al rico, que en seguida ve sus billetes bañándose plácidamente en los albañiles de la Ciudad Universitaria. Y sin embargo, habrá más de una forma de dar algún auxilio con la plena garantía de su buen aprovechamiento. No se ve por qué un rico no podría poner en fideicomiso un millón de pesos cuyo interés se dedicara a la compra de libros científicos, ya que el fideicomiso pagaría sólo contra la factura del proveedor y el recibo de ingreso del bibliotecario respectivo.

La razón más contundente para hacer cambiar al rico mexicano debe ser, sin embargo, la experiencia que ha tenido con las instituciones educativas que él ha creado y que dirige. Cada una de ellas y todas juntas son inferiores a la Universidad Nacional, a pesar de las fallas pavorosas de ésta. Aún hay algo más concluyente: han sido incapaces de aprovechar esas fallas para fortalecerse y llegar a ser respetables. En efecto, no han sabido atraer al estudiante y al profesor de la Universidad Nacional que deseoso de hallar un mejor clima de trabajo se hubiera trasladado a las universidades privadas de haber visto en ellas lo que buscaban.

Por eso, si yo fuera don Manuel, cualquiera de los dos don Carlos, don Agustín, don Justo, don Aníbal, don Etcétera, nombraría a don Pablo el de la Modelo para que se entendiera con el don Pablo del Pedregal.

3 de julio de 1970

IV

PERSONALIDADES

JERARCA Y PEDAGOGO

Algo hubiera yo dado por asistir a esa comidaza del Club de Primera Plana. Desde luego porque los que estamos plantados en la sexta, apetecemos ocasionalmente avanzar hacia las deslumbradoras ocho columnas de la primera; pero mi interés principal hubiera sido escuchar a don Alfonso Martínez Domínguez, invitado de honor. Mil motivos explicarían mi curiosidad; éste, por ejemplo: el cronista de *Excelsior* dijo que en los comienzos nadie parecía interesarse en los dichos de don Alfonso, pero que al final despertó la admiración de los concurrentes. Semejante hecho, insólito en sí mismo, me resulta increíble porque la lectura de lo que dijo don Alfonso, o lo que se dice que dijo, confirmó una vieja idea mía: la decidida inhabilidad del hombre público mexicano para improvisar opiniones. Perdón si presento completa mi reflexión: si cuando piensan, escriben y corrigen, dicen tantas burradas... Este fenómeno, a diario comprobado, tiene una explicación nada denigrante: la falta de experiencia del hablador o declarante y la falta de experiencia del oidor o recolector de la opinión. Dado que no siempre es posible rehusarse a hablar, bien podía optarse por un medio suplementario de comunicación. Déjese al periodista que recoja lo que pueda y que lo presente al público lo mejor posible; pero tratándose de asuntos importantes, añádase a lo dicho una declaración escrita... y pensadita, por favor.

En este caso la precaución era todavía más recomendable porque parece haber un cierto escepticismo en cuanto a si los achaques universitarios son el fuerte del "Jerarca". Entonces sus opiniones resultaban más vulnerables no sólo ante aquel puñado de periodistas, sino ante los cientos de miles de lectores de las publicaciones en que escriben. Y fue muy vulnerable. Empeñado, como estoy, en transmitir a nuestros gobernantes los latidos de esa opinión pública, debo trasladar el comentario que me hizo un estudiante universitario. Aplaudió delirantemente la idea alfonsina de "reglamentar" la autonomía universitaria, pero con la perversa esperanza de que en ese "reglamento" apareciera el requisito de

un certificado de educación secundaria para ser dirigente del PRI. Juzgadas sin esa irrespetuosidad juvenil, las opiniones de don Alfonso me parecieron una mezcla de grandes aciertos (a los que no les sacó partido, sin embargo), de deliciosas vaguedades, del conocido malabarismo de echarle la pelota de ciertas responsabilidades a sus antecesores, y un error funesto.

Su gran acierto es señalar que la Universidad no responde a las necesidades del desarrollo nacional; es más, resulta dramáticamente convincente su ilustración de esos ocho mil estudiantes que aspiran a la profesión parasitaria de abogado. Ésta es una triste verdad, demostrativa, además, de la incapacidad de los universitarios para gobernar su casa. Más grave todavía, es uno de los poquísimos argumentos válidos que el gobierno puede esgrimir para reclamar alguna intervención en la Universidad. Pero el panorama es más sombrío del que don Alfonso pinta. Primero, porque el gobierno tampoco conoce bien esas necesidades, opinión ésta que comparten los especialistas mexicanos en programación y un testigo tan imparcial como las Naciones Unidas. Segundo, porque debe tenerse mucho cuidado con la expresión “necesidades del desarrollo”, que ha de entenderse no sólo en el sentido material o económico. Tercero, el gran responsable de la desconexión entre el gobierno y la Universidad es el gobierno, pues en la ley de autonomía no se previó siquiera que fuera consejero *ex officio* de la Universidad un representante de la Secretaría de Educación.

Las deliciosas vaguedades fueron aquellas disquisiciones demográficas que pintan a México como un país predominantemente de gente joven. Esto se sabe desde hace mucho tiempo, de modo que surge la pregunta inevitable de por qué el PRI ha descuidado a la juventud, a esta porción tan señalada de la población nacional. Don Alfonso ha reconocido el olvido, pero aparte de atribuirlo a otros “sexenios” (como si la memoria y la amnesia se dieran en ciclos de seis años), sólo habló de que algún día la convertirá, la atención que merece la juventud, en una realidad. La tarea, —necesaria e inaplazable— es mucho más ardua, pues la juventud mexicana no es tan sólo indiferente al PRI, sino que le tiene una marcada repugnancia. De manera que si don Alfonso no se echa encima una gran capa española para ponerse al frente de la mejor estudiantina, y si con ella, noche tras noche, no le da sentidas serenatas, la Dueña jamás se asomará al balcón, y mucho menos arrojará a los trovadores el clavel convenido.

Lo más grave fue aquello de “reglamentar” la autonomía uni-

versitaria, disparate verbal que todo el mundo (comenzando por el PAN) ha interpretado como que el gobierno quiere echarle mano a la Universidad. Los politólogos consideran como prenda indispensable del político el sentido del *timing*, de la oportunidad. Aquí no la superan ni esos relojes suizos que miden el tiempo (la oportunidad) al milésimo de segundo. Cuando padecemos todavía un conflicto estudiantil en que el concepto y la realidad de esa autonomía han sido la chispa más incendiaria, cuando al cabo de casi cuatro meses apunta la esperanza de resolverlo, proferir semejante amenaza significa darle en el corazón al negro, que no al blanco. Supongamos que don Alfonso hubiera dicho esto: "El conflicto estudiantil se arreglará pronto, y espero que a satisfacción de todos. Mi gran esperanza es, sin embargo, que esto conduzca a restablecer un clima de confianza, de respeto y de afecto, que permita al gobierno, a las autoridades universitarias y a los estudiantes, repasar amistosamente sus relaciones mutuas para provecho de toda la nación." Yo digo que una forma así hubiera revelado una bonita combinación del Jerarca y del Pedagogo al señalar el gran problema y dar una nota de cordialidad conducente a su eventual solución.

15 de noviembre de 1968

POLÍTICO O POLITÓLOGO

A veces es uno injusto al comentar los dichos y hechos de nuestros hombres públicos por la imposibilidad de matizar primorosamente el breve artículo periodístico. Así, apenas ayer afirmé que no estaban acostumbrados a la declaración verbal improvisada. En rigor, es inexacto, pues cada semana, al salir de la oficina presidencial, los sitian periodistas armados de protuberantes micrófonos y ofuscadoras cámaras de televisión. A diario los vemos en los noticieros televisionados, dedicados (como todo) en este mundo nuestro a la publicidad oficial.

Aquí ocurre lo que nos suele pasar a los mexicanos: adoptamos las técnicas más modernas rápida, pero incompletamente. La televisión transmite la imagen mas no la voz de nuestros políticos; se les ve hablar sin escucharlos. A más de desperdiciar la mitad de un medio comunicativo tan espléndido, se les ridiculiza, pues nada es tan risible como ver a un hombre gesticular airada o meditativamente sin enterarse de los motivos de la cólera o de la preocupación. Tampoco se le saca a la imagen el mejor partido. Es obvio que la de los secretarios de Estado (excepto el Hidráulico) y jefes de departamento mejoraría inmensamente con un discreto maquillaje, o trepándolos en un zoquete de diez centímetros de altura. Lo peor de todo es que, como rara vez los diarios recogen esas entrevistas, finalmente sólo nos quedamos con un recuerdo visual nada favorable al sueño.

Así, hemos sido afortunados porque un periódico recogió extensamente los últimos pensamientos de don Luis Echeverría sobre los avances de nuestra democracia y sobre la Universidad. Yo lo vi en la televisión gesticular esos pensamientos, y el cambio resulta notable: de aquel funcionario compungido surge un hombre que pretende ofrecerle al país una bonita combinación de político practicante y de político teorizante, de político y de politólogo (o *political scientist*). Para medir la proporción en que se hallan mezclados estos dos ingredientes, conviene concordar en ciertos criterios.

Primero, en toda latitud el político es muchísimo más practicante que teorizante, o todo practicante y nada teorizante; pero el bueno jamás carece de ideas generales propias: Roosevelt, De Gaulle. Segundo, el politólogo puede (quizás debiera) practicar la política, ya como oficio, ya como simple veleidad; pero no puede faltarle un sentido crítico que le permita perforar la apariencia de los fenómenos políticos para tocar su fondo. Así, cabe afirmar que don Luis no es o no quiere ser politólogo (a pesar de insistir en considerarse a sí mismo como universitario, es decir, hombre de talento, de lectura y sobre todo reflexivo).

Para él, la democracia mexicana avanza por un sendero tiernamente rosado: elección popular directa; no reelección; voto femenino; diputados de partido; múltiples partidos políticos, etc. Todo esto es exacto formalmente hablando; pero la única conclusión que de ello sacaría el verdadero politólogo es la admirable, por increíble, capacidad del gobernante mexicano para engañar a sus gobernados y a sí mismo, como lo hace sospechar el aplomo con que don Luis habla sobre estas cosas. Si las elecciones son como son, ¿tiene alguna significación que el voto sea directo o en segundo grado? Si el presidente influye tanto en la sucesión, ¿la no-reelección es una "conquista"? Si la mujer, naturalmente locuaz, es condenada en su vida política al mutismo, y a obrar sólo cuando se le dice "A firmar aquí, Mariquita", ¿han ganado mucho ellas y el país? Pero la afirmación que toca el firmamento de la pura fantasía es ésta: "Nuestras leyes . . . consagran y respetan . . . el derecho de disentir mediante la libre manifestación de las ideas." El politólogo, buceador de realidades, diría que nada hay tan execrable en la vida pública nacional como la intolerancia de toda disensión, así sea la mejor intencionada. Y como el politólogo no tiene muchas ocasiones de acudir al método experimental, le sugeriría a don Luis que se permitiera disentir del Presidente para ver qué pasa.

Es muy posible, en cambio, que don Luis sea un buen político a la mexicana de hoy. Como todos sus colegas, rarísima vez habla o escribe, y cuando lo hace, siempre echa por delante al "Señor Presidente", a pesar de que la experiencia ha probado que elogiar al superior suele complicar las cosas. Se le pregunta a don Luis si se le quitaría el subsidio federal a la Universidad, y contesta que es ajeno a su Secretaría dar o negar subsidios, pero que le consta que el actual es el Presidente que más dinero le ha dado. Resulta obvio que retirarlo ahora no es una medida educativa, sino estrictamente política, y tanto más difícil de justificar cuanto

que lo retira un mandatario antes singularmente generoso.

En seguida intentó demostrar que el gobierno ha respetado la autonomía universitaria valiéndose de dos argumentos pobres: el subsidio y el que no haya pedido jamás la remoción de un profesor. Desechemos el primero, porque el gobierno sostiene íntegramente al Politécnico, una institución no autónoma. En el segundo se quedó corto, ya que hasta hace poco el gobierno había respetado de un modo tan cabal la autonomía, que a los norteamericanos les resulta literalmente imposible creerlo. Pero aquí volvería a intervenir el politólogo para señalar lo poco laudable de los motivos de tan sorprendente conducta: miedo a alborotar (la caballada) y una desestimación completa del trabajo que la Universidad puede y debe hacer.

La caída mortal viene al recordar la afirmación del Presidente de que jurídicamente el gobierno no ha violado la autonomía. Don Luis olvidó que la afirmación presidencial se hizo el 1o. de septiembre, cuando los hechos aún podían fundar el "jurídicamente"; pero después de la ocupación militar, la única tarea pendiente era y es justificar por qué, muy a pesar suyo y de todas las leyes, el gobierno procedió como lo hizo.

Casi sobra decir que me he atrevido a presentar estas modestas reflexiones para incitar a don Luis a entrar de verdad en la Politología.

22 de noviembre de 1968

DULCE DESPERTAR

¡Bueno, bonísimo, ese discurso! ¡Así se ruge, don Alfonso, ante los leones de la Metro-Goldwyn! Así habla, así debe hablar siempre, el jefe de un partido que se apellida, por el padre, revolucionario, aunque de la prudencia materna le venga el correctivo de institucional. No le hallé sino un defecto: la parrafada sobre el PAN. ¿Qué diablos tiene que ver en todo esto el PAN? Le aseguro, don Alfonso, que con enderezar su partido tiene usted para rato. Dedíquese, pues, a esa gran tarea, que lo demás ni siquiera resulta divertido. Más todavía: aprovechando este mejoramiento en nuestras relaciones personales, permítale usted a este Gran Solitario —como dicen que me llama usted— darle esta opinión: el enemigo del PRI no es el PAN, sino la Nación Mexicana; parte de ella porque lo detesta, y la otra parte porque le es indiferente. La Nación es la Dueña a la que hay que enamorar y conquistar.

Si mi desbordante alegría no me ofusca, usted proclama que nuestro avance económico no ha beneficiado proporcionalmente a todos los mexicanos, sino que el provecho se ha concentrado en unos cuantos, mientras que la inmensa mayoría ha recibido poco o nada. De aquí la prédica de usted: si una situación tan injusta no se corrige, vendrá el conflicto, la violencia, la rebelión. Si hoy es ésta su postura, don Alfonso, usted puede estar seguro de que lo acompañan y lo aplauden no sólo los pacientes de ese desequilibrio, sino los beneficiarios de él a quienes la riqueza no ha cegado enteramente, aquellos lo bastante listos para saber o adivinar que para mantener la parte mayor de la riqueza es forzoso sacrificar la menor.

Ahora bien, don Alfonso: no es que sus muchos admiradores queramos festinarlo. Nos damos perfecta cuenta de que los azares de la vida le han impuesto la enfadosa tarea de viajar de continuo, de discursar a diario, de habérselas frecuentemente con los periodistas, y todo esto, recorriendo con la palabra y el gesto la gama entera que va desde la imprecación fulminante hasta

la sonrisa candorosa del adolescente. Los hechos son, sin embargo, que usted está colocado al frente del PRI y que se regodea con su oficio de oráculo de la Revolución Mexicana.

Entonces, don Alfonso, habiendo denunciado dramáticamente ese desequilibrio en la repartición de los beneficios del progreso económico nacional, y habiendo augurado los graves males que acarreará la subsistencia de tal desequilibrio, ahora tiene que decirnos cómo va a restituirse la regla de oro, la forma equitativa de repartirlos. Repito: no es que queramos que nos lo diga usted mañana mismo, pero tampoco muy, muy pasado mañana.

Y aquí entra la segunda sorpresa placentera que me causó su discurso leonino: la incitación al "pueblo" mexicano para que apunte dolencias y proponga remedios. Primero esto de "pueblo": por favor, don Alfonso, no usar esta palabra, nobilísima en su sentido original y puro, pero tan manoseada por los políticos segundones, que ha perdido toda significación. Yo, por mi parte, estoy cubierto, pues hace más de treinta años que mi traje casero de trabajo es el overol, unos overoles estupendos de ferrocarrilero norteamericano, único contrabando que me permití practicar al amparo de mis largos años de diplomático. Así, aun en la facha exterior, como "obrero intelectual", formo parte modestísima del pueblo cuyas opiniones busca usted hoy.

Tras de pedirle excusas por haberme anticipado a su reciente y amable invitación, viene mi primer reproche. Hace muchos meses, don Alfonso, propuse que el PRI se lanzara a formular un plan sexenal que guiara en su gobierno al próximo presidente. La fase inicial de semejante tarea debía habérsele confiado a ese brazo del partido que se llama Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales; pero entonces, como si fuera una respuesta a mi sensata idea, se anunció una reorganización del IEPES que movió a risa. Repárese en este simple detalle: mientras el Comité Ejecutivo Nacional del PRI está formado por once personas, la mesa directiva del IEPES llega a veintisiete... ¡nada menos que a veintisiete! Más aún: el gabinete del presidente lo forman diecinueve miembros, quince secretarios de estado, tres jefes de Departamento y el Procurador General de la República. ¿No le parece un poquito exagerado ese alarde de su IEPES? Esto sin contar con que basta recorrer los nombres de las personas que componen tan fastuosa directiva para darse cuenta de que se han limitado a prestarlos bondadosamente, y que jamás harán un trabajo real en el instituto.

También me permití protestar indignado cuando el IEPES anun-

ció que estudiaría los problemas municipales, no, claro, porque fueran inexistentes o carecieran de importancia, sino por la urgencia inaplazable de trazar un plan de acción para el gobierno federal. Por fortuna, volví a reír de buena gana al declararse recientemente que lo mismo en Oaxaca que en Tlaxcala, el IEPES había abierto un millar de "sucursales".

Cuando usted, don Alfonso, habla de la urgencia de restablecer un equilibrio en la distribución del ingreso nacional, sin duda piensa en una reforma fiscal de fondo como uno de los medios mejores para lograrlo. Aquí viene mi pregunta: ¿Cree usted que los destacados economistas de Huajuapán de León, de Santa Ana Chiautempan, o siquiera los de Penjamillo, van a proponérsela a usted, para que usted, a su vez, la proponga a la Nación?

Pero, en fin, ahora tiene usted la palabra. El "pueblo" mexicano es todo oídos, pues, habiendo despertado su interés y su simpatía, no puede usted defraudarlo.

22 de agosto de 1969

EL GRAN ALARIDO

Los observadores desinteresados de la escena nacional aguardaban impacientes la aparición de don Luis en el Palacio de los Deportes, no para mirarlo protestar, sino para escuchar lo que como candidato del PRI tenía que decir a la nación. Verlo y oírlo se había convertido al cabo de dos semanas en distracción cotidiana; pero como estas apariciones fueron fugaces y desordenadas, cuanto decía y hacía parecía improvisado y, por lo tanto, base incierta para el temor o la esperanza.

Lo del Palacio de los Deportes era bien distinto. Allí había un escenario teatralmente dispuesto, abarrotado con veinte mil representantes de todos los sectores vitales del país, la plana mayor de políticos y gobernantes y una cauda espesa de aprendices de aduladores. Y estaban los diarios, las revistas, el cine, la radio, la televisión, en suma, cuanto acarrea un mensaje hasta el confín de la tierra. En ese lugar y en ese momento, a las 6 de la tarde del sábado 15 de noviembre, se iba a producir la revelación.

La televisión falló. Instalada en un local enorme, mal iluminado, y sin disponer las cámaras de esos lentes japoneses que recogen una imagen perfecta sin más luz que la ordinaria de cualquier escenario, cada vez que apuntaban a las galerías aparecían grandes manchas negras, pero no figuras y rostros humanos. Los locutores resultaron ramplones. Las cámaras, con una monotonía desesperante, solo presentaban a don Luis en dos posturas: una, tomada de lejos y desde lo alto, lo achaparraba injustamente; la otra, de medio busto, excluía la imagen expresiva de la cara. También estaba una batería de micrófonos, pero de ninguno salió un sonido fiel o siquiera tolerable.

La facha de don Luis es magnífica: de buena estatura, erecto sin arrogancia; a pesar de los espejuelos y la calvicie, se le ve joven y saludable. Después de refrenar durante tantos años la sonrisa, ahora, como para compensar el retardo, le brota con fresca espontaneidad. Tiene una voz robusta, de timbre agradable y su dicción es muy clara: pero parece necesario ponerlo en ma-

nos de López Tarso si ha de transformar su voz en un instrumento expresivo de ideas y sentimientos. Gestos y ademanes forman un repertorio limitadísimo, además de tener un cierto airecillo dogmático.

Ahora, el texto de la epopeya. Es literalmente imposible que una persona que no sea un actor consumado, que no improvisa, sino que lee un texto escrito carente de toda nota emotiva, pueda retener durante hora y media la atención de una masa heterogénea de veinte mil personas. Don Luis lo sintió, pues más de una vez fue visible que le pedía a su auditorio el aplauso que no arrancaban espontáneamente sus palabras. En todo caso, allí está el *video-tape*: los rostros de los personajes del Comité Nacional, pero sobre todo el de Miguelito, miden con exactitud un aburrimiento discreto pero persistente.

La organización de la pieza contribuyó también a su deslucimiento: como en los informes presidenciales, repasó todos y cada uno de los ramos de la administración pública, con una diferencia: mientras el informe relata lo hecho por el presidente, don Luis anunció lo que haría en el caso improbable de verse favorecido por el sufragio popular.

Hubo un elemento positivo: la lectura reveló la extraordinaria fortaleza física del candidato, prenda muy apetecible para gobernar durante seis años un país bronco.

Como don Luis habló de todos y cada uno de los problemas —mayores, medios y menores— que afligen o alegran a México, tendrá que repetirse en doscientos discursos que dirá en los seis meses mortalmente largos de su campaña. Habrá, pues, sobrada oportunidad de comentar sus ideas. Por hoy, una sola atrae la atención.

En el segundo párrafo del discurso dice don Luis que acepta la responsabilidad de ser candidato del PRI “en nombre propio y en el de toda una nueva generación que emerge a la vida nacional...”. Aun siendo ya don Luis secretario de Gobernación, contados compañeros suyos de la Facultad de Derecho se le acercaron, aunque ya de precandidato le han dado desayunos fastuosos. Una “generación” cimentada tan a última hora y por motivos tan impudicamente interesados, no puede ser una generación y menos *toda* una generación. ¿Dónde está la revista *Contemporáneos*, el libro *1915*, o la participación política de 1929, que sí definieron a tres verdaderas generaciones?

Esto, y la insistencia en hacerse pasar como “hombre de su tiempo”, indica que don Luis sólo se propuso destacar su ju-

ventud, y quizá su propósito de contar con colaboradores de su edad. Quizá valga la pena recordar que Miramón entró a la presidencia a los 27 años, Portes Gil a los 37, Cárdenas a los 39 y Alemán a los 41, o sea, respectivamente, 21, 11, 9 y 7 años antes que don Luis.

Lo de toda una nueva generación, de la juventud revolucionaria, de una reforma educativa profunda, de un cambio total de los "esquemas mentales", etc., es la nota más llamativa del discurso. Después de oírlo una vez y leído dos, no se encuentra sino una única cosa original, lo de "Arriba y adelante", que don Luis ha convertido en su gran alarido, o sea el grito que los antiguos moros lanzaban al emprender una guerra.

La frase es bonita, y más si se recuerda el maravilloso espectáculo de un jet que avanza y sube dejando una estela negra que marca su trayectoria audaz y segura. Pero la frase suscita dos dudas. La primera, su origen, que don Luis mismo explicó la primera vez que la dijo: rehuyendo clasificarse como hombre de izquierda, centro o derecha, decidió treparse a la atmósfera, donde, por lo visto, no hay signos ideológicos. Así se convirtió en un astronauta político. La otra duda es más grave. No digamos los astronautas a secas, sino nuestros modestos jets, avanzan y suben, no *por* avanzar y subir, sino *para* llegar a un destino, para aterrizar en un sitio determinado. O sea, que ascender y avanzar es un *medio* y no un *fin*. Don Luis, pues, nos dirá alguna vez dónde se propone hacer aterrizar a la sociedad mexicana después de hacerla ascender y adelantar, pues nada ni nadie puede permanecer en órbita eternamente.

21 de noviembre de 1969

LOS IN Y LOS OUT

Mal, mal ha comenzado su carrera presidencial don Efraín, y no exactamente a causa de la adivinanza que anda corriendo por la Zona Rosa: ¿quién es el político más "in"? Pues Efraín González Morfín.

México ha estado condenado desde hace mucho tiempo a padecer la influencia norteamericana. Por eso, hace ya mucho tiempo también que el mexicano debía haber descubierto cómo combatirla o neutralizarla. Y el único medio es sencillo: primero, entender bien los hábitos, las ideas o las instituciones de los Estados Unidos, y después, determinar si son aplicables provechosamente a las condiciones propias de México. Esto fue exactamente lo que *no* hizo don Efraín al presentarse en sociedad mediante una conferencia de prensa.

Cuando don Richard llama a una sobre Vietnam, la conferencia de prensa tiene sentido porque los periodistas que concurren a ella y los millones de radioescuchas y de televidentes saben qué es la guerra de Vietnam, y, por lo tanto, el objetivo es simple e inteligible: explicar y valorar lo que el Presidente de Estados Unidos se propone hacer dadas las circunstancias del momento.

La situación de don Efraín era la opuesta: nadie sabe quién es y muchísimo menos qué piensa; el programa de su partido es borroso y ciertamente junto a él tiene que haber una plataforma política del candidato; más importante todavía, don Efraín y su partido se lanzan ahora a un combate quijotesco, pues sus recursos económicos y de organización son trágicamente limitados. Así, su mejor arma, por no decir la única, es la inteligencia y el valor.

Parece, pues, clarísimo que para su presentación en sociedad don Efraín debió haber escogido el medio tradicional del manifiesto, es decir, un documento impreso bien pensado y bien escrito. Y cuando hubiera circulado con profusión, y sólo entonces, convocar a la conferencia de prensa para esclarecer lo ya dicho y fundado en el manifiesto.

Don Efraín ha sido, pues, víctima de una irreflexiva imitación

de costumbres norteamericanas; pero también lo ha sido del espejismo de los *mass media* para llegar a lo que se llama "el pueblo". ¿Ha tratado de averiguar cuántas personas lo oyeron por la radio y cuántas otras lo vieron por la televisión? Yo lo miré en el medio minuto que le concedieron para "demostrar" la imparcialidad de las empresas televisionadas, y el resultado fue deplorable. No parece don Efraín el más fotogénico de los galanes jóvenes de nuestro teatro político; pero, sobre todo, se le veía bajar furtivamente la vista para consultar unas notas escritas que tenía sobre el escritorio, destruyendo así la ilusión óptica de quien habla y no lee, de quien inventa y no recita.

Poco ganamos los ciudadanos mexicanos con esta entrevista de prensa. En cuanto a la persona de don Efraín, esto: "... Sereno a veces; agresivo en otras; cáustico en momentos." Tales mudanzas le pasan a todo hombre sensible. Y lo pintan también respondiendo "a infinidad de preguntas", contestando "a la incesante lluvia de preguntas", es decir, como si para él no hubiera arcano, terreno o divino. En las fotos, sin embargo, causa la impresión de no carecer de alguna modestia.

En cuanto a las ideas, la situación es más seria. Ya fue impreciso el planteamiento que se le hizo del problema agrario al asegurarle que su rival recomienda sustituir el sistema individual de explotación de la tierra con el colectivo. Don Efraín, bien sensato, responde que "habría que precisar el término", pero equivocadamente juzga que el término por precisar es el de "colectivización" (que no se había usado en el planteamiento) y no el de *explotación*. En primer lugar, don Efraín y su rival parecen descuidar que siendo colectiva la propiedad de los ejidos, los ejidatarios no pueden escapar a ciertas normas colectivas comunes en su trabajo, aun queriéndolo y siéndoles ventajoso tal abandono.

Pero el verdadero misterio está en la palabra *explotación*. ¿Quiere decir desbrozar la tierra, ararla, sembrarla, regarla y cosecharla? Aquí el esfuerzo ha de ser predominantemente individual. ¿Quiere decir comprar, no cada ejidatario, sino la colectividad del ejido, las semillas, los aperos, los abonos, las pasturas? ¿Quiere decir pedir y garantizar colectivamente el crédito, o vender la cosecha de todos y no la de cada ejidatario? Aquí la acción aunada se impone. Por eso, en definitiva, el consejo de don Efraín de una asociación "libre" de los ejidatarios resultaría inoperante en gran medida.

Según tengo entendido, don Efraín le reprochó a su competidor

el mantenerse dentro de fórmulas vagas, reclamándole no descender a las medidas concretas y prácticas que resuelvan de verdad los problemas nacionales. Pues bien, don Efraín no ha salido de su conferencia de prensa muy “concretizador” que digamos, ya que sus soluciones levantan dudas en lugar de disiparlas.

Se le pinta en ella reclamando que la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico “sean realmente instituciones autónomas”. ¿Cuál es esa autonomía que él llama “real”, cómo se consigue y qué beneficios puede esperar de ella la colectividad mexicana? Además, apoyar esa vaga exigencia en que hoy son “instrumentos partidistas o gubernamentales”, es ver el mezquino aspecto político-partidista pasando por alto el escollo mayor, el de que no cumplen su función esencial de diseminar y de acrecentar la cultura y la ciencia.

El más decepcionante de los vagos consejos es el de “reglamentar adecuadamente las inversiones extranjeras”. ¿Qué querrá decir —¡por Dios Santo!— “reglamentar” y “adecuadamente”? ¿Con qué criterio se hará la reglamentación y para conseguir qué? Pero se caen las alas del corazón al comprobar que, por lo visto, ni don Efraín ni su PAN parecen percibir que este *issue* del capital extranjero es el único, absolutamente el único, que los distinguiría del PRI, el único que por su tinte nacionalista, aun patriótico, podría inflamar la opinión pública, ganarles una emotiva popularidad y poner en serios aprietos al PRI y al gobierno.

Así, por muy “in” que sea, un político carente de olfato político se expone a quedarse “out” muy pronto.

28 de noviembre de 1969

DON LUIS ANTE EL COSMOS

Habiéndose presentado, al menos parcialmente, en la sociedad mexicana, don Luis resolvió hacerlo ante la mundial. Y para deleite del lector, se tomó una versión taquigráfica de cuanto se dijo, aunque no de cuanto se comió en ese opíparo desayuno: ¡qué montañas de frutas se alcanzan a ver en las fotografías! Por la primera vez, el comentarista se siente seguro, excepto en esto: quién ofreció el desayuno y quién debía agradecerlo.

Se dice (*Excelsior*, 24 de enero, p. 10-a) que "fue ofrecido por Carlos Viseras... en su carácter de presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros"; pero éste expresó al concluir el festín: "Queremos agradecer este desayuno que *nos han ofrecido*." En seguida agregó: "...Y quiero pedirle [a don Luis] que acepte ahora una comida con nosotros en *su casa*", o sea que para corresponder al desayuno ofrecido y pagado por don Luis, el señor Viseras propuso que don Luis les diera en su casa una comida. No para allí la cosa: de despedida, don Luis declara: "Muchas gracias por esta invitación", lo cual hace suponer que a él se la hicieron; pero inmediatamente añade: "por haberla aceptado", es decir, agradecía que los corresponsales hubieran aceptado (y disfrutado) su invitación. (*Ibid.*, p. 19-a.)

Hasta en una reunión convocada por don Luis ocurrió aquello de que "ni están todos los que son, ni son todos los que están": al lado de diez representantes de publicaciones conocidas, aparecen quince de anónimas o hipotéticas. Pero todos hicieron sus preguntas y a todos ellos les contestó don Luis con igual atención e idéntico deseo de hacerse entender y de ganarse simpatías. Para lograr esto último hizo breves pero sentidas incursiones históricas: sobre Guillermo Tell, cuando contestó al representante de Difusión Suiza; acerca de Pedro el Grande, tratándose del agente de Tass; sobre la revolución industrial inglesa, dialogando con el de una publicación británica. Dijo, además, que mientras se le formulaban las preguntas, él ensayaba discernir la técnica periodística con que se le hacían.

Entonces, es seguro que cualquiera que haya sido la impresión final que les dejó, ninguno de los corresponsales extranjeros ha podido dudar del deseo sincero de don Luis de entenderse con ellos, darles a conocer sus ideas y aun sus sentimientos.

¿Fueron terriblemente agudas o maliciosas las cuestiones de los corresponsales extranjeros? Parecen caer en tres categorías: las chabacanas, las claramente expuestas y destinadas a probar la sabiduría del interrogado, y alguna insidiosa. En las respuestas de don Luis es discernible una nota persistente que me aflige entrañablemente, pero que quizás agrade y aun seduzca a la mayoría de los mexicanos. En ninguna hubo el más leve aleteo de la duda; antes bien, todas fueron inmediatas y con la suficiencia de quien sabe todo y para todo tiene un remedio. Quizá por eso las respuestas más airosas se dieron a las preguntas chabacanas, y las menos buenas a las otras.

No pudiendo examinar todas, pónganse algunos ejemplos. La más chabacana fue hecha por un periodista con este largo pero significativo título: "Ministro-Delegado Diplomático de la República Española para Antillas y Centro América." "En nombre del mundo libre", quería arrancarle a don Luis la declaración de que México no reanudaría sus relaciones con España sino en circunstancias gratas a los republicanos españoles. Don Luis se lanzó gustoso a hacer una historia muy personal (y por ello reveladora) de la guerra civil española, para concluir que "no se pueden hacer planes ante situaciones imprevisibles". Es decir, con muy buen sentido se negó a comprometerse a observar una conducta que ignore las posibles realidades de mañana.

Un ejemplo de pregunta buena y de fondo fue la del representante de *Le Monde* acerca de fricciones entre Cuba y México. Don Luis debió sentirse inseguro sobre su alcance, pues pidió que se le especificaran esas fricciones. Muy elegantemente, el corresponsal citó una fecha, pero sin referirse a la concesión del asilo territorial de Cuba a unos aeropiratas cuya extradición se proponía pedir México. Bien podía haber citado un episodio todavía más lamentable de nuestra diplomacia: la acusación de espionaje hecha por el gobierno cubano a un miembro de nuestra misión diplomática en La Habana.

A los corresponsales extranjeros debió parecerles desconcertante la respuesta de don Luis: "Pienso que habría problemas si México tratara de exportar su revolución a Cuba." Ni en los buenos tiempos de la Revolución Mexicana, alguien pensó siquiera en exportarla; luego, a estas alturas sería ridículo suponer que

podiera intentarse, ¡y a Cuba, *of all places*! Además, en los tres incidentes del año pasado: negación a dejar salir hijos de plata-no para ser plantados en Cuba, los aeropiratas y la acusación de espionaje, nadie mentó a la Revolución Mexicana y muchísimo menos su exportación. Claro que no ha faltado picudo que haya supuesto que don Luis quiso decir que si Cuba renunciaba a exportar su revolución a México, no tendría dificultades con nosotros. Aparte de que sería ése un modo un poco complicado de expresarse, esos incidentes no tuvieron relación alguna con el deseo, real o supuesto, de endilgarnos la Revolución Cubana.

La pregunta venenosa fue la del agente de Tass: si el comercio exterior de México depende en tan gran medida de los Estados Unidos, ¿puede México desarrollarse económicamente de un modo independiente? No dejó de tener la respuesta de don Luis alguna elegancia en ese peregrinar de Pedro el Grande por la Europa "liberal y tecnificada" para ver qué adelantos podía llevar a su país. Sin embargo, habiendo hecho alguna alusión a la Unión Soviética (esa práctica de "perseguir a los novelistas y poetas porque disienten de los sistemas políticos"), podía haber aludido a la negativa de Rumania a aceptar el papel de país agrícola que le había asignado Rusia.

La gran caída, sin embargo, ocurrió con la pregunta de por qué el gobierno no usó, en lugar de las armas de fuego, las bombas lacrimógenas para dominar las manifestaciones estudiantiles de 1968. La respuesta fue ésta: "...Donde hay disturbios callejeros, se emplean las armas de que se dispone." Una cosa salva a los grandes personajes de estas conferencias de prensa, la tradición de no replicar la respuesta. En este caso, sin embargo, la réplica era elemental: ¿Y por qué no disponía de gases lacrimógenos, y de otras armas: la autoridad moral, el prestigio que dan la rectitud, la comprensión y la generosidad?

30 de enero de 1970

ADIÓS, MI GENERAL, ADIÓS

Es sabido que la historia de cualquier país y de toda época se hace lenta, perezosamente; pero en el caso de la nuestra contemporánea, de lo que se llama la Revolución Mexicana, sigue inédita toda ella. Hay aquí una explicación peculiar: los escritores "revolucionarios" se acobardan ante la necesidad de calificar, de juzgar, aun de comparar; entonces, optan por treparse, no a la montaña o la sierra, sino a un montículo cualquiera, digamos el Peñón de los Baños, para rasguear desde allí la lira ditirámica.

Esto es bien comprensible; pero no lo es que los historiadores jóvenes se desinteresen por ella. Lejos de ser "revolucionarios", son ácidamente críticos de cuanto se etiqueta como "revolucionario". Al parecer, la única explicación a este hecho desconcertante es que sobre la Revolución Mexicana han caído tantas y tan gruesas capas de mentiras, que el historiador joven duda de si tendrá fuerzas para horadarlas y extraer así los pedacitos de verdad con que se levanta una historia valedera.

Por lo pronto, pues, mi amado General, tendrás que conformarte con los malos estudios sobre tu gobierno hechos por escritores norteamericanos, y con el diluvio de lugares comunes y de dolor fingido que ha caído sobre ti en estos primeros días de tu nueva jornada.

Sabes que nuestro trato personal fue, en realidad, inexistente. En dos únicas ocasiones hablé contigo, y eso durante cinco minutos escasos. Más todavía: en la primera, me limité a tomar nota de tus instrucciones para hacer un estudio de la economía yucateca. En la segunda, separada de la anterior por el largo trecho de veintiocho años, el asunto de nuestra conversación nada tuvo que ver con los grandes o pequeños problemas nacionales.

No cabe presumir, ni pudiendo lo haría, de fundar mis impresiones en una observación directa y menos sostenida. A pesar de ello, permíteme que usando, y quizás abusando, de la paciencia que impone la soledad en que moras hoy, te confíe lo que más me admiró de ti.

Desde luego, siempre tuve la impresión de que toda tu vida pública estaba montada, no sobre el diamante de la inteligencia, sino en el macizo pilote del instinto. La causa de mi asombro es que se entiende que el instinto es una prenda predominantemente animal y la inteligencia predominantemente humana. Entonces, ¿cómo gobernar instintiva, *animalmente* una sociedad inteligente, *humana*?

La verdad es que estos aspavientos eran tan sólo teóricos o especulativos, porque la historia mexicana registra varios gobernantes, buenos unos, malos otros, cuya vida pública se apoya, no en la inteligencia, sino en una virtud distinta. Quizás el jefe de Estado más puramente inteligente que ha tenido México es Sebastián Lerdo de Tejada, y, sin embargo, fue un gobernante desafortunado. La prenda sobresaliente de Juárez no era la inteligencia, sino el carácter; no obstante, llegó a ser la figura más encumbrada de nuestra historia. Y Próspero Cahuantzi, para no citar ejemplos más próximos a nuestros días, fue un mandatario puramente instintivo, a pesar de lo cual resultó eficaz, al menos si por gobernar se entiende el arte de dominar a los tlaxcaltecas.

Mi asombro, sin embargo, subió de punto al considerar que en nuestra vida nacional hay otro gran gobernante cuya prenda principal era el instinto: fue, mi querido General, otro general, y se llamó Porfirio Díaz.

Es hora de reposar, de modo que no te agites por este paralelo, pues aquí viene mi segundo motivo de admiración exaltada por ti: tu instinto apuntó siempre, con firmeza infalible, hacia el pueblo, mientras que el de Porfirio Díaz no. Y como antes, aquí hay algo notable: en tanto que a justo título puede decirse que Porfirio Díaz fue hijo del pueblo, con una fuerte dosis de sangre indígena, por añadidura, tú mismo, y por lo menos tres generaciones anteriores a la tuya, fueron criollos, ese hermoso producto humano que nuestra nación ha venido destilando lentamente desde hace cinco siglos.

Jamás fue la lectura tu fuerte, y menos la de esos tomazos que componen la *Historia moderna de México*. Pero ahora, que dejará de cortejarte tanto necio, tal vez tengas tiempo de repasar siquiera ese capitulillo en que se relata la primera revuelta cristera de nuestra vida nacional. Verás allí que la organizaron y la sostuvieron los Cárdenas de Jiquilpan, rancheros criollos y católicos a quienes ofendía la política liberal del presidente Lerdo. Y no dejará de enorgullecerte advertir que para apagarla hubo necesidad de acudir nada menos que al vencedor del Imperio, al

general Mariano Escobedo.

Es, pues, notable, tu apego a las causas populares.

Mi tercer resorte admirativo es éste: de todos los gobernantes revolucionarios, eres el único cuyos bonos han subido desde que dejaste el poder, en tanto que los de todos tus antecesores y sucesores, o se han desplomado en picada, o se mantienen en niveles modestísimos.

Dejaste la presidencia hace la enorme suma de treinta años, tiempo sobradísimo para que un pueblo tan veleta como el mexicano te hubiera sepultado en el olvido. Y sin embargo, puedes tener la certeza de que cada día transcurrido desde entonces, se ha sentido más cerca de ti. ¿Por qué?

Por instinto, por convicción, pero asimismo por habilidad política, te convertiste en la conciencia de la Revolución Mexicana. Y como todo se paga en esta y en la otra vida, prepárate a la primera consecuencia de tu alejamiento: libres ya de tus reproches, de tus periódicos anatemas; tranquilizada así la conciencia propia, los mexicanos nos dedicaremos, alegres, gozosos, a terminar esta soberbia sociedad porfiriana que sale de las finas manos de nuestros artífices públicos y privados.

23 de octubre de 1970

A SALVARSE, DON SALVADOR

Jamás he deseado estar en el pellejo de un jefe de Estado, de esta u otra nación, de hoy o de una época antigua. No descarto la posibilidad de que alguna vez me dé por esos devaneos; pero desde ahora estoy enteramente seguro de que nunca escogería a don Salvador Allende para mi primer experimento metamorfósico, pues no acude a mi memoria la imagen de otro gobernante que haya comenzado su reinado en condiciones más precarias, complicadas y riesgosas como don Salvador.

Primero, la expectación en verdad cósmica que su victoria ha despertado. Ningún diario del orbe que se respeta dejó de enviar algún redactor a entrevistarlo. (*Excélsior* lo hizo por eso, porque se respeta terriblemente.) Esa expectación ha vaciado sobre don Salvador un diluvio, no de informes sino de adivinaciones sobre su vida y milagros, pero, sobre todo, sobre sus intenciones. Dos únicas cosas se han puesto en claro: primero, que la entrevista colectiva de prensa confunde y no esclarece, y que, aun siendo individual, puede fracasar si las preguntas no son claras e incitativas. La otra, que por primera vez en la Historia, un marxista asciende al trono democráticamente.

Aparte del flaco servicio a los marxistas, pintados implícitamente como unos señores acostumbrados a alzarse con lo ajeno, puede resultar el vaticinio de otra singularidad que la Historia le reserva a don Salvador: habiendo sido el primer marxista en llegar al poder democráticamente, fue también el primero en agarrarlo antidemocráticamente.

Don Salvador ha resultado incapaz de salvar ese diluvio de acertijos con el Arca de Noé, donde hubiera puesto a salvo un ejemplar de las varias especies zoológicas que forman eso que aquí llamamos tiernamente "un ideario".

Señala con seguridad machacona los viejos males de su país: la inflación, que lo aflige hace ya cuarenta años; el desempleo y el subempleo, que es todavía más antiguo; la dependencia del extranjero, que data de la Conquista; la desigual repartición de la

riqueza, una maldición de toda sociedad humana; etc., etc. Pero los remedios que propone son inseguros, vagos o ingenuos.

Siendo, como es, viejísimo lobo de la política chilena, debe suponerse que está dotado de un claro sentido de las realidades. Vistas de fuera, las principales son éstas.

La primera es que sacó un poco menos del 36% de los votos emitidos; resulta, pues, insostenible la idea de que recibió un "mandato" popular. Puede sostenerse cuando se logra un mínimo de 56%, o cinco puntos en exceso de la mayoría absoluta. También se comprueba la inexistencia de ese mandato recordando que sus dos rivales juntos obtuvieron casi 65%, y que cualesquiera que fueran las diferencias que los separaban, tenían un claro denominador común: ninguno de los dos proponía un cambio violento de la sociedad chilena.

Más aún: en la elección anterior, en que fue vencido por Eduardo Frei, Allende obtuvo 39% de los votos, o sea que en la última, que ganó, el número de sus simpatizantes bajó casi en un 4%. Entonces, su victoria no se debió al factor positivo de un mayor atractivo propio, sino al negativo de un atractivo menor de sus oponentes. Por añadidura, la diferencia entre él y Alessandri fue de 1% de los votos.

La segunda realidad es ésta. Don Salvador ha intentado durante veinticuatro años continuos ser presidente. Aparte de haber desafiado la norma de que a la tercera es la vencida, si bien practicó la de que quien porfía mata venado, es difícil suponer que su victoria se deba a la novedad de unas promesas que ha venido repitiendo durante un cuarto de siglo. Ha de atribuirse a algo distinto, a algo allende de Allende. El ligero cambio, en efecto, se ha operado en la sociedad chilena misma. ¿En que consiste y a qué se debe?

Un escritor francés ha dicho: "simplemente, el marxismo está de moda en Chile". De las tres cadenas de televisión —agrega—, la más izquierdista es la que maneja, no la universidad oficial, sino la católica. Y están las ruidosas declaraciones de los jerarcas católicos, a las que el expresidente Frei hizo el justo reparo de haber olvidado aclarar que, de todos modos, cristianismo y marxismo no son la misma cosa.

Piénsese en otra explicación, aunque anticipando la excusa de que si una gota de agua derrama el vaso, nada puede agregar a una inundación.

El pueblo chileno es serio, trabajador, honrado; tiene, pues, virtudes de las que cabe esperar un buen vivir. Supuso que para

sobreponerse a una naturaleza adversa bastarían la perseverancia, el ingenio y un poco de buena suerte; pero ha terminado por exasperarse al comprobar que sus males tienen años y años sin que los distintos métodos ensayados los resuelvan. Ha concluido que sólo un impulso más vigoroso dará resultado. De allí que, no una mayoría, pero sí un tanto por ciento respetable, resolviera confiar su destino a hombres cuyo signo político debe obligarlos a un empuje mayor para operar los cambios.

Los dos candidatos que ofrecieron claramente un cambio fueron el propio Allende y Tomic, que juntos sacaron el 64% de los votos, cifra ésta que sí puede llamarse un mandato popular.

Sobre don Salvador, en suma, pesa la inmensa responsabilidad de encontrar un ritmo, una profundidad y una generalidad de cambio que satisfaga de inmediato a ese 64% de la ciudadanía chilena y eventualmente a toda ella. De ir más de prisa o más a fondo, puede precipitar una guerra civil: si sale bien de ella, adiós democracia; y si sale mal, desencadenará una ola reaccionaria que hará retroceder a Chile cien años. Si camina más lentamente y sólo araña la costra de los problemas, sus paisanos y todos los hombres progresistas del mundo dirán convencidos que no creen ya ni en la paz de las revoluciones.

A salvarse, pues, don Salvador, que en salvándose usted, nos salvará a todos nosotros, disparando, además, una salva de nuevos salvadores que salven al mundo entero.

6 de noviembre de 1970

ESPERANZA Y TEMOR

En cualquier país del mundo el ascenso de un nuevo jefe de Estado emociona. Hay, sin embargo, grados distintos y emotividades de naturaleza diversa. Apenas duró un parpadeo ver avanzar en el escenario argentino al general Levingston; sorprendente, pero en manera alguna conmovedor, fue el caso del primer ministro Heath; el de Allende sacudió a los continentes americano y europeo y a Chile mismo, país acostumbrado a los terremotos.

La naturaleza de la sensación varía también: el escepticismo argentino ha debido acentuarse un poco al ver repetirse una vez más el usual espectáculo de un general que cae y otro que se levanta al instante. Alguna esperanza despertó en los británicos el cambio de mando, pues habiendo agotado los laboristas sus pócimas y ventosas, bien valía acudir a otro curandero. Una tenue, rosada esperanza, pero, sobre todo, un denso, negro temor, fue el tinte que acabó por tomar la exaltación de Allende.

Y en México: ¿qué emociones despierta el 1o. de diciembre? Admitamos desde luego que éste es un país muy raro, ya que, al menos en apariencia, salvo la "familia revolucionaria", nadie está de fiesta.

Líbreme Dios de lanzarme ahora a diseñar la psicología del mexicano; pero parece aceptarse que en nosotros las emociones no circulan fluidamente, sino que yacen quietas, estancadas, en el fondo del alma, hasta ocurrir una explosión que las exterioriza. A este rasgo anímico deben agregarse dos hechos históricos. Con el próximo, son ya dieciocho los jefes de Estado que nos ha dado la Revolución Mexicana, y seis los que ha cocinado con recetas manidas el partido político oficial. Esto significa, en el primer caso, 59 años, y en el segundo, 36. Por más histórico o dado a la fábula que se le suponga, no puede esperarse que el pueblo mexicano se emocione mayormente con un pasatiempo que ha visto durante cincuenta y nueve años.

Pero hay otras circunstancias que trabajan en el sentido contrario, el de recalentar las emociones estancadas del mexicano.

Está el carácter misterioso que ha tomado nuestra política desde hace ya treinta años, con este resultado increíble: después de una treintena de años de ir trepando la resbalosa escalerilla de la burocracia política; tras de catorce meses de estar a la vista de todo el mundo; a cuatro días de su toma de posesión, el mexicano sabe de cierto una única cosa acerca de su próximo presidente: es un hombre joven, fuerte, sano, trabajador y disciplinado. Virtudes éstas decisivas para un atleta, no lo son en un gobernante, pues aquí cuentan mucho más los sentimientos, los propósitos y los métodos. Se dirá que en sus numerosos discursos y declaraciones los ha expuesto sobradamente; pero no es así: aparte su número, abrumador, aplastante, pueden interpretarse en un sentido o en el opuesto.

De allí la primera cavilación que aflige al mexicano de hoy: ¿qué se propondrá y que hará nuestro presidente?

La segunda circunstancia que se encarga de avivar las emociones habitualmente estancadas del mexicano, es el hecho anormal pero patente de la suma inmensa de poder que tiene aquí un presidente de la República. El que le da la ley, que es mucho; el que le dan los vicios de nuestra vida pública, que, siendo muchos, dan mucho poder; el que le da, en fin, la debilidad moral, y a veces la intelectual de todo el equipo gobernante.

En un país donde existe de verdad una vida democrática, resulta no ya imposible, sino inconcebible, amasar esa suma inmensa de poder: lo impedirían las leyes, la opinión pública y los propios partidos políticos. Es más, en tales naciones no son irremediables las fallas de un gobernante porque acuden a corregirlas o compensarlas un parlamento y una prensa libres e influentes y, en un caso extremo, una opinión pública que se levanta incontenible para deponer a un mandatario al que juzga irredimible.

Aquí todo, absolutamente todo, depende del "Señor Presidente", y, por lo tanto, es terriblemente distinto que use su poder ilimitado en un sentido o en otro, en beneficio de aquel o de este otro grupo, con mesura o atropelladamente, etc.

Surge una segunda cavilación que acongoja hoy al mexicano: ¿cómo y para qué usará ese poder su próximo presidente?

Una última circunstancia aviva hoy las emociones en general contenidas del mexicano. Desde 1940, pero más marcadamente desde 1946, todos nuestros jefes de Estado han tenido un único programa de gobierno, que se atribuye a la Revolución Mexicana. Burdamente consiste en una exaltación nacionalista y de la unidad nacional, fuertes inversiones en obras públicas y estímulos a

la iniciativa privada para activar el desarrollo económico del país y sobre todo su industrialización. No ha habido, pues, diferencia en los programas de gobierno, ni siquiera de énfasis. En cuanto al costado negativo, la semejanza se convierte en identidad: sujeción del poder legislativo federal y de los gobernadores de los estados, enriquecimiento de una estrecha oligarquía, palabras bonitas sobre la reforma agraria y las organizaciones obreras, etc.

Pero nadie deja de advertir las diferencias *personales* de nuestros gobernantes: paternal don Manuel; jacarandoso don Miguel; adusto don Adolfo; histriónico el otro Adolfo y extremoso don Gustavo. Es decir, lo que de verdad distingue a nuestros presidentes no son sus ideas ni sus propósitos, sino su *temperamento* personal, o sea la "constitución particular de cada individuo, que resulta del predominio fisiológico de un sistema orgánico, como el nervioso o sanguíneo, o de un humor, como la bilis o la linfa".

Si ése es, y por supuesto que lo es, el verdadero problema, se comprenderá la aflicción del mexicano de estos días, pues, ¿cómo medir, o siquiera adivinar, qué sistema orgánico predomina en su próximo presidente?

Entonces, el mexicano se siente absolutamente incapaz de entrever siquiera su porvenir inmediato, y por eso se conforma con elevar al cielo su rogativa, como yo lo haré.

27 de noviembre de 1970

GUAJARDO EN LLAMAS

De "rudo enfrentamiento" se calificó la melosa conversación que tuvieron en Palacio los directivos de la Confederación Patronal con el Presidente el 28 de enero. Por fuera, la materia que provocó este florilegio de exquisitas amabilidades era puramente económica: impuestos, precios, presiones inflacionarias, inversiones, capitalización, etc. Por dentro, era una cuestión eminentemente política: hasta qué punto una organización privada (o de cualquiera otra naturaleza) puede ponerse al tú por tú con el gobierno, sobre todo con el Presidente de la República y más todavía con este Presidente de la República.

Siendo una cuestión política, asombra, no que el Presidente haya acertado (porque acertó redondamente), sino que don Roberto Guajardo haya hecho el guaje (¿onomatopeya de este ape-lido?), afectuoso mexicanismo que significa candoroso. Porque don Roberto no dejaba de tener buenas cartas *económicas*, si bien desde aquí comienza lo significativo: los agravios económicos a los que se suma la inconformidad política, son débiles o discutibles, mientras que los exclusivamente económicos son justificados, digamos en un ochenta por ciento. Malo venir hoy, así de tardíamente, a condenar la política económica oficial de los últimos diez años; en cambio, rara vez se habrá presentado la política oficial de precios tan breve, tan clara, tan congruente y apegada tan estrictamente a los hechos.

Causa, pues, grande admiración este desliz de don Roberto Guajardo, porque si en nuestro país hay auténticos y eficacísimos políticos, es dentro de la iniciativa privada. Piénsese en los cinco o seis más destacados negociantes, compáreseles con los cinco o seis sobresalientes funcionarios públicos, y podrá verse que los segundos son, como se dice vulgar pero gráficamente, verdaderos niños de teta. ¿Otra prueba? Con ésta bastará: las fortunas colosales que han hecho en una país que hace 21 900 días ha proclamado a diario ser furibunda, virulenta, corrosivamente revolucionario.

Entonces, ¿a qué causas puede atribuirse ese lapso político de don Roberto? Aparentemente a dos principales. Primera, el ritmo vertiginoso a que conduce hoy sus asuntos el gobierno: ha engendrado el temor de que cuando por una razón o por otra venga un momento de reposo, los hechos, las situaciones, los intereses, las leyes, se hayan apilado en tal número y con tanta pesantez, que resulte literalmente imposible desenredar la madeja. Segunda, el hábito viejo, por lo menos, de diecinueve años de edad, de ser los negociantes los únicos a quienes consultaba el gobierno; de hecho, de ser ellos los amigos solitarios del gobierno. Hoy se les ha consultado en algunos casos, pero apresuradamente, dándoles plazos conminatorios para emitir sus opiniones, y en otros (la nueva ley agraria) no se les consultó en absoluto. De un modo natural, don Roberto, añorando los viejos tiempos idos, reaccionó enfadosamente.

Pero así ha surgido una de las más preciosas cuestiones que plantea toda sociedad, sobre todo la nuestra de hoy: en qué medida está obligando un gobierno a consultar con los gobernados cuyos intereses, aun sus gustos, pueden ser afectados por una medida suya, y más por una "política", o sea una serie de medidas inspiradas por un fin predeterminado.

El Presidente dio una respuesta jurídicamente irreprochable, y con su toquecillo irónico: la Constitución prevé que las iniciativas de ley del Ejecutivo se manden al Congreso de la Unión, no a la COPARMEX, y allí han ido a parar todas ellas, y de allí han salido todas ellas convertidas en leyes. Ciertísimo, pero el argumento tiene dos fallas, una universal y otra peculiar a nosotros. Aun en países que han vivido por siglos una vida genuinamente democrática, dígase Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, es insostenible que los cuerpos legislativos representen *todos* los intereses y *todos* los gustos de una sociedad. En cuanto a nuestra situación particular, ¿será necesario repetir que nuestro Congreso no representa absolutamente nada que no sea al propio Ejecutivo?

Para resolver esta grave, delicada cuestión, ha de partirse del triste reconocimiento de que es absolutamente imposible satisfacer todas las necesidades, atender a todos los intereses, saciar cuanto gusto o antojo haya; ergo, algunos tienen que ser sacrificados o pospuestos en beneficio de otros. La consecuencia es que un gobernante no puede obtener el aplauso unánime de sus gobernados, pero el sensato puede y debe aspirar al aplauso de la mayoría, que sólo se conquista si resuelve los problemas de esa

mayoría. Pero no se trata de decir que se resuelven, o que van a resolverse, sino de resolverlos de verdad, y hacerlo inteligente, honesta y económicamente. En suma, un gobernante no puede convertirse en árbitro de los intereses encontrados de una sociedad por el solo motivo de su función gubernativa; necesita hacerse de una autoridad moral, de una autoridad política y de una autoridad técnica que produzca un acatamiento espontáneo, sincero y general.

Más sorprendente todavía es que don Roberto no haya considerado que si salía mal parado con el Presidente de aquel "rudo enfrentamiento", saldría peor con sus cofrades, pues debía conocer el viejo refrán que desde niño se aprende: el que con lobos anda, a aullar se enseña. En seguida saltó un banquerazo para decir bastante contradictoriamente que la representatividad de COPARMEX era muy limitada, pues de hecho estaba reducida a una casa de estudios, quizá la Máxima Casa de Estudios de la iniciativa privada. Si allí se estudian los problemas económicos del país, nada mejor que ella para exponerlos al gobierno. Y como nunca se queda atrás, aparece otro superbanquero que repite lo mismo. Sobran datos para creer que estos dos caballeros, y muchos otros que guardan un discreto silencio, opinan lo mismo que don Roberto, pero menos guajardos que él, se atienen a esta máxima, bien probada: el Señor Presidente tiene siempre la razón.

6 de febrero de 1971

ORIGINALIDAD Y COMPROMISO

Llego tarde a decir que nuestro Presidente nos está resultando muy novedoso, muy original, y que por eso lo hemos mirado durante sus dos primeros meses de gobierno con expectante curiosidad. Éste es un hecho, pero no lo es, por escapar a la comprobación y quedar librado a la adivinanza, este otro: ¿es natural, inconsciente, temperamental esa originalidad? ¿Es, por el contrario, deliberada, o quizá una mezcla de naturalidad e intención? Y hay un tercer problema: determinar si los resultados, inmediatos y lejanos, de esa originalidad, serán favorables o adversos para el Presidente y para la nación.

Tómese como ilustración una de sus últimas hazañas (no la última, porque se suceden una tras otra): Conversando en su oficina de Palacio con unos diputados franceses, brotó casualmente el tema de los murales de Diego Rivera. El Presidente les preguntó si los habían visto ya, y al decirle que no, los invitó a mirarlos juntos. Se levantó de su asiento, caminó un largo trecho hasta plantarse frente al gran fresco de la escalera principal de Palacio. Les explicó cada una de las escenas recogidas por el pintor, les recomendó que vieran las pinturas de los corredores, se despidió, y reanudó su trabajo como si todo aquello fuera la cosa más natural del mundo.

Puede estarse seguro de que el señor Pompidou no hubiera recibido a los diputados mexicanos, y que, de hacerlo, lo habría hecho en pie para conversar con ellos dos minutos y despedirlos cortés pero ceremoniosamente. (Ésa fue mi experiencia personal con el presidente De Gaulle.) A don George jamás se le hubiera ocurrido si podía, y menos que debía, enseñarles el Elysée (donde también hay una que otra cosilla digna de enseñarse). Es más: dos presidentes nuestros, en apariencia mucho más espontáneos, Alemán y López Mateos, nada semejante hicieron durante sus respectivos reinados.

¿Qué impresión produjo en los diputados franceses ese gesto? Puedo decirlo con seguridad, pues uno de ellos (cuyo nombre,

por supuesto, callo) me la confió: de sorpresa, pero de *gratisísima* sorpresa, subrayó mi interlocutor. Y esta otra: el presidente Echeverría parece estar “fieramente” orgulloso no ya de Rivera, sino de México entero, de su historia toda. ¿Y en nosotros los mexicanos? Sé que no escasean paisanos míos que aconsejan tratar al extranjero con una cortesía muy medida, de hecho, severa, precisamente por creer que nosotros, en el mejor de los casos, no recibiríamos sino ese trato. Juzgan, pues, expuesto excederse. El hecho es que la experiencia ha demostrado que tenemos una fama universal de cortesés no por ser fría, glacial, sino efusivamente cortesés.

Parece, pues, que en esta originalidad el Presidente ha salido ganando por todos lados sin perder en ninguno.

Pero nuestro Presidente ha tenido otras originalidades cuyos resultados lejanos no resulta fácil apreciar desde ahora. Un día, numerosos ferrocarrileros le presentan una queja espeluznante; al siguiente hacen igual los trabajadores de la rama textil; en el tercero, unos ejidatarios, y así sucesivamente.

La originalidad no consiste, por supuesto, en prestarse a recibir tales quejas, pues es archisabido que el ejidatario y el obrero, teniendo tan cerca al comisario ejidal y al líder sindical y tan lejos a Dios, optan por acudir al Presidente, juzgándolo poco menos que omnipotente. La originalidad radica en que nuestro Primer Mandatario haya permitido, aun provocado, que se dé a semejantes quejas una enorme publicidad, de modo que todas ellas pasaron a la primera plana de los diarios. Así, a más de cobrar una dimensión oficial, suscitan réplicas y contrarréplicas, en suma, un debate público.

Esta originalidad le ha ganado ya la fama de ser un presidente que “sabe escuchar” y que despierta la suficiente confianza para que los agravios populares no sigan sepultados en el silencio y en el disimulo, sino que afloren a la luz del día para ventilarse a la vista de todo el mundo. Ganancia sólida, indudable, pero, por desgracia, transitoria. Imposible que se le oculten al Presidente y a la opinión pública que esos obreros y campesinos le presenten su *cahier de doléances* no con el sentido que tendría gravar ese Memorial de Agravios en una cinta magnetofónica y archivarla. Se lo llevan para que les dé satisfacción, para que resuelva sus problemas.

¿Puede y debe hacerlo? Su margen de maniobra es mayor en materia ejidal que en cuestiones obreras. Por eso ha declarado sabiamente que no intentará inmiscuirse en asuntos internos de

los sindicatos. Al mismo tiempo, más de una vez ha predicado en tono convencido a los obreros que si en algún lugar debe practicarse una democracia abierta, es en los sindicatos. Por desgracia, hasta ahora la prédica no ha producido, no ya un cambio, pero ni siquiera un murmullo de que lo habrá. Subsiste, sin embargo, la esperanza de que ocurra.

La mayor originalidad fue la recia embestida, hecha al instalar la Comisión Nacional del Azúcar, contra los responsables del desastre de nuestra industria azucarera. El gesto, los ademanes, el tono, el vocabulario, no deslucirían al comparárseles con el *J'accuse* de Zola o las imprecaciones de Clemenceau en este mismo asunto del capitán Dreyfus. Quienes vieron por televisión el espectáculo, se conmovieron tan profundamente que al concluir salieron presurosos de sus casas para llevar a los vecinos la buena nueva: jamás se había visto a un presidente hundir el dedo hasta el fondo de la llaga, ni un índice de fuego que achicharrara tanta carne viva de pecadores.

Esta originalidad, sin embargo, ha comprometido inevitablemente a nuestro Presidente, pues sólo si endereza de verdad la industria azucarera podrá la Historia darle validez a sus dictorios. Pero nadie puede esperar que sea de otro modo.

12 de febrero de 1971

MAL... MAL... MAL...

La creación precipitada en los primerísimos días de diciembre de una Subsecretaría de Radiodifusión dentro de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, y el encargarla, no a un ingeniero, sino a un licenciado en ciencias políticas, despertó la sospecha de que el gobierno había decidido trasladar a esa Secretaría el control *político* de la radio y el video, control que por ley tiene encomendada la de Gobernación. Se consideró desacertada la medida: si bien son discutibles las razones por las cuales se atribuyó tal papel a la Secretaría de Gobernación, parecen serlo más todavía en el caso de Comunicaciones, un organismo eminentemente técnico y que por ley cubre, en efecto, los aspectos *técnicos* de la radio y la televisión. La consecuencia parecía clara: un gobierno que decide deliberadamente ponerse fuera de la ley, pierde autoridad moral para exigirle al ciudadano sujetarse a ella.

Una segunda observación desalentadora se hizo al conocerse la creación de la nueva subsecretaría y el nombre de su usufructuario, don Enrique Herrera: proviniendo su designación de muy arriba, ¿el secretario de Comunicaciones tendría sobre él la autoridad natural que debe tener el jefe superior?

Buena parte de estas sospechas y de tales temores se han confirmado hace unos cuantos días al enterarnos de que don Enrique va ya nada menos que en su segunda "gira de trabajo", que lo llevó al lejano estado de Oaxaca, y cuyo objeto describe así: "Supervisar el funcionamiento técnico y las programaciones." Siendo don Enrique un "licenciado", y no un ingeniero, resulta obvio que eso de "supervisar" (¡vaya barbarismo!) el funcionamiento *técnico*, es un decir. A lo que en realidad fue es a controlar lo que las estaciones oaxaqueñas le ofrecen a sus radioescuchas y televidentes. Y hay que ver los fundamentos filosóficos que don Enrique le da a la misión apostólica que sufriendamente se ha impuesto: "El acercamiento de los funcionarios a la realidad, para recoger *el pulso de los imperativos nacionales*, resulta

del todo indispensable, pues ello hace posible un creador intercambio de opiniones que se traduzcan, a corto plazo, en un mayor entendimiento con los *miembros de la comunidad patria*."

Porque don Enrique tiene una elevadísima concepción de la radio y la televisión ideales que algún día nos habrá de ofrecer: "...Impulsar no sólo los aspectos informativos de la *comunicación instantánea*, sino para crear vínculos permanentes de *hegemonía nacional* [whatever that means], para difundir mensajes de alto nivel cultural y para proyectar una imagen verdadera de México en el extranjero..." En contraste con ese paraíso un tanto incomprensible, don Enrique tiene una opinión detestable de nuestros actuales radio y televisión: "...Se orientan... hacia la explotación sistemática del *morbo colectivo*, proporcionando a la familia mexicana *alta dosis* de violencia y de inducción al *desajuste moral* [whatever that means], a la *enajenación extranjerizante* y a la sensiblería de mal gusto..."

Desde luego horroriza la perspectiva de que esta gramática, tal lenguaje y semejante cursilería pasen a la radio y la televisión, cosa bien posible, no sólo porque los suyos propios apenas son menos peorcitos, sino porque querrán complacer e imitar al zar en cuyas recias manos está hoy su porvenir. Pero perturba más aún esta duda: ¿realmente creará don Enrique que los mil problemas de la radio y la televisión nacionales están en Oaxaca o en alguno otro de esos remotos lugares a los que tan devotamente consagra sus "giras de trabajo"? Porque si antes de viajar tan lejos hubiera tenido la precaución de consultar la sección amarilla del directorio telefónico de aquí, su chofer lo habría llevado en veinte minutos a los sitios en donde de verdad están esos problemas, y donde, en consecuencia, debe él estar y trabajar.

La vida, por fortuna, o por desgracia, castiga aun los peores desvaríos, de modo que en seguida podrá don Enrique demostrar si es verdad tanta belleza. En efecto, el gobierno —¡al fin!— ha anunciado que pronto usará el famoso 12.5% del tiempo de las transmisiones radiales y televisionudas que la ley le reserva. Los augurios no parecen muy brillantes que digamos. En la Comisión Intersecretarial de la Radiodifusión, bajo cuya dirección se hará ese aprovechamiento, no figura un representante de la Secretaría de Educación que por ley (artículo 11) debe promover los programas educativos y culturales. En cambio, forma parte de ella... ¡el subsecretario de Hacienda! No es que yo objete la presencia *personal* de don Mario Ramón, para mí muy grata, sino que no

puede reprimirse la pregunta de qué diablos hace un experto en moneda y banca en estos menesteres radiotelevisionados. Esto sin contar con que a don Mario Ramón debe faltarle tiempo y vida para atender sus quehaceres hacendario-crediticios. Los otros dos miembros de la Comisión son un subsecretario de Gobernación y el propio don Enrique; pero como el primero es el presidente y el segundo el "vocal-ejecutivo", ¿quién de los dos tendrá la autoridad superior? Más aún: cada uno de estos tres personajes ha nombrado de suplente a un ser más o menos anónimo, con el resultado de que aquéllos tendrán una responsabilidad puramente formal y externa, y los anónimos tendrán una responsabilidad real, pero no exigible.

Lo verdaderamente grande, sin embargo, es el programa de la Comisión, anunciado por su presidente. Dice primero: "...Ese tiempo no necesariamente puede usarse para fines de *propaganda política*." Si se recuerda el artículo 115 del Reglamento de Estaciones Radiodifusoras, que prohíbe esa propaganda aun si se hace "veladamente", hay que agradecerle al subsecretario lo poco veladamente con que anuncia que el gobierno no violará por necesidad o por fuerza sus propias leyes. Y dice después: "El gobierno *tratará* [es decir, no se compromete a hacerlo] de utilizarlo [el tiempo] en todo aquello que ayude a educar al pueblo en todos sentidos." Y para conseguir tan sacrosanto propósito, el gobierno se propone transmitir... ¡las corridas de toros! Esto se llama conocer a fondo las realidades del país y tener un agudo sentido de la historia nacional, pues ¿quién puede dudar de que la sangre y la arena han sido y son la argamasa misma de la espiritualidad mexicana? Además, está la prueba irrefutable de los hechos: en los dos años en que han dejado de transmitirse las corridas de toros ha bajado el nivel cultural de nuestro pueblo tan visiblemente como el de las aguas de una presa tras un lustro de sequía.

Pero tranquilicémonos: de hecho, aun antes de ese programa solemne, el gobierno ha comenzado a usar su 12.5%... ¡exhibiendo películas norteamericanas! Y de hace treinta años, cuando Gloria Swanson era joven y guapa, como todos nosotros lo éramos. Y como a esto se agrega la actitud negativa, estéril, de los empresarios de la radio y la televisión, debemos prepararnos todos los mexicanos a lo que será sin duda la Edad de Oro de estos espectáculos.

19 de febrero de 1971

MAL... MAL... MAL...

Don Emilio O. acaba de declarar, de modo valiente y ejemplar, esto: "Preguntarles a los secretarios de Estado, descarnadamente, las cosas que hacen y por qué las hacen o dejan de hacer, es, no una indiscreción, sino una obligación de ustedes los periodistas." Entonces, con su permiso, procedo a cumplir la mía.

En esa misma ocasión dijo: "Luis Echeverría quiere demostrar que los jóvenes podemos gobernar." Propósito laudable y fácil de conseguir, puesto que la Constitución le da al Presidente la facultad irrestricta de nombrar y remover a sus secretarios de Estado. El problema, pues, no está allí, en *poder* gobernar, sino en *saber* hacerlo. Visto así, se admitirá que la juventud no es un elemento determinante en esto de *saber* gobernar, ya que es materia de observación diaria que no escasean los jóvenes tontos e indiscretos, y que no deja de haber uno que otro viejo considerado y con talento.

Don Emilio O. comenzó su gestión anunciando con voz muy alta una renovación total del Servicio Exterior, sano, justificadísimo propósito, que después redujo a los jefes de misión. Se elegirán —aseguró— con un criterio nunca visto antes: comerciantes que, por razón de su oficio, incrementen la venta de productos mexicanos en el extranjero. Para ello —agregó—, el gobierno revolucionario está dispuesto a echar mano de los elementos reaccionarios de la iniciativa privada. Asimismo, todos serán jóvenes, entusiastas, dinámicos, decididos, movedizos, incluso arrebatados y audaces.

He dicho ya que no basta el entusiasmo juvenil de un secretario de Relaciones para cambiar el carácter y las funciones de un embajador, que fijan, a más de nuestra Constitución, el derecho internacional y una tradición multiseccular, el simple sentido común. En efecto, el embajador es un representante del jefe del Estado y de la nación, y como el primero no es única ni principalmente un comerciante, y los intereses nacionales son algo más que los mercantiles, un embajador tiene que representar a la to-

totalidad del jefe de Estado y a la totalidad de la nación.

Agregué que la designación del nuevo embajador en Washington era la primera rectificación a esa tesis insostenible, y que, comprendiéndolo así, la Secretaría de Relaciones lo pintó como “economista y financiero”. Más tarde se hicieron dos presentaciones espectaculares de dieciocho embajadores. En ambas, don Emilio O. rectificó una vez más su postura inicial al explicar el criterio general usado para seleccionarlos. Dijo primero que esto se había hecho “sin dejar de reconocer la importancia que tienen las tradicionales funciones del jefe de misión, o sean las de carácter político, cultural y de acercamiento con los pueblos”. Más claro no puede decirse que un embajador tiene funciones *múltiples* y no la única de vender los productos nacionales. La segunda declaración no es tan clara porque don Emilio O. tiende a usar ciertas palabras con un sentido distinto al que le da el común de los mortales (ha dicho, por ejemplo: “queremos fomentar un intercambio de *tecnocracia*”, cuando otros dirían de “técnicos” o de “técnicas”); aun así, se adivina la rectificación. Dijo, en efecto: “Hemos tratado de escoger a personas con antecedentes en el campo económico, sin descuidar el aspecto humanístico.” Esto parece indicar que se prefiere a los economistas sin descartar a los “humanistas” (*whatever this means*).

El síntoma más significativo de rectificación es, sin embargo, el cuidado puesto en ocultar los nombramientos que se han llamado siempre “políticos”: primero se hizo pasar por “abogados” a don Francisco (M. A.) y a don Juan José (T. L.), y después, a don Federico (B. F.) como “periodista”. Es de suponerse que don Teófilo (B.) caerá en el grupo de “personas con antecedentes en el campo económico”, o quizá como “humanista”, pero no como un político cesante.

Don Emilio O. se sigue rectificando: declaró que los países a que se despachaban los diez primeros embajadores son los que tienen con México un intercambio comercial importante, *excepto* Australia, Costa Rica, Israel y Uruguay; no obstante —añadió don Emilio O.—, “ofrecen [estas naciones] inmejorables oportunidades de estrechar relaciones en *todos* los aspectos”. Ergo, las relaciones entre los pueblos tienen otros aspectos que los mercantiles.

Aquí, nuestro secretario sufrió un lapso, tanto más lamentable cuanto que dejó escapar la única oportunidad de su vida en que la razón y la experiencia hubieran apoyado su tesis. Hace seis años, en efecto, nuestro gobierno decidió nombrar a un eco-

nomista embajador en Uruguay para representarlo *políticamente* ante el gobierno de ese país y *económicamente* ante la ALALC. Han pasado por ese puesto dos economistas que desempeñaron su doble misión muy satisfactoriamente, e igual cosa ocurrirá sin duda, con el nombrado ahora, que es un excelente funcionario.

Don Emilio O. declaró asimismo que esas designaciones se habían hecho tras “una investigación cuidadosa, sin compromisos de amistad”. Éste es el inconveniente de hacer afirmaciones tan rotundas, pues de un modo necesario, inevitable, surgen las preguntas: ¿será don Juan José, real, positivamente, el mejor mexicano imaginable para representarnos en Río? (porque por allí anduvo alguna vez Alfonso Reyes). ¿Será don Teófilo, real, positivamente el mejor mexicano imaginable para representarnos en Buenos Aires? (porque por allí anduvo Enrique González Martínez).

Pero nuestro secretario se explayó más tarde al enumerar las consideraciones que llevaron a la designación de doña Rosario (C.). Entre ellas, la segunda debe conmover profundamente por dos motivos: la astucia diplomática que revela, y la inseguridad de la posición que tendrá doña Rosario. Don Emilio O. dijo que siendo el jefe del gobierno israelí una mujer, había creído un buen “gesto diplomático” mandarle otra mujer a que nos representara. En la Secretaría hay antecedentes de este tipo de sutilezas, pues alguna vez oí allí el consejo de nombrar embajador en París a uno de nuestros divisionarios, no sólo porque De Gaulle agradecería el “gesto” de enviarle a él, un militar, otro militar, sino porque siendo De Gaulle un simple general brigadier, tendría que cuadrarse ante nuestro divisionario.

Ahora, la inseguridad de doña Rosario. Es bien sabido que doña Golda es primer ministro gracias a una coalición de partidos, que en cualquier momento puede modificarse. Perdería su actual mayoría parlamentaria y, como consecuencia, dejaría la jefatura de gobierno. Entonces, muy probablemente la sustituirá el general Dayán. Habría que reemplazar a doña Rosario con un general tuerto, y despacharla a la India o Ceylán, los dos únicos países del mundo donde por ahora hay mujeres al frente del gobierno.

26 de febrero de 1971

PEQUEÑAS SERIES

INVASIÓN Y CONQUISTA

Alguien diría que, por fortuna, no todos los problemas graves y apremiantes de México son políticos; pero no pocos de los económicos tienen su cola política, que puede convertirlos en políticos, doblándose así su gravedad y su urgencia. Esto viene ocurriendo con la llamada inversión de capital extranjero, que debería nombrarse invasión y conquista extranjera de la economía y la sociedad mexicanas.

Una situación similar se produjo en el Porfiriato, especialmente de 1890 a 1910. Hubo entonces un alud de inversiones extranjeras que por lo pronto se apoderaron de los sectores vitales del país: deuda pública, nuevas industrias, comunicaciones, transportes, minería, para extenderse después al comercio y la misma agricultura. El fenómeno es explicable: México estaba entonces mucho más necesitado que hoy de la ayuda externa; Porfirio Díaz desconfiaba mucho del espíritu de empresa de sus paisanos; en fin, ésa era la primera gran experiencia nacional con el capital extranjero.

También operaba una circunstancia peculiar: como herencia del liberalismo romántico, el extranjero se sentía aquí en su propia casa, de modo que siempre hubo periódicos publicados por españoles, franceses y norteamericanos, que opinaban libremente sobre los políticos y la política del país. Más todavía: las colonias extranjeras desfilaban de la Alameda al Palacio Nacional portando las banderas de sus países y pancartas alusivas a sus nacionalidades, para rogar a Porfirio Díaz que se reeligiera otra vez.

A la inversa, no puede dudarse del tono nacionalista de la Revolución Mexicana, y, en consecuencia, de la profunda desconfianza con que vio todo lo extranjero. La experiencia de Carranza con Wilson, el tardío reconocimiento de Obregón, las reclamaciones por daños causados durante la fase violenta de la Revolución, el continuo forcejeo con las compañías petroleras y la final expropiación de sus bienes y concesiones, sublimaron ese nacionalismo hasta convertirlo en una xenofobia apenas

disfrazada.

La Constitución del 17 sólo recogió la experiencia nacional del siglo XIX, de modo que le exigió a los negociantes extranjeros deseosos de operar en México considerarse como mexicanos para evitar así la tristemente célebre "reclamación diplomática". Por desgracia, las cosas han cambiado, pues hoy rara vez acude un gobierno a la reclamación diplomática para proteger los intereses de sus nacionales, entre otras cosas, por su probada ineficacia. La Constitución dispone que "por ningún motivo" podrán los extranjeros adquirir el dominio directo sobre aguas y tierras en una faja de cien kilómetros de las fronteras terrestres y de cincuenta en las playas. Esta otra salvaguarda, de las poquísimas que contiene la Constitución, ha sido burlada no sólo a ciencia y paciencia de las autoridades, sino con su complicidad, como lo demuestran los casos flagrantes de Acapulco y Puerto Vallarta.

Nuestras autoridades descubrieron muy tarde que las empresas extranjeras se saltaban a la torera la barrera altísima de nuestros impuestos de importación creando pequeñas instalaciones que fabricaran aquí sus mismos productos, pero a precios más subidos. Nuestras autoridades también descubrieron tardíamente que el capital extranjero era necesario al progreso económico nacional. En cambio, descubrieron tempranísimo que bien podía confiarse al capital extranjero la corrección de una balanza de pagos deficitaria, hecho debido en parte a exigencias de nuestro desarrollo, y en otra a una incapacidad absoluta para aumentar nuestras exportaciones. Por eso lo consintieron y alentaron sin chistar.

Estos sucesos explican que nuestras autoridades comenzaran por declarar campanudamente que la inversión extranjera podía venir a México si se avenía a la legislación nacional. No debió espantar mucho al extranjero tal dicho, primero, porque su dinero, tecnología y experiencia, lo hacían naturalmente superior al empresario mexicano; segundo, porque no vieron en la famosa legislación mexicana un terrible impedimento a su libre desenvolvimiento. Esto sin contar con que, siguiendo los consejos de los abogados mexicanos que los pastoreaban por la selva nacional, siempre estuvo dispuesto a disparar un certero cañonazo de veinte mil pesillos que derribaría cualquier obstáculo imprevisto.

Cuando nuestras autoridades descubrieron la utilidad del capital extranjero como motor del progreso económico nacional y como correctivo de nuestra balanza de cuentas, discurrieron hacer otra declaración tronante: bienvenida la inversión extranjera si

modestamente se conforma con un papel complementario, renunciando —es de suponerse— al papel de mandamás.

Así, desde hace ya muchos años, todos nuestros presidentes, todos nuestros secretarios de Relaciones, todos nuestros secretarios de Industria, lo repiten: las inversiones extranjeras son bienvenidas en México si se ajustan a la legislación nacional y si tienen un carácter complementario.

Rara vez —o nunca— una "política" tan garbosa habrá producido tan espléndidos resultados: todos los hoteles modernos, en manos de extranjeros; toda la industria automotriz, en manos de extranjeros; grandísima parte de las industrias eléctrica y electrónica, de artículos para el hogar, de productos farmacéuticos, de jabones y detergentes, de cigarrillos, de productos alimenticios, de publicidad, etc., etc., son de extranjeros.

Próxima a inaugurarse la carretera que los uniría con Monterrey, los ingenuos saltillenses vieron en el opulento turismo regiomontano la cura de su pobreza ancestral. Para recibirlo amorosamente, construyeron un hotel modesto, pero acogedor; un cine con aire acondicionado; tres o cuatro restaurantes bien puestos. Pronto descubrieron que los regiomontanos no pasaban la noche allí, pues por la tarde se regresaban a su gran Sultana; tampoco se metían al cine, y llegaban provistos de todo lo necesario para almorzar: sandwiches, tortas, refrescos, cerveza, palillos de dientes y hasta una que otra servilleta. Primero se cerró el cine, después el hotel y al mes los tres restaurantes. El dueño de uno de éstos, obstinado como buen norteño, no desesperó de sacar algún partido, de modo que colocó en la pared de su antiguo restaurante un gran cartel que decía lastimosamente: "Se calientan tacos."

Al paso que vamos, ¿no llegará pronto el caso de cubrir todo el cielo patrio con ese letrero?

19 de diciembre de 1969



ESTUDIO Y CAUCE

Por supuesto que las inversiones extranjeras nos son en general benéficas. Traen un capital del que carecemos, una tecnología que ignoramos, un espíritu de empresa digno de imitación, sistemas de distribución de gran alcance y hasta una publicidad provocadora de ventas. Y pagan impuestos; ocupan parte de

nuestra fuerza de trabajo y en ocasiones crean un tipo verdaderamente moderno de obrero; usan ciertas materias primas nacionales; aumentan los depósitos bancarios y acuden a las instituciones de crédito para algunas de sus operaciones; etc., etc. Sólo, pues, un demagogo irresponsable se atrevería a pedir su proscripción absoluta. El problema, entonces, no está en aceptarlas o rechazarlas *in toto*, sino en acoger y alentar las ventajosas y oponerse a las nocivas.

Ahora bien, nada desalienta tanto como comprobar que ningún secretario de Hacienda de los últimos treinta años, durante los cuales día con día se ha agudizado, le ha prestado atención a un problema de tanta cuantía. Y más desalentador sería que esos caballeros arguyeran que lo han atendido, sólo que sus penosas cavilaciones han terminado admitiendo que la mejor solución es que el problema se resuelva por sí solo. Sería condeñable semejante filosofía de dejar hacer, dejar pasar, porque significaría desconocer la experiencia universal indicativa de que ciertos problemas económicos, dejados a sí mismos, empeoran, y que sólo puede encauzarlos un esfuerzo deliberado, inteligente y tesonero.

La razón es tan sencilla, que la conoce el niño de primaria: una empresa persigue como único objetivo su propio beneficio, su rentabilidad, en suma, las utilidades que rinde a los accionistas de ella. El resto no le interesa en absoluto, ni se supone siquiera que alguien pueda acusarla de no ocuparse del bien ajeno. Surge entonces de modo inevitable la pregunta: ¿coincidirá siempre, o siquiera alguna vez, el interés particular de esa empresa con el general de la nación? Unos ejemplos pueden aclarar la situación.

La automotriz es típicamente una industria en la que México no podía soñar siquiera, dadas, entre otras, la falta de capital, de tecnología y un mercado que hace treinta años apenas consentía una absorción anual máxima de veinte mil unidades. Nuestras autoridades alentaron primero el establecimiento de plantas ensambladoras y después la fabricación en México del mayor número posible de piezas. Las empresas extranjeras respondieron a esta incitación bajo dos condiciones: impuestos prohibitivos a la importación de automóviles desde su país de origen, y precios internos que les aseguraran una rentabilidad igual a la que obtendrían en sus plantas nacionales, pero que, de hecho, debe acercarse al doble. La política oficial, laudable en sus fines y quizá en sus métodos, no ha producido después de treinta años sino este resultado neto: el mexicano paga por

el auto que compra aquí el doble de lo que pagaría si lo adquiriera en las plantas matrices de estas empresas extranjeras.

¿No ha llegado el caso de apreciar con mayor severidad las perspectivas de una política que hasta ahora ha dañado visiblemente el interés nacional?

El caso de un mexicano que vende al extranjero una empresa en marcha y rentable suscita dos problemas. ¿Por qué y para qué la compra el extranjero? ¿Qué hace el mexicano con el dinero que recibe de esa venta?

Un chiapaneco laborioso, listo y experimentado, poseía en su estado unos buenos cafetales que de tiempo atrás le venían dando rendimientos más que satisfactorios, sea vendiendo en el exterior el café en grano, sea, asociado con otros productores, transformado en café "instantáneo", amparado con una marca de excelente reputación, para el mercado interior. De pronto una fuerte compañía norteamericana le ofreció por su negocio un buen precio, y el empresario mexicano se puso meditabundo: no dejaba de ser aburrida la perspectiva de seguir haciendo lo mismo que había hecho ya por varios años; el mercado internacional del café venía siendo un tanto incierto, problema que quizá no pudiera resolverse sino sustituyendo el café con otros cultivos o con la ganadería. Total, vendió su negocio.

Aquí la inversión extranjera era visiblemente innecesaria, porque se hacía en una actividad ya establecida y que conducía eficazmente un empresario mexicano. Esto sin contar con los inconvenientes de muchas inversiones extranjeras: lejos de reinvertirse las utilidades en México, significan una succión de divisas; sus adquisiciones en México son apenas un modestísimo peón de ajedrez universal. Por si esto no bastara, vino la segunda parte: el mexicano invirtió el dinero de la venta en... ¡fomentar la cría de caballos de carrera!

Los casos concretos podrían multiplicarse hasta llegar al millar o los millares. Cada uno, a buen seguro, tiene sus rasgos propios, y, por lo tanto, cada uno entrega su propia lección. Pero nadie los estudia, ni nadie puede estudiarlos en el futuro como no sean las autoridades oficiales a cuyos talentos está confiada la vigilancia superior de nuestra economía. Quizás algo hayan estudiado; de ser así, deben guardar sus indagaciones en las cajas de seguridad del Banco de México o en algún Fort Knox desconocido.

Nadie, pues, puede atreverse a indicar un cambio en la situación de las inversiones extranjeras en México; pero sí gritar que el problema debe estudiarse en seguida y que, cualesquiera

ra que sean los resultados de la investigación, se consideren desde ahora estas posibilidades.

Primero, bosquejar los campos en que la inversión extranjera prestaría su máxima utilidad sin lesionar ningún interés nacional; asimismo, los de una utilidad cada vez menor hasta llegar a las inversiones francamente superfluas. Segundo, crear un organismo que examine y resuelva las solicitudes concretas de inversión, sea en nuevas empresas, sea en la adquisición de mexicanas ya existentes. Tercero, crear un cuerpo que siga el curso de las inversiones aprobadas y echadas ya a andar, para comprobar que no se desvían de los fines originalmente propuestos.

26 de diciembre de 1969

MONSTRUO SAGRADO

Aunque se dé como término de su impresión “agosto de 1969”, sólo recientemente se le ha visto encuadernado, empastado, en suma, un libro vivito y coleando, a pesar de sus setecientas ochenta y seis páginas y numerosos “organogramas” que lo hinchan y aumentan su peso, cercano, diríase, al kilo y medio. Impreso y empastado con pulcritud, se llama *Manual de organización del Gobierno Federal*.

A más de ser en sí misma importante, es una publicación cuya necesidad venía sintiéndose de largo tiempo atrás. Por eso debe felicitarse calurosamente a quienes la concibieron y ejecutaron.

De allí que apene ver en esta gran obra la mano del aficionado, así como esos dos extremos en que el mexicano vive su condena: o no hace las cosas en absoluto, o las hace con exceso. Rarísima vez mezcla la oportunidad y la moderación. Iniciándose con el texto íntegro de la Constitución, atemoriza que sigan la letra y la música del Himno Nacional. Si el fin declarado de la obra es presentar la organización y las funciones del gobierno federal, habría bastado reproducir los artículos constitucionales pertinentes.

Tan excesivo como eso es dar los nombres de todos y cada uno de los diputados y senadores. Además, inútil, puesto que murió ya el Congreso a que correspondían. Igual puede decirse de los nombres de los funcionarios, de secretario de Estado a director general, de las distintas ramas del Ejecutivo. Dentro de dos meses escasos, todos (esperémoslo) se habrán marchado a casa, y vendrán otros, cuyos nombres y efigies no recogerá ya el *Manual*. El colmo del ocio, sin embargo es dar los nombres y las direcciones postales de lo que se llama “representantes de México en el exterior”, y que son los jefes de nuestras misiones diplomáticas.

La falla mayor del *Manual*, sin embargo, está en lo que llama “Sector Paraestatal”. Esta última palabrita, a más de pedante, es vaga, pues puede decir muchas cosas, pocas o ninguna. Y en

el presente caso se requería una claridad transparente y una precisión matemática para describir estas instituciones semipúblicas, en las cuales el gobierno federal participa como elemento director y financiero.

Nada, en efecto, debió esclarecer tanto el *Manual* como la “paraestatalidad” de semejantes organismos. La lista “general” de ellos presenta 248, dato impresionante y que por eso debía haber sido explicado. Pero es que, además, su increíble variedad suscita la duda invencible de que a los compiladores de esta lista se les fue la mano, o que el gobierno mexicano está decididamente loco, pues carece en absoluto de criterio para escoger las actividades de interés nacional, únicas en las cuales puede y debe meterse.

En efecto, al lado de El Colegio Nacional, el nido a que se acogen los veinte intelectuales mexicanos de mayor distinción para ofrecer anualmente al público el resultado de sus investigaciones más recientes, al lado, digo, de esta augusta corporación, figura en la lista la fábrica Bicicletas Cóndor, S. A. Convendrán los autores del *Manual* en que no pueden reprimirse estas dos preguntas. ¿Qué denominador común pueden tener El Colegio Nacional y Bicicletas Cóndor, S. A.? Y la segunda es de una gravedad extrema: ¿qué diablos tiene que hacer un gobierno con la fabricación de bicicletas, así sean tan raudas y aéreas como el cóndor?

Y las interrogaciones se repetirán una y otra vez respecto, digamos, de la Universidad Nacional y Atunmex, S. A., empresa esta, al parecer, dedicada al dulce meneo de la caña de pescar. O del Instituto Politécnico y un Patronato de Reos Libertados, que quién sabe de qué se ocupa.

Parece indudable que los autores del *Manual* llegaron cansados al capítulo de estos organismos semipúblicos. O quizá quisieron impresionar al melindroso lector con la visión de un gobierno federal que, como el gran gigantón Atlas, sostiene en sus hombros la bóveda celeste de esas instituciones. En realidad, le han prestado a su amo un flaco servicio, pero a la nación, en cambio, uno bien gordo. Un ligero repaso de esa lista “general” causa inevitablemente la impresión, no de simple anarquía, sino de una conmovedora demencia.

Véase el sector de 39 empresas bancarias. Uno supondría que sus fines particulares son tan claros, que con el nombre que llevan bastaría para acotar su campo de acción, digamos el Banco Cinematográfico. Pero no: además de él, figuran la Compañía Operadora de Teatros, que maneja los cines; los Estudios Chu-

rubusco-Azteca, donde se hacen las películas; y por si algo faltara, dos compañías llamadas Películas Mexicanas y Películas Nacionales, sin que siquiera se alcance a percibir cuál puede ser la diferencia entre una cosa "nacional" y otra "mexicana".

Existen 19 instituciones de crédito agrícola. Cuatro son bancos "agrarios": uno en La Laguna, otro en el "Centro", el tercero en Michoacán y el cuarto en Yucatán. El primero sirve una región agrícola, el segundo a una zona geográfica y los otros a dos estados. La pregunta brota inevitablemente: ¿y las demás regiones agrícolas, las demás zonas geográficas y el resto de los estados de la República? La impaciencia es mala consejera, pues hay otros siete bancos "agropecuarios", que cubren todas las zonas geográficas del país: Centro, Noroeste, Noreste, Norte, Occidente, Sur y Sureste. Y por si algún rinconcillo del territorio patrio quedara desamparado, todavía hay un Banco Nacional Agropecuario.

Pero para combatir el sempiterno escepticismo del mexicano se establecieron bancos "regionales de crédito agrícola": del Papaloapan, el "Michoacano", del Bajío, del Grijalva, de Matamoros y de Occidente. Y por supuesto que están en pie, jóvenes como hace 45 y 35 años respectivamente, los bancos *Nacional de Crédito Agrícola* y *Nacional de Crédito Ejidal*.

Aun en un país inmensamente más vasto y rico que el nuestro, una organización de crédito agrícola como la antes descrita revelaría una improvidencia condenable, pero en nuestro caso es demencia simple y pura, no de hoy, por supuesto, sino que ha venido acumulándose desde hace cuarenta y cinco años. Entonces, ¿no tendremos alguna vez la suerte de que nos caiga del cielo un gobernante dispuesto a ordenar este caos?

11 de septiembre de 1970



POLVOS DE AQUELLOS LODOS

Algo se ha dicho ya sobre el criterio elástico con que los autores del *Manual de organización del Gobierno Federal* compilaron una lista "general" de "organismos paraestatales"; pero vale la pena ilustrar más el punto con los institutos Politécnico, de Antropología y de Bellas Artes. Dependen totalmente de la Secretaría de Educación para su presupuesto y su dirección técnico-administrativa, y como esa secretaría es un organismo

ciento por ciento gubernamental, no puede ser una de sus partes *para-gubernamental*. Pero aun reduciendo la lista a sus debidas proporciones, resultan increíblemente asombrosas, primero, la variedad de campos en que se halla metido el gobierno federal, y segundo, el número de empresas que trabajan en cada uno de ellos.

Un agrupamiento apresurado da estas cifras: 6 empresas "inmobiliarias"; 6 de transporte aéreo; 1 de fianzas; 5 siderúrgicas; 4 de seguros; 3 de construcciones navales; 13 de pesca; 2 de textiles; 18 de minería; 39 bancarias; 9 agrícolas; 25 industriales; 15 comerciales; 17 hidráulicas; 5 de electricidad; 6 forestales; 6 de cine; 2 de turismo y 4 de ferrocarriles.

El gobierno federal, pues, está metido en 20 campos de actividad económica tan variada, que no parece haber dejado virgen uno solo.

Ahora bien; de mucho tiempo atrás ha existido un consenso general sobre que México puede, debe ser y es un país de economía mixta, o sea que en ella conviven empresas privadas y empresas estatales. La fundación de las primeras se debe a la iniciativa privada, se constituyen con capital privado y son dirigidas y administradas por empresarios privados. En las segundas, un gobierno toma la iniciativa de su creación; aporta todo el capital o una mayoría que asegure el control; y la empresa ha de ser manejada de modo que, sosteniéndose con sus propios recursos y aun realizando una ganancia moderada, sirva fines de interés colectivo.

Esto quiere decir, por supuesto, que mientras el lucro es el móvil único para fundar, mantener y engrandecer una empresa privada, el de la estatal es el bien público.

Aparentemente, "el bien público", "el interés nacional", etc., son expresiones vagas que se prestan al error y al capricho; pero existen otras nociones complementarias que las precisan, de modo que puede asegurarse que el error en su interpretación debe considerarse deliberado.

La primera es ésta: una actividad económica importante, de cuya creación dependa el nacimiento y el desarrollo de otras. Tal el petróleo, que, a más de ser una fuente de energía de usos múltiples, que mueve transportes y fábricas, da lugar a la hechura de fertilizantes y de productos petroquímicos. Otro criterio es el de una actividad económica importante que por una razón o por otra no acomete la iniciativa privada. Entonces, el gobierno se embarca en ella para dar un ejemplo abriendo un camino nuevo. Tal el Banco Nacional Hipotecario Urbano y

de Obras Públicas, creado por el gobierno en 1933 con dos objetos principales: dotar de agua potable y de drenaje al mayor número posible de poblaciones, y emitir bonos hipotecarios. No sólo el primer objeto era importante (y a pesar de ello la empresa privada no lo acometía), sino que, avalando esos bonos los gobiernos federal y local, se buscaba restaurar la confianza en la inversión de valores, perdida a consecuencia de las vicisitudes de la Revolución.

Puede considerarse válido el criterio de rescatar de manos extranjeras ciertas actividades económicas que se consideran esenciales para la seguridad del Estado o la autonomía nacional. Y hay uno más: empresas que por ser poco o nada lucrativas, jamás atraerán a la iniciativa privada, pero como tienen un subido interés social, digamos la subsistencia inmediata de núcleos importantes de la población, el gobierno los acomete a sabiendas de que perderá dinero mientras se encuentra una solución firme a ese problema social.

Éstos son los criterios principales para determinar si está justificada o no la intervención oficial, un problema de una importancia extrema, primero, porque es incuestionable que el Estado debe intervenir en algunos casos, y, por lo tanto, debe contar con los recursos necesarios para hacerlo eficazmente; y segundo, porque no puede, no debe olvidarse que el gobierno no tiene dineros propios, sino todo del que dispone es ajeno, es del pueblo, de la nación, y a éstos no puede resultarle indiferente que se use su dinero arbitraria o desacertadamente.

Por desgracia, sólo en contados casos pueden aplicarse esos criterios con mediana seguridad, porque el *Manual* no da absolutamente ninguna información sobre la mayoría de estas empresas oficiales, y cuando da alguna, es más bien jurídica que no histórica o financiera.

Juzgado por el simple nombre, se hallan algunas que suenan a disparate puro, como el de Bicicletas Cóndor, S. A., pues puede uno romperse la cabeza (incluso caminando en bicicleta) sin imaginar una razón, por extravagante que sea, que explique cómo ha podido llegarse a una intervención financiera del gobierno. El nombre de otras despierta la sospecha del error, como en el caso del Hotel Club de Pesca. En otras, el capricho: ¿por qué una Distribuidora de Gas de Querétaro y no de Tlaxcala, de Colima o de Tamaulipas? Hasta fines caritativos se descubre en algunas, como Henequén del Pacífico, que, al parecer, permite ocupar en algo a los reclusos de las Islas Marias.

Pero en todas estas empresas, necesarias, disparatadas o arbi-

trarias, se ha puesto dinero, en algunas poco y en otras mucho, y en su conjunto, decididamente mucho. Altos Hornos tiene un capital en exceso de los 800 millones de pesos; el Banco Nacional de Crédito Agrícola, 230; la Constructora de Carros de Ferrocarril, 80; Cordemex, 120; la Fábrica de Papel de Tuxtepec, 160; los Ferrocarriles del Sureste, 110; Ayotla Textil, 70; los ingenios Independencia, Rosales y San Francisco, respectivamente, 25, 60 y 50; etc., etc.

¿No valdrá la pena repasar a fondo esta situación, que en el mejor de los casos huele a caos limpio y puro?

18 de septiembre de 1970



REFORMA INAPLAZABLE

Bastantes censuras se han hecho ya al *Manual de organización del Gobierno Federal* por su tratamiento superficial e incompleto de los llamados organismos "paraestatales", que se han convertido en un absceso descomunal. Sin embargo, es muy meritorio el que los haya presentado en una lista, aun si para formarla hubo poco criterio; también el haber ofrecido cierta información histórica, jurídica y aun financiera de algunos de ellos. A pesar de sus defectos, la lista causa una impresión profunda de temor y de desaliento, pues revela claramente que jamás han tenido nuestros gobiernos un plan para crear empresas que real, positivamente alienten el progreso económico del país, y que se han metido en las que están por razones circunstanciales o meros compadrazgos.

Para percibir mejor las diferencias, compárense dos instituciones cuya creación y mantenimiento tienen una justificación tan clara como la luz del día, y otras dos que pueden llamarse piadosamente "dudosas". Tómense como ejemplo de las primeras el Banco de México y Petróleos Mexicanos.

La creación del Banco es hija de un mandato constitucional; ese solo hecho le daría a su existencia una justificación que sería ocioso discutir. Además, el banco central, por su función reguladora del crédito y de la moneda, resulta una pieza esencial del mecanismo económico de toda sociedad moderna. Petróleos Mexicanos acabó por tener también un espaldarazo constitucional; ha sido y es el símbolo de la autonomía económica y política de la nación; sus productos mueven todos los transportes y buen

número de fábricas; originan fertilizantes y una variedad casi ilimitada de sustancias petroquímicas. La creación de esas dos instituciones, su conservación y su engrandecimiento, lejos de suscitar dudas, provocan aplausos convencidos.

Movería a risa establecer el contraste entre esas dos grandes instituciones y Bicicletas Cóndor, S. A., que el *Manual* acoge amorosamente en su lista "general" de organismos "paraestatales". Elíjanse dos empresas "serias" y fuertes, pues sus capitales ascienden respectivamente a las bonitas sumas de 70 y 160 millones de pesos. Como el *Manual* no da una historia completa de estas dos empresas, sólo consideraciones generales pueden servir de guía.

En cuanto a la empresa textil, cuesta trabajo imaginar cómo ha podido considerarse indispensable, o siquiera útil la adquisición oficial de esta empresa. A más de ser la textil la industria más antigua del país, es notorio que existe un buen número de empresas privadas que cubren todos sus sectores. Y por si algo faltara, es notorio también que desde hace tiempo nuestra industria textil no se desenvuelve a sus anchas. Entonces, podría colegirse que la intromisión oficial ha sido no sólo innecesaria sino dañina.

La otra es una empresa que fabrica papel, sobre todo para diarios. Es bien sabido que la sola subsistencia de la industria productora de papel para periódico requiere disponer de ciertas variedades de árboles que al parecer no existen en México, más un mercado amplísimo que nuestro país no podrá ofrecer en muchos años. De hecho, nuestro gobierno había reconocido esta situación, pues aun cuando la empresa que fundó en 1935 se llamó románticamente *Productora e Importadora de Papel*, nunca se dedicó a otra cosa que a importar papel para publicaciones periódicas. En todo caso —¡benditas incongruencias!—, cuando el gobierno se hizo cargo de esta fábrica, no confió su administración a la PIPSA.

Por si estas consideraciones no bastaran para abrigar la sospecha de que estas dos intervenciones oficiales carecen de justificación, está el negro antecedente de que ambas nacieron como negocios privados, por iniciativa de particulares que esperaban un buen rendimiento del capital que inicialmente invirtieron. Surge así el temor de si al fracasar en su intento, estos particulares las endosaron al gobierno para que cargara con el muertito.

Podría examinarse la situación de muchas otras empresas para formarse una idea mejor de su situación actual. Por el momento, lo dicho basta para fundar la necesidad inaplazable de un estu-

dio a fondo, despiadado, que determine cuáles están llenando una finalidad que justifique que el dinero del pueblo se gasta en ellas y cuáles no. Deshacerse del mejor modo posible de las superfluas, y emplear el dinero que se recoja en otras que de verdad sirvan intereses nacionales. Casi da vergüenza tener que recordar, primero, que el Estado debe participar activamente en hacer progresar la economía nacional; segundo, que no puede hacerlo sino con recursos económicos y técnicos que son por necesidad limitados, y que, por lo tanto, debe escoger con talento y honradez los campos en que esos recursos se necesiten más y en los que sus rendimientos económicos y sociales sean mayores.

No bastaría con expurgar estos organismos, pues aun aquellos cuya existencia está plenísimamente justificada, suelen ser administrados equivocada o abusivamente. Desde luego, porque sus órganos de gobierno han sido mal concebidos: en buen número de casos sus consejos de administración están constituidos por secretarios de Estado, cuyos quehaceres normales les impiden estudiar los asuntos particulares de estos organismos. Por si algo faltara, la presencia de tan encumbrados personajes políticos cohibe la acción del director o gerente de la empresa, o lo obliga a entenderse directamente con el Presidente para sacar adelante sus asuntos.

En otros casos han sido desvirtuados los fines de servicio público que motivaron su creación: banco nacional hay cuyos balances acusan utilidades sobre el capital invertido de un 30%, lucro este muy superior al de los más fuertes bancos privados. En fin, no son raros los casos en que un director o gerente rebasa alegremente los presupuestos de gastos aprobados por su consejo de administración.

¿Cómo poder evitar estos errores y estos abusos? Nada se conseguirá, por supuesto, de no haber una autoridad superior que castigue con firmeza los desvíos, cualquiera que sea su naturaleza; pero esto no bastará para hacer fecunda la obra de estas instituciones. ¿No convendría entonces estudiar si la Corporación de Fomento de Chile o de Venezuela puede inspirar una solución? Porque lo cierto es que la situación actual no puede ni debe continuar hasta el día del juicio final.

25 de septiembre de 1970

CÁSCARA Y RELLENO

Como el hombre no sólo vive de PRI (y de PAN muchísimo menos), cambiemos de tema.

México se ha sustentado de copiar al extranjero desde que nos cayeron aquí los primeros españolitos hace ya algunos años. Aparte de inevitable, la tarea ha resultado benéfica en varios sentidos. Uno es el empeño cotidiano por entender el mundo exterior, que le ha dado a México una comprensión humana nada común. Otro, que si bien el genio inventivo nacional no ha llegado hasta crear ideas e instituciones nuevas para retribuir lo que México ha recibido del occidente europeo, su perenne trabajo de selección y acomodo ha acabado por darle a las ideas e instituciones que ha adoptado una originalidad que, desde luego, ignoran majestuosamente los extranjeros y desestiman los mexicanos. Por desgracia, este viejo ministerio de copista y restaurador ha producido una consecuencia lamentable. Suele transformarnos en falsificadores de las ideas e instituciones consagradas en Europa y los Estados Unidos por la sabiduría de sus pensadores y por una experiencia reiterada. Aquí ha pasado lo que al copista de Tiziano: hace pasar sus copias como tizianos auténticos. Entonces el mexicano se convierte en un simulador: conserva la piel de las ideas europeas y la cáscara de las instituciones norteamericanas, pero el relleno es tan aborigen como el picadillo del chile poblano.

Tal ha pasado, no digamos con el concepto y las instituciones democráticas, sino con la libertad de imprenta, un simple, aunque decisivo sostén de ellas. Sin pretender siquiera bosquejar su historia, con facilidad puede distinguirse el abismo que separa en este asunto a los constituyentes del 57 de los ideólogos porfiristas y de los neoporfiristas de hoy.

La primera diferencia es que los viejos constituyentes creían honrada, sincera, infantilmente a veces, lo que decían, mientras que los teóricos porfiristas y neoporfiristas usan un lenguaje laudatorio de la libertad de imprenta que suena a fingido y es fingido. De aquí la segunda distinción: la creencia de unos y el

descreimiento de los otros se traduce inevitablemente en una conducta diversa. Los artículos 6o. y 7o. de las Constituciones liberal y revolucionaria presentan apenas una diferencia de sustancia: la primera estatuye jurados populares para conocer los delitos de imprenta, y la segunda, la prohibición de secuestrar una imprenta como "instrumento del delito".

Esta variante tiene ya sentido: además de revelar la superioridad técnico-jurídica de los constituyentes del 57, que evitaron cuanto pudieron salpicar el texto principal de la Constitución con disposiciones meramente reglamentarias, se ve, no que los primeros eran más inteligentes que los segundos (como sin duda lo fueron), sino que *sentían* más vivamente la misión de una prensa libre en una sociedad que pretendía vivir democráticamente. En efecto, se fueron al corazón del problema, a protegerla, y con ese fin, no vacilaron en crear un fuero especial para los periodistas. Consistía él en que fueran juzgados por autoridades especiales y conforme a una legislación con todos los visos de ser también privativa.

Para medir la plena significación de este proceder, debe recordarse, primero, que los legisladores mexicanos fueron lentísimos para expedir las leyes reglamentarias que exigían numerosos artículos de la Constitución, de modo que algunos jamás fueron reglamentados en los sesenta años de su vigencia. Entonces, haber reglamentado el artículo 7o representaba un esfuerzo especial. La segunda, y más importante, que buena parte del ardor liberal se había nutrido del propósito de abolir todos los fueros, sobre todo el religioso y el militar. Por eso resultaba flagrantemente contradictorio que habiéndolos, en efecto, suprimido, el liberal puro creara al mismo tiempo uno nuevo para un grupo que no parecía poder representar en la nueva sociedad lo mucho que en la vieja significaron el clero y el ejército. En cambio, a los constituyentes del 17 apenas se les ocurrió proteger al taller tipográfico, uno solo de los elementos, y no el más importante, que concurren a la hechura de una publicación periódica.

Pero la diferencia resulta muy marcada si se recuerda la ley de 1868, reglamentaria del artículo 7o., conocida por "Ley Francisco Zarco". Desde luego, conmueve la ingenuidad de llamar "faltas" y no "delitos", a los que un periodista puede cometer con sus escritos contra la vida privada, la moral o el orden público. En seguida, la benignidad del castigo: la primera, cárcel de 15 a 180 días, y las segunda y tercera, de 1 a 12 meses. El escudo protector, por supuesto, era confiar a dos jurados populares el conocimiento de estas faltas, es decir, a ciudadanos independien-

tes del poder público, tanto porque se elegían al azar, como porque no podían participar en ellos quienes tuvieran un cargo oficial cualquiera. Pero aun esta salvaguarda la robustece Zarco en su ley disponiendo que el primer jurado, encargado de establecer si había o no delito, se compusiera de once miembros, y el segundo, el jurado de sentencia, nada menos que de diecinueve. Y la coronación de su obra la pone Francisco Zarco en la disposición de que el periodista no podía ser encarcelado mientras no recayera sobre él una sentencia ya inapelable.

La constitucionalidad de esta ley ha sido puesta en duda por algunos juristas; pero lo que no puede desconocerse es el espíritu que la animó: un verdadero celo por proteger la libre manifestación de las ideas mediante la letra impresa. Ni tampoco la razón de ese celo: el convencimiento de que una prensa libre es absolutamente indispensable para el funcionamiento de un buen gobierno y, con mayor generalidad todavía, para una vida democrática auténtica, y, como tal, esperanzada.

28 de febrero de 1969



MORDAZAS: DE ORO Y DE HIERRO

El porfirismo también tenía su “revolución” que defender; también tenía su “plan revolucionario” que defender; asimismo, sus “ideales revolucionarios”. La primera era la de Tuxtepec; el segundo, el “plan” de ese nombre, reformado en Palo Blanco; el tercero, no la “estabilidad” y “la unidad nacional” de hoy, sino “el orden”, “la paz” y “el progreso”.

Nada de extraño tiene, así, que a los cinco años escasos de haber triunfado la revuelta tuxtepecana, la prensa oficiosa comenzara a predicar que habiéndose impuesto en apreciable medida el orden ansiado y la anhelada paz, y habiéndose iniciado con la construcción de los ferrocarriles troncales el progreso material del país, la misión y el lenguaje de la prensa debían cambiar. Atrás, muy atrás, habían quedado las disputas ideológicas con el triunfo liberal; ¿para qué, entonces, censurar al gobierno? Lejos de eso, la prensa debía apoyarlo para darle a entender a ese pueblo levantisco, a punto siempre de empuñar las armas, que su condición jamás mejoraría sino dentro del orden y la paz.

La prensa independiente, fuera liberal, fuera conservadora, acudió a dos réplicas que parecían convincentes. Primero, la ex-

perencia enseñaba que si un escritor criticaba al gobierno por capricho o por pasión, dejaba de ser leído y, por lo tanto, su pluma se nulificaba; segundo, la verdad era que la prensa oficiosa, satisfecha con su mordaza de oro y plata, galantemente quería para la libre una de hierro.

Pero todo fue inútil: en octubre del 82 se inició la reforma constitucional del artículo 7o., destinada, no ya a proteger la libertad de prensa, sino a "evitar sus abusos". El medio elegido fue el contundente de sustraer los delitos de imprenta a los jurados populares para ponerlos en manos del juez penal ordinario, a quien el Ejecutivo, por supuesto, nombraba y removía a su antojo. Aprobada la reforma, comenzó la persecución de los periodistas que dejó el conocido reguero de mártires: Enrique Chávarri, Victoriano Agüeros, Gonzalo A. Esteva, Filomeno Mata, José Ferrel, Joaquín Clausell, los hermanos Flores Magón y cien más.

En el neoporfirismo las cosas han cambiado mucho, pero bastante más los procedimientos que el espíritu mismo, entre otras razones, porque la sociedad porfiriana, a pesar de sus pujos europeizantes, era inocente, y siguió siéndolo durante la etapa destructora de la Revolución. A la inversa, digamos en los últimos treinta años, la sociedad mexicana se ha hecho "sofisticada", artificiosa, difícil, sutil, compleja.

A estas alturas, en efecto, cuesta trabajo admitir como realidad el zarpazo con que Pani desinfló al instante aquel orgulloso *Globo* de don Félix F., que se proponía navegar por asombrosas alturas; apenas memorias confusas quedan del asalto y destrucción de una imprenta donde se hacía un periódico de grosera oposición, por allá en 1947 o 1948. La acción del Estado tomó caminos mucho más complejos y engañosos. Primero se acomidió a intervenir para salvar a la prensa de las garras de San Rafael, entonces el único fabricante de papel para diario. Poco después surgió el instrumento nuevo: una sociedad anónima (cuyo capital, sin embargo, era oficial) que se proponía producir papel para libros y periódicos, pero que desde luego asumió el monopolio de la importación de ambos papeles. Casi sobra decir que nunca fabricó nada; el estímulo a la industria editorial concluyó con importar unas cuantas toneladas de aquel espléndido papel alemán que entonces usaban las afamadas ediciones Tauchnitz. No quedó, pues, sino el tremendo significado de un monopolio oficial sobre la importación de papel para publicaciones periódicas.

Se sabe que ese instrumento se ha aplicado alguna vez, pero

de manera que puede llamarse sin vacilar excepcional. Su simple presencia ha bastado hasta el punto de que sus operaciones llegaron a ser confiadas a las empresas editoras de diarios y revistas. Tan despampanante fenómeno exige una explicación, bien difícil, por desgracia.

Dos circunstancias se destacan. La primera es que con el tiempo los gobiernos emanados de la Revolución perdieron, primero su ímpetu destructor y después el simplemente renovador, es decir, se hicieron conservadores. La segunda es, no la aparición, que data de 1896, pero sí la omnipresencia del anunciante, fenómeno éste que corresponde a una sociedad moderna de consumo, así sea tan incipiente como la nuestra.

En esta incipencia se halla la distinción: el anunciante de la sociedad de consumo plenamente madura, gasta su dinero en aquel diario y en aquella revista que tienen el número y la clase de lector que busca. En Nueva York, por ejemplo, jamás se preocupó de si el *Herald* era republicano y demócrata el *Times*. Por eso dividieron sus anuncios entre uno y otro mientras ambos parecían tener igual atractivo de lectores; cuando éstos comenzaron a desertar del *Herald*, los anunciantes se cargaron al *Times*, precipitando la quiebra de aquél. En París, *Le Figaro* ha tenido tradicionalmente más avisos que *Le Monde*, porque su público lector es más numeroso e indefinido, ya que el segundo tiene fama de un diario "intelectual" o sesudo. Al anunciante francés no le importa en absoluto el signo político de estas publicaciones famosas, y no tiembla ante el hecho, ni lo resienten, de que combatan sin embozo al gobierno y a la persona de De Gaulle. Le interesa única y exclusivamente el número y la clase de los lectores con que cada uno cuenta. Así, en *Le Monde* jamás aparece un anuncio de una barata en las Galerías Lafayette, pero sí muchos de libros y de un modo casi monopolístico las ofertas de empleos técnicos, de los conocidos "cuadros" franceses.

En México no se ha llegado a estos refinamientos, de modo que el anunciante es un "grupo de presión" sobre la política general de la publicación periódica, con todas las graves consecuencias que pueden imaginarse.

7 de marzo de 1969



DÍSCOLOS Y AMARGADOS

Debieran preocupar muy hondamente las semejanzas que Doña Porfiria va teniendo con Don Porfirio, entre otras razones, por-

que ya sabemos en qué acabó el Don: más de medio siglo, y el pobrecillo no ha podido desandar el camino del destierro para venir a reposar en su morada primitiva.

He señalado alguna de esas semejanzas en un artículo anterior; pero falta una gorda y difícil de pintar. Ambas sociedades tienen un rasgo común esencialísimo, que se apreciará mejor presentándolo así: lejos de atormentadas, son sociedades complacidas y complacientes, satisfechas de sí mismas, narcisistas. (Narciso es "el que se precia de galán y hermoso, como enamorado de sí mismo".)

Este rasgo es tanto más notable cuanto que la congoja tiñe nuestra historia nacional. Aflictiva fue la guerra de Independencia por su duración y por su incertidumbre; más todavía la larga era de tanteos y de formación, y cuando se habían esclarecido el pensamiento y el programa de los grupos políticos, lejos de llegarse en el Constituyente del 56 al consenso, se desata la guerra a muerte de la Reforma y el Imperio. Pesarosa es la República Restaurada y los siete primeros años del Porfiriato, como lo fueron los diez iniciales de la Revolución Mexicana.

El Porfiriato fue real, positivamente una excepción a la regla de una historia angustiada, como ha sido singular la "revolución" de los últimos veinticinco años; ¿en qué, de verdad, radica esta extrañeza? En muchas cosas, aunque dos son notables: la estabilidad política y el progreso económico.

México no alcanza la estabilidad política hasta 1884, después de 63 años de perseguirla con desesperación; la pierde en 1910, y apenas la recupera en 1940, tras 30 años de arañarla. México no progresa económicamente de un modo visible y continuo hasta 1880, es decir, tras 74 años de miseria o de estancamiento. El avance económico del México revolucionario se manifiesta desde el primer momento, pero esporádicamente, porque el progreso aparente general no se logra hasta 1940.

De este esquema, contrahecho, pero por eso mismo dramático, puede concluirse que psicológicamente es explicable que el mexicano no sólo se haya sentido satisfecho, sino que acabara engolosinado con estos dos periodos luminosos de nuestra sombría historia.

Desgraciadamente, entonces brota el narcisismo. En este caso la incapacidad de detenerse en la satisfacción y rehuir el salto hasta la egolatría; la incapacidad para mezclar con prudencia la satisfacción y la reserva; en suma, el haber perdido todo sentido de la medida y mucho más de la crítica; de hecho, llegar hasta la falta completa de las facultades mentales, tras-

torno llamado idiotez. En efecto, si un hombre se vanagloria de su riqueza, de su salud, o de cualquiera otra prenda asombrosa, ¿no debiera ese hombre, precisamente *ese* hombre, preguntarse cómo puede conservarlas indefinidamente? Y claro que entre más difícil, y aun peligrosa, haya sido la conquista de esos bienes excepcionales, con mayor repetición e inquietud debe hacerse la pregunta hasta dar con una respuesta salvadora.

Por eso Porfirio Díaz no supo ver que una estabilidad política conseguida con la supresión de las libertades públicas era perecedera, y que a la larga provocaría la guerra, es decir, el regreso, no ya a la inestabilidad sino al caos. Tampoco advirtió que una riqueza, sin duda mayor, que se distribuía sin el menor sentido de la equidad, engendraría un descontento acumulativo que sin remedio estallaría violentamente, haciendo así retroceder la economía nacional.

Nuestra “revolución” de los últimos treinta años ha ido cayendo en una ceguera semejante, pues, al parecer, no advierte que al indudable avance económico no corresponde ni de lejos un progreso político proporcionado. Tampoco, que la incuestionable mayor riqueza actual se queda cada vez más en menor número de manos, o que no pasa a otras cuanto puede y debe pasar. Aquí interviene una nueva y grave circunstancia: el mexicano actual es muy diferente del de 1880 o del de 1910; el de hoy quiere mejorar mucho y al instante; es, en suma, más exigente. . . y potencialmente más explosivo.

En los comienzos de aquella época —como en ésta— fueron narcisistas por breve tiempo todos los mexicanos; después, y por un largo periodo, lo fue la gran mayoría; al final, sólo unos cuantos permanecieron plantados ante el espejo contemplándose. Y una forma curiosa, pero devastadora, de defenderse de esa degradación del narcisismo fue perseguir a los que, escapándose del embrujo, recobraban la razón y el sentido de la medida.

De allí el maltratar a los disidentes con clavarles el apodo porfiriano de “díscolo”, y el actual de “amargado”. El primero quiere decir todas estas cosas terribles: avieso, torcido, mal inclinado y perturbador, pero también, honrosamente, indócil y rebelde. En el segundo no hay una cara buena: con la mayor indulgencia vale por hombre que suda un sabor desagradable semejante a la hiel, el acíbar, al ajeno; con algún rigor, quiere decir frustrado, el hombre dolido porque el azar o la injusticia lo han privado de algo que él esperaba y ansiaba obtener.

Así, al pobre comentarista de periódico se le pincha la etiqueta de “amargado” para indicar, no tanto que escribe sus

dudas o sus críticas con hiel, cuanto que está dolido porque no le han dado una gran chamba. Dos reflexiones de triple sentido común bastarían a un hombre (pero no a un Narciso) para desechar tan dolosa acusación: la primera, que es numéricamente imposible que todos los mexicanos estén dentro del gobierno; segundo, que en una sociedad tan compleja como es ya la nuestra, se impone un fenómeno que hace siglos se llama la división del trabajo. Así, unos disfrutan del gobierno, otros de la riqueza privada, y un tercer grupo se gana la vida comentando los actos públicos de los dos primeros. ¿Se llamaría al ebanista un amargado porque no es banquero o director general?

21 de marzo de 1969



REAL Y FINGIDA

Un poco tarde, es verdad, vengo a comentar el discurso de Martín Luis Guzmán en el Día de la Libertad de Prensa. Me resuelvo a ello por la singularidad del orador, la importancia de la ocasión en que se dijo y del auditorio que lo escuchó, pero, sobre todo, porque, para nuestra desgracia, la libertad de prensa en México será tema vivo durante muchos años más.

Permítaseme anticipar que dudo de que haya en México una persona que admire y envidie más a Martín Luis que yo. Lo admiro por ser un gran escritor y tener un talento extraordinario; lo envidio, porque, muerto Alfonso Reyes, es el único mexicano con sentido de la cortesanía, del decir las cosas galanamente. Esta última prenda me resulta asombrosa porque siendo nosotros hijos de español y de indio, siempre me ha parecido que bien podíamos haber heredado del indio la medida y el comedimiento en la expresión de nuestras ideas y sentimientos. Decididamente no ha sido así, pues en esto heredamos la aspereza española. Y aquí el misterio: siendo Martín Luis españolísimo, ¿de dónde pudo venirle esta virtud excepcional, como no sea de algún remoto antepasado del Renacimiento italiano?

El donaire está presente en el discurso, por supuesto; pero prodigado sobre el Presidente y su gobierno hasta el grado de no quedar una gota siquiera para la sociedad mexicana, que de vez en cuando merece también alguna consideración.

Con una visible falta de compostura, el orador asegura que "muy pocas veces, o nunca quizá" en la historia de México la

libertad de prensa se había visto tan comprometida como durante los desórdenes estudiantiles de 1968. Si hubiera recordado los motines del níquel y de la deuda inglesa de 1883-85, para no hablar de los años de 1906 a 1910, admitiría esta exageración, por lo demás innecesaria. Pero no es esto lo importante.

Martín Luis trata de demostrar que el gobierno respetó la libertad de prensa en ese periodo crítico. Si fue así, la explicación es sencilla. Para el orador, esos desórdenes tuvieron “evidentes tendencias subversivas”, un origen “turbio”, pretensiones no sólo “falsamente declaradas” sino “desmesuradas”, que, además, se expresaron en un lenguaje “deliberadamente confusionista” y que convirtieron “en sistema lo avieso de su mendacidad y procacidad”, y todo ello “enfocado hacia la guerrilla y el terror”, etc., etc.

Sería muy fácil comparar este texto con los documentos oficiales para comprobar que ni el Presidente ni ninguna de las autoridades federales y locales que tuvieron alguna participación en el asunto, jamás condenaron esos desórdenes con un lenguaje tan airado, tan tajante, tan rudo, tan incomprensivo, tan despiadado.

Si ésas eran las opiniones de la prensa sobre los desórdenes estudiantiles, resulta inconcebible que el gobierno restringiera su “libertad”. Convengamos, pues, en que la disposición de un gobierno a respetar la libertad de prensa no se prueba cuando la prensa ensalza al gobierno, sino cuando lo censura o se opone a él. Cuando usted, mi querido Martín, hizo oposición periodística en aquel recordado *El Mundo*, tuvo que huir del país para salvar el pellejo; a ello, tuvo usted que agregar varios años de destierro. Así, la vida le dio ocasión para comprobar cuándo una libertad es real y cuándo es fingida.

Después de todo, esto resulta episódico. Lo importante es reconocer que no hay termómetro mejor para calibrar la salud de una sociedad democrática que la relación que guardan el gobierno y la prensa.

En un extremo están los países occidentales europeos y los Estados Unidos. En ellos no se celebra —y menos anualmente— la libertad de prensa porque desde hace dos siglos es una realidad cotidiana, casi tan fisiológica como lo es respirar o moverse. En el extremo opuesto hemos estado nosotros alguna vez, pero hablemos de ciertos países centroamericanos y del Caribe donde los gobiernos destruyen o incendian imprentas y encarcelan o asesinan periodistas.

El México de hoy se encuentra en una situación intermedia,

pero no porque hayamos salido de la Sombra y veamos ya la luz sonrosada de la Aurora, sino porque el peso abrumador del gobierno y el coro publicitario que canta sus monerías han hecho de los mexicanos seres alucinados que toman la ficción por realidad, o que fingen haber caído en el garlito para protegerse.

No: las condiciones en que se da una verdadera libertad de prensa son múltiples y difíciles de lograr, entre otras cosas porque no se obtienen unas aisladamente de las demás, sino todas a la vez, o, por lo menos, caminando unas muy cerca de las otras.

No se ha dado, por ejemplo, ni puede darse una prensa libre junto a un parlamento servil; tampoco cuando el cine, la radio y la televisión son esclavos oficiales, o están excesivamente comercializados. No puede darse donde la autoridad tiene un poder incontrastable, sea legítimo o arbitrario. Imposible que florezca donde el ciudadano se siente inseguro, ya porque desconoce sus derechos, ya porque el temor le impide reclamarlos. No puede brotar si el gobernante es insensible al pulso de la opinión pública y si ésta carece de canales abiertos para manifestarse sin esfuerzo ni riesgo, es decir, natural y diariamente.

En fin, éste sí sería un bonito tema para el próximo discurso sobre la libertad de prensa: cuáles son las condiciones que hacen real y no fingida su existencia; cuáles existen ya en México y cómo podrían lograrse las faltantes. Y por sobre todas las cosas, ¿queremos real, positivamente una prensa libre, o sólo nos gusta presumir de que la tenemos?

27 de junio de 1969



DON PORFIRIO Y DOÑA PORFIRIA

No es ésta la primera vez que se dice que hace algún tiempo la vida nacional se asemeja mucho a la *belle époque* de don Porfirio. Y esto sin desconocer que grandes autoridades sostienen que los hechos históricos son únicos, que ocurren una única vez, que no se repiten ni pueden repetirse, y que, en consecuencia, es infundado hablar de semejanzas y más aún de identidades históricas. A pesar de ello, en el hombre parece ejercer una fascinación tan irresistible este ejercicio de descubrir similitudes entre dos eras distintas como el de "sacar lecciones" de la Historia. En todo caso, conviene echar por delante las diferencias para ver si su peso imposibilita que las semejanzas lleguen a privar.

La distinción de más bulto es, por supuesto, que el Porfiriato fue un régimen unipersonal de gobierno, de modo que si le quitamos el Porfirio, sólo queda un "ato" sin sentido. Lo que se ha llamado la Revolución Mexicana, a la inversa, no fue nunca un régimen unipersonal de gobierno y desde hace unos treinta años se ha venido despersonalizando, hasta el grado de perderse la noción misma del caudillo. Así, cada vez han venido pesando más, no las instituciones, que eso sería exagerar, pero sí los modos individuales de gesticular y de hacer.

Siendo cierto esto, pueden admitirse dos correctivos que dan una aguda dentellada a esa distinción en apariencia tan formidable. El primero sería llamarle a la "Revolución" de los últimos treinta años Doña Porfiria, para dar a entender que si bien los gobernantes han sido, en efecto, personas distintas, todas proceden de una sola madre, señora de una fortísima personalidad que ha troquelado indeleblemente a su nutrida prole.

El segundo correctivo radicaría en deslindar el concepto de Porfiriato. Díaz no logra el gobierno unipersonal de un golpe, es decir, desde aquel 5 de mayo de 1877 en que toca la presidencia por la primera vez. Le lleva once largos años: los cuatro iniciales, de tanteo; los de Manuel González, en adoptar una serie de medidas claramente conducentes a establecer la dictadura; y de 1884 a 1888 Díaz remata esta obra preparatoria. Esto en el terreno meramente político, que en cuanto al ideológico, el Porfiriato no hubiera existido sin la contribución de los redactores del celebrado diario *La Libertad*.

De todo esto puede concluirse que el Porfiriato no fue un régimen de gobierno tan monolíticamente unipersonal como su fachada lo sugiere.

Pero aquí, en realidad, sólo interesa una semejanza entre don Porfirio y doña Porfiria, porque se refiere al gobernante y a la opinión pública, en gran parte expresada ésta mediante la letra impresa.

Vista de cerca, tanto la reforma al artículo 7o. de la Constitución, que promueve Manuel González en 1882, y la cacería de periodistas que a su amparo hace Díaz a partir de 1884, fueron políticamente innecesarias. La prensa independiente venía perdiendo fuerza y agilidad desde 1867. Francisco Zarco resultó insustituible, y su periódico, el más viejo de todos, se pasó al gobierno desde 1877, haciéndose una publicación sosa. *La Voz de México*, el principal diario católico, se convierte en monocorde con la muerte de Aguilar y Marocho, su principal redactor; es más, pierde el monopolio de representar la opinión conservadora

con la aparición de *El Tiempo*, periódico torpemente combativo. El último gran periodista de la oposición, José María Vigil, deja *El Moritor Republicano* para incorporarse al gobierno de González. Filomeno Mata se dedica empeñosamente a su "Diario de los Frijoles", pues *El Diario del Hogar* como en realidad se llamaba, no se hace opositor hasta 1888.

Además, paralelamente, los diarios oficiosos mejoraron muchísimo. Ignacio Altamirano funda *La Prensa* para apoyar el gobierno de González; José Vicente Villada, *El Partido Liberal*, portavoz de la segunda presidencia de Díaz; y primero *El Pacto Federal* y después *El Observador*, gonzalistas, los dirige Darío Balandrano, que aprendió del presidente Lerdo de Tejada el arte de la polémica política.

Por si algo faltara, la autoridad central se había afianzado pasmosamente con la destrucción de los cacicazgos locales de Méndez en Puebla, de Vallarta en Jalisco, de García de la Cadena en Zacatecas, de Gerónimo Treviño en Nuevo León, y de Servando Canales en Tamaulipas. El ejército respetaba y admiraba a González y a Díaz. En fin, después de setenta años de guerras civiles y extranjeras, era general el ansia de paz y de mejoramiento material.

Entonces, ¿qué pudo inducir a Díaz a perseguir tan ostensible, tan despiadada y tan innecesariamente a la prensa? Carlos Pellicer asegura que en el fondo de todo mexicano yace un dictador, que de pronto se yergue para obrar como tal. Conviene recordar la definición, pues su significado suele mezclarse con el de otros vocablos: "Gobierno que, invocando el interés público, se ejerce fuera de las leyes constitutivas de un país."

De esta definición el elemento circunstancial es el de gobernar fuera de las leyes constitutivas, y el principal es el motivo invocado para gobernar de ese modo o de cualquiera otro que importe poderes extraordinarios. Manuel González, en efecto, hizo reformar con todos los trámites previstos en el artículo 129 de la Constitución el 7o. que le estorbaba; y cuando las esposas y los hijos de los periodistas encarcelados se dirigían a Díaz pidiéndole alguna compasión para las víctimas, Díaz se excusaba porque la Constitución prohibía al poder ejecutivo intervenir en asuntos del judicial.

En cambio, ambos gobernantes sentían que la Divina Providencia había puesto en sus manos la "regeneración" del país, como ellos llamaban al imperio del orden y a la construcción de ferrocarriles y telégrafos. Poseídos sincera, pero rígida y obcecadamente de esa misión divina, les irritaba hasta la descomposi-

ción ver que un mozalbete pedante como Salvador Quevedo y Zubieta denunciara desde su *Lunes* los “grandes negocios” que hacían los favoritos del Manco.

Es el caso, pues, de preguntarse si no se parecen mucho Don Porfirio y Doña Porfiria.

14 de noviembre de 1969

LA CARTA QUERETANA

El mexicano suele ser trágico pero no serio. De haber sido circunspectos hace dos años, hubiéramos celebrado el primer cincuentenario de la Carta de Querétaro con un congreso constituyente que la reformara. En lugar de tarea tan útil como noble, hubo una algarada confusa. Primero, se pretendió festejarlo simultáneamente con el primer centenario de la República Restaurada, un suceso sin relación alguna con el otro. Después, se confundió esta República con la Reforma, y a la Reforma con Juárez. El resultado final fue un gran pasellón a Querétaro y dos tristes discursos.

El sentido general de la palabra constitución ya indica su importancia excepcional: "Esencias y calidades de una cosa que la constituyen como tal y la diferencian de los demás." Entonces, "constituir" a un país es infundirle vida, o, dicho negativamente, que sin una Constitución no puede existir. Por eso se la escribe con mayúscula y se la llama Ley Suprema (que no tiene superior), Ley Fundamental (o principal), Carta Magna (o grande), etc.

Esa importancia extrema de las constituciones ha traído, entre otras, tres consecuencias. Suelen nacer en un mal momento, al calor de un movimiento revolucionario, que, por definición, ha puesto patas arriba todas las cosas de una sociedad; transforman la esperanza legítima de sus redactores de que alguna vez se curarán los males nacionales en la quimera de que su alivio vendrá en un santiamén con la Constitución; e induce a sus redactores a poner en la hechura más emoción que entendimiento, más fábula que realidad.

Nuestra carta queretana no se escapó a todas estas normas. Nació del sacudimiento revolucionario quizás más fuerte que ha sufrido México. Además, de uno que, sin haber vencido todavía cabalmente al antiguo régimen, comenzaba a resquebrajarse por las escisiones todavía vivas de villistas, zapatistas y convencionalistas, y por la latente pero ya palpable entre Carranza y Obregón. De aquí esta situación equívoca: mientras Carranza, su convo-

cador, parecía entender que la misión del Constituyente debía ser revisar el texto liberal de 1857 según la experiencia de sus sesenta años de vigencia, los amigos de Obregón coqueteaban con la idea de embutirle algunos petardos radicales. Debe agregarse todavía algo más: a diferencia de las constituciones revolucionarias de los Estados Unidos y de Francia, la queretana no pudo aprovechar la exploración ideológica tan extensa, talentosa y brillante del *Federalista* y la *Enciclopedia*.

Así, nuestros constituyentes, a más de trabajar dentro de una situación equívoca, lo hicieron sin mucha luz exterior (ni interior). El fruto de sus afanes tenía que ser, pues, modesto y por tanto perfectible.

En cambio, quizás no sea inexacto afirmar que la Constitución del 17 no resultó tan esperanzada o quimérica, ni tan emotiva como la del 57. Lo que tiene de esperanza y de quimérica se concentró casi por completo en los artículos 27 y 123, pues el 30. fue equívoco (y equivocado) desde su nacimiento, y la opacidad del 130 la revela bien su colocación dentro de unas "prevenciones generales" que más debieron llamarse olla podrida.

Estas excepciones, por desgracia, lejos de favorecerla, dañaron a la Constitución revolucionaria. Desde el punto de vista de la forma, su lenguaje es pedestre y su gramática insufrible; quedó muy lejos de la elegancia literaria de las constituciones norteamericana y francesa, y de la vehemencia que asoma ocasionalmente en la nuestra del 57. En cuanto a su fondo, no resultó más modesta ni más prudente, y, por lo tanto, con mayor apego a las duras realidades nacionales.

Por si esto fuera poco, ha de considerarse el daño que le ha hecho el mundo exterior, los cambios sin número, de magnitud inmensa, de hondura insondable que han ocurrido en él desde la fecha de su expedición. La han hecho augustamente inactual.

Nada de esto quiere decir —como debe suponerse— que la Constitución del 17 no sea un documento histórico de primerísima importancia y que sus autores no merezcan nuestra más rendida y admirada veneración, sobre todo los petardistas radicales. Quiere decir simplemente que nació en condiciones adversas y que las transformaciones internas y externas la han dejado visiblemente atrás. Si don Venustiano creyó que sesenta años de experimentar la Constitución del 57 ameritaban repasarla, los cincuenta y dos de la del 17 imponen hoy semejante empeño.

Propongo, pues, convocar para el 2 de enero de 1972 un congreso constituyente encargado de esa tarea, que culminaría con la promulgación de la nueva Carta el 5 de febrero de 1973.

Esa convocatoria debe ser precedida por el trabajo, iniciado el 2 de enero de 1971, de una pequeña comisión de juristas, ciertamente, pero también de sociólogos, economistas, politólogos e historiadores (de otro modo yo no tendría cabida), que por lo menos circunscriban las grandes zonas de enmienda.

Esos documentos se sujetarían a dos escrutinios: el primero, por estamentos, y el segundo por edades. Se consultaría, pues, a juristas, historiadores, sociólogos, economistas, psicólogos sociales, obreros, campesinos, banqueros, industriales, comerciantes, agricultores, etc. Asimismo, a los jóvenes (de 18 a 25 años); a los primerizos (26 a 40), a los maduros y los viejos. Los textos primitivos y los comentarios recogidos sobre ellos, se pondrían en manos del congreso constituyente, en el entendimiento de que, como una asamblea política y representativa popular, sería soberana y, por lo tanto, no estaría obligada sino a enterarse de ellos.

16 de mayo de 1969



A CONSTITUIRNOS

He dado algunas razones para mostrar que la Constitución del 17 nació en circunstancias adversas y que el mero transcurso del tiempo (más de medio siglo) la ha hecho anticuada en buena medida. No bastan esas razones, sin embargo, para fundar la idea de que debe convocarse a un congreso constituyente que la reforme o la sustituya.

Desechemos en seguida la explicación de que se trata del mero prurito de escribir constituciones y de la necesidad de pedir las peras que sólo da el olmo. Es verdad que los países de la América Latina ostentan la despampanante marca de haberse dado ciento noventa constituciones en los primeros ciento cincuenta años de su vida independiente; pero, al lado de Haití y Venezuela, que han contribuido a ese total, respectivamente, con veintitrés y veintidós constituciones, México ha sido discreto. Por otra parte, el congreso constituyente que me he permitido proponer se reuniría en un ambiente de cambio, pero no de sacudimiento revolucionario. Además, lo precederían dos años de preparación de textos y de examen público. A los constituyentes llegaría, así, un proyecto cuyas divergencias principales habrían sido ventiladas bastante. Todo esto hace suponer que se podría llegar a una Carta, no ilusoria, sino razonablemente realista.

Mi admirado pero desconcertante amigo Gustavo Baz ha propuesto antes que yo esta idea de convocar un congreso constituyente, sólo que el suyo sería "juvenil", es decir, confiado a jóvenes, digamos de 18 a 25 años, que acabarían por redactar una constitución de juguete. Entiendo que esta idea (dejo de sus sorbos de rector) ha sido concebida con fines pedagógicos: ocupar a los jóvenes en una tarea grandiosa, interesándolos así en la cosa pública de su país y, si el interés persiste, convertirse en el futuro grupo dirigente de la nación.

Como mi idea va en serio, no pienso confiarla a jóvenes, aunque sí buscar su parecer como los más interesados, puesto que ellos, y no nosotros los viejos, han de gozar de los aciertos de la nueva Constitución y padecer por sus fallos. Entonces quisiera fundar un poco más la conveniencia de que se me haga caso.

La primera ventaja que le veo (menor si se quiere, pero en manera alguna desdeñable), es que ayudaría a satisfacer en parte la sed al parecer insaciable de exhibicionismo que sufre el mexicano desde hace unos años. Los gobernantes la comenzaron hace veintitrés, gastando en proclamar sus virtudes un esfuerzo, un tiempo y un dinero (público, no personal, por supuesto) increíblemente cuantiosos. Esta publicidad, o propaganda, como antes se llamaba, resultó tan impetuosa, tan avasalladora, que inevitablemente arrastró a toda la sociedad mexicana. De aquí no sólo la olimpiada espiritual de don Pedro (R. V.), y la física de don José Luis (M.), sino las convenciones, conferencias, simposia, reuniones, asambleas, encuentros, etc., nacionales e internacionales que día con día se celebran en México. La última de que yo tengo noticia es ésta: Primera Confrontación Cósmica y Aeroespacial de Anestesistas de la Segunda Muela Izquierda del Maxilar Canino Inferior. Entonces cabe preguntar: ¿no podría abrirsele un huequito a este congreso constituyente para que en su modestísima esfera ayude a colmar el calendario de convenciones, exaltando de paso la orgullosa naturaleza de don Agustín (S.)?

La segunda ventaja, no ya psicológica sino política, es más seria, aun trágica. Sólo los ciegos pueden dejar de ver que el México de hoy recuerda cada vez más los últimos años del Porfiriato y los albores del maderismo. Díaz tenía en su haber la pacificación del país y un espléndido progreso material en todos los órdenes: comunicaciones, minería, agricultura, comercio, industria, organización bancaria, crédito nacional y extranjero, etc. Pero destacábase cada vez más la tragedia de que el país, lejos de haber avanzado en su vida política, había retro-

cedido unos sesenta años, pues no se hallaba, digamos, en 1908, sino en 1848. Si se quiere medir de otro modo la tremenda significación de ese dramático desequilibrio, recuérdese que Madero pertenecía a una de las pocas familias que habían sido francas beneficiarias del progreso material porfiriano. A pesar de ello, Madero se lanzó a la rebelión para reivindicar la importancia de la vida política, y esto a sabiendas de que empujaría la economía del país a la quiebra más espantosa, como efectivamente ocurrió.

Hoy la situación es peor por mil razones, pero con ésta bastaría: la población del país se ha cuadruplicado y por consiguiente el número de ciudadanos que quieren participar en las decisiones políticas y que necesariamente están insatisfechos de ver que el país está gobernado por una oligarquía burocrática que difícilmente pasa de un par de millares de personas.

En estas condiciones, el presidente de México de 1970 apenas podría dar un golpe más llamativo que anunciar la próxima convocación de un congreso constituyente. Sería ese anuncio el reconocimiento discreto pero eficaz de que el nuevo régimen se percató de un problema grave, el más grave de todos, y que se dispone a atacarlo con la quietud, el orden y la inteligencia de un pueblo maduro que prepara oportuna, anticipadamente su vida futura.

23 de mayo de 1969



GENIOS Y ANIMALES

Para aderezar los textos preparatorios que se someterían al Congreso Constituyente de 1972 deben usarse varios operarios, el primero de los cuales ha de ser el gramático-lingüista, o sea Antonio Alatorre, el único genio que yo conozco en estas materias. La gramática, la simple puntuación de la Carta queretana es desesperante. Es visible que las comas fueron disparadas con ametralladora, resultando que una de ellas cae siempre donde debe, pero las demás asesinaron a otras tantas palabras inocentes.

Dos ejemplos entre mil posibles. Uno de los motivos por los cuales se pierde la nacionalidad mexicana es éste (artículo 37, V): "Por ayudar, en contra de la nación, a un extranjero, en cualquier reclamación diplomática, o ante un tribunal internacional." Cinco comas donde bastaría una: "Por ayudar a un individuo, corporación o gobierno extranjeros en cualquier reclama-

ción internacional contra México.” Como no hay quinto malo, la fracción V del artículo 3o. es peor: “El Estado podrá retirar, discrecionalmente, en cualquier tiempo, el reconocimiento de validez a los estudios hechos en planteles particulares.” Aquí sobran las tres comas usadas, pues pudo decirse con buen aire algo como esto: “Discrecionalmente podrá el Estado retirar en cualquier tiempo la autorización de que habla la fracción II de este artículo.”

Esta aspiración no es simple coquetería literaria (muy legítima y necesaria tratándose de una Constitución), sino que una gramática torpe acaba por empañar el pensamiento que quiere expresarse. Véase el artículo 49: “El Supremo Poder de la Federación se divide, para su ejercicio, en Legislativo, Ejecutivo y Judicial.” Esas dos palabrejas aprisionadas entre comas hacen dudar de si puede concebirse un poder sin ejercerse, de si sólo se divide al ejercitarse y, por lo tanto, si se conserva indiviso en estado latente. Aparte de evaporarse toda duda, habría un cierto donaire de haberse escrito una cosa parecida a ésta: “Tres poderes, el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, comparten el ejercicio del Poder Supremo de la Federación.”

El segundo operario al que debiera llamarse es un animal, el lince, porque su mirada horada las paredes. Estaría encargado de descubrir vaguedades, contradicciones e inactualidades.

Ejemplo de vaguedad, poco sorprendente ya que se trata del artículo 3o., todo él vago y torcido. Su fracción VIII habla de que el Congreso de la Unión dará leyes que distribuyan entre la federación, los estados y los municipios “la función social educativa”. ¿Cuál será —¡Oh Todopoderoso!— esa función *social* educativa, y cuáles otras quedarán sin distribuir, digamos la profiláctica?

Una muestra de contradicción. Tras de prescribir que el ciudadano está obligado a servir los cargos de elección popular y que por eso son irrenunciables, el artículo 63 declara que el hecho de que un diputado o un senador no concurren a las sesiones de los treinta primeros días de un periodo, se interpretará como que “no aceptan el encargo”. Es decir, se admite la renuncia, y una renuncia indelicada, además.

Ahora un caso de inactualidad. El artículo 2o. (breve pero atrozmente redactado) declara que un esclavo procedente del extranjero recobra su libertad y adquiere la protección de las leyes nacionales por el solo hecho de internarse en nuestro territorio. Un sentimiento muy generoso, sin duda; ocurre, sin embargo, que hoy no existe jurídicamente un solo esclavo en el mundo. Y

si los hubiera, no podrían entrar porque muy fundadamente nuestros cónsules les negarían la tarjeta de turista. Si se trata de esclavos en el sentido económico o social, nuestro territorio sería físicamente incapaz de albergar unos tres mil millones de esclavos, ya que esto nos daría una bonita densidad de población de poco más de tres mil quinientos habitantes por kilómetro cuadrado.

El tercer auxiliar que habría que llamar para esta labor preparatoria sería también un animal: el "conejo de pies vellosos", comúnmente conocido por gazapo, justamente para que cazara a sus congéneres los gazapos. No es esta tarea menor, pues una de las cosas más irritantes de nuestra actual Constitución es la falta de reflexión con que se hizo, o si se quiere, la prisa innecesaria con que se concluyó.

Los constituyentes del 17 eran partidarios (no muy entusiastas) de la doctrina de que el pueblo es la fuente única de la soberanía. Por eso el artículo 39 proclama que ese pueblo tiene "en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la *forma* de su gobierno". Primero, "alterar" y "modificar" significan casi lo mismo; así, poco gana el pensamiento usando una expresión pleonástica. Lo más grave, sin embargo, es la duda, la eterna suspensión del ánimo: ¿qué es exactamente la *forma* de un gobierno? Y si tiene forma, no podrá carecer de fondo; entonces, ¿por qué un pueblo que, por definición, es soberano o supremo, puede alterar sólo la forma de su gobierno?

No se cayó en la cuenta de que para el liberal del 57 la forma era el fondo, pues para él había dos únicas "formas" de gobierno, la monárquica y la republicana, con todas las diferencias de fondo que cada una de ellas suponía. La monárquica llevaba implícito el fondo de conservar alguna atadura con España; la forma republicana era un buen medio de proclamar el fondo de que México era una nación absolutamente independiente. Todo esto sin contar con que hoy sabemos que hay más de dos "formas" de gobierno, y que bajo una forma idéntica se dan fondos gubernamentales radicalmente distintos.

Pero en la exploración de conceptos y en la preparación de textos para el Congreso Constituyente de 1972 deberán intervenir más genios y menos animales, pues la entrada a los grandes debates debiera limitarse a los primeros y negarse a los segundos, excepto, claro, a la zorra.

30 de mayo de 1969



EL GRAN DEBATE

Una de las formas más convincentes de fundar la necesidad de llamar en 1972 a un congreso constituyente es imaginar cuáles serían las cuestiones que en él se discutieran con más ardor. No ciertamente las tratadas en los actuales artículos 27 y 123, es decir, lo que en 1917 fue una novedad verdaderamente revolucionaria, es hoy acatado sin chistar por todos los mexicanos y por todos los extranjeros del orbe.

Podría agregarse un detalle: la decisión de darle un rango constitucional a las disposiciones sobre los recursos básicos de la nación y sobre el trabajo, tenía, por supuesto, el antecedente del presidente Lerdo de Tejada en cuanto a las Leyes de Reforma; pero su motivo principal fue el temor de que sin el escudo constitucional estas conquistas de la Revolución Mexicana desaparecieran el día de mañana o por lo menos se debilitaran. Sólo así puede explicarse cómo en un texto constitucional, que por definición debe contener tan sólo grandes principios generales, se descienda a detalles clarísimamente reglamentarios como el de que debe aliviarse el trabajo de la obrera embarazada y cesar durante el primer mes posterior al parto.

Al contrario, es de preverse que en este nuevo congreso constituyente se produzca una gran novedad "ideológica", de la que careció, y no podía haber tenido, el de Querétaro. En efecto, éste se celebró dentro de una inocencia ideológica cuyo recuerdo despierta suspiros nostálgicos.

El marxismo era una filosofía política bien ajena al pensamiento mexicano de entonces, a pesar de sus buenos setenta años de edad. Ni siquiera habían llegado las variantes del "socialismo" europeo, digamos el inglés. La incapacidad de los floresmagonistas para apoderarse de la rebelión maderista anuló las ganancias logradas antes por ellos en favor del anarquismo. Por añadidura, el liberalismo, del que vivimos durante todo el siglo XIX, no había llegado al descrédito en que cayó veinticinco años después. Por último, debe considerarse que, al parecer, ninguno de los constituyentes queretanos padecía esa enfermedad llamada "inquietud mental".

Todas esas circunstancias produjeron el resultado sorprendente de que aun cuando el Congreso Constituyente de 1917 trabajó en un clima de liberalismo puro, creó el primer régimen de gobierno en el mundo que desafió abiertamente uno de los prin-

cipios cardinales de esa filosofía política, convirtiendo al Estado en el motor principal del desarrollo general del país.

Esto hace prever que en 1972 no podrá prescindirse de la colaboración de los más acreditados constitucionalistas de hoy: Mao, Guevara, Castro y Ho Chi Minh. Aparte de ser esto inevitable, parece que uno de los mayores beneficios que puede traer el Congreso Constituyente de 1972 es el averiguar de una vez por todas si los secuaces de tan eminentes juristas tienen realmente algo que decirle a su país.

Las mejores esperanzas del constituyente de 1972 deben depositarse, primero, en que nuestros grandes constitucionalistas y "administrativistas" no desdeñen el tremebundo contenido político que inevitablemente tienen, y deben tener, las disposiciones constitucionales. Y deben residir también en la inteligencia y la integridad de un politólogo mexicano que por ahora anda perdido quién sabe dónde.

Si ellos se juntaran con un historiador que conociera nuestro siglo XIX, quizás convinieran en que los dos problemas más espinosos de ese congreso constituyente pueden ser los siguientes. Primero, el que ofrecen estas dos prendas admirables del mexicano: su enorme talento para idear y redactar leyes cuya hechura despertaría la envidia del jurista más encumbrado del mundo, y un ingenio inagotable para violar las leyes que inventa. Y el segundo, reconocer que el verdadero problema de un gobierno, de cualquier gobierno, es limitar el poder del gobernante.

La capacidad violatoria de la ley que tiene el mexicano es sencillamente aterradora, tanto, que en un arranque varonil podría concluirse que es del todo inútil intentar ponerle un valladar jurídico, cualquier valladar jurídico, porque se lo saltará siempre livianamente.

Los legisladores del 57, obsesionados por la dictadura constante en que el país había vivido desde los albores de su independencia, despojaron al Ejecutivo de facultades que normalmente le hubieran correspondido. Con igual fin robustecieron al Legislativo hasta el grado inverosímil de que era él quien otorgaba las patentes comerciales e industriales. Engreídos con la victoria sobre el conservador-centralista, hicieron a los estados soberanos en su régimen interior, proclamando, además, que a ellos pertenecía toda facultad no expresamente reservada a la Federación. Pues bien, los presidentes, sin excepción alguna, trataron de sobreponerse a los otros dos poderes y dominar la vida política local. En sólo ocho años, de 1880 a 1888, Manuel González y Porfirio Díaz arrasaron con los últimos vestigios que quedaban del federalismo,

y esto sin tocar para nada la Constitución, sin hablar siquiera de ella. Y Porfirio Díaz, también dejándola intacta, fue el amo absoluto del país durante veintidós años continuos.

En cuanto al segundo gran problema, debe reconocerse que México, constituido en república, es en realidad una monarquía absoluta, si bien sexenal. Y ni siquiera esto, ya que el presidente es seleccionado de un círculo tan reducido y tan allegado al mandatario saliente que puede hablarse de una relación de parentesco. Entonces, con más rigor, cabría hablar de una Monarquía Absoluta Hereditaria en Línea Transversal. ¿Cómo, entonces, limitar real, positivamente, el poder del presidente? Porque tratándose del poder, jamás debiera olvidarse la verdad como un templo de Lord Acton: El poder corrompe, y el poder absoluto, corrompe absolutamente.

En éstas estamos hoy, y porque no debiéramos seguir así, ha de convocarse a ese Congreso Constituyente de 1972, en cuyos bancos ya me veo sentado, todo oídos y todo esperanzas de que al fin la fábula constitucional se convierta en una realidad política vivible.

6 de junio de 1969



PRIMERA RESPUESTA

En cuatro modestos artículos me permití presentar y fundar la idea de convocar a un congreso constituyente que repasara nuestra Carta actual. También esboqué un calendario que podrían seguir los trabajos que condujeran a la nueva Constitución. La idea ha corrido con la buena y la mala fortuna de ser comentada por varias personas, a quienes por cortesía debo contestar, aunque desmayadamente. Para ello, sin embargo, conviene recapitular mi propia presentación.

Por lo pronto el calendario: el 2 de enero de 1971 el nuevo presidente de la República nombraría una comisión de "técnicos" (llamémosla así) que repasara la Constitución del 17 y propusiera, sea las reformas que en ella deben hacerse, sea un texto enteramente nuevo. El resultado de sus deliberaciones se sometería a dos críticas públicas, una por estamentos y otra por edades para provocar y registrar las reacciones de los más variados grupos sociales y de las generaciones joven, madura y vieja. (Por supuesto que las mujeres serían consultadas a

igual título que los hombres.) El 2 de enero de 1972 se convocaría a elecciones para diputados de un congreso constituyente, que, como asamblea popular soberana, decidiría en última instancia el texto final y valedero de la nueva Carta, que se promulgaría el 5 de febrero de 1973.

Don Antonio Martínez Báez, el primer comentarista de la idea, introdujo calladamente una modificación a este calendario: echar a andar el proceso el 2 de enero de 1970. Parecería que está tan ansioso de llevarla a cabo, que quiere anticipar su realización. Para mí tal cambio sería fatal, porque el simple nombramiento de la comisión preparatoria es una decisión esencialmente política, y de una gravedad e importancia extremas. Entonces, debe suponerse que no querrá tomarla un presidente que está a punto de marcharse, y un presidente cuyo peso político se desvanece vertiginosamente en cuanto surge de las tinieblas el Tapado (con perdón de don Alfonso).

Yo, en cambio, he imaginado que el candidato de nuestro aguerrido Institucional será tan inteligente, tan sensible a las necesidades nacionales y tan afligido por dar con nuevos senderos, que incorporaría en un lugar de honor a su programa la idea de una nueva Constitución. Así, al mes escaso de estar en la presidencia, en la plenitud de su poder político personal, con el apoyo unánime del partido que lo llevó a la victoria y con un cuerpo legislativo nuevo, la idea adquiriría una viabilidad política que de otro modo no tendría.

Este asunto no es de simples procedimientos o de meras fechas, sino de sustancia o de vacío político. Y esto me conduce a examinar la segunda observación, hecha de un modo inteligente y fundada por don Antonio, y de manera chabacana por otros dos comentaristas. Don Antonio dice que toda Constitución ha sido siempre hija de una gran revolución, y que, por lo tanto, no se ha dado todavía el caso de una que se suicide permitiendo que bajo su égida se convoque a un congreso encargado de sustituirla por otra.

Esta tesis tendría un amplísimo apoyo histórico, nacional y extranjero, de modo que sin vacilar puede aceptarse como una regla general; pero no absoluta, pues allí está, por ejemplo, la actual Constitución francesa, de 1958, que en manera alguna puede verse como criatura de una revolución. Pero el argumento más eficaz contra esa tesis es el de que Napoleón no se había muerto hasta que se murió, o sea que una cosa sigue ocurriendo hasta que sucede otra. Así, no se ve motivo racional alguno para descartar la posibilidad de que un pueblo sea lo bastante cuerdo

para ponerse a redactar hoy un texto constitucional precisamente para evitar la revolución de mañana.

Supongo que no puede tomarse muy al pie de la letra la presentación de esta misma tesis hecha por don Ignacio Ramos Praslow, quien dice: "Las constituciones no se hacen en oficinas alfombradas ni se escriben con bolígrafos de oro. Estas constituciones se hacen en el campo y se escriben con sangre." Quizás don Ignacio pueda recordar todavía que él la firmó (que no la hizo) en el Teatro de la República, un recinto ciertamente sin alfombras, pero no del todo inconfortable. Quizás pueda recordar también que la firmó, no con un bolígrafo, que entonces no se conocían, sino con una pluma de pavo. En todo caso, puede comprobarse que ninguna de las firmas de los constituyentes aparece en color rojo, sino negro o azul. Por eso, sólo puede concluirse, o que no hubo tal sangre, o que la de don Ignacio es azul, como lo son las del noble y el aristócrata.

También supongo (pues no es fácil penetrar en su galimatías romántico-filosófico) que sostiene una tesis semejante don Miguel Osorio Rodríguez (*Excelsior*, 28 de mayo) cuando afirma cosas tan matemáticamente precisas como ésta: "...Nunca las formulaciones legislativas han de apartarse de los sentimientos del pueblo."

Si bien, al parecer, no muchos lo crean, yo he propuesto muy en serio ("apocalípticamente", califica la Unión Nacional Sinarquista en *Excelsior*, 4 de junio) la idea de una nueva Constitución; pero jamás he imaginado su redacción como tarea de cuatro trasnochados juristas que, tras de reunirse un par de semanas en una oficina alfombrada y con Sonorex, brotan a la luz del día para decirle al pueblo de México: aquí tienes la Constitución que regirá tu vida a partir de mañana. Por supuesto que no: a una idea de estas hay que darle una vida, una sustancia, una realidad política y popular; por eso en mi calendario se sugiere un posible procedimiento para conseguirlo.

Así, la única diferencia que yo veo entre estos comentaristas y yo, es que ellos no creen que esa vida política pueda darse consciente, deliberadamente, sino que la trae la muerte y la destrucción del vendaval revolucionario. Si ellos tuvieran la razón, no quedaría sino implorar que cuanto antes se desate implacable.

13 de junio de 1969



SEGUNDA Y ÚLTIMA

De los reparos hechos a la idea de ser hoy, no ya conveniente, sino urgentemente necesario redactar una nueva Constitución política, sobresalen dos. Uno, que, antes que nada, la Carta actual debe ser respetada; el otro, que no ha de tocarse porque a su amparo México ha progresado.

Dos constituyentes expresaron claramente el primero. El senador Terrones Benítez dice: "Poco se ha hecho por cumplir la actual Constitución para pensar en una nueva..." Don Ignacio Ramos Praslow es más terminante: "Lo primero... es cumplir la Constitución... Una vez que se cumpla y se compruebe en la práctica que no da los resultados apetecidos, entonces se podría pensar en algo más."

No puede uno dejar de maravillarse (y de entristecerse) al palpar la increíble ingenuidad de estos hombres que hicieron la Constitución del 17, pues un buen código político es inseparable de una percepción fina y firme de las realidades sociales en que debe operar. Si don Ignacio hubiera hecho esa reflexión al día siguiente de proclamarse la Constitución, es decir, el 6 de febrero de 1917, todos lo hubiéramos acompañado en ese pensamiento tan prudente; pero hacerla hoy, esperar a que la Constitución sea acatada alguna vez después de haber sido desobedecida durante 52 años consecutivos, acusa un optimismo rayano en el delirio.

Yo estoy seguro de que los señores Terrones Benítez y Ramos Praslow reaccionarían de manera distinta si comprobaran que el automóvil que guardan en el garage de sus casas no ha podido arrancar en ninguno de los 19 100 días que tiene la Constitución de ser desobedecida. Como no parecen ser hombres muy radicales, quizá no se resolvieran a regalarlo a un museo y adquirir otro nuevo; pero tal vez don Ignacio se decidiera después de tan amarga y prolongada experiencia a "pensar en algo más", o sea llamar un mecánico que explique el mal que ha paralizado ese maravilloso aparato, ideado y hecho para caminar, pero que ha permanecido inmóvil durante 52 años.

La tesis de que la actual Constitución no debe tocarse porque a su amparo ha progresado el país, la expuso con un patetismo risible don Miguel Osorio Ramírez (*Excelsior*, 28 de mayo). Para él, con el cambio de la Constitución "... veríamos... destruirse las grandiosas obras de electrificación, comunicaciones,

riegos, educación, organización y funcionamiento de universidades o institutos técnicos, y, en suma, lo que es la grandeza del país". Se necesita tupé para afirmar a estas alturas, y en un escrito destinado a ser leído por más de cien mil ciudadanos, que es parte de la grandeza nacional el funcionamiento de nuestros institutos técnicos y nuestras universidades.

De estas imaginaciones tan melancólicas debe concluirse que el señor Osorio confunde el cambio constitucional con una bomba atómica, y no la de Hiroshima, sino de las últimas, de las más refinadas, de esas que arrasan con cuanto hoy tiene vida, y que esterilizando hasta la entraña de la tierra impiden durante un siglo que algo renazca en ella. Así, no puede darse con un adorador del *statu quo* tan enajenado, tan ciego, como don Miguel, y si, según se me ha dicho, él es, o ha sido, un miembro notable de la familia revolucionaria, ha de llegarse a la conclusión deprimente de que México está perdido si han de gobernarlo revolucionarios tan furibundos como este don Miguel.

No puede pasarse por alto un tercer comentario principal, entre otras razones por la curiosa de no haber sido expresado públicamente y casi ni en privado. No se detiene siquiera a considerar la idea de una nueva Constitución y de un congreso que la redacte, sino que la fulmina anticipada, instantánea y totalmente porque representa "una agitación innecesaria". Vale la pena reparar en los dos términos de esta sentencia tan penitencia.

Primero, quiere hacer abortar toda reflexión pública sobre los problemas nacionales con la palabra condenatoria de "agitación". Segundo, no distingue los tres matices que "agitar" tiene en nuestra lengua: inquietar, perturbar y mover violentamente el ánimo. Inquietarlo es saludable porque significa vida y vitalidad. Lo es asimismo perturbar el ánimo, porque significa alterar el curso o el estado de una cosa, o sea que revela facultad de percibir el cambio, el propósito de manejarlo conscientemente y aptitud de ajustarse a él y aun aprovecharlo. Entonces, por eliminación, sólo sería condenable el mover violentamente el ánimo, y eso lo harían los conservadores, que ciertamente tienen derecho a existir, pero no a gobernar política o administrativamente un país como México.

La verdad de las cosas es que tras esa muletilla de "agitación innecesaria" se encierra la divertida creencia de que sólo la burocracia política puede y debe decidir qué se "agita", cuándo se "agita" y cómo se "agita". Para desgracia del país, es siempre pequeño lo que esa deslucida burocracia agita; el tiempo de agi-

tar lo dicta siempre el interés personal más mezquino; y el método de agitar que ella se reserva es invariablemente la palabra hueca y destemplada, y el gesto del gallito habanero que valientemente desafía a la nada... como el perro trasnochado que ladra a la luna.

20 de junio de 1969

PRIMER CONTACTO

Entre los pecados prendidos a los "científicos" porfirianos está el de haber borrado a España de su preocupación intelectual y del panorama educativo nacional. Pablo Macedo se dolió de haberla descubierto en 1911, desterrado y a siete años de su muerte. El cargo es fundado; pero no porque los porfiristas inventaran semejante borrón: a pesar de que el Ateneo de la Juventud rectificó el clima intelectual porfiriano, y a despecho de los trabajos de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes, quienes los sucedimos continuamos esa tradición sin esfuerzo ni remordimiento.

Ciertos hechos me ayudaron a salir de ella. Julio Álvarez del Vayo, el primer embajador republicano, hombre cordial, activo, sin las trabas del diplomático profesional, se puso en contacto con los "liberales" mexicanos. Además, los republicanos españoles querían una reforma agraria, y entonces el "modelo" mexicano era único. En fin, al ministro de Educación, Fernando de los Ríos, lo sublevaba el rebaño estudiantil que trotaba ciega, automáticamente a la Escuela de Derecho, inconsciente de que la primera Guerra Mundial había abierto campos deslumbradores a las otras ciencias sociales, la tecnología y la ciencia. Don Fernando resumía así la situación: la Constitución exige haber nacido en España y tener veintiún años para ser ciudadano; ¿por qué no agregar ser católico y abogado? La primera maniobra diversionista que intentó fue invitar a profesar cursos de economía a luminarias como Werner Sombart.

La conjunción de esas tres circunstancias fortuitas me trajo la invitación para explicar la reforma agraria mexicana en la Universidad Central de Madrid, mi primer contacto con España. El curso fue un fracaso completo: el buen secretario de la Facultad de Filosofía lo puso en el día y hora que las lecciones de José Ortega y Gasset, entonces en el cenit de su gloria; luego, la reforma agraria no interesaba en absoluto a los universitarios españoles.

Tuve otro fracaso en aquella primera visita. En 1928, casual-

mente regresamos al mismo tiempo de estudiar economía en el extranjero Eduardo Villaseñor, Antonio Espinosa de los Monteros y yo; pronto nos juntamos con Manuel Gómez Morín, que la estudiaba y practicaba aquí. Convinimos en la necesidad de crear siquiera una sección de estudios económicos dentro de la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales. Acudimos al director, Narciso Bassols, quien a regañadientes aceptó la idea. Pero nada tardamos en descubrir que resultaban imposibles los métodos que habíamos sufrido Villaseñor en la Escuela de Economía de Londres, y Espinosa de los Monteros y yo en Harvard. Nuestros estudiantes desconocían el inglés, y de haberlo sabido, no podían hacer las lecturas necesarias porque trabajaban para ganarse la vida. Resolvimos entonces intentar traducir y publicar un buen número de libros. Para ello, ampliamos el círculo de nuestras deliberaciones llamando a él a Jesús Silva Herzog, quien brusca y entusiastamente resolvió hacerse economista, y a Emigdio Martínez Adame, que entonces comenzaba su callada carrera política como presidente de la Sociedad de Alumnos. Pronto se agregó Miguel Palacios Macedo, con buenos estudios hechos en París.

Ninguno tuvo en ese momento siquiera la aspiración de crear en México una empresa editorial que resolviera nuestro problema. Me aproximé a Paco Rubio, representante de Espasa-Calpe, la editorial española de más fuste. Como buen andaluz, era cordial y abierto, es decir, accesible a la presentación del plan, que debía reexpedir a Madrid, pues sus funciones eran puramente comerciales. Mi documento explicaba por qué creíamos que esta serie de economía se vendería bien y por qué Espasa debía apresurarse a publicarla. Abultaba yo en mi memorándum una hazaña reciente del rival más próximo de Espasa: M. Aguilar acababa de publicar una nueva versión de *El Capital*. Se había agotado a pesar de tratarse de un libro abstruso y extensísimo, de la paternidad dudosa de la traducción (se aseguraba que Manuel Pedroso sólo la había firmado) y de presentarse en un formato imposible de tamaño y peso. A esta mañosa introducción seguía una lista de cincuenta títulos posibles, clasificados en secciones: manuales introductorios, cursos medios para estudiantes, etc.

Como Rubio no recibiera una pronta respuesta, comencé a apremiarlo; pero pasaron los meses, y nada. Así, la invitación para ir a España resultó oportunísima. Le escribí con buena anticipación a Genaro Estrada, nuestro embajador en Madrid, amigo mío, entusiasta editor e impresor (sostenía, y lo demos-

traba, que era un cajista profesional). Le mandé copia de los documentos entregados a Rubio, mil argumentos nuevos y una excitativa para remover cielo y tierra. Genaro se valió de Fernando de los Ríos, quien, además de amigo, era el consejero de ciencias sociales en Espasa. Acogió la idea con gran calor porque nuestro plan embonaba a maravilla con el suyo de desviar al estudiante del derecho a la economía.

Pero en la primera conversación Estrada me dio la nueva fatal. Don Fernando había hecho una presentación tan inteligente, que por un momento pareció que el consejo de administración de Espasa aprobaría el plan; pero José Ortega y Gasset, de mayor autoridad intelectual, lo condenó, no porque lo encontrara inoportuno o defectuoso, sino por significar una intromisión de América en España. El día en que los americanos —concluyó— tengan que ver en nuestras vidas editorial y universitaria, ellas se convertirán en una cena de negros. Al referirle este triste desenlace, don Fernando le dijo a Genaro que el discurso de Ortega había sido magnífico, si bien lo remató con un desliz etnológico, pues debía haber dicho “una cena de indios”.

Cuando le conté mis cuitas a Enrique Díez Canedo, salió la idea de hacer ahora la intentona con Aguilar. Por su estrecha amistad con Aguilar, me llevó con Alberto Ximénez Frau, picado de la araña editorial por su Colección Granada. Alberto era uno de los pocos españoles civilizados que reunía a los amigos en su casa, de modo que organizó un buen almuerzo cuyos comensales de honor éramos Aguilar y yo. A la hora del café, nos dejó solos, o más bien acompañados con una botella de excelente jerez. No saqué de Aguilar sino la promesa de que reflexionaría; pero ni siquiera el compromiso de resolver mientras yo estaba en España. Nunca dijo nada; pero años después Aguilar publicó algunos títulos de nuestro plan.

De estos dos fracasos dolorosos saqué la enseñanza de hacer en México las publicaciones de economía, que emprendió después el Fondo de Cultura Económica; pero otra más perdurable: mi conocimiento y mi relación con numerosos intelectuales españoles, y con España misma, pues salvo la parte norte, viajé por ella cuanto pude. Y pasé por una experiencia semejante a la de Pablo Macedo: la resurrección de la herencia española me creó desde entonces la impresión física de que el pobre mexicano carga sin remedio sobre sus espaldas el doble fardo del indio leve y del pesado español.

18 de octubre de 1968



SEGUNDO CONTACTO

Ausente de ella treinta años y sin desesperar de volver a verla, España viene a mí como fuerza fatal. Después de dos años de intensísimo trabajo en nuestra embajada washingtoniana, pedí paz, o sea la legación en Portugal, dulce remanso porque México no tenía intereses que proteger. Había un incentivo adicional: antes de llegar a Lisboa debía visitar en la costa vasca, su lugar de veraneo, al general Manuel Pérez Treviño, nuestro ministro en Portugal. Era ésa la ocasión de conocer el norte de España, inaccesible en mi primera visita.

¡Qué preparativos para aquel viaje! Desembarcamos mi familia y yo en Vigo el 16 de julio de 1936, día de negro presagio, pues Calvo Sotelo acababa de ser asesinado. Aun así, al día siguiente iniciamos la jornada con una visita a Santiago de Compostela para rematar en la noche con la catedral de León. Caímos como piedras a dormir; pero en la madrugada, cinco robustos mineros nos despertaron ruidosamente con la pretensión de que les diéramos las llaves de nuestro auto porque la guerra les imponía el decomiso de todos los vehículos privados. Mi sobresalto fue grande por la determinación fanática de aquellos hombres y la evidente impericia con que manejaban sus armas. Alegué que ser extranjero aconsejaba llevarle el problema al gobernador civil de la provincia. No sé todavía por qué accedieron a tal instancia; pero la caminata la hice como prisionero, cercado por el grupo y prontas las armas. En un momento saqué fuerza para argüir tímidamente que era yo mexicano y representante diplomático de un gobierno amigo. Al oírlo, esos cinco hombres, al unísono y con visible disgusto, exclamaron: ¡Haberlo dicho antes! Instantáneamente se transformaron en compañía protectora.

El gobernador confirmó que la guerra había estallado; me recomendó abandonar cuanto antes León porque al día siguiente caería en manos de los franquistas, y dirigirme por carreteras secundarias a Santander, la única provincia norteña fiel a la República. Hubiéramos querido volar, pero imposible: cada media hora éramos detenidos por campesinos armados que nos pedían identificarnos. Después de siete horas de aquellos sobresaltos, entramos en San Vicente de la Barquera. La fatiga y la zozobra no me impidieron recordar un artículo de Chacón y Calvo en que pintaba un sabroso verano pasado allí con Alfonso

Reyes. Con tan tenue y literaria referencia, decidí quedarnos allí.

El pueblo era agradable y la gente acogedora; seguía pescando como si nada pasara. Pero al cuarto día comenzaron el reparto de armas, los disparos regocijados y al final las muertes misteriosas. Decidimos marcharnos a Santander, donde al menos habría autoridades civiles y militares superiores. Pero allí la situación era más alarmante todavía: todo el pueblo estaba armado, y de la tensión de los primeros días pasó a un odio incontenible al recibir noticias adversas de la guerra. Además, como Santander estaba absolutamente aislado, pues la costa vasca se hizo franquista en seguida, resultaba imposible visitar a Pérez Treviño. De nuevo se impuso emigrar, y esta vez a bordo de un acorazado alemán que evacuaba a los extranjeros. Nos dejó en Hendaya; de allí a París, y después Cherburgo para tomar un barco que nos llevara a Lisboa.

No concluyó allí la desventura. El gobierno portugués tomó inmediatamente el partido de Franco porque el triunfo de la República hubiera acarreado inexorablemente la desaparición de Oliveira Salazar. No era eso lo sorprendente, sino que en defensa de sus intereses ese gobierno pasara por todo escrúpulo moral y por toda ley, nacional o internacional. Además, el presidente Cárdenas tomó el partido republicano con igual decisión, sólo que abierta y limpiamente. Ambas circunstancias hicieron mi situación insostenible; pero como Lisboa era el único observatorio del lado franquista que tenía nuestro gobierno, mi permanencia allí resultaba necesaria. Por si algo faltara, se agregó un hecho generalmente ignorado: no ha sido una gran potencia socialista la inventora de la diplomacia del empujón, de la palabra destemplada y aun del chantaje; ese honor le corresponde legítimamente a Portugal. Nadie me llamó en Lisboa de otro modo que el "Ministro Rojo"; imposible conseguir servidumbre ajena a la famosa Policía Internacional; la correspondencia diplomática era violada sistemáticamente, de modo que los ministros inglés y francés, por ejemplo, la llevaban en persona a los barcos de sus respectivos países, habilitando a los capitanes de ellos como correos diplomáticos. Y si se le ocurría a uno ir al cine, daba la casualidad de que entonces la sede de la misión era asaltada, con el resultado curioso de que nada se extraviaba, excepto las copias de los informes confidenciales y las claves telegráficas secretas.

Así, el destino convirtió aquel soñado peregrinar por el norte de España en una doble tragedia. La menor era la nuestra, por supuesto, si bien la dilataba el presentimiento de que quizá

había perdido para siempre la ocasión de verla. La tragedia mayor era la de España misma, desgarrada por una guerra civil e internacional increíblemente cruel y despiadada. Y ese mismo destino convirtió en infierno el sosiego buscado en Portugal.

25 de octubre de 1968



ADIÓS, PARA SIEMPRE ADIÓS

Puesto que España resultó mi única ocupación, la tuve presente desde el primer día lisbonés; pero se convirtió en alterado soliloquio después de la batalla de Badajoz, revés inicial republicano que reveló la crueldad de la guerra y el papel que en ella desempeñaba Portugal. Nada podría hacerse en lo militar; políticamente, informar al gobierno mexicano y demostrar la intervención portuguesa al Nuncio y a los ministros de Inglaterra y Francia sobre todo; ayuda real, la que podía prestarse a los poquísimos republicanos forzados a pasar por aquella tierra hostil.

Entonces vino a mi recuerdo aquel gozo explosivo que despertó en los intelectuales españoles el advenimiento de la República, digamos el espectáculo inverosímil de Ortega y Gasset transformado en diputado: bajo de estatura para conllevar su desmesurada cabeza, se plantaba gallardamente en la tribuna para discurrir sobre los males nacionales. Yo sabía que en 1936 el desánimo había ganado terreno en ellos; pero suponía que el signo del movimiento rebelde y sus apoyos extranjeros habían renovado su fe republicana. Temía, sin embargo, que esta mudanza se malograra por la ociosidad que les imponía la guerra y por la actitud del gobierno hacia ellos. El símbolo más expresivo de la dificultad de proseguir la enseñanza y la investigación era la Ciudad Universitaria de Madrid, convertida en campo de batalla, diaria y feroz. Por otra parte, si se recuerda que el general Franco fue en 1935 jefe del estado mayor de las fuerzas armadas, se comprenderá la desconfianza con que la República miraba a quienes se decían adeptos suyos. Además, los intelectuales sólo podían prestarle apoyos retóricos, mientras que en aquel trance mortal el gobierno necesitaba combatientes, que salían espontáneamente de los campesinos y de un modo organizado de los sindicatos.

La República ensayó contrarrestar el ocio forzado de los in-

telectuales creando casas de cultura, hogar para reunirse con amigos y colegas, y de poderse, dar algunas conferencias o presentar una exposición. Lejos de remediarlo, el mal se exacerbó. En parte porque mucha de la labor intelectual y artística se hace en la soledad y con instrumentos de trabajo inamovibles. (Los ficheros de Menéndez Pidal habían sido sepultados amorosamente en las bóvedas de seguridad del Banco de España.) Pero en una parte mucho mayor, por un motivo obvio y terminante: ¿de qué otra cosa podían hablar los intelectuales sino de aquella guerra despiadada e injusta?

Los informes que fueron filtrándose me confirmaron el temor de que aquello concluyera en verdadera histeria y en un equívoco ya irreparable. Y ¿no era ésta la ocasión de que el presidente Cárdenas, su adalid declarado, prestara a la causa republicana un servicio tangible? Deseché la idea de plantear el problema a la Secretaría de Relaciones por razones obvias; también comunicarme directamente con el Presidente, porque mi relación con él apenas existía y porque consideré (hoy confieso compungido mi pecado) que un problema de intelectuales no era muy de su cuerda. Recurrí a mi amigo Luis Montes de Oca que, como director del Banco de México, tenía acceso fácil al Presidente. Le escribí una larga carta pintándole la situación, embelleciendo el gesto de invitar a los intelectuales españoles para continuar en México su trabajo mientras terminaba la guerra. Agregué los nombres de treinta candidatos, sus antecedentes y su posible aprovechamiento. Sólo un fin ilustrativo pretendía servir aquella lista, si bien fue hecha con un criterio definido: la incertidumbre eliminaba ciertas luminarias como Unamuno; pero figuraba Ramón Menéndez Pidal, acompañado de Dámaso Alonso y, también del Centro de Estudios Históricos, un joven y oscuro investigador, Jesús Bal y Gay, porque su doble preparación literaria y musical le habían permitido iniciar llamativos estudios sobre el folklóre, cuya aplicación a México parecía prometedora. También se incluyeron intelectuales de extracción no universitaria, pero cultos, inteligentes, acreditados escritores y de valores humanos subidos, como Enrique Díez Canedo, José Moreno Villa, Juan de la Encina y Adolfo Salazar.

Conmovera nueva la aceptación total del Presidente; pero ahora quedaba negociar con la otra parte. A eso volví a España, esta vez a Valencia, a donde se había retirado el gobierno republicano, al año justo de haberse iniciado la guerra. Mal signo aquel: el avión francés que me transportaba tuvo que sobrevolar los cuarenta y cinco minutos que le tomó a la aviación italiana

hundir ese pobre petrolero ruso que muy de vez en vez llevaba abastecimientos a los republicanos. Tampoco fue tranquilizadora la primera noche en el hotel Reina Victoria, donde me cogió el primer bombardeo aéreo de mi vida: consideré que si los aviones italianos habían sido tan desacertados a plena luz del día, en la noche tendrían que destruir media ciudad para dar en el blanco del Ministerio de Guerra.

Me serenó mi primera conversación oficial con José Giral, ministro de Relaciones: apreció al instante el gesto mexicano y ofreció cuanta ayuda pudiera dar. Me animó que la ausencia de Jesús Hernández, secretario del partido comunista y ministro de Educación, me llevara a negociar con el subsecretario, un universitario, el profesor Wenceslao Roces. Su solemnidad, sin embargo, estuvo a punto de estropear la gestión, pues declaró que se les daría el carácter de embajadores a los invitados. Temiendo que por ello entendiera que su gobierno se reservaba el derecho de hacer y revocar los nombramientos, pedí la aclaración. Cuando me respondió que así era, tuve que decir que, a mi vez, yo entendía que España pagaría el traslado y los sueldos, como proceden los gobiernos con los embajadores comunes. Roces, admitiendo esa lógica consecuencia, explicó que su intención era darles la investidura moral de representantes de los intelectuales que se quedaban.

Cumplida mi misión, salí de España, pero no regresé a Portugal, pues presintiendo que la guerra general se desencadenaría pronto, mi mujer y yo decidimos despedirnos para siempre de España, tan destruida ya, y de Europa, que bien podría desaparecer. Aun así, estuvimos en México a tiempo de ver el fervor con que el presidente Cárdenas había tomado la empresa. Personalmente telegrafió a Menéndez Pidal, en La Habana, instándolo a trasladarse a México, y ordenó ofrecerle a Dámaso Alonso un sitio en el avión en que nuestra misión diplomática saldría para París. Y también regresamos a tiempo de recibir a nuestros dos primeros invitados: José Gaos y Pepe Moreno Villa. Meses después, cayó el alud aquel de diez mil familias españolas "transerradas".

10. de noviembre de 1968

DULCE ABANDONO

A pesar de su respetable edad y de su uso popular, puede seguirse nombrando a la televisión "cosa extraordinaria que causa admiración"; pero, como ocurre con los mejores frutos del ingenio humano, ha creado al final mayor preocupación que deleite. Así, no hay país que se sienta satisfecho del servicio que presta la televisión al individuo y menos a la sociedad. En efecto, la incertidumbre sobre quién debe manejar este primoroso instrumento es tal, que ninguna solución a la vista puede tomarse como seguro modelo.

En los Estados Unidos es un negocio privado, cuyos ingresos y utilidades proceden casi íntegramente de la publicidad. Para Francia y Suecia es un monopolio del Estado alimentado por el tesoro público. Pues bien, la insatisfacción pública en esos tres países es hasta ruidosa. Si en los Estados Unidos se concede que la televisión es bastante independiente del gobierno, parece estar demasiado sometida al anunciante. Se la acusa, además, de ofrecer un entretenimiento mediocre, de abandonar cuanto sea instrucción y cultura, de incitar a la violencia y al crimen. Única pero contundente es la objeción a la televisión sueca: ser mortalmente aburrida. Ha sido, y es, unánime el cargo de que en Francia mi General la ha puesto al servicio de su infinita persona, desairando los intereses y gustos nacionales; en fin, está su elevado costo, del que es conscientísimo el causante francés, uno de los que menos paga, pero que gruñe más.

Los intentos de reforma comprueban tal insatisfacción. Las tres grandes emisoras norteamericanas han ofrecido más de una vez enmendarse, y las universidades y fundaciones han puesto ya mucho dinero en crear una televisión mejor dispuesta a servir los intereses permanentes de la comunidad. La televisión sueca ha contratado las conocidas series de *Bonanza* y *Perry Mason* para poner una nota emotiva en sus transmisiones. Francia ha comenzado a admitir alguna publicidad comercial, no tanto para independizar la televisión del Estado, cuanto para aliviar la carga fiscal de su sostenimiento; por sobre todo, se han reformado

sus estatutos para darle siquiera un remedo de independencia del gobierno.

Parece que la solución mejor era la inglesa: un monopolio de Estado cedido a una corporación pública independiente del gobierno y de los negociantes. Para conseguir la primera de esas independencias, la BBC tiene autoridades propias y autónomas; para alcanzar la segunda, se la ha dotado con una fuente propia y exclusiva de ingresos, el impuesto anual que paga todo usuario de la televisión.

Con esta medida fiscal se han conseguido tres resultados alentadores. Primero, liberar la televisión de los negociantes, y, por lo tanto, que proceda sin sujeción a intereses particulares. Después, hacer recaer el costo de la empresa, no indiscriminadamente sobre todos los causantes, sino sobre los beneficiarios del servicio. En fin, el pagar el servicio crea al usuario el derecho de reclamar, y a la BBC la obligación de atender las quejas.

La idea de confiar la televisión a una corporación pública, pero dotada de un gobierno propio, ágil e independiente como el de una empresa privada, ha sido probada con felicidad. A la BBC no la ha gobernado una burocracia política, aunque quizás sí una tecnocracia un poco friona. Y no en una ocasión, sino en varias, algún alto personaje político, inclusive un primer ministro, ha querido echarle mano. El intento ha fracasado porque los directivos de la corporación se han defendido bravamente, y porque el sentir público ha condenado en forma indudable la intontona de interferir.

Dicho todo esto, queda una duda penosa: ¿cuáles fueron los verdaderos motivos que llevaron a Inglaterra, satisfecha con una experiencia que parecía ejemplar, a consentir en un canal comercial de televisión? El motivo menos lamentable sería que retrocedió involuntariamente a la economía clásica, que considera la competencia como factor decisivo para una vida colectiva sana. La explicación más turbadora, sin embargo, es que los negociantes, excluidos tan porfiadamente durante largos años de esta comunicación con las masas, acabó por prevalecer sobre la opinión pública y el gobierno británicos.

Parece, pues, que no se ha hallado todavía el buen camino; sin embargo, en el acierto y en el desacierto hay grados. Puede cobijarse alguna esperanza cuando el acierto es parcial, y aun si el error total proviene de un propósito claro, hasta obcecado, como en el caso de Francia y de mi General. Pero sólo cabe la desesperación cuando el desacierto nace del más dulce abandono, como ocurre en México.

Aquí la televisión nació de una ayuda oficial decidida y aun arriesgada, porque nuestra balanza de pagos pasaba entonces por serios apuros. A pesar de ello, se autorizó una generosa importación de aparatos e instalaciones costosas. Fue ése un momento precioso para exigirle a la empresa una televisión con algún sentido de servicio público. No se hizo porque esa ayuda se convirtió en un negocio personal de quienes la dieron a nombre del país.

No son menos tristes los siguientes capítulos de esta historia: leyes absurdas e inoperantes; un negocio fabuloso que conduce a un monopolio ingobernable, monopolio que no consiente el menor intento de competencia sin revolverse como pantera enjaulada; progresos desesperantemente lentos en la calidad bajísima de los programas; un desprecio casi altanero por la cultura y el buen gusto.

Durante veinte largos, interminables años, el gobierno ha guardado el más persistente silencio. En una o dos ocasiones, como si el gusanillo del remordimiento mordiera más de lo que una finísima epidermis consiente, ensayó uno o dos programas "culturales", que fracasaron ruidosamente. Pero de pronto, sin una sola palabra explicativa, la puñalada tramera fiscal, cuya consecuencia sería poner en manos del Estado la televisión. ¿Para hacer con ella qué? ¿Otro deslucido, incompetente y dispendioso organismo descentralizado?

18 de abril de 1969



EL TÓRTOLO DESPREVENIDO

Quejas contra la televisión mexicana se escuchan a centenares, si bien la más persistente es la del anuncio o publicidad. El televidente percibe superficialmente el motivo de su resentimiento porque no entiende dos cosas previas que lo armarían de una gran paciencia. La primera, que entre nosotros la publicidad es el principal ingreso de la televisión; por lo tanto, si no hay publicidad, tampoco habrá televisión. Segundo, que la publicidad es un alimento insustituible de la sociedad contemporánea, de esa que debiera llamarse sociedad consumidora, pero que los economistas insisten en llamar "sociedad de consumo".

De todos modos, esa querella se concreta en dos objeciones. La publicidad es excesiva por el número de anuncios que apa-

recen en la pantalla y por la duración de cada uno de ellos. Y es irritantemente inoportuna, pues siempre ocurre que cuando la angustia llega al paroxismo, justo en el momento en que la protagonista va a suicidarse arrojándose de un sexto piso, la acción se interrumpe para anunciar una crema facial que transforma en radiante y feliz cuanto rostro embarra. Por supuesto que estas molestias las resiente mucho más quien usa la televisión unas dos horas diarias, ya que entonces ve y escucha un mismo anuncio quince o veinte veces. Así, la cólera puede llegar al zapatazo contra la pantalla.

Todo esto es cierto, ciertísimo, tanto, que cualquier prueba numérica o psicológica lo demostraría. Pero el tormento de la publicidad es todavía mayor para el televidente a quien no subleva tanto el número de los anuncios, su longitud o su inopertunidad, cuanto su mortal tontería, su incapacidad de convencimiento, su visible ineficacia. Esta afirmación campanuda, a más de asombrar al mismo televidente observador, admiraría al mundo entero, a pesar de lo cual difícilmente podría enmendarse gran cosa.

Los motivos que justificarían semejante espanto son numerosos y obvios. La publicidad, como la mercadotecnia y las relaciones públicas, son motivo de legítimo orgullo de los Estados Unidos, pues no todos los días se ve que un país invente casi simultáneamente tres ciencias ocultas, que, por añadidura, han desplazado a los cartomancianos del mundo entero. Como si este éxito fuera un respaldo débil, están las bibliotecas enteras que podrían llenarse con los libros y revistas dedicados exclusivamente a la publicidad. En fin, existe el argumento contundente de las sumas fabulosas que los Estados Unidos gastan en anuncios, y nosotros, proporcionalmente, ya que aquí hay varias firmas con un presupuesto anual de publicidad de veinticinco millones de pesos, suma bastante para levantar unas quinientas escuelas rurales.

A pesar de todo esto, podría mantenerse que esa publicidad es ineficaz, o, al menos, que su eficacia no ha sido probada. En efecto, a lo más a que se ha llegado aquí es al cálculo burdo del número de aparatos encendidos a ciertas horas del día, o sea "la magnitud del auditorio". Aun admitiendo la validez de estos datos (en gran parte supuestos, pero no conseguidos y menos verificados), lo único que revelan es el número de personas que aguantan la publicidad, pero en manera alguna cuántas son inducidas a comprar el artículo anunciado. Así, mientras no se establezca una relación directa entre la magnitud

del auditorio y la magnitud de las ventas, la eficacia (y la necesidad) del anuncio seguirá siendo imaginada.

En cambio, bastaría sentarse ante la televisión media hora para cerciorarse de la turbadora tontería de los anuncios, de la imposibilidad intelectual de que persuadan de algo siquiera al tórtolo más desprevenido. Póngase un ejemplo entre mil que podrían citarse.

Una compañía norteamericana que usa los servicios de una firma publicitaria también norteamericana, comienza por anunciar un detergente con el disparate ostentoso de poseer "energía solar", y "concentrada", además. Para demostrarlo, pinta en la pantalla la siguiente escena. Un matrimonio joven que está ya metido en la cama, pero sin que el marido pueda conciliar el sueño. Se incorpora un poco para pedirle a su mujer que apague la luz, y se le contesta que está apagada, pues tan sólo lo mantiene despierto el resplandor que despiden las sábanas lavadas con aquel detergente de energía solar concentrada. La escena concluye poniéndose aquel resignado varón un negro y espeso tapaojos de paño pada poder dormir.

Parece inescapable la pregunta: ¿ese anuncio fue ideado para vender un producto o para provocar la maldición más encendida? Esto sin contar con que todos los pueblos de civilización occidental han pasado durante siglos por la experiencia diaria de que no hay misterio posible en tener sábanas, aun con la más modesta lejía, perfectamente limpias, y que, lejos de ahuyentarlo, invitan al sueño.

Por desgracia, en esto de la publicidad hay algo más desafortunado que la molestia de sus excesos y de su tontería. Siendo, como es ella, alimento insustituible de la sociedad consumidora, porque sólo así el fabricante puede alcanzar un mercado de masas, la publicidad, al mismo tiempo, prueba convincentemente el desperdicio que caracteriza a esa sociedad. De un lado, no cabe hacerse ilusiones: compremos o no nosotros, considerados como individuos, la mercancía anunciada, la publicidad recarga su precio; por lo tanto, es el consumidor quien la paga, y paga algo innecesario, que poco o nada tiene que ver con la utilidad genuina del producto. De otro, es evidente que buena parte de los inmensos recursos consumidos por la publicidad deberían emplearse en mejorar las cualidades verdaderas, intrínsecas del producto, y no en proclamar mentirosamente sus falsas virtudes.

¡Remedios, remedios! Hay ciertos males sociales que no lo tienen, al menos pronto y radical. Algo debería hacer el gobierno, y otros gobiernos —no el nuestro, por supuesto— han

intentado hacerlo con resultados nada desdeñables. La contribución mayor ha de venir de los fabricantes y de sus técnicos de publicidad, a quienes en nombre de todos los cielos cabe pedirles una única cosa: moderación, y, si se puede, un poco de talento, que, pueden creerlo, nunca estorba ni pesa demasiado.

25 de abril de 1969



LLENOS Y VACÍOS

Se ha dicho que el rasgo que singulariza mejor al mexicano es su inclinación a inventar los hechos en lugar de descubrirlos y estudiarlos. Tal manía lo hace un expositor caluroso, aun genial, pero expuesto a que lo contradigan los hechos que alguna vez afloran. Tal ha ocurrido con los dos Emilios (A. V. y A. N.), tan orgullosos de su imperio televisionado: no han presentado un estudio de lo que le debe la sociedad mexicana en materia económica y artística.

La deuda, debe imaginarse, es muy estimable, pues nos damos cuenta de que en la televisión se han forjado los técnicos que la manejan fuera de la vista y el oído del público, y una legión de actores y actrices, escritores, directores de escena, decoradores, músicos, cantantes y bailarines. En suma, quizá un millar de personas que han hallado en la televisión medios decorosos de ganarse la vida y de realizar una vocación. Aun cosas pequeñas pero gratas se le deben, como escuchar la buena voz y la dicción perfecta de muchos locutores, y su habilidad para decir algunas oraciones con una gramática impecable. Esto es tanto más encomiable cuanto que aparentemente representa un esfuerzo que puede uno apreciar viendo a León Michel: desde que se enjabona para afeitarse, comienza a ensayar la frase de ocho palabras con que debe anunciar un dentífrico, y el pobrecillo no la ha dominado todavía a la hora del café, es decir, después de unos cuarenta y cinco minutos de martillarlas en una cabeza atolondrada.

Panoramas tan rosados como éste tienen siempre su costado oscuro. Desde luego, quizá no sea desacertado suponer que la contribución sobresaliente de la televisión mexicana sea la técnica, es decir, la de quienes manejan la luz, el sonido, las cámaras, la grabación, etc. Los logros resultan más laudables porque este personal no parece haber trabajado con equipos e

instalaciones buenos y modernos.

Menos limpio es el lado artístico. Ninguno de los mejores actores (López Tarso, Amparo Rivelles, Ofelia Guilmain, Rita Macedo, Rambal), se ha formado en la televisión, sino en el teatro y el cine. Sólo los muy jóvenes le deben más a aquélla que a éstos, pero no parece que, al término de carreras necesariamente breves, vayan a quedar de ellos recuerdos muy perdurables. Se nota que han saltado a la televisión sin haberse hecho antes del famoso *métier*. Este defecto ya de por sí grave, difícilmente pueden corregirlo o compensarlo esos directores "generales" (al parecer ficticios), cuya encarnación sobresaliente es don Ernesto Alonso.

Por sólo esta razón, las telenovelas resultan espectáculos monótonos o inverosímiles, pues no importa cómo se llame el personaje, si es pobre o rico, labriego o emperador, de éste o de otro siglo, ya que lo que realmente se ve en la pantalla es la persona privada del actor, con su voz, con su gesto, con su modo de ser diario y personal. Uno de ellos, de los más cotizados, tiene prendas naturales apreciables: bien parecido y con una voz bronca que, aprovechada a la Greta Garbo, podía ser una señalada ventaja; su dicción, además, es siempre clara. Pero jamás logra representar otro personaje que el de un jovenzuelo irrespetuoso, grandilocuente e hinchado. Entonces resulta un fracaso confiarle el papel de un fraile humilde, de un enamorado romántico, de un ser comprensivo del infortunio ajeno.

Después de todo, el actor no hace sino representar los personajes que idea y pinta el escritor. Aquí está, sin duda, la falla mayor de la televisión mexicana, pues por pereza o por avaricia no ha sabido atraer a la mucha gente de verdadero talento literario que podría servirla. Y esto en todos los órdenes, lo mismo en las "superproducciones" costosísimas de *La tormenta* o *Los caudillos*, que en el desempeño de los actores cómicos. Sin el buen escritor resulta inútil que Capulina o los Polivoces tengan talento cómico, pues suyo es el modo de decir los chistes, pero no los chistes mismos. Resultado: hacen reír una vez cada seis meses, y eso por azar. El caso quizás más claro se el de Héctor Lechuga, desafortunado físicamente, pero de una enorme picardía popular.

Todavía en la telenovela (o teleteatro, porque de novela nada tiene) ha habido desde hace años una actividad continua y a veces abrumadora cuantitativamente. Por eso puede alimentarse la ilusión de que alguna vez se operará el milagro. Pero ha sido y es un páramo desolador el campo del periodismo au-

diovisual.

Es de temerse que dos jóvenes muy viajados, especialistas en hazañas espaciales y funerales sonados, se consideren a sí mismos grandes periodistas "aéreos". Debe considerarse, sin embargo, que han hecho ese trabajo enteramente a expensas de la televisión norteamericana, y que resultan demasiado estáticos y solemnes para ser verdaderos periodistas, un oficio que requiere imaginación, prontitud, flexibilidad. Bien visto el problema, la culpa es de las empresas mismas de televisión, pues nada hay más inmóvil que sus cámaras: reumáticas o tullidas, sólo salen a la calle los tres días soleados del 10. y el 16 de septiembre y el 20 de noviembre, para transmitir estáticamente el mensaje presidencial, el desfile militar y la algarada deportiva.

El fracaso de la televisión mexicana no ya para favorecer la cultura o simplemente la información del país, sino para crear un entretenimiento propio de ella, lo demuestran los únicos estudios con que se cuenta ahora. Uno de ellos concluye con una lista de los veinte espectáculos con una "audiencia" mayor, o sea con el número más alto de espectadores. Pues bien, la mitad de ellos son viejísimas películas mexicanas. De los propios de la televisión, cinco son *shows*, tres telenovelas (colocadas en los lugares 13 y 20 de la lista), y un único espectáculo cómico.

Aquí sí que cabría hacer una auténtica revolución, que me temo no se hará con el asomo actual de competencia, pues en televisión, como en todo, no basta dar empujones como en la misa de doce, sino superar con talento, con imaginación y, si se puede, con buenos modales.

2 de mayo de 1969



ETERNAMENTE MARÍA

Volveremos a este mes de enero, tan pródigo en emociones públicas; pero justamente para reflexionar mejor, conviene recuperar el equilibrio mental y moral haciendo una pausa. Ocupémonos, pues, de esta celebrada telenovela peruana llamada *Simplemente María*.

Nuestros meditatundos filósofos, compungidos politólogos, inspirados poetas, laboriosos sociólogos, inventivos dramaturgos, entretenidos cuentistas, experimentados camarógrafos, todos ellos, y también nuestros hombres públicos, pierden de vista hechos

de la vida que parecen insignificantes, pero que en la dura realidad tienen una significación enorme. Uno de ellos es éste, el éxito colosal, sin paralelo en la ya vieja historia de nuestra televisión, de la telenovela *Simplemente María*: se ha venido exhibiendo desde hace más de año y medio, seis veces a la semana y en episodios de cuarenta y cinco minutos. Sólo en el Distrito Federal la ve diariamente un promedio de 600 000 personas. Si se añaden Jalisco y Nuevo León y ciudades de cierta importancia, fácilmente se llegaría a las 800 000.

Naturalmente, uno se pregunta asombrado y entristecido: ¿qué Sófocles, qué Shakespeare, qué Molière o qué Lope de Vega tuvieron jamás, o soñaron siquiera tener un auditorio semejante? Además de la magnitud, cuenta la fidelidad del auditorio, puesto que esas 800 000 personas se han mantenido pegadas a sus aparatos de televisión durante 453 sesiones consecutivas, y se quedarán allí clavados por unas 150 más.

Primero impresiona el alcance fantástico, increíble, que tiene, o que puede tener, la televisión, y, por consiguiente, la inmensa responsabilidad que recae sobre quienes intervienen en ella: empresarios, escritores, músicos, escenaristas, camarógrafos y sobre todo, las autoridades públicas. Impresiona en igual grado considerar qué potente, qué omnipotente palanca sería, bien manejada, para levantar la cultura de un país y afinar el buen gusto popular. Y cómo podría ser un imán irresistible para atraer el talento de escritores, músicos, actores, de cuanto constituye la "cultura" de un país.

Pero la tristeza y el desaliento acaban por dominar. Por una parte, no puede discutirse siquiera que la televisión mexicana es mediocre cuando no repulsivamente vulgar; por la otra, se resiste uno a admitir que en esto Perú esté mejor dotado que México, y que sea insuperable nuestra actual inferioridad. Todo esto lo confirma el dar con las verdaderas razones del éxito absolutamente extraordinario de *Simplemente María*.

Primero, el título es desacertado. Dada su duración (dos años) y el tiempo durante el cual transcurre la acción (unos veinticinco años), debió haberse llamado "*Eternamente María*". Después, lo de "simplemente" se justifica cuando María, pobre muchacha campesina, se lanza a la metrópoli, y a pesar de vivir en ella pobre, desamparada, y de caer en manos de un estudiantillo que le hace un hijo, a pesar de ser "simplemente" María, triunfa convirtiéndose en la modista más solicitada de las ricachonas limeñas. Pero, alcanzada fama y riqueza, María se hace rígida, incomprensiva, es decir, se convierte en "*sober-*

biamente María”, porque la soberbia es, en efecto, su rasgo sobresaliente.

Segundo, los escenarios son patéticamente pobres. La sala de la multimillonaria María sólo tiene tres asientos, de modo que en cuanto se juntan en ella cuatro personas tienen que fingir una gran intimidación con la dueña para sentarse en los brazos del sillón y del sofá. Y allí va a trabajar, sobre las piernas, la condatadora del establecimiento porque en esa casa de la abundancia ilimitada no hay un cuarto con una mesa de trabajo. De la casa del señor Inchauste, riquísimo hacendado, casado con una hermana de María, sólo aparece un corredor en que apenas cabe una incierta mecedora, y en los pilares cuelga una hiedra de papel arrugado. Y no se diga la casa del maestro, en cuyo patio-vestíbulo figuran unos muebles que han estado expuestos durante veinte años al sol y la lluvia, con el consiguiente deterioro.

El éxito de *Eterna o Soberbiamente María* se debe a los actores en una parte limitada. Físicamente, salvo María, ninguna mujer es bonita, la mayor parte de ellas es sencillamente impresentable y la fealdad de Soledad replantea la vieja pregunta de por qué la Madre Naturaleza goza cargándole la mano a ciertos seres. El mejor de los hombres es Ricardo Blume, que hace el papel de Antonio, pero como la calvicie ha hecho estragos visibles, resulta insostenible su papel de adolescente a quien su madre le niega el permiso para casarse. Don Braulio Castillo, que ha cobrado ya una fama continental, dista muchísimo de ser un galán cautivador, si bien su fealdad resulta amable.

Ninguno de los cuarenta actores y actrices que figuran en la telenovela es sobresaliente, con la desafortunada circunstancia adicional de que algunos de los mejores desempeñan papeles secundarios y de escasa duración (tal el Benito). Comparados los cuatro principales: María, Antonio, el maestro y la Madre Perina, puede decirse que en México habría tres o cuatro tan buenos como ellos, y en algunos casos, incomparablemente mejores.

Pero todos ellos conocen su oficio y lo ejercen discreta, amablemente. Su dicción es buena, sus ademanes sobrios y algunos manejan su rostro expresivamente. Ninguno levanta la voz o gesticula innecesariamente, ninguno cultiva la falsa escuela del actor macabro, a que es tan adicto Ernesto Alonso.

El éxito ha de atribuirse en su mayor parte a la autora del argumento, una pobre mujer en cuyo nombre nadie ha reparado, y que sólo apareció en los primeros episodios. Conoce su

lengua, maneja el diálogo con gran maestría, pone en los labios de cada personaje palabras y expresiones que van caracterizándolo. Por sobre todas las cosas, tiene un gran ingenio para mantener el "suspenso", es decir, para idear un nuevo enredo antes de liquidar el anterior.

Así y todo, no hay ninguna razón para suponer que en México no pudiera producirse una obra de una aceptación pública semejante e incluso de mayor calidad. Entonces, ¿cuándo, señores televisionados, va a producirse este milagro?

22 de enero de 1971

Y SUS TELENOVELEROS

Se está corriendo una telenovela llamada indistintamente *La Constitución* o *El combate*, como si fueran iguales ambas cosas. El argumento es de don Miguel Sabido (¡vaya nombre comprometedor!); el "Productor", Telesistema Mexicano; "Productor Ejecutivo", don Miguel Alemán Velasco; "Realizador", don Raúl Araiza; "Director General", don Ernesto Alonso; "Supervisor Histórico", don Juan N. Chávarri, y sastre, el señor Valdés Peza. Su reparto es "multiestelar" porque lo encabeza doña María Félix, que vale una constelación.

Forzadita es la idea de telenovelar la Constitución del 17. ¿Van a mostrarse y oírse los debates que la originaron? Doña María (cual un Vallarta o un Martínez Báez), ¿va a explicarnos el alcance de sus artículos novedosos?

El fin aparente, noble y educativo, es alabar nuestra Constitución; pero suscita algunas dudas. ¿No debió haber acometido la empresa la Secretaría de Educación? Porque emprenderla el Seguro Social y la Lotería Nacional, parece innecesaria extravagancia. Véanse los resultados.

Sin vacilar puede decirse que en la larga y tenebrosa historia de la televisión mexicana no se ha registrado un desastre tan redondo como éste.

Se han dedicado 48 episodios al régimen de Porfirio Díaz, no siendo ése el tema principal. Para que resulte medianamente equilibrada, debe suponerse que tendrá en total unos 250. ¿Habrá un ser humano que soporte 250 lecciones de Derecho Constitucional cuando los cursos de la Facultad de Derecho no pasan de 40? Claro que la voz y los contornos de doña María superan a los del gran constitucionalista Alfonso Noriega; pero, aun así, resultará irresistible la dosis. ¿Para elogiar la Constitución será necesario deturpar el régimen porfiriano? Ciertamente la Revolución fue una reacción violenta y justa contra ese régimen; pero ningún movimiento revolucionario puede nutrirse indefinidamente del mal ajeno sino del bien propio, de lo que crea de mejor y de ejemplar.

Aun para calumniar se necesita talento, del que decididamente carecen quienes han fabricado este bodrio. Unas veces por ignorancia y otras deliberadamente, han falsificado hechos históricos elementales.

Manuel Romero Rubio, que murió en 1895, aparece muy rozagante comentando en 1908 la famosa entrevista Creelman, y eso para reclamar groseramente la presidencia que quiere escamotearle Díaz. ¡Por Dios, señores telenoveleros! Una de las características del político mexicano de todos los tiempos es su increíble habilidad para disfrazar sus resentimientos; además, a Romero Rubio lo pintaban sus contemporáneos como el arquetipo del fino intrigante palaciego.

Aparece Creelman sentado en un sillón, con un cuadernito y un lapizote, tomando las respuestas que Porfirio Díaz da en presencia de tres personas. Jamás han visto, señores telenoveleros, el texto de esa entrevista: su simple extensión les habría indicado que Creelman no pudo haberla escrito en ese cuadernito que ustedes le obsequiaron. La verdad es que no escribió absolutamente nada: las preguntas se las hizo a sí mismo Díaz, y él las contestó con la probable ayuda de Joaquín Baranda. Y todo se hizo en un misterio tan completo, que Limantour, el hombre a quien se suponía más próximo a Porfirio, confiesa haberse enterado del texto leyéndolo en *El Imparcial*.

La falsificación de la figura de Porfirio Díaz es monstruosa, porque se le pinta todo de negro, sin un toque de gris que sirva de contraste; fue, en la realidad, muchísimo más complicada que la cavernaria de quienes lo llevan a la televisión. Pero no se queda atrás la de Justo Sierra, a quien presentan como un censor altanero de todos los actos del régimen, y gritándole a Porfirio el 24 de mayo de 1911 que en dos días zarpa el Ipiranga.

Justo Sierra fue un hombre admirable; sin embargo, habiendo participado activamente en la vida política, se desligó de ella al convencerse en 1893 de que Porfirio jamás admitiría limitar su poder. Sierra se dedicó entonces a sus tareas de educador, y allí sí se las traía: le mandaba al Presidente recados escritos anunciándole que ventilaría en la prensa sus desavenencias con su ministro de Instrucción, Justino Fernández, o pidiéndole citar a Limantour para que, después de oírlos a ambos, Porfirio fallara quién tenía la razón. Pero de allí a que Sierra lo aventara hasta el Ipiranga, hay la enorme distancia que separa la verdad de la mentira.

Don Justo era hombre fino e inteligente, no indiscreto y al-

tanero. Por lo demás, puede estarse seguro de que, de haber sido lo segundo, no habría conservado un minuto siquiera su puesto oficial, pues no era Díaz hombre que tolerara impertinencias de nadie.

Malo es ignorar los hechos históricos, pero resulta imperdonable falsificarlos deliberadamente, como lo hace esta telenovela al presentar el laudo arbitral de Díaz sobre la huelga de Río Blanco. Aparece un líder con el texto del laudo en la mano, que va a leer a sus compañeros reunidos en una asamblea. Y lee dos únicos artículos... ¡de las diecisiete cláusulas que contiene! Y naturalmente lee los dos repugnantes: la "libreta de trabajo" y el que hace intervenir al jefe político en los periódicos obreros. Ni una palabra sobre la creación de un contrato nacional de trabajo, que iguala a la tarifa más alta los salarios de toda la República; la obligación impuesta al empresario de dar asistencia médica y educación gratuita; el destinar las multas por trabajo defectuoso a un fondo de socorro para las viudas y huérfanos de los obreros. Por sobre todas las cosas, el reconocimiento implícito del derecho de huelga, puesto que el laudo reconocía al obrero el derecho de petición, obligaba al empresario a contestar dentro de dos semanas, y le reconocía al obrero el derecho de abandonar el trabajo si quedaba insatisfecho.

Que ese laudo parece una pieza arqueológica al lado del artículo 123, nadie puede dudarlo; pero el papel de un telenoveler metido a historiador es reconocer que entre uno y otro median diez años y una revolución, y que para eso se hizo ésta. Y aquí es donde ustedes deben insistir, pues la Revolución no se agiganta con sólo empequeñecer a Porfirio Díaz.

17 de abril de 1970



DOÑA MARÍA Y EL 123

La ignorancia de los autores de esta desdichada telenovela no se ha limitado a la época porfiriana, sino que va extendiéndose a la revolucionaria. Si a Palavicini y a Luis Cabrera se les hace inspiradores sobresalientes de Madero, ¿por qué no se mencionan siquiera los nombres de Sánchez Azcona, Emilio Vázquez Gómez y Pino Suárez? *El Diario del Hogar* jamás fue el único periódico opositor, y mucho menos hacia 1910: su tiraje había bajado a 500 ejemplares y sufría la competencia anti-

rreeleccionista de publicaciones nuevas. No podrían aducir estos telenoveleros un solo testimonio probatorio de que Carranza hallaba desacertado el gobierno de Madero. Culpar a los "científicos" de la caída de éste es una explicación cuya infantilidad se mide recordando que todos ellos vivían desterrados en el extranjero. Y así *ad perpetuam*.

La empresa se ha llevado con una irresponsabilidad tan increíble, que durante unos diez episodios se dio el nombre del actor que hacía el papel de *Humberto Jara*; también se dijo que Valdés Peza era el sastre de la "Sra. Berguer". El primer desliz no se corrigió; en cuanto al segundo, sintiéndose impotentes de escribir correctamente el nombre francés de su marido, acabaron por decir que se trataba de la "Sra. Félix".

Se dirá que aun en las telenovelas son inevitables las erratas de imprenta; aparte de que hace siglos se inventó el corrector de pruebas para evitarlas, se descubren asimismo erratas amnésicas, como ésta. A doña María, cargando a cuestras el cómico papel de peligrosísimo enemigo suyo, le sorprende la caída de Díaz en Quintana Roo, donde estaba confinada como... ¡preso político! Pues bien, doña María toma en seguida el ferrocarril, y sin pasar por la ciudad de México, llega a un pueblo de Morelos al caer Madero. Es decir, que a la pobre le llevó ese viajecito... ¡veintidós meses!

Las primeras escenas pasan en Sonora; pero el televidente admira las montañas "de extraña configuración" del Tepozteco. La explicación: por allí hay un hotel de gran lujo, ¿para qué molestarse en trepar hasta las orillas del Mayo?

Apártense la historia, la geografía, las erratas de imprenta y de memoria, para ver *La Constitución* como un simple drama. Desde luego la fotografía: Raúl Araiza, que como director de cámaras y aun de escena, había revelado un talento extraordinario, al convertirse en "realizador" se ha venido abajo. No hay una sola escena, por fugaz que sea, en que pueda admirarse la belleza de un paisaje, el realismo estrujante de una batalla, o un *close-up* donde un rostro humano exprese convincentemente un sentimiento. El de doña María aparece siempre sin relieve alguno, blanco como sábana puesta a secar en el tendedero.

Toda historia novelada tiene el problema de hallar los hilos que, cruzados y entretejidos con la urdimbre, produzcan la tela de una emoción creíble. La Historia, en efecto, está compuesta de episodios culminantes aislados, digamos las caídas de Díaz y de Madero. Ese problema se salva con un argumento imaginativo y confiando el hilo conductor a grandes actores. En *La*

tormenta, fueron éstos López Tarso y Amparo Rivelles, y el señor Sabido, entonces acompañado de su colega Lizalde, acertaron a escribir un argumento que con violencias ocasionales mantuvo a esos actores en el centro de la acción.

En *La Constitución* ese papel de hilo conductor lo tiene doña María. Pronto la privaron del varón o los varones que crean los "triángulos" amorosos, recurso efectivo de la novela o el drama. A las primeras de cambio le matan al marido, y cuando topa con un periodista que se enamora de ella, la despachan a Valle Nacional, y el ingrato periodista la olvida.

Es de temerse, sin embargo, que aun con una buena trama doña María hubiera resultado incapaz de soportar el peso de una telenovela tan absurda, pues no ha logrado vencer las limitaciones que enseñó al iniciar su carrera. Ciertamente sigue siendo una mujer de belleza sin par, y su voz bronca enamora todavía; pero de la gama infinita de los sentimientos humanos, el rostro y los gestos no han aprendido a expresar sino la impasividad o el engreimiento.

Si a esas limitaciones se añade un argumento tan espeso y tan tonto, el fracaso de la telenovela amenaza convertirse en el personal de esta bella e inocente mujer. En un largo episodio se la coloca literalmente contra la pared de un cuartucho de algún pueblo norteamericano de la frontera, donde los hermanos Flores Magón discuten sus planes revolucionarios. Pintándola como una chica pueblerina tonta e ignorante, no puede decir una palabra, y no la dice, en efecto. Entonces, ¿para qué se la puso allí? Por sabido se calla que el señor Sabido lo ignora.

Nadie puede adivinar a dónde conducirán finalmente a doña María, la heroína de la telenovela. Por ser la Constitución el tema principal y por algunas escenas preparatorias, parece que se nos prepara la sorpresa del siglo. Doña María seduce en Quintana Roo a un Juan para hacerse de un cuaderno y un lápiz. Venciendo su incapacidad de pensar, ha comenzado a apuntar: quizá no fuera malo —se dice a sí misma— poner un límite a la jornada de trabajo, y sería "bonito" que los niños fueran a la escuela y no a la fábrica. Hasta allí se ha quedado; pero es de temerse que en sus ratos de ocio de zapatista, continúe la tarea hasta acabar por escribir todo el artículo 123.

Encantados de saberlo, por supuesto. Y, sin embargo, con tristeza y dolor tendremos que borrar nuestros equivocados recuerdos: los fogosos discursos de Heriberto Jara y de Froylán Manjarréz al discutirse el artículo 50. También los nombres de Pastor Rouaix, Victorio Góngora, Esteban Baca Calderón, Luis

Manuel Rojas, Dionisio Zavala, Rafael de los Ríos y Jesús de la Torre, a quienes durante más de medio siglo habíamos considerado miembros de la comisión encargada especialmente de redactar el artículo 123.

Así se escribe la historia... ¡en las telenovelas!

24 de abril de 1970



INFANTILISMO Y VULGARIDAD

Me he permitido comentar con bastante extensión esta desdichada telenovela, no como historiador presuntuoso que pretende saberlo todo, y muchísimo menos como un "crítico de arte", oficio para el cual no tengo, evidentemente, preparación alguna. Lo he hecho porque entraña un interés público subido, y éste sí es mi provincia, o, al menos, la que aspiro a cultivar.

He sostenido que la telenovela peca por ignorancia de los hechos históricos o por un manejo doloso de ellos; también por un argumento torpe y descuidado; por una fotografía primitiva; por actores que, en parte por deficiencias personales, en otra por la falta completa de dirección, pero más que nada a causa de lidiar con un argumento desvahído, no pueden soportar la carga de esta telenovela. De todas estas consideraciones salió una conclusión general bastante tajante, a saber: la larga y tenebrosa historia de la televisión mexicana no registra un fracaso tan redondo como éste de *La Constitución*.

Quienes han intervenido en este asunto (salvo la Lotería Nacional y el Seguro Social, que se limitaron a dar el dinerito), debieron maravillarse en febrero porque el videómetro de ese mes apuntaba a un éxito rotundo de *La Constitución*. En efecto, medido con los dos metros habituales: la porción del auditorio que ve un programa determinado, y el *rating* o calificación que por ello se le asigna, *La Constitución* tenía, en el primer caso, un promedio semanal de 43% del auditorio contra 28 del programa rival más cercano; y en el segundo, una calificación o *rating* de 29% contra 18.

Más sorprendidos quedaron los espectadores que desde el primer momento condenaron la telenovela. Por eso buscaron una explicación que no fuera la trillada del mal gusto popular. Parte de ella la encontraron en la pregunta genial que un niño de ocho años le hizo a su padre después de ver unos episodios:

¿por qué los héroes de México tienen siempre nombres de calles? Es decir, los niños comenzaron a descubrir que si una avenida o una calle, en lugar de llamarse azul o amarilla, se llama Madero o Carranza, es porque la historia reciente del país la han hecho esos hombres que tienen siempre nombres de calles. La otra parte de la explicación la dio una bella chica que llegó a hacer algunos estudios universitarios: en la escuela, nada nos enseñan después de Juárez, o sea que en la telenovela vio la gente joven una preciosa y cómoda ocasión de enterarse de la historia contemporánea de México.

La necesidad y la nobleza de esos dos fines no han bastado para sostener la acogida inicial de *La Constitución*. El videómetro de marzo enseña que si bien el tanto por ciento del auditorio se conservó casi igual, el del programa rival más próximo subió 5 puntos. Correspondiendo a esta nueva situación el *rating* de esta telenovela bajó 4 puntos. Más significativamente todavía: el videómetro de febrero la puso en el rango 10 de los 20 programas más populares; pero en marzo vino el gran zapotazo: bajó al rango 16. No sólo eso, sino que mientras en febrero la diferencia entre *La Constitución* y el programa mejor calificado era de escaso 10%, en marzo llegó al 20. Paralelamente, mientras en febrero la diferencia entre *La Constitución* y el programa de rango más bajo era de 7%, en marzo apenas es de 1. Es decir, que sólo un 1% la separa del peor programa de los 20 presentados por el videómetro.

No puede, pues, caber la menor duda de que el público le ha visto ya el cobre; pero todavía hay una consideración adicional que explica esto. En el mes de febrero los programas de rango superior eran *Topo Gigio* y *Los Beverly de Peralvillo*, el primero de un infantilismo conmovedor, y el segundo, de una vulgaridad insuperable. De allí el éxito *mediano* que tuvo entonces *La Constitución*: una mezcla de infantilismo y de vulgaridad.

Vienen ahora otros problemas de interés público. El primero: hasta qué punto puede justificarse que dos instituciones oficiales distraigan fondos que por definición deben ir a la asistencia pública y al bienestar de los asegurados. Cometido el pecado, ¿no debieron nombrar una especie de censor para asegurarse de que el dinero rendía un fruto de la máxima calidad posible?

El segundo problema es éste: desde hace ya largos meses se supone que la autoridad oficial puede usar para programas de interés público el 12% del tiempo total de que disponen las cadenas emisoras. Es verdad que el convenio estableció que ese tiempo no podía acumularse; pero ¿por qué hasta ahora, frac-

cionado o no, ha dejado de usarse en esos programas? Tal y como las cosas ocurrieron, asegurado el dinero, Telesistema se convirtió en "productor", es decir, que sin limitación alguna dispuso quiénes serían el argumentista, los camarógrafos, los artistas... ¡Y con qué resultados! A Telesistema no lo conmovió siquiera el saber que la inspiración original para hacer esta telenovela partió del que será el poder más alto de la tierra.

Así, se tiene que llegar a este resultado desolador: da igual que reciban el dinero de los anunciantes o del gobierno, las empresas de televisión son incapaces de salir del pantano de la mediocridad en que nacieron, en que han vivido... ¡y florecido! Por supuesto que ellas tienen su evangelio: el público mexicano es incapaz de apreciar y de gustar cosas buenas; lo único que digiere y goza es la vulgaridad o la mentira.

Aparte de esta actitud, que debe considerarse como ofensiva, ¿en qué se basan para sostener esa opinión denigrante? ¿Le han ofrecido alguna vez al público mexicano un espectáculo de verdadera calidad? Entonces, ¿por qué aseguran que lo rechazaría?

2 de mayo de 1970

BANDERA A MEDIA ASTA

El mundo ha contado con dos grandes organizaciones internacionales: la difunta Sociedad de Naciones y la exangüe Naciones Unidas. Ambas ofrecen un rasgo fundamental común y una diferencia de grado, no de esencia, pero muy importante.

La semejanza fundamental es que, hijas las dos de guerras generales y singularmente devastadoras, se les dio como fin principalísimo mantener la paz y la seguridad. Nacieron, pues, para cumplir, por sobre todos, fines político-militares. Sin embargo, alumbrada en un mundo más inocente o menos "sofisticado", en la Sociedad de Naciones privaron esos propósitos hasta eclipsar cualquier otro. Pronto se impuso la primera rectificación: el problema de las reparaciones alemanas y el desquiciamiento de los sistemas monetarios de las naciones occidentales la forzaron a salir de su terreno político-militar e invadir el económico. Dio este paso tímidamente, limitándose a recabar la opinión de los más encumbrados economistas para traspassarla a los gobiernos interesados. Esta desviación la condujo con los años a otra, ya abierta, descarada, podría decirse, convocando en 1927 a una conferencia mundial sobre estadísticas económicas.

El segundo abandono de su coto político-militar fue tan tímido, que no llegó a prosperar con el tiempo: un modestísimo instituto de intercambio cultural. Al contrario, en el terreno social acabó por avanzar resuelta al establecer la Oficina Internacional del Trabajo. Así, por la primera vez, reconoció paladinamente que la paz está indisolublemente ligada a las condiciones económicas y sociales del mundo entero.

Claro que las funciones originales de la OIT fueron limitadas; pero su concepción resultó tan original y tan atrevida, que los "Organismos Especializados" fueron incapaces, no ya de superarlas, pero ni siquiera de imitarlas. Tal su gobierno tripartita, confiado a representantes de obreros, de patrones y de gobiernos. Contra mi modesta, desautorizada pero persistente opinión, la UNESCO negó a los intelectuales o artistas una representación independiente de los gobiernos, con el resultado de que en ella

florecen la cultura y el arte oficiales, que suelen no ser las más lozanas ni las más genuinas.

Lo cierto es que la Sociedad de Naciones, pensada como un instrumento dedicado por entero al afianzamiento de la paz, tuvo que dar cabida a empeños económicos y sociales.

También Naciones Unidas fue hija de una conflagración universal, pero asimismo de la experiencia repetida de que las grandes potencias suelen ser arrastradas por las pequeñas a la guerra, cuyo costo, en vidas humanas y en destrucción física, pagan en grado muchísimo mayor. Por eso, desde la Carta del Atlántico se anuncia el propósito de hacer descansar el gobierno del mundo en las cinco grandes potencias vencedoras: los Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China. Ese propósito se atempera un tanto en la Carta de San Francisco. Es verdad que al darse en el Consejo de Seguridad un sitio permanente y con derecho de veto a los Cinco Grandes, se confirma el propósito de favorecer su preponderancia. Asimismo se confirma el dominio de los fines político-militares de la organización dándole a ese Consejo como fin único el de preservar la paz. Al mismo tiempo, sin embargo, se coloca como autoridad suprema a la Asamblea General, en la cual el voto de cada Estado vale tanto como el de cualquiera otro. Y aun cuando a la Asamblea se le sustrae el conocimiento de los problemas de la paz, está facultada para excitar al Consejo a tomar las medidas que eviten un conflicto.

Aun así atemperada, la idea matriz siguió siendo la preponderancia de las Cinco Grandes Potencias vencedoras. Para desgracia de la organización, falló por razones históricas, de difícil previsión, y por motivos psicológico-políticos que pudieron y debieron anticiparse.

De las Cinco Grandes Potencias, tres se empequeñecieron y dos se han agigantado. El caso extremo de enjutamiento es el de la China Nacionalista o de Formosa. Pero no es el único: Inglaterra se ha debilitado visiblemente desde 1945, y Francia no es ahora más fuerte. A la inversa, los Estados Unidos y la Unión Soviética, detentadores únicos de los armamentos nucleares, se han engrandecido monstruosamente.

Los cambios en las potencias vencidas son menos espectaculares pero decisivos. Las dos Alemanias están fuera de las Naciones Unidas; pero la Federal es hoy la primera potencia industrial del occidente europeo, y la Democrática ha progresado tanto en los últimos años, que se ha convertido en proveedor industrial esencial de la mismísima Unión Soviética. Japón ha alcanzado

el rango de tercera potencia industrial del mundo, y los vaticinios son que allí estará hasta el año 2000.

¿Y la China roja o continental, también excluida de las Naciones Unidas? Masa humana abrumadora, aun rota su vieja y bellísima tradición cultural, el fanatismo con que conduce su vida interior, y su determinación de ocupar un puesto de primer orden, es un elemento nuevo que no se previó.

La falla psicológica-política ha sido grave también. La concepción teórica para gobernar al mundo era seductoramente sencilla: si una nación amenaza perturbar la paz, se despachan los ejércitos de las Cinco Grandes Potencias, con el resultado de que el revoltoso se aquieta instantáneamente. Eso hubiera ocurrido con el señor Nasser y la señora Meir, o con los caballeros Ho Chi Min y Cao Ky. La realidad es que la Unión Soviética no tiene interés en aquietar al señor Nasser, ni los Estados Unidos a doña Golda, o sea, se ha venido... ¡a descubrir! que los grandes consienten y fomentan la discordia internacional, aun la guerra parcial, como parte de su política de dominio.

Nada, pues, de extraño tiene, ni puede tener, que las Naciones Unidas celebren los primeros veinticinco años con su bandera azul desteñida a media asta. Le cabe el consuelo, sin embargo, de comentar que, así como se dice que cada país tiene el gobierno que se merece, debe afirmarse que el mundo tiene la Organización Internacional que se merece.

30 de octubre de 1970



BANDERA A TRES CUARTOS

He tratado de explicar en mi artículo anterior cómo y por qué Naciones Unidas ha fracasado en mantener la paz y la seguridad mundiales, objeto principal para el cual fue creada hace veinticinco años. Este resultado desalentador ha traído, entre otras varias desventajas, la de realzar hasta el exceso el valor de su acción económico-social. Así, no resulta gratuito suponer que el observador común y corriente, tomándola en cuenta, se abstiene de condenar totalmente la eficacia de la organización.

Debe reconocerse, en efecto, que la Carta de San Francisco le dio a la ONU, abierta, claramente, no la simple posibilidad, sino la obligación estricta de ocuparse de los problemas socio-económicos de sus miembros. Es verdad que en sus primeros

párrafos sólo le asigna el tercer lugar, y que mantener la paz sigue siendo su primer propósito. Pero así como crea un organismo especialmente encargado de llenar esta finalidad, funda otro, también especial, para dedicarse a los socioeconómicos. Más aún: los dos Consejos, el de Seguridad y el Económico y Social, o ECOSOC, tienen igual jerarquía, pues ambos no reconocen otra autoridad superior que la Asamblea General. Hasta en meros detalles se advierte el deseo de encumbrar al ECOSOC: lo componen veintisiete miembros, contra quince del Consejo de Seguridad.

Debe convenirse asimismo que aquí la Historia se encargó de vivificar y engrandecer la sabia previsión de los redactores de la Carta de San Francisco. Por una parte, la prensa, pero sobre todo la radio y la televisión, se encargaron de dramatizar con vivísimos colores la honda miseria y el atraso abrumador de vastísimas regiones del globo; por otra, la creencia generalizada de que la riqueza material abre al hombre las puertas de la sabiduría política y aun las del cielo. De allí que las decantadas *rising expectations* hayan resultado el fuelle que mantuvo al rojo blanco la acción socioeconómica de la organización.

No se trata tan sólo del gran tronco del ECOSOC mismo, sino de las múltiples y frondosas ramas que le han ido brotando. Una, las Comisiones Orgánicas: de Derechos Humanos, de la Situación Social y Jurídica de la Mujer, del Desarrollo Industrial, de la Vivienda, de Estadística, etc. Otra, los Organismos Especializados: la Oficina Internacional del Trabajo, la Unión de Telecomunicaciones, la Organización Mundial de la Salud, la Organización para la Alimentación y la Agricultura, la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, etc. Las cuatro Comisiones Económicas Regionales: de Europa, América Latina, Asia y el Lejano Oriente, y de África. Y una serie de instituciones no agrupadas bajo un nombre genérico, cada una de las cuales es un mundo aparte: el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el Fondo Monetario Internacional, el Organismo de la Energía Atómica, el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, la Conferencia Mundial sobre Comercio Internacional y Desarrollo, la UNICEF, etc., etc.

Así, puede decirse sin vacilar que la Humanidad jamás había conocido, y quizás no lo vea repetido, un esfuerzo tan variado, tan grande, tan complejo, tan intenso y tan costoso, para mejorar su situación económica y social.

El hecho innegable de haber transcurrido ya veinticinco años

sin operarse el milagro de dar riqueza y contento a todos los hombres de la Tierra, no basta para condenar la obra social, económica y humanitaria de las Naciones Unidas. La realidad es que puede decirse con certeza que ninguna de las veinte y tantas instituciones que la han acometido, aun la peor concebida y manejada, ha dejado de prestar servicios eminentes a los países pobres y atrasados.

Piénsese en el ejemplo del Banco Internacional. Ha prestado miles y miles de millones de pesos para obras de desarrollo que nunca hubieran podido acometer los países pobres con sus propios recursos, por definición inexistentes o limitados. Pero ha prestado un servicio de interés más subido todavía: por la primera vez en su historia, los países pobres han podido acudir a una institución internacional, o *a-nacional*, librándose así de la inevitable esclavitud que significa para ellos solicitar y recibir un préstamo de un gobierno o de una nación fuerte y rica. El Banco Internacional ha dado ocasión de acabar con los préstamos que no sin razón se llaman en la jerga financiera préstamos "con cola" o préstamos "atados". Así, no es mera fantasía imaginar que si en el siglo XIX hubiera existido un banco semejante, México se habría librado de muchas amarguras, entre ellas la intervención francesa.

La CEPAL (Comisión Económica de América Latina) ha hecho y publicado estudios fundamentales para conocer y entender la economía de todos nuestros países, y la de cada uno por la vía del contraste o de la semejanza. Estos estudios resultan tanto más singulares cuanto que la OEA, con muchos más años que la CEPAL, jamás produjo nada digno de atención.

Pero puede ser aún más eminente otro servicio de la CEPAL, en que nadie repara. Por la primera vez en la vida independiente de los países latinoamericanos (y ya se extiende a siglo y medio), ha dado realidad a un pensamiento y a una acción propiamente latinoamericanos. Los jóvenes economistas que han trabajado en ella, bien preparados, brillantes, imaginativos, se han acostumbrado a pensar en la América Latina en su conjunto, como unidad. Esto en contraste con cualquiera otra rama de las ciencias sociales o las humanidades, donde los esfuerzos por estudiar y entender la América Latina unitariamente han sido esporádicos y no siempre bien logrados. Y no hablemos del pensamiento, sino de la *acción política*, jamás intentada siquiera.

13 de noviembre de 1970



OTRA VEZ A MEDIA ASTA

La lista incompleta que he presentado aquí de las veintitantas instituciones encargadas de la acción socioeconómica de las Naciones Unidas debe causar la gratísima impresión de un árbol gigantesco, con un tronco inabarcable como el del tule, pero de múltiples y robustas ramas, y de un follaje tan tupido, que a su sombra puede la Humanidad descansar alegre y confiada a que frutos frescos y abundantes caigan al suelo por sí solos.

Por desgracia, no es verdad tanta belleza. Todas y cada una de estas instituciones nacieron mal conformadas, y el tiempo y las circunstancias han multiplicado y agudizado sus males. Y hasta ahora ha sido imposible iniciar siquiera una cura que devuelva parte del optimismo inicial. Por eso, no puede escaparse a la impresión de que son la bola de nieve que va agrandándose hasta quedar pulverizada cuando cae en el abismo.

Como sus respectivas esferas de acción no fueron definidas con suficiente precisión, la actividad de una comenzó a invadir la de otras, sin que hasta ahora haya podido crearse una comisión de límites que las resuelva pronta y eficazmente.

Cualquiera diría que no puede haber duda acerca de los fines de una institución que se llama Organización Mundial de la Salud, u Organización para la Alimentación y la Agricultura. Lo cierto es que, partiendo de curiosos razonamientos, como el de que la salud depende de una buena alimentación, y que ésta, a su vez, derivase de una agricultura tecnificada, la cual requiere una educación moderna, surgen conflictos insalvables entre la OMS, la FAO y la UNESCO. Hace tres años —después de veinte de experiencias semejantes— estalló uno entre la FAO y la UNESCO sobre un programa de educación agrícola: la FAO sostenía ser suyo por tratarse de educación *agrícola*, y la UNESCO, que ella debía emprenderlo porque era *educación agrícola*.

No se originan semejantes conflictos tan sólo en límites imprecisos, sino en un espíritu de competencia, hijo del deseo legítimo de lucirse y del reprochable de conseguir para la propia la mayor suma posible de dinero, porque así aumenta la burocracia, el número de reuniones, los viajes, etc. Y juega también una causa curiosa: varias de estas instituciones han caído en manos de directores generales de una competencia y de un desinterés admirables, pero que se han entregado tan apasionadamente a

ellas, que las defienden como feudos intocables. Por eso se han frustrado muchos intentos de hacerlas coordinar sus programas.

La mayor parte de los males de estas instituciones, sin embargo, proceden de los gobiernos que las forman, que las sostienen y que debieran dirigir bien en su propio beneficio. Cada día ha sido más palpable la ineffectividad de las representaciones oficiales en estas instituciones, ineffectividad que tiene dos orígenes principales.

Uno es que casi todas ellas deciden su curso democráticamente, es decir, por una votación mayoritaria. Y la mayoría la forman países señaladamente pobres en riqueza material y en recursos humanos. Les resulta, así, literalmente imposible enviar a las reuniones de estas instituciones, increíblemente numerosas y de temarios de lo más diversos, a verdaderos conocedores de los problemas que van a tratarse en ellas. Y como ninguno tiene el buen sentido de abstenerse de concurrir cuando no pueden hacerse representar apropiadamente, envían a políticos o burócratas. Y como estos representantes jamás se conforman con sentarse callada, discretamente, van a la tribuna para espetar una apasionada catilinaria contra la discriminación racial o el neocolonialismo. . . cuando el tema a debate es el papel que deben tener las proteínas en la alimentación humana.

La segunda causa de la ineffectividad creciente de las representaciones oficiales es más grave todavía por ser general. Todos los gobiernos de la tierra están organizados en departamentos cerrados, que no se comunican entre sí. Cada uno conoce más o menos bien sus propios asuntos, pero ignora los ajenos. El gobierno, como un todo, resulta así incapaz de ver las cosas en su conjunto, de apreciar las ligas necesarias que cada problema tiene con muchos otros.

De allí el espectáculo divertido pero perturbador del buen médico que asiste a una sesión de la OMS, en donde se plantea el problema de si debe prestarse ayuda técnica en el campo de la planeación familiar. El médico aquel ha ido sin instrucciones, no ya del gobierno, pero ni siquiera de esa parte del gobierno llamada Secretaria de Salubridad; recuerda, sin embargo, que su mujer es católica sincera y, como tal, juzga que tener más o menos hijos es asunto divino y no humano. Entonces se levanta airado para condenar cualquier intento de su organismo internacional de entremeterse en asuntos de conciencia.

Pero al mes siguiente un buen ingeniero agrónomo concurre a la sesión de la FAO. Allí escucha compungido la negra profecía de un hambre universal debida al crecimiento desmesu-

rado de la población, que no puede saciar una alimentación que apenas aumenta. Tampoco lleva instrucciones de esa totalidad que se llama gobierno, y ni siquiera de la parcialidad llamada Secretaría de Agricultura; pero, como ser sensible, le sobrecoge la perspectiva de un hombre que, presumiendo de ultracivilizado, tendrá que regresar a la antropofagia, medio único de salvar la mitad, o la tercera parte de una Humanidad que ha resultado incapaz de alimentarse de otra manera. Se lanza, pues, a la tribuna para abogar por los medios más drásticos de controlar la natalidad, incluyendo la castración del varón y la esterilidad perpetua de la hembra.

Un mal suele acarrear otros: como estas instituciones no pueden perecer, como tienen que seguir viviendo de algún modo, de cualquier modo, la burocracia internacional que trabaja en ellas ha ido supliendo cada vez más el pensamiento y la voz de los gobiernos. Esa burocracia puede, inclusive, ser más experta que los expertos oficiales; pero es absolutamente irresponsable desde un punto de vista político. ¿No sobrecoge de horror la idea de que un sabio experto danés decida la suerte de nuestros inditos mexicanos?

19 de noviembre de 1970

MAL DE MUCHOS

Uno de los pocos, poquísimos medios que tiene el mexicano de hoy para cobrar ánimos es comparar la situación de su país con la de cualquier otro. A más de inevitable, es sano acudir de vez en cuando a este tranquilizador moral y político... con tal de sacar la única moraleja que consienten los hechos: estimularnos a luchar cotidianamente para afianzarla, de modo que no la perdamos un buen día sin sentir, quedándonos entonces tan sólo llorar inconsolables su vuelo al más allá.

En un desencanto transitorio, Walter Lippman escribió esta frase que va resultando toda una visión del mundo actual: "La mayor necesidad de los hombres que viven en una comunidad es la de ser gobernados: por ellos mismos, de ser posible; bien gobernados, sin tienen suerte; pero, en cualquier caso, ser gobernados."

Podría ensayarse colocar a cada país del mundo en una de esas tres categorías: los que se gobiernan a sí mismos, bien, mal o regular, pero a los que resta siempre el consuelo de ser ellos quienes trazan su camino; países cuyo gobierno está en manos de unos cuantos ciudadanos, que, sin embargo, tienen un sentido del bien común; por último, aquellos donde el orden se ha convertido en una cuestión tan de vida o muerte, que tienen que ser gobernados de algún modo, en general por la fuerza o el terror.

Poco afán se necesita para hallar ejemplos de la primera categoría, pues a ella han pertenecido por siglos Inglaterra, Holanda, Francia y los Estados Unidos, y menos lejanamente, pero por un tiempo apreciable, países como Chile y Costa Rica. Ninguno de ellos se ha sentido nunca plenamente feliz, salvo quizás en momentos fugaces de su historia; pero una indudable mayoría ha apoyado al gobierno en turno, y si les sale malo, tienen el voto para echarlo. A pesar de esto, a todos ellos les han brotado durante los últimos tiempos problemas de tanto fondo, que han puesto en entredicho a sus instituciones tradicionales.

Para horrorizarse basta la dosis pequeña de los que hoy afli-

gen a los Estados Unidos. La factura de una nueva y única nacionalidad con la fusión de blancos y negros, un proceso que nosotros todavía no hemos consumado después de cuatro y medio siglos de ejercicio hecho en el lugar justo donde debe hacerse. El desencanto de la sociedad posindustrial, o sea que el país único en el mundo que había llegado a esa etapa tan avanzada del progreso humano, es el primero en sufrir el desengaño de tan colosal avance. La bancarrota completa de la civilización urbana, cuando antes los Estados Unidos se gozaban restregando en los ojos del extranjero sus estadísticas reveladoras de un enjutamiento de la población rural y una hinchazón descomunal de la población urbana. La rebeldía juvenil, que pone en duda todo y que quiere destruir todo, pero sin saber bien qué pondría en lugar de aquello que aniquila. Y por si algo faltara, la triste, interminable guerra de Vietnam, una encrespada ola de criminalidad, etc., etc.

La Unión Soviética es quizás el mejor ejemplo de un país gobernado por una estrecha minoría comprometida al bien común. Ha operado el milagro de transformar en potencia de primerísimo orden a un país antes pobre, ignorante y atrasado. Es verdad que el milagro costó el sacrificio impío de tres generaciones de sus hijos; pero, aun así, nadie puede sustraerse al asombro de esa transmutación. Pero la Unión Soviética ha tenido desde los comienzos problemas que no ha acertado a resolver, más los recientes. El principal de los viejos es el desequilibrio entre el avance de las industrias pesada y de armamentos y la de artículos de consumo, incapaz hasta ahora esta última de satisfacer las necesidades de un pueblo que no es pobre y que sabe que no lo es. Así, es de suponerse que ninguna aflicción mayor han experimentado los dirigentes soviéticos que la de haberse visto obligados, para celebrar "dignamente" el centenario de Lenin, a importar del extranjero 21 000 toneladas de carne de pollo; 60 000 de carne de res; 90 000 de mantequilla y 3 millones y medio de toneladas de trigo. Y esto en el año de 1970, aquel en que, según la predicción de Jrushef, la Unión Soviética rebasaría los niveles norteamericanos de consumo.

Y están los problemas recientes. Una desilusión cada vez más marcada de los intelectuales, los artistas y el numeroso sector de los cuadros técnicos, del sistema mismo: su inflexible dogmatismo; su burocracia, que vive en un aire enrarecido, sin contacto con el pueblo; la opresión policiaca o corporativa de los gremios. En suma, el resentimiento de tenerlos arrumbados sin participar para nada en la vida pública. Y están los gravísimos problemas

derivados del papel rector del comunismo mundial que tuvo y que pretende conservar la Unión. Y aquí salta la serie de nombres de Yugoslavia, China Roja, Rumania, Checoslovaquia, Hungría y aun el de Alemania Oriental. No hay, al parecer, país o partido comunista que quisiera estar en la piel de la Unión Soviética, como lo revelan, digamos, las reacciones de los partidos italiano y francés.

Un caso bien claro de país que tiene que ser gobernado a todo trance es el desdichado de Guatemala, según lo demostrará el próximo presidente. A estas alturas, parece un tanto académico ponerse a indagar quién fue primero, si el mal gobierno o la guerrilla y el terrorismo. Lo único que cuenta y que vale considerar es cómo va a salirse de esa situación, si mediante un alzamiento popular que arrase lo mucho malo y lo poco bueno que hay allí, o una tiranía sangrienta que imponga el silencio sepulcral.

México, ciertamente, no puede ni debe envidiar nada de esto.

8 de mayo de 1970



EL EJÉRCITO PERUANO

Con ánimo comparativo, más le interesa a México examinar la situación actual de los países latinoamericanos, a él tan próximos... ¡y tan lejanos! Sin embargo, casi todos ellos, para su desgracia y la nuestra, siguen por caminos trillados, de los cuales no aciertan a desprenderse para tomar otros más promisorios. Digamos Chile: cayó en la inflación por lo menos hace cuarenta años, y sigue en ella; todavía no ha logrado crear un consenso general sobre las reformas de fondo que deben operarse en su sociedad y en su economía; el fraccionamiento de las fuerzas políticas en numerosas facciones produce gobiernos débiles, cuya pobre fuerza se consume, no en la acción realizadora, sino en una estéril esgrima partidista. De Argentina, baste recordar que su primer paso hacia el militarismo moderno tiene ya 36 años, y que salvo los gobiernos fugaces de Frondizi e Illía, aún está allí. Y no se hable de Brasil, que comenzó a perder el rumbo cuando Vargas asciende al poder en 1930.

Perú es el único de nuestros países que pasa por una experiencia que debiéramos seguir muy de cerca, tanto porque en ella un hermano se juega la vida, como porque nos entregará

moralejas de una resonancia general. Para entender esa experiencia, empero, imposible acudir a los politólogos peruanos, cuya sola pedantería hace ininteligibles sus reflexiones. Se cuenta, en cambio, con François Bourricaud, que ha sabido conservar la lucidez francesa a pesar de haber sido educado en los Estados Unidos, y poseer, por lo tanto, los conceptos y la terminología de la sociología y la politología ultramodernas. Por lo demás, Raúl Prebisch me comunicó hace ya siete años su presentimiento de que en Perú se fraguaba un tipo nuevo de militar, y muy magistralmente me conminó a estudiar un fenómeno que podía acarrear consecuencias de magnitud.

Según Bourricaud, el actual soldado peruano no corresponde en manera alguna al "militarote" que han denunciado toda la vida los izquierdistas. Existe, antes bien, un nuevo tipo de militar, al que se ha llegado mediante una preparación técnica y un gobierno interno autónomo.

Han proporcionado la tecnificación tres instituciones cuyo funcionamiento callado y regular no tiene paralelo en otro organismo nacional. Desde luego la Academia Militar, que desde hace 74 años imparte una educación universitaria de cuatro años a unos mil cadetes. Viene después la Escuela Superior de Guerra, que desde 1905 da una educación posgraduada de dos años a grupos de oficiales sobresalientes. En fin, está el CAEM, o Centro de Altos Estudios Militares, creado en 1950, que ofrece a coroneles y generales bien escogidos cursos monográficos sobre problemas económicos, políticos y sociales del país.

Ya en el poder, surgió un nuevo órgano, el llamado COAP, o Comité de Oficiales Asesores del Presidente. Por razones obvias, se sabe poco de él: cómo está compuesto, su forma de desempeñarse, cuáles son o pueden ser los límites de su poder o de su influencia. Su nombre mismo parece indicar, sin embargo, primero, que lo forman elementos muy jóvenes, puesto que son simples oficiales; segundo, que su papel no es la acción, sino la información y el consejo. Aun así, en general se admite que las decisiones más radicales de los jefes se han inspirado en la "asesoría" de esos jóvenes. Pero quedan algunos misterios que el propio Bourricaud no ha intentado despejar. ¿Partió la iniciativa de crear el Comité de los jefes, para ganarse la simpatía y el apoyo de la oficialidad? Por el contrario, ¿fue una exigencia de ésta el origen de su creación? Por último: se supone que los elementos más preparados en las cuestiones económicas, sociales y políticas del país, no son los oficiales, sino los coroneles y generales que han salido del Centro de Altos Estudios Militares.

La Academia y la Escuela Superior se dedican a la preparación puramente militar de los mandos; no tienen de notable, pues, sino la regularidad y la persistencia de su funcionamiento. En cambio, el CAEM, aun cuando no del todo original, ya que en Brasil existe algo semejante, tiene rasgos distintivos notables. Desde luego la premisa de que la bondad de un ejército moderno no descansa tan sólo en el sabio manejo de un armamento moderno, sino en una inteligencia de la sociedad en que opera. La consecuencia inmediata es que los oficiales y los jefes deben capacitarse para alternar con los científicos y técnicos civiles; y la segunda, que el CAEM acudió a éstos para preparar su propio personal. Y como en la mayor parte de los casos esos civiles procedían de grupos progresistas y aun de izquierda, el ejército peruano —concluye Bourricaud— entró con paso firme en el reino de las ideas generales del desarrollo, del bienestar, de la integración, etc.

La otra fuente de donde procede la novedad de ese ejército es su "institucionalización". Los ascensos se conceden por rigurosísimo escalafón y por prendas personales estrechamente apreciadas. Entonces, los oficiales no necesitan para prosperar agruparse en torno de un caudillo o figura sobresaliente. Es más, no lo pueden hacer, pues se les cambia de guarnición a intervalos regulares y breves para impedir que formen grupos o pandillas. La autoridad civil ha contribuido a ese gobierno interno y autónomo con dos actitudes sorprendentes. El parlamento jamás ha usado su prerrogativa constitucional de examinar los ascensos de coroneles y generales. Además, los presidentes han nombrado ministros de Guerra a los candidatos presentados por el ejército, pensando que esas candidaturas tienen la más segura y plena representatividad de la corporación.

Todos estos preparativos han correspondido hasta 1968 a una curiosa realidad, al parecer inventada en buena medida por el ejército. Es la interpretación que da al artículo 214 de la Constitución, según la cual a él le corresponde el papel de árbitro en los conflictos de grupos o de intereses que puedan dañar a la nación. Pero nadie sospechaba que el verdadero fin de esos preparativos llegase a lo que ocurrió con el derrocamiento del presidente Belaúnde, es decir, a sustituir enteramente al gobierno civil, a gobernar el ejército, él sólo y directamente.

Como es natural, todo los peruanos, pero también nosotros los latinoamericanos, nos preguntamos si el ejército peruano tendrá éxito en esta aventura a que se ha lanzado tan confiadamente.

15 de mayo de 1970



MIURAS Y TOREO DE SALÓN

Se ha dado ya una idea somera de cómo el ejército peruano se fue preparando para gobernar, de modo que, al echar de la presidencia a Belaúnde, resolvió, no, como antes, reemplazarlo con otro gobernante civil, sino asumir él mismo el poder. Pero hay una gran distancia entre capear al toro de carretilla y plantarse frente a un miura de verdad. No es lo mismo, pues, codiciar el poder y hacerse de él, que salir con bien de su ejercicio real y cotidiano, y menos todavía usarlo en beneficio de los demás.

Los observadores atentos, sin embargo, no dejaron de abrigar alguna esperanza en el éxito de esta prueba de fuego al recordar que el ejército peruano, aun antes de pescar el gobierno, había enseñado un sorprendente sentido político. Así fue, de verdad: en 1965 necesitó poco tiempo para aplastar las guerrillas de Luis de la Fuente y de Guillermo Lobatón. Con ese hecho demostró su eficacia profesional, desde luego; pero también una conducta pública templada. La exterminación de tales guerrillas fue una advertencia aleccionadora para la "pequeña izquierda", y, por ello, la oligarquía peruana la aplaudió a rabiar. Pronto, sin embargo, se le vinieron abajo las alas del corazón al ver que, contra lo que esperaba y apetecía, el ejército no se embarcó en una cacería de brujas, ya que no persiguió a esa izquierda y menos a los grupos simplemente progresistas. A más, pues, de indicarle a la oligarquía que no favorecía su egoísmo de clase, quiso indicar que había actuado como actuó por juzgar que así servía a la conveniencia superior de la nación.

Ya en el mando, la junta militar dio dos muestras fulgurantes de que entendía los objetivos y de que sabía cómo alcanzarlos. En la cuestión petrolera, el nervio más inflamable de la sensibilidad peruana, reveló una firmeza de que había carecido el gobierno anterior de Belaúnde; por añadidura, mostró una habilidad diplomática insospechada, pues aun cuando ciertas circunstancias interiores de los Estados Unidos la favorecieron, es incuestionable que supo manejar sus cartas con gran destreza.

El otro golpe espectacular, soberbio, fue el de la reforma agraria. Lejos de intentarla, como Belaúnde, en las tierras altas, un tanto desérticas y de una productividad dudosa, la junta se fue derecho a las tierras bajas de la costa, únicas hasta ahora que encierran la riqueza agrícola peruana del algodón y del azúcar. El hecho de que estas cosechas se exportaran en su mayor parte,

y fueran, por lo tanto, fuente considerable de divisas, hizo más valiente la medida. Aun el procedimiento empleado para anunciar la reforma añadió un toque dramático final. Mientras el presidente Belaúnde se desplazó con un gran séquito a las tierras altas para proclamar con galano discurso que la reforma agraria comenzaba en ese instante solemne, los miembros de la junta permanecieron en Lima, hicieron publicar su decreto, y se limitaron a despachar piquetes de soldados a las principales fincas algodoneras y azucareras para cerciorarse de que sus órdenes se cumplieran resignadamente.

Pero como dos golondrinas, por muy volanderas que sean, no hacen verano, han subsistido las dudas sobre la capacidad gubernativa del soldado peruano.

La primera nace de la naturaleza de la autoridad militar: desafiarla o desatenderla significa cometer un delito; por eso resulta irresistible. Muy otra es la autoridad política, que tiene que ser aceptada mediante la negociación y por eso el venero de que brota es el consentimiento.

La segunda duda es si la ventaja de la unidad hija de la disciplina de una corporación como el ejército peruano, va a mantenerse cuando el lazo de unión debe ser la comunidad de ideas sobre un problema tan complejo como el del bienestar de todo un pueblo. No sólo el ejército, sino la generalidad de los peruanos, están de acuerdo en que las dos grandes metas nacionales son el progreso económico y la liberación de la dependencia extranjera, sobre todo de los Estados Unidos. Pero, para hablar en un lenguaje castrense, hay varias estrategias y numerosas tácticas posibles para aproximarse a esas dos metas.

En la segunda de las dos, la nacionalista, o sacudirse la dependencia exterior, los militares han tenido ya su primer tropiezo al fracasar en atraer a una empresa soviética a la explotación de unos yacimientos cupríferos promisorios, viéndose así obligados a entenderse con una firma norteamericana. Pocas dudas hay de que lograrán mejores condiciones que las que han regido en Toquepala y Cerro de Pasco; pero, aún así, la dependencia del exterior se remacha en lugar de aliviarse.

La duda mayor acerca del experimento peruano, sin embargo, es el hecho evidente e inevitable de que el militar-gobernante carece de un sustento (en el sentido doble de apoyarse y de alimentarse) político popular. La honestidad, la eficacia y el vigor puestos en la administración pública; las embestidas al imperalismo y a la oligarquía, ciertamente le han creado una entusiasta simpatía popular, o lo que los politólogos llaman apoyos difusos

o latentes. Pero un régimen de gobierno no puede vivir indefinidamente de esa clase de sostenes porque, lejos de ser directos y activos, resultan esporádicos e intermitentes.

¿De dónde va a sacarlos el militar peruano? Desde luego, la sola decisión de intentarlo lo despojará por fuerza de la casaca con sus preciosos entorchados de oro para convertirse en "vulgares políticos", arropados con vestimentas comunes y corrientes. Además, las fuerzas políticas organizadas, de obreros sobre todo y en alguna medida de campesinos, pertenecen al APRA, que ha sabido conservarlas milagrosamente a través de largos años. ¿Decidirá el ejército peruano entenderse con un partido al que ha perseguido y del que desconfía profundamente? ¿Intentará destruirlo para nutrirse de sus despojos?

En el logro de ese sustento político popular hallará el ejército peruano ocasión de demostrar, no su preparación técnica y ni siquiera sus buenas intenciones, sino una aptitud política verdadera, única excusa y justificación única de la función arrogante que se ha atribuido de árbitro del destino nacional.

22 de mayo de 1970

NUESTRA AMADA POBLACIÓN

Causa verdadero dolor advertir la liviandad de golondrina con que las más altas autoridades del país opinan sobre el problema de nuestra población, buena parte del cual es, por supuesto, su desbordado crecimiento a una tasa anual de 3.5%, o sea cerca de dos millones anuales. Don Víctor Urquidi, en su ensayo reciente *Economía y población*, dice con ese lenguaje secón tan suyo: "...Esta es una de las tasas más pronunciadas en cualquier parte del mundo; en ningún periodo de la historia de México se ha experimentado otra semejante, y en la experiencia mundial tampoco ha habido un caso semejante de un país de las dimensiones de México y con sus actuales características de desarrollo."

Don Víctor redondea en seguida su cuadro: México tendrá 72 millones de habitantes para 1980, dato en sí impresionante; pero lo es más todavía la composición de esa población. Los menores de 15 años y los mayores de 65, o sean los que aún no pueden trabajar y los que son ya incapaces de hacerlo, representarán el 49% del total, y como la porción de mujeres que trabajan en México es todavía baja, el resultado final será que en ese bendito año de 1980, veintitún millones de mexicanos, a más de mantenerse a sí mismos, tendrán que mantener a los 51 millones de seres improductivos. Dicho de otro modo: en 1980 cada mexicano entre los 16 y 63 años cargará sobre sus espaldas el peso muerto de dos mexicanos y medio, es decir, en promedio, unos 150 kilos. Su marcha, así, no podrá ser muy ligera que digamos.

Y no se trata, simplemente, por supuesto, de darles comida y abrigo, sino del gasto principal de su educación primaria y secundaria en el caso de los menores de 15 años, y en el de los ancianos, pensiones de retiro y atención médica.

Las cifras en que don Víctor hace descansar sus reflexiones pueden darse por seguras, pues las técnicas para proyectar la composición y el crecimiento demográficos son simples y bien probadas. ¿Qué nos ofrecen a cambio de ellas nuestras autoridades?

Ningún ciudadano mexicano (ni de cualquier otra parte del mundo) puede esperar fundadamente que sus gobernantes conozcan al dedillo todos los problemas nacionales y que por ello tengan a la mano su solución. Y esto quizás resulta más cierto de México, en especial de aquellas cuestiones que, como esta de la población, son de una complejidad extrema. Pero justamente por esto salta la alarma al ver que, lejos de adoptar la actitud circunspecta de ofrecer estudiarlas, nuestros gobernantes se disparan a opinar sobre ellas con una seguridad que, en este caso, no tendría un demógrafo profesional, es decir, un hombre que ha gastado veinte años de su vida en prepararse para estudiarlos y que lleva otros veinte haciéndolo. Véase, en efecto, esta reciente declaración:

“...Tenemos recursos naturales, territorio, posibilidades de explotación en el mar, vitalidad para el trabajo, que nos permiten confiar en que *durante siglos* no tendremos necesidad de pensar en un medio de controlar la población.”

Primero, reconforta saber que sobre la tierra existen todavía hombres suficientemente valerosos para hacer un vaticinio válido “durante siglos”, y eso en un mundo como el de hoy, en que todo, sin excepción, cambia a una velocidad que da vértigo. Modestia aparte, yo no me atrevería a tanto, y conste una cosa: yo soy un profeta profesional, y precisamente por serlo, Miguel Ángel perpetuó mi efigie en la bóveda de la Capilla Sixtina.

Segundo, es un lastimoso desacierto suponer que reconocer un crecimiento rápido de la población equivale a abogar por el control de la natalidad. Don Víctor estudia nuestro crecimiento y no alude siquiera a semejante control; pero sí señala con gran precisión las medidas *económicas* para hacerle frente a semejante problema.

Tercero, el desacierto crece al plantearlo en función de lo que haya dicho sobre la píldora el señor MacNamara. Este enjuto caballero tiene todo el derecho del mundo a decir los disparates que le plazca; y nosotros tenemos toda la obligación del mundo de evitarlos planteando y resolviendo nuestros problemas según nuestras propias circunstancias, nuestros recursos, nuestras conveniencias y aun nuestros gustos.

Supongamos por un momento que México cuenta de verdad con recursos naturales para soportar, no “durante siglos”, sino de aquí al año 2000, los 135 millones de habitantes que tendrá entonces.

¿En dónde están esos recursos? No, ciertamente, en Tlaxcala o Oaxaca. ¿Será, entonces, en Tabasco, Chiapas, o en el mar?

Lo cierto es que los ocho o nueve millones de mexicanos que han abandonado su lugar de origen en este año de 1970, no se han zambullido en el mar, ni se marcharon a Tabasco ni a Chiapas, sino a las grandes ciudades del Distrito Federal y de los estados de Baja California, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas, ciudades en las cuales la tasa de crecimiento ha sido del 7, del 12 y aun del 14%.

Que podrían imaginarse incentivos para que esos emigrantes, y muchos más, se trasladaran a esas tierras y mares de promisión, es perfectamente concebible, aunque nada fácil de lograr. En todo caso —y esto es lo esencial— se requeriría que el gobierno tuviera una política demográfica definida y *activa*. Lo único insostenible es dejar la solución de este o de cualquier otro problema a una apreciación vaga e infundada de las insospechadas riquezas que abrigan las tierras y los mares nacionales.

Comencemos, pues, por estudiar el ensayo de don Víctor, y después, ese otro gran libro de El Colegio de México que se llama *Dinámica de la población de México*.

17 de diciembre de 1970



DOÑA IFI Y SU INGRESO

El gran corazón de doña Ifigenia debió dar un vuelco mortal cuando, con su voz rotunda y su gesto terminante, nuestro flamantísimo presidente habló en su discurso inaugural de la injusta distribución del ingreso nacional. Esperé que las cámaras de televisión la enfocaran para ver un rostro radiante de satisfacción; pero... ¡nada! En efecto, Telesistema sabía que el objetivo único era el Señor que hablaba, y que de él no debía apartarse sino para recoger el testimonio de arrobada admiración de esos cinco inditos pintorescamente vestidos que se hallaban empotrados entre cuatro mil y tantos catrines, y la nota *chic*, que daba el abrigo leopardesco de María Félix.

Nuestro presidente no se explayó sobre este tema (ni sobre ninguno otro) que viene preocupando a doña Ifigenia desde hace años; pero incluso ese parpadeo discursivo del primer mandatario despierta la esperanza de que alguno de sus técnicos consulte el último trabajo de doña Ifigenia, en que hace tres cosas: repasar los cálculos sobre la distribución del ingreso nacional durante los catorce años (¡no *trece*, doña Ifigenia!) que van de 1950 a 1963;

imaginar cuál será esa distribución en 1980; y señalar las medidas que deben tomarse para aminorar la inequidad actual de semejante distribución.

Quizá doña Ifigenia no insistió lo bastante en un punto decisivo para captar la atención del gobernante, a saber: hasta hoy no se conoce un mejor metro para medir el progreso económico genuino que éste de la distribución del ingreso nacional. Lo definitivo, en efecto, no es la cantidad ni la prisa con que se produzca la riqueza, sino su reparto entre los componentes de una sociedad. De no hacerse con un mínimo de equidad y sin la certidumbre de alcanzar una distribución más igualitaria en un plazo relativamente breve, nace y se agudiza un estado social de frustración, de desasosiego, de rebeldía, que desemboca sin remedio en la violencia destructora.

Por lo demás, doña Ifigenia plantea el problema con una reposada tranquilidad: nadie puede negar que México ha progresado económicamente de un modo señalado en los últimos veinte o treinta años. Así lo demuestran el crecimiento del producto nacional bruto a una tasa anual ligeramente superior al 6%, y el producto por habitante, a una de casi 3. Pero doña Ifigenia averigua en seguida qué hay detrás de esas cifras sacrosantas, únicas que proclaman satisfechas las autoridades oficiales y privadas. Y encuentra que ese gran avance ha sido muy dispar, lo mismo si se piensa en la remuneración de las distintas ocupaciones, que en las varias regiones geográficas del país o en los diversos grupos sociales.

Por ejemplo, un trabajador agrícola sólo produce el 13% del ingreso que engendra una persona ocupada en los servicios, y apenas 21% del que crea el obrero industrial. Esto trae la consecuencia inevitable de que se remunere poco el trabajo agrícola y más los otros. Pero aun dentro de esta ocupación existen diferencias marcadas: el producto medio de un trabajador agrícola de las zonas agrícolas de temporal es de escasos 152 pesos mensuales, mientras que en las irrigadas llega a 382, o sea dos y media veces superior. El contraste es todavía más marcado si se compara el primer tipo de trabajador agrícola y el industrial, ya que éste alcanza en promedio 870 pesos mensuales, es decir, algo más de cinco veces.

Las desigualdades se extienden a las distintas entidades del país. En ocho estados de la República, el ingreso medio anual por habitante es superior a 6 000 pesos; en siete fluctúa entre 6 y 4 000, y en diecisiete es siempre inferior a esta última cifra. Y como es usual, a un mal se agrega otro: en los 17 estados

más pobres vive el 44% de todos los habitantes del país, y los trabajadores agrícolas representan el 72% de la población económicamente activa. Dentro de esta situación, nada sorprende que de los ocho estados ricos salga el 60% de la producción industrial, en tanto que los 17 pobres apenas contribuyen con el 13. Mientras el 81% de la población de los estados ricos goza de los beneficios de la luz y la energía eléctricas, en los diecisiete estados pobres sólo llega a 41.

Estas cuantas cifras ayudan a explicar el torrente migratorio del campo a la ciudad, que se traduce en que anualmente unos 8 millones de mexicanos, sobre todo los jóvenes, abandonen el campo donde nacieron para probar fortuna en las grandes ciudades.

Todavía son más dramáticas las desigualdades en la distribución del ingreso por familias: en un extremo están las que alcanzan uno mensual de escasísimos 315 pesos, y en el otro 12 323, o sea que este grupo de familias privilegiadas gana 391 veces más que las familias pobres, que representan 8 millones de personas. De mayor gravedad es que si de 1950 a 1958 esos ingresos tan bajos aumentaron en cerca de 2%, de 1959 en adelante se han estancado. En cambio, el 10% de la población privilegiada ha mejorado su posición, pues mientras en 1950 se llevaba el 49% de todo el ingreso nacional, en 1963 llega al 50.

Doña Ifigenia usa tres hipótesis para determinar cuál puede ser en 1980 el ingreso de los cuatro grupos de familias que llama de "muy bajo" ingreso, "bajo", "medio inferior", "medio" y "alto". En la más favorable, los dos primeros grupos aumentarían su ingreso a un poco menos del doble; el grupo "medio" a un poco más del doble; y el "alto" sería un 174% del que obtuvo en el año de 1963. Las metas son modestas y por eso accesibles, y quizá lo más importante es que en esa hipótesis se ve ya operar un elemento corrector de la situación actual.

Aunque no con mucho orden, pero sí con suficiente claridad, doña Ifigenia señala los resortes que pueden tocarse para llegar a esos resultados. No pretenderé siquiera listarlos, entre otras razones, porque ¿quién comprará y leerá entonces el libro?

24 de diciembre de 1970

DESPEDIDA

AISLAMIENTO COMUNICADO

En este mundo (y quizá en el otro también) hay entes raros pero dignos de atención. Dígase el hombre tesorero y afortunado que logra trabajar en cosas que le atraen y le divierten, y que por eso trata de protegerse de todo contacto externo que contamine el fruto de su esfuerzo. De allí su propensión a aislarse él mismo y a su obra.

Es fácil concebir, y en la realidad suele suceder así, al pintor, al poeta o el compositor, encerrados herméticamente en sus estudios largos días, semanas y aun años para afinar el poema, retocar el cuadro o sellar la partitura deseada. Pero ese pintor, semejante poeta y el compositor de nuestro ejemplo, saben de sobra que fatalmente sus obras han de trascender al público. Es más, como éste será siempre el que las juzgue finalmente, de hecho los artistas conciben y hacen su obra en función del público que la "consumirá".

La urgencia de comunicarse con el público es todavía mayor si se piensa, no en las obras estrictamente personales de creación artística, sino, digamos, las educativas o culturales, que exigen ciertamente una inspirada dirección personal, pero cuya ejecución recae en otros hombres, a veces numerosos.

Estas dos tendencias, una que empuja al aislamiento, y la otra a la comunicación, resultan opuestas, pero, como son inevitables, engendran pequeñas y grandes tragedias, además de ofrecer una explicación suficiente a hechos o actitudes que parecen no tenerla.

Dígame el pintor incomprendido, el poeta incomprendido, el músico incomprendido. Suele explicarse su caso con el "nadie es profeta en su tierra". El refrán quiere decir literalmente que la consagración vendrá de fuera; pero si tampoco llega de allí, ¿qué pasará con este artista incomprendido? Seguirá siéndolo dentro y fuera de su comunidad.

También se usa el refrán para indicar que el tiempo futuro traerá la aureola. Es comprobable, en efecto, que escritores apenas advertidos hoy, se levanten mañana; pero será raro que el tiempo futuro saque a un artista de la nada para hincarlo en

el pináculo de la adoración. En la realidad, más bien ocurre que el tiempo puede hacer pasar a un artista de la insignificancia popular a una modesta estima académica o erudita. En cambio, es frecuente que sobre el artista que gozó en vida de cierta primanza, el tiempo haga caer sobre sus obras la noche de un olvido cabal.

Esto explicaría por qué el artista que presiente la incompreensión del público, o que cree que éste no lo aplaude cuanto debe, haga lo que tan gráfica y acertadamente se llama "exhibicionismo" o sea plantársele por delante al público para que lo advierta y lo estime.

No encierra, pues, mayor misterio el caso del artista incomprendido o insuficientemente estimado. Al lado de él, sin embargo, se dan otros menos frecuentes y en apariencia más extraños y llamativos. Dígase el artista que teniendo ya conquistado un buen lugar, incluso sobresaliente, en un género, salta a otro, o que habiendo cultivado ya un arte determinado, decida trabajar en otro distinto.

No se trata aquí de los genios colosales del Renacimiento, Miguel Ángel o Leonardo, que con éxito asombroso cultivaron *simultáneamente* la pintura, la escultura y la arquitectura, y Leonardo incluso la ciencia. Nos referimos a artistas que, habiéndose iniciado en un arte, concluyen consagrados a otro. Hoy no es frecuente este caso por el pronunciado carácter de especialización de la sociedad contemporánea; pero se dan. Piénsese en Charles Aznavour: comenzó siendo exclusivamente cantante, hombre que cantaba canciones *ajenas*, cuya letra escribía una persona distinta y cuya música componía un tercero. Ahora Aznavour escribe la letra y la música de las canciones que él mismo canta. Es verdad que aquí el móvil no era comunicarse con un público distinto o más amplio, pero sí hacerlo más plenamente, y no a medias o por intermedio de las palabras y los sentimientos de otros.

Más frecuente en la actualidad es el salto de un género a otro dentro de un arte determinado. Por ejemplo, el poeta que, dándose cuenta de que sus escritos alcanzan una clientela numéricamente limitada, decide comunicarse con un público mayor pasándose al ensayo, sobre todo al ensayo político-social. O el novelista que, con un renombre ya adquirido, resuelve comunicarse con un público de carne y hueso escribiendo comedias o dramas, o con un público tan invisible como el lector de sus novelas, pero mucho mayor, el que le ofrecen el cinematógrafo y la televisión.

Estas mudanzas son mucho más frecuentes en campos distintos del arte: el constitucionalista que se convierte en politólogo o en historiador; el biólogo que se pasa a la filosofía; el economista que incursiona en la antropología social; el científico puro que se lanza, primero a la ciencia-ficción y después a la ficción a secas, etc., etc. Pero en todos los casos, sin excepción, se hallará esta ambivalencia: inclinación al aislamiento para concebir una obra artística, o para estudiar y reflexionar sobre un escrito histórico, y, oponiéndose a ese aislamiento, la necesidad o el gusto de comunicarse con el mundo exterior.

Perdones mil si remato una construcción tan elaborada con una nota personal. Me han referido que cuando comencé a escribir en este sufrido periódico, un altísimo personaje del gobierno pasado clamaba: "¿Cómo es posible que este hombre, a quien el gobierno ha colmado de honores y distinciones, salga ahora a la plaza pública para combatirlo?"

El caso es menos dramático y más explicable. No se trata de una traición y menos de una alta traición, sino de la ambivalencia aquí descrita: agobiado por el peso del aislamiento necesario para concluir la *Historia moderna de México*, resolví sacudírmelo comunicándome con el público más amplio, variado e invisible que da un gran diario como éste.

26 de febrero de 1971



EL ARO DE FUEGO

He tratado de explicar en mi artículo anterior por qué decidí hace dos años y medio escribir en este gran diario. Dije (quizás con una elaboración un tanto enredosa) que el artista y el intelectual viven la eterna tragedia de fluctuar entre el aislamiento necesario a sus creaciones o sus estudios, y romper la soledad y el silencio para comunicarse con el público al que fatalmente van a dar las obras de uno y otro. Después de trazar ese cuadro general, presenté mi caso personal: sintiéndome en un momento dado abrumado por el aislamiento en que me había encerrado para acabar la *Historia moderna de México* decidí romperlo escribiendo un artículo semanal en *Excélsior*.

Toda situación anímica es complicada, de modo que nunca hay un motivo único que la explique totalmente. Examínense, pues, otros que ayuden a lograr ese resultado.

Hay uno que, por su carácter muy personal, quizás no interese mayormente al lector; a pesar de ello, no puedo omitirlo. Fue el amabilísimo y reiterado requerimiento del director del diario: no obstante mi edad y una experiencia no siempre placentera, todavía produce en mí, primero sorpresa, después incredulidad y finalmente agradecimiento, el que una persona me diga y me sostenga que yo puedo ser útil en alguna empresa noble. Y hasta ahora no he hallado otro modo de acabar con la sorpresa, de dominar la incredulidad y de expresar la gratitud que aceptar el encargo que se me pide.

Después viene otro motivo impersonal, puesto que lo juzgo válido para todo intelectual. Es el que algunos de mis colegas que no aman bastante su lengua llaman “desafío” o “reto”, traduciendo literalmente el *challenge* inglés. Tener por delante una prueba a la que uno se somete voluntariamente para medir la capacidad de salir con bien de ella. En el supuesto de que razonara y pudiera tomar decisiones, es el feroz león del circo a quien el domador invita a traspasar un círculo de fuego.

Escribir cada semana, fija, obligatoriamente, sin esperar a que la palomita de la inspiración tenga a bien posarse en el hombro izquierdo para comenzar a escribir con la mano derecha, y esto tan suave, tan delicadamente, que no se ahuyente esa ave de canto melodioso. Escribir, además, no sobre lo que a uno le venga en gana, sino sobre el tema forzado de la “actualidad”, y que pueda interesar al lector necesariamente apresurado de un diario. Escribir, por añadidura, ajustado al tope de mil palabras, dentro del cual debe uno plantear un problema, relatar sus orígenes, las formas distintas como ha sido visto por otros y ofrecer alguna solución propia fundada, y, de ser posible, con cierta novedad.

Un dato más ayudará a pintar la temblorosa angustia que embarga a un posible colaborador de *Excélsior*. Se sabe, por supuesto, que ningún diario del mundo es leído íntegramente por sus lectores: unos sólo aprovechan la información internacional; otros se quedan en la noticia que se presenta “a ocho columnas”; los de más allá apenas leen la sección deportiva, y hay quienes se quedan con las páginas de sociales. Pues bien, un estudio sobre este periódico ha revelado que sólo 36 000 de quienes lo compran leen habitualmente las páginas editoriales, pero, en la realidad, leen uno solo, o, a lo sumo, dos de los ocho artículos que diariamente aparecen en esas páginas. Esto quiere decir que, en principio, cada colaborador va a ser leído por 4 500 personas, o cuando mucho, por 9 000.

Aun la más alta de estas dos cifras es decepcionante, pues no guardaría proporción con el tiempo, el esfuerzo y la expectativa que un escritor honesto pone en sus artículos. De allí una nueva prueba a que debe uno sujetarse, otro arillo de fuego que debe cruzarse sin chamuscarse un pelo siquiera: cómo quitarle a los otros siete colaboradores el máximo posible de lectores de modo de alcanzar la cifra más alta posible, o, al menos, una decorosa. En rigor, la ambición de ampliar el círculo de lectores debe elevarse hasta arrebatarse al maestro Seyde y su legión de cronistas deportivos unos cuantos clientes, así como a esos dos caballeros y esas damas numerosas que dan la nota "roja" (o al menos rosada) en las páginas de sociales.

Y lograr todo esto, no en un solo día, como quien de chiripa da un campanazo, sino cada semana, hasta tener y mantener una clientela no sólo numerosa, sino fiel, constante.

Parte, pues, de la explicación de por qué en cierto momento decidí ensayar el periodismo fue esa fascinación de someterse a una prueba tan dura como estimulante. Y esto no, decididamente, por la vanidad, o siquiera la satisfacción, de ver, o de creer, que sale uno bien de ella, sino por lo que significa de novedad o de cosa nueva, por someterse a una disciplina antes desconocida, a un juicio mental y a sana gimnasia moral. Porque es de la esencia de un intelectual poner a trabajar su cabeza y su corazón: pensar, razonar, imaginar, sentir, para luego presentar el fruto de semejante ejercicio.

Pero todavía hay un motivo adicional. Es la elucubración que provoca imaginar, o averiguar cuando se puede, qué efecto producen en el lector los escritos que se le ofrecen. ¿Al menos los advierte? ¿Los lee y cómo reacciona? ¿Su respuesta es el convencimiento, o, por el contrario, la protesta? ¿Se siente satisfecho o descontento, alaba o reprueba, bendice o maldice? Y cuando se trata no del lector-ciudadano, sino del lector-gobierno (políticos, funcionarios, negociantes, cuantos participan en la vida pública nacional), esa elucubración se vuelve interminable.

Podrían agregarse más y más interrogaciones. Por eso resulta difícil idear otro oficio como éste que mantenga en vilo la inteligencia, de hecho, el alma toda de un hombre.

5 de marzo de 1971



LIBERTAD REPRIMIDA

Bien innecesario resulta decir que nuestras constituciones han declarado vehementemente que aquí existe una libertad para expresar el pensamiento que sólo limita el respeto a la vida privada, la moral y la paz pública. Es más: como los constituyentes del 56 creían tan a pie juntillas que toda posibilidad de vida democrática descansaba en la prensa libre, la rodearon de cuanta seguridad era posible. Respecto de épocas más próximas, también resulta innecesario recordar que México es el único país del mundo en que se celebra anualmente el Día de la Libertad de Prensa con una ceremonia en que el jefe del Estado engola sentidos ditirambos en loor de esta preciosa libertad.

Rara vez ha sido tan acertado el conocido refrán: del dicho al hecho hay un gran trecho. En los viejos tiempos se reformó el artículo 7o. de la Constitución para sustraer el conocimiento de los delitos de imprenta a los dos jurados populares previstos por él, y entregarlo a jueces penales nombrados y removidos al arbitrio del presidente de la República. Despejado así el camino, se desató una persecución a los periodistas independientes que duró sin amainar veintiocho años. Por eso, Filomeno Mata juzgó económico imprimir para su correspondencia un doble juego de papel, el primero con la calle y número donde tenía su imprenta, y el segundo cuyo membrete decía simplemente "Cárcel de Belén". A sus amigos les era dable entonces comunicarse con él postalmente, y sus deudores no podían alegar ignorancia sobre el lugar donde debían hacer sus pagos.

En tiempos más recientes no han faltado, por supuesto, atentados contra periodistas y periódicos; pero debe convenirse en que han disminuido su número y su escandalosidad (si se me permite usar esta palabra tan escandalosa). De nuevo el refrán popular: las apariencias engañan. Hace tiempo que las potencias imperiales abandonaron el método crudo de dominar a los países débiles ocupando militarmente su territorio, para sustituirlo con otros menos visibles pero más eficaces: el chantaje político, la presión económica, la asistencia técnica, etc. En forma análoga, nuestros gobiernos se han dedicado a demostrar repetidamente la sabiduría de esta máxima: estar conmigo es lucrativo, y suicida oponérseme. Con eso ha bastado.

Nada más urgente que nuestras autoridades traten de medir hasta qué punto está gravada, profunda, incommoviblemente, en

la conciencia de cada ciudadano mexicano la noción de que pende sobre su cabeza la espada de Damocles de un poder oficial tan fuerte y tan arbitrario, que en cualquier momento puede desencadenarse sobre él un terror capaz de exterminar su persona, su familia y sus bienes.

Al día siguiente de publicarse mi primer artículo (17 de agosto de 1968), la secretaría particular del Presidente comenzó a llamar telefónicamente a los sitios más extraños para averiguar mi dirección. Varias de las personas que se enteraron de esto se congregaron al anochecer en mi casa, para ofrecirme sus servicios armados. Pude persuadirlos de que regresaran a sus casas porque —¡al fin!— un capitán del estado mayor presidencial dio con mi casa y pudo entregarme una carta del Presidente... ¡felicitándome por mi artículo! A pesar de prueba tan palmaria, llovieron los consejos: guardarse bien en casa antes de las seis de la tarde; evitar a toda costa cualquier "incidente" de tránsito, porque ése es el principio del fin. Y no faltaron los obsequios: un durísimo bastón hecho de cerezo japonés, una Smith and Wesson 38 especial, etc.

Aun en el día de hoy, dos años y medio después de haber iniciado mis colaboraciones, no hay literalmente una persona que no me pregunte confidencialmente si no he sido objeto de alguna "molestia" o de cuántos atracos me he librado ya. Hace apenas un mes le atribuyeron a don Emilio O. el designio de expulsarme del país. La noticia me llegó de personas tan notoriamente relacionadas con la Torre de Tlatelolco, que llegué a creerla, de modo que procedí a convertir los pocos pesillos que tenía a mano en cheques viajeros para pagar los primeros días de alojamiento y comida en Los Ángeles o en San Antonio. ¡El pobre de don Emilio O., que ha incitado públicamente a los periodistas a cumplir su obligación de criticarlo!

Soy, pues, testigo de mayor excepción de que física, materialmente, y mientras no se demuestre lo contrario, hay en México la posibilidad de escribir con alguna libertad. Digo *física, materialmente*, pues la situación cambia de un modo extremo si se piensa en los aspectos intelectual y moral.

Nada, absolutamente nada me ha impresionado de mi aventura periodística como lo siguiente. He recibido hasta ahora un millar de felicitaciones por mis artículos: de la capital y de lugares tan distantes como Tijuana y Campeche; desde la dama hermosa y aristocrática hasta un secretario del Sindicato de Trabajadores del Volante; telefónicas, de viva voz, por escrito, firmadas y anónimas. Pero hay que analizar los motivos de esas felicitaciones

para sentir la desolación que yo he sentido y siento ahora.

Ninguna se funda en estar siquiera correctamente escritos los artículos. Muy pocas aluden a que sean inteligentes o acertados. Algunos más han elogiado cierto buen humor que a veces aparece en ellos. Pero todos, absolutamente todos, sin excepción alguna, elogian la *valentía* de su lenguaje y mi propia *valentía*. Ahora bien, pasaría por deschavetado un norteamericano que elogiara la "valentía" de los escritos de Lippman, en el viejo *Herald*, o de Ralston en el *Times* de hoy. Y sería inconcebible que un francés alabara la "valentía" de los editoriales de Beuve-Méry en *Le Monde*.

¿Porqué esta diferencia? La cosa es bien clara: en los Estados Unidos y en Francia la libertad de prensa no es un simple texto constitucional teórico, ni tampoco una concesión graciosa y revocable del poder público. Es una realidad tan sólida y tan antiguamente implantada, que todo el mundo la da por concedida exactamente como la luz y el aire. Hay que convenir, entonces, que esa diferencia no es pequeña, sino decisiva, pues separa un país civilizado de otro que no acaba todavía de serlo, a pesar de presumir, inclusive, de servir de modelo a muchos otros.

12 de marzo de 1971



EL APRENDIZ Y SU ADIESTRAMIENTO

Todo aprendiz se encuentra una serie de recetas que, fruto supuesto de la tradición o la experiencia, deben facilitar su adiestramiento. El aprendiz de comentarista de un diario, sin embargo, ha de examinarlas antes de seguirlas.

La primera receta es comentar el suceso de "actualidad", es decir, algo que pasó ayer, de modo que al lector se le sirva hoy una lechuga tan recientemente cortada, que en sus hojas se advierta aún el rocío. Pero si lo "actual" resulta efímero, si parece dentro del día de su nacimiento, lo que se sirve es una sustancia ya muerta. La "actualidad" no la da tan sólo el hecho de ayer, sino que su conocimiento deje en el lector un sedimento de interés capaz de ser revivido por el comentario hecho al día siguiente.

La segunda receta es que debe "sorprenderse" al lector evitando que sepa anticipadamente de qué va a hablar el comentarista. De allí este consejo: escribir una vez sobre música, a la

siguiente de política, después acerca de economía, en seguida de historia, etc. El lector ciertamente abandona de inmediato al escritor monocorde, el que, a más de comentar siempre un mismo tema, usa un lenguaje igual y un "tono" idéntico. Pero el comentarista no puede dejar de tener una cierta autoridad moral e intelectual que da el estudio y la reflexión sobre ciertas esferas del saber.

La tercera receta se refiere a las condiciones en que el periodismo mexicano sobrevive: no comprometerse, o sea escribir sobre astronomía. Es verdad que los comentaristas de los diarios desconocemos vigorosamente esa ciencia; en cambio, ella trata de cuerpos que, a más de ser celestiales, están muy lejos de este jirón terrestre en que nos ha tocado vivir.

Desechando la tercera receta, y reteniendo de las otras dos lo que parecía aprovechable, este aprendiz de comentarista resolvió elegir el campo de la vida pública nacional. Parecía lo suficientemente ancho, variado y complejo para no caer en la monotonía, a menos que no fuera por inhabilidad personal. En cuanto a este último punto, me hice la ilusión de que no estorbarían las cinco mil páginas de análisis político puesto en los cinco tomos de la *Historia moderna de México* que me tocó escribir. Y supuse que mi elección interesaría al lector, pues, independientemente del peso que en la ruta de una sociedad deban atribuirse a la acción y al pensamiento políticos en relación, digamos, con los económicos, es un hecho que los primeros son los que más prontamente percibe y aprecia el común de los mortales.

Pero hubo otros motivos que, menos aparentes, requieren alguna explicación.

Cabe pensar en la vida reciente del país. Sus historiadores concuerdan hoy en una división tripartita de la Revolución Mexicana: la primera etapa, la destructora, de 1910 a 1920; la reformista, de 1921 a 1940, y la "desarrollista" de 1941 a nuestros días.

La mentalidad de los dirigentes varía de una etapa a la otra. El guerrero y el demagogo predominan en la primera, aquél para destruir físicamente al enemigo, y el segundo para desprestigiar al antiguo régimen hasta hacerlo abominable. En la segunda ganan ascendencia el ideólogo y el reformador. En la tercera los suplantó el tecnócrata, el técnico metido a político y a gobernante.

La claridad de los objetivos y de los métodos para lograrlos ha venido disminuyendo hasta llegar a una oscura confusión. Eran transparentes el "Sufragio Efectivo. No Reección" para crear una vida política distinta; la desaparición del ejército fede-

ral para asegurar una victoria militar estable; la destrucción de la clase latifundista para abrir paso a la reforma agraria, etc.

En la segunda etapa los objetivos siguen siendo claros, pero mucho menos el modo de alcanzarlos. No podía dudarse de que el fin final de la reforma agraria era transformar al campesino de siervo en empresario. Pero los reformistas despertaron tarde a la idea de que para llegar a esa meta suprema era menester atacar el problema por distintos costados, simultáneamente y a un ritmo determinado: mover al mismo tiempo las pitas de las obras de riego, de las carreteras, del crédito, de las comunicaciones, de la educación, de la salubridad, etc. Todo ello para hacer de la agricultura ejidal la pieza preferida del mecanismo económico.

En la tercera etapa lo único claro es el ofuscamiento. Primero, porque se adopta como objetivo principal el "desarrollo", palabra vaga que quiere decir acrecentar, pero no qué y cómo se incrementa. Segundo, porque la noción de "desarrollo" es inseparable de la de un plan o programa conforme al cual va a desenvolverse lo que hoy está enrollado. Tercero, porque llegado a ese momento decisivo, el poder público renunció a ser caudillo de esa transformación, limitándose a estimular a la iniciativa privada para que se desarrollara, con el resultado de que cada quien tiró por su lado.

Toda esta larga y complicadilla disquisición para llegar a la moraleja: viviendo, como sin duda vivimos, una era de confusión, me pareció útil y atractivo seguir la conducta de nuestros gobernantes para gritarles "te quemas" si se aproximaban a la claridad, o "te enfrías" si, al contrario, se hundían en las tinieblas.

En fin, un último motivo me llevó a escoger la vida pública nacional como tema de mis colaboraciones semanarias: combatir el servilismo que se ha apoderado del país y que se traduce en tratar a nuestros gobernantes como dioses intocables. De Dios Nuestro Señor se ha dicho que no debe jurarse o invocar su nombre en vano, es decir, sin necesidad o sin motivo; dicho al revés, que puede y debe invocarse si hay una buena razón para hacerlo. ¿No autoriza esto a examinar abierta, públicamente, la conducta de nuestros hombres públicos?

19 de marzo de 1971



OPERACIÓN DOBLEZ

Por favor: no se trata de un ejercicio narcisista: al fin y al cabo, mi experiencia es la de un ser animado, especie esta siempre digna de alguna atención y compasión públicas. Cabe, pues, preguntarse: ¿cuál ha sido la respuesta a mis 131 artículos, que llenan un poco más de 900 páginas?

He dicho que no me cabe la menor duda de que han despertado un señalado interés, y que esta apreciación descansa en muestras objetivas. Pero ahora debe hacerse un distingo entre dos tipos de lectores: el privado, es decir, el que no tiene liga alguna con el gobierno, o cuya vida no depende, si la tiene, de esa atadura. El otro tipo es el lector-gobierno, el lector-político, el lector-oficial, o como quiera llamársele. La respuesta del lector privado ha sido franca, explícita, manifiesta en cartas, llamadas telefónicas, en comentarios de viva voz, etc. Al contrario, el interés oficial casi no ha tenido una manifestación pública palpable; antes bien, puede decirse que la respuesta de este sector ha sido un parejo y denso silencio.

En efecto: sólo cuatro plumas mercenarias (J.I., R.C.G., R. G.T. y G.V.C.) saltaron a injuriarme, que no a discutir, o siquiera pretender discutir mis escritos. Como esto ocurrió cuando el entonces don Luis tenía ya en el bolsillo la nominación de su partido, nació la sospecha de que esos mercenarios me usaban de pretexto para hacer méritos con el nuevo poderoso y presentarle el recibo a la hora del gran reparto. Hasta donde se sabe, los cuatro se quedaron con el recibo, debidamente firmado y timbrado, pero sin el pago que esperaban; entonces puede presumirse que obraron de propia iniciativa y no azuzados desde arriba.

Recibí tres respuestas de un altísimo personaje, pero como en ellas no se mencionó mi nombre, el público las tomó cual descarga al aire. En realidad, fueron tres golpes bajos, y por serlo tan notoriamente, he sospechado que, ya en la cumbre, mi acusador se ha arrepentido.

Escribí tres o cuatro artículos señalando la conveniencia de repasar la Constitución de 1917 para adecuarla, no ya a la sociedad agraria de entonces, sino a la industrial y de servicios de hoy. Se desató una reacción instantánea, viva y descomunal: un número de la revista *Estudios Políticos* dedicado todo él a combatir mis ideas; media hora de televisión (unos 18 000 pe-

sos) con entrevistas a los constituyentes, que naturalmente declararon intocable su obra; la telenovela *La Constitución*, cuyo costo ascendió a unos seis millones de pesos, que dejó de percibir la Beneficencia Pública.

Insatisfecho, este impugnador afirmó más tarde que no me hubiera yo *atrevido* a decir lo que dije en mis artículos cuando tenía un puesto diplomático. Como ahora él se ha convertido en intrépido campeón de la "crítica", la "autocrítica" y el "diálogo" abierto y directo con el pueblo, aquello de mi *atrevimiento* ha resultado insostenible. En su momento, pues, fue un golpe bajo, hijo del acaloramiento que produce el *shadow boxing*, o sea el tirar el puñetazo a la sombra de uno mismo.

No mucho tiempo después, señaló como móvil de mis escritos el deseo de *re-ingresar* en el gobierno. Esto sí me ofendió, pues el cargo me pintaba, no ya como necio, sino como un ciego incapaz de advertir la experiencia añeja y diaria de que el único oficio infaliblemente lucrativo en México es el de Fígaro, y el único suicida, el de censor político. Y me ofendió también porque, presunto estudioso de la historia moderna de México, parecía yo ignorar que sólo un Juárez sabía mantener una relación afectuosa y admirativa con Francisco Zarco, su crítico respetuoso pero severo. O Sebastián Lerdo de Tejada, que admiraba a Vicente Riva Palacio, no obstante ser éste censor suyo despiadado y no siempre de buena fe.

La tercera respuesta fue llamarme "político de escritorio" para dar a entender que, como yo juzgaba a nuestros hombres públicos sin tener una experiencia política personal, mis opiniones eran teóricas o irreales. Otra vez el cargo resultaba infundado. Primero, porque nadie puede ignorar que en todo el mundo existe una marcada división del trabajo entre quienes hacen política y quienes discurren sobre ella, y son tan honorables una ocupación como la otra. Segundo, porque lo que mi comentarista debió hacer era desgarrar mis títulos de *analista político*, no trocándolo por el de "político de escritorio", sino sometién dose al suplicio insufrible de leer y criticar los dos tomos de mis *Ensayos y notas* y los cinco de la *Historia moderna de México* escritos por mí.

Salvo, pues, esas tres respuestas, no ha habido sino un compacto y sostenido silencio oficial. ¿Por qué? Debe echarse por delante que un gobierno no puede ni debe ponerse al tú por tú con todos y cada uno de los ciudadanos que objetan su conducta. Sin embargo, cuando un escritor hace un cargo público, que, además aprueban y aplauden grandes grupos de ciudadanos, la

cosa cambia. Entonces se impone la respuesta, que puede ser un tanto inactual, indirecta, carente de la formalidad de una declaración oficial e inclusive presentada por un segundón. Y también cabe contestar las críticas con actos de gobierno.

Para mí, la explicación de ese silencio radica en una vieja, viejísima historia nuestra. La antinomia entre una ley clara, transparente e imperativa, y una realidad que por buenas o por malas razones la desobedece, ha creado en el hombre público de México una mentalidad incorregible de doblez, una actitud y una conducta externas que poco o nada corresponden a las internas. Puede darse, pues, por seguro que sin excepción alguna, el lector oficial de mis artículos los condena irritadamente, pero prefiere tragarse el berrinche.

Lo fantástico por increíble es que, al amparo de esa doblez, el gobernante mexicano no siempre se inspira en propósitos innobles; en ocasiones toma un camino recto que, sin embargo, el público no aplaude porque ignora los hechos. No gana ese gobernante excepcional cuanto debía si se le viera operar abiertamente.

26 de marzo de 1971



ADIÓS, DAMAS Y CABALLEROS

Se admite como verdad demostrada que sólo la necesidad o el placer mueven al hombre. Sin duda es así; pero, como en la mayor parte de los casos, este apotegma apenas contiene parte de la verdad, la de más bulto o la más obvia. Al hombre también lo impulsa el interés, entendida esta palabra, no en el sentido de ganancia, utilidad o lucro, sino de "inclinación vehemente del ánimo" al servicio de una obra.

Piénsese en la chica joven y guapa que se gana la vida contando billetes en un banco. Da grima verla, tan patente es así su falta completa de interés en un trabajo que hace de un modo odiosamente mecánico. De aquí el resultado sorprendente: una tarea que requiere un esfuerzo muscular mínimo y ninguna concentración mental, produce gran desaliento moral y penosa fatiga física. Al contrario, el hombre que ataca una faena con esa "inclinación vehemente del ánimo", siente renovarse sus energías hasta el punto de desconcertar el número de horas que pasa apegado a su ocupación sin dar muestras de cansancio.

Y hay un cuarto elemento que mueve al hombre, si bien, para desgracia de la especie, se da en pocos ejemplares: es el sentido del buen humor, el genio alegre, el deseo de recrear y de recrearse, de divertirse y de divertir a los demás. Este móvil lleva al hombre a trabajar solazándose, recurso que conserva y aun aumenta su gana de continuar en el quehacer. Recuérdese, en efecto, el viejo refrán español, que nosotros no usamos: "Más se cansa quien mira, que quien juega", o la vieja observación psicológica de que nada cansa tanto como la tragedia, lo mismo a quien la hace que a los que la ven o escuchan.

En fin, hay un quinto móvil que también empuja al hombre, o con mayor exactitud, a algunos hombres. Es el moral, el sentirse obligado por la noción del deber a emprender una obra que en principio beneficia más a los otros que a uno mismo.

Véase ahora cómo funcionaron en mi caso estos cinco incentivos. Poco el de la necesidad, ya que si un hombre pobre jamás debe desdeñar la ocasión de ganarse honradamente unos pesillos, tampoco es el caso de sentirse por ello autorizado a disipar más humo por la boca. El placer funcionó distintamente: el que da aventurarse por un camino desconocido, el de probar un nuevo ejercicio, el de descubrir, en suma. El móvil del interés actuó más marcadamente todavía: la inclinación vehemente del ánimo de llevar hasta el punto ilusorio de la perfección un trabajo que uno se ha propuesto, interesa y apasiona. Un trabajo, además, que uno se ha echado a costas voluntariamente y a cuya ejecución se concede una importancia subida.

Queda por apreciar la fuerza de los otros dos móviles, punto un tanto espinoso, ya que resulta fácil caer en la chocarrería o en el sentimentalismo. La verdad es que Dios, o una serie de de acciones y reacciones bioquímicas hoy todavía ignoradas, construyen de muy diversas maneras la parte interior de cada hombre. De allí las expresiones "naturaleza" o "pasta" humana, "carácter", "temperamento", "modo de ser", etc., que indican la peculiaridad del almacén interno del ser humano. Pues bien, hay hombres que salen de esos moldes desconocidos con una aversión casi física a lo solemne, a lo trágico, a lo sonoro. Por eso sienten una necesidad imperiosa de cultivar el buen humor, el entretenimiento, la diversión, y no sólo para el regocijo propio, sino del ajeno, en rigor, más lo segundo que lo primero.

Y de esos mismos moldes desconocidos salen algunos hombres con el sentido del deber, de la obligación de servir a la colectividad. Esto rige de un modo general para los intelectuales de todo el mundo, y quizás de un modo particular para aquellos

que viven en países todavía en ciernes. Todo intelectual es vanidoso, pues cree que tiene algo que dar, que ofrecer a quienes carecen de lo que él tiene o cree tener; al mismo tiempo, es humilde porque ofrece dar sin la compensación correspondiente. Este sentimiento de obligación se agudiza en quienes se formaron en instituciones educativas públicas, o sea gratuitas, pues se sienten en deuda con la nación, el país y el Estado.

Toda esta enrevesada disquisición lleva un fin: explicarte, querida lectora y querido lector, por qué he escrito en este periódico y por qué dejo de hacerlo. La necesidad no la hubo; el placer se agota; el interés se traslada; la diversión se busca en otra parte y el deber sólo puede cumplirse hasta donde alcanzan las fuerzas. Debo darte, pues, las gracias por la compañía, y, si me lo permitieras, hacerte una recomendación: no permitas que este país se eche a perder; sobre todo, no permitas, aun a costa de tu vida, que desaparezca su aspecto sonriente, alegre, único que ha reconfortado al mexicano de las muchas penalidades que ha padecido y de las que aún le aguardan. No consientas, en suma, que México caiga en la situación de la Francia actual, que describe con tanto dolor doña Françoise (G.): la imaginación sin alimento, el impulso sin objeto, el porvenir sin color, el cielo sin la estrella en que enganchar un carro para volar al infinito.

2 de abril de 1971

Nº 1034

Imprenta Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
15-III-1972
Edición de 3 000 ejemplares
más sobrantes para reposición

El autor de la *Historia moderna de México* es también un periodista polémico que en sus escritos para la prensa diaria prosigue su labor de analizar hechos y prestigios políticos, mitos y verdades. Con un estilo sabroso y tajante, Cosío Villegas recoge los datos significativos y no desdeña la minucia que puede adquirir una importancia insospechada. Así, la historia que cotidianamente se está tejiendo en México, muchas veces en un plano oculto o en una maraña confusa, surge a la luz de una interpretación personal. El autor nos habla del PRI, de las campañas presidenciales, de los sucesos de 1968, de la carrera de ambiciones hacia los puestos del gobierno, de los modos de propaganda electoral, de las figuras que avanzan hacia el cenit o el ocaso, y nos ofrece en estos comentarios un terreno en el que, como lectores, podemos discutir con él.



ERA